



EL
SECRETO
DEL
BOTICARIO

AMANDA CLARK



El secreto del boticario

Amanda Clark



Primera edición en ebook: mayo 2019

Título Original: El secreto del boticario

©Esther Pascual, 2019

©Editorial Romantic Ediciones, 2019

www.romantic-ediciones.com

Diseño de portada: Isla Books

ISBN: 978-84-17474-43-0

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



A mi marido, por inspirarme siempre.

PRÓLOGO

21 de marzo de 2008

Aquella noche no había luna ni estrellas, transformando aquel bosque por lo general calmado y apacible en un lugar tenebroso. Sin embargo, no parecía importarle demasiado a aquel joven que avanzaba con paso decidido entre los árboles, alumbrando su camino con una linterna y sosteniendo una pala en su mano derecha. A pesar de no tener miedo, estaba tenso. Después de tantos años de incertidumbre, parecía que todo empezaba a cobrar sentido. Se detuvo en seco cuando llegó a un claro. Miró a su alrededor y reconoció el lugar. Sí, era allí. Aunque era la primera vez que pisaba aquel sitio, lo había visto una y otra vez en sus sueños. No le cabía duda.

Dejó la linterna en el suelo y apretó con fuerza la pala que sostenía entre las manos. Empezó a cavar y su respiración agitada rompió la quietud de la noche. A primera vista, parecía seguro, pero sus manos temblaban ligeramente. Si encontraba lo que estaba buscando, su vida cambiaría para siempre. Todo lo que había creído hasta entonces no tendría sentido. Cuando llevaba una hora cavando, escuchó el ruido metálico de la pala chocando contra algo. Dejó la herramienta a un lado y se arrodilló. Empezó a retirar la tierra con sus propias manos, impaciente por hallar respuestas. Logró desenterrar un paquete cuadrado, envuelto en telas viejas. Sostuvo la respiración mientras lo desenvolvía. Cuando terminó, alargó la mano hasta la linterna y lo alumbró. Era una simple caja de madera, sin demasiados ornamentos. La abrió, sintiendo el corazón palpitando en su pecho. Y allí estaba. Una vieja botella de vino enmohecida por el paso de los años. La acarició con cuidado. Esa era la prueba que necesitaba. No estaba loco. Había enterrado aquella botella en el bosque casi cien años atrás.

CAPÍTULO 1

11 de julio de 2018

A pesar de no ser ni las ocho de la mañana, Paola ya estaba en la mesa de su pequeño cubículo de la redacción. Le daba vueltas a un café mientras releía en la pantalla de su ordenador el artículo que acababa de escribir. No era nada extraordinario, tan solo unas cuantas líneas sobre un granjero que había visto un ovni en Estados Unidos. Y como todos los otros avistamientos, había resultado ser un fraude. Paola suspiró y miró a su alrededor. Era una oficina pequeña y repleta de mesas llenas hasta arriba de papeles desordenados. Era un lugar un poco caótico. Supuso que era lo habitual en su profesión. Trabajaba como asistente de redacción para una revista llamada *Sin Misterios*, que solía investigar fenómenos paranormales para desenmascararlos. Llevaba allí más de tres años, desde que había terminado la carrera. Quizá no era el trabajo de su vida, pero disfrutaba cada momento, cada búsqueda y, sobre todo, saboreaba cada victoria sacando a la luz la verdad. No les faltaban enemigos. Todos los supuestos espiritistas, magos y brujos de la ciudad detestaban aquella publicación que salía cada mes. Suspiraban aliviados cuando no eran el centro de uno de sus incisivos artículos y veían con lástima cómo las carreras de algunos de sus compañeros eran destruidas en un abrir y cerrar de ojos por aquella dichosa revista.

Paola paseó los ojos sobre la última línea del artículo y se terminó el café de un sobro. Posó la taza sobre la mesa y se levantó. Necesitaba estirar las piernas. Sin embargo, vio que Jorge, su jefe, se acercaba hacia ella. Era un hombre de mediana edad, pequeño y delgado, con unas grandes gafas y una frondosa melena. A pesar de su apariencia extraña, era una persona encantadora y el mejor jefe que Paola hubiera podido desear.

–Buenos días, Paola. ¿Ya estás aquí? –preguntó con una sonrisa afable.

–Sí, no podía dormir con este calor y he decido aprovechar la mañana.

–¿Y cómo lo llevas?

–Bien, justo he terminado de hacer una segunda lectura del artículo y enseguida te lo paso.

–Genial. Cuando puedas, tendríamos que ir al despacho de la directora.

–Claro, ¿ahora te va bien?

–Sí. Vamos.

Paola se levantó de su silla y empezó a andar. Tragó saliva e intentó calmar los nervios que se estaban apoderando de ella. En los tres años que llevaba allí nunca había hablado con la directora. Era una mujer de alrededor de sesenta años, muy elegante y algo ermitaña. Siempre iba de punta en blanco, aunque no solía pasearse por la redacción. Era la primera en entrar y la última en salir y solía encerrarse en su despacho prácticamente toda la jornada. Sin embargo, desde su torre de marfil siempre contestaba a todos los emails y dudas que le planteaba su equipo de manera extraordinariamente eficiente. Paola se arrepintió de haberse colocado la camiseta de su serie favorita aquel día. Ojalá se hubiera puesto un vestido más formal y no aquellos tejanos rotos. Pronto llegaron al despacho de la directora y Jorge llamó a la puerta con los nudillos.

–Adelante –dijo la mujer, con voz grave. Jorge le sonrió a Paola y abrió la puerta, cediéndole el paso.

La joven entró y Jorge cerró la puerta a sus espaldas, abandonándola allí a su suerte. Paola quiso pedirle que se quedara con ella, pero le pareció demasiado infantil y dejó que se marchara. Volvió la vista hacia los ojos azules de aquella mujer, que parecían escrutar cada detalle de su ser.

–Buenos días –balbuceó la joven, tratando de sonreír.

–Buenos días, Paola. Siéntate, por favor.

La chica obedeció y se sentó en la silla colocada frente al escritorio de la directora.

–Supongo que te estarás preguntando qué haces aquí.

–Bueno, un poco –contestó con una sonrisa nerviosa.

–Tranquila, no es nada malo –contestó la mujer con un gesto amable al detectar su nerviosismo—. Ya llevas tres años con nosotros y quería conocerte un poco mejor. De hecho, Jorge me ha ido explicando tus avances y siempre habla de lo eficiente que eres. Por eso, hemos decidido darte la oportunidad de ser redactora.

–¿De verdad? –preguntó Paola, sin poder creerse su suerte.

–Sí, todo trabajo tiene su recompensa. Y tu has trabajado duro, así que te

lo has ganado.

–Muchas gracias.

–A partir de hoy, Jorge ya no será tu superior, sino un compañero más. Me reportarás a mí directamente. Harás tus propias investigaciones y artículos sin guía ni supervisor. Tan solo yo coordinaré los temas sobre los que escribirás y haré un repaso general sobre tus trabajos. ¿Te ves con ganas para ello?

–¡Por supuesto! –contestó efusivamente.

–Muy bien. Entonces, mucha suerte en tu nueva etapa, Paola –contestó con una sonrisa.

–¿Con qué temática le gustaría que empezase?

–Verás, últimamente se está hablando mucho sobre un mentalista que asegura poder hipnotizar y sugestionar a las personas. Su nombre es Lorenzo Santillán. Me gustaría que investigaras qué hay de cierto en eso y que mostraras a nuestros lectores cuáles son sus trucos.

–Perfecto, me pondré a ello enseguida.

–Gracias. Ah, se me olvidaba, podrás hablar más tarde con recursos humanos para detallar los cambios en el contrato y la remuneración.

Paola supo que su tiempo con la directora había terminado cuando la mujer dirigió la vista hacia su ordenador y empezó a contestar emails. Decidió salir sigilosamente de su despacho y buscó a Jorge con la mirada. El hombre estaba en su escritorio, concentrado redactando algo. Al escuchar la puerta del despacho de la directora, se giró para mirar a Paola y le sonrió efusivamente, levantando el pulgar.

–Lo has conseguido.

–¿Lo sabías? –preguntó Paola sorprendida.

–Me lo dijo ayer por la tarde –explicó–. Felicidades. Te lo mereces más que nadie –contestó con expresión sincera.

14 de julio de 2018

Aquel sábado Paola se levantó con una sensación de serenidad poco habitual en ella. En el fondo sabía que no era una calma real, sino aquella tranquilidad que suele preceder a los grandes acontecimientos.

Llevaba días sometida a mucha presión. Era la primera vez que le encargaban un trabajo en solitario, sin supervisores. Por fin le habían dado la oportunidad que llevaba tanto tiempo esperando. Después de la euforia inicial por su ascenso, se había encerrado en la oficina durante tres días, preparándose y documentándose para escribir el que se suponía que tenía que ser uno de los mejores artículos de su carrera. Sin embargo, se sentía completamente desorientada y no tenía ni idea de por dónde abordar el tema. Debía hablar sobre un hombre al que ni siquiera había visto en persona. Paola no era de las que creían en la magia ni en los fenómenos paranormales. Todo eso le parecía una auténtica pantomima, así que había aceptado el trabajo con gusto, pensando que sería tarea fácil desenmascarar a un farsante más. Con lo que no había contado era con las pocas fuentes fiables de las que disponía para ello. Internet estaba plagado de historias con testimonios que aseguraban haber sido hipnotizados por aquel tal Lorenzo Santillán. La noche anterior había estado hasta las dos de la madrugada leyendo comentarios absurdos que aseguraban que su extraordinario poder era real y había acabado por cerrar el portátil, exasperada y al borde de un ataque de nervios.

Sin embargo, aquella mañana, cuando había abierto los ojos, toda aquella inquietud se había marchado para dejar paso a la razón. Si investigar en Internet y en los libros no la ayudaba, la solución sería acercarse a él en persona. No tenía sentido seguir encerrada esperando encontrar algo sobre él, estaba claro que tenía un buen equipo detrás que se encargaba de eliminar todos los comentarios negativos que se colgaban en la red.

Así que se desperezó y se levantó de la cama, en busca de su ordenador portátil. No le costó demasiado encontrar un teatro en el que aquel hombre hiciera un espectáculo. ¿El mismísimo Teatro Mayor se había rebajado a una función de ese tipo?, se preguntó con incredulidad. Miró el precio de la

entrada. Aunque le pareció caro, decidió pagarlo. Al fin y al cabo, probablemente era su única oportunidad de tenerlo cerca. Y no podía esperar. La entrega del artículo estaba a la vuelta de la esquina. Así que compró una entrada para aquella misma noche, sin poder imaginar que aquella decisión iba a cambiar su vida para siempre.

El cielo estaba gris y Paola sentía el viento golpeando su rostro, húmedo y caliente, como si la estuvieran apuntando con un secador. Miró hacia arriba y al instante supo que aquello solo podía significar que una tormenta estaba a punto de caer sobre la ciudad. Apresuró su paso todavía más. Llegaba tarde. Su siesta se había prolongado demasiado por culpa del cansancio acumulado. Su única esperanza de llegar a tiempo era que aquella lluvia no la pillara por el camino. Miró hacia sus pies, colocados sobre unos tacones bonitos pero incómodos y maldijo entre dientes. Con aquello difícilmente podría ir más deprisa. Una gota cayó sobre su nariz y suspiró. Demasiado tarde. La tormenta ya estaba allí. Se giró en busca de una alternativa. El metro estaba demasiado lejos y no había ninguna estación de bus al alcance de la vista. Lo único que encontró fue una parada de taxis en la lejanía. Avanzó hacia allí con decisión. Sería lo más rápido. Cuando llegó, comprobó con desaliento que todos los vehículos estaban ocupados o a punto de marcharse. Se apoyó contra la pared a esperar a que su suerte cambiara, pero las gotas empezaron a caer con mayor insistencia, mojando su cabello recién planchado y estropeando ligeramente su maquillaje. Entonces vio un taxi vacío acercándose a la parada. Levantó la mano inmediatamente y observó con alegría cómo el vehículo se estacionaba a su lado. Sonrió y se dio prisa en subir a la parte trasera. El taxista se giró hacia ella con cara de pocos amigos.

–¿Adónde? –preguntó sin apenas saludar.

–Al Teatro Mayor, por favor.

El hombre volvió la vista hacia la carretera y arrancó. Paola observó cómo la lluvia caía cada vez con más fuerza sobre el parabrisas y apoyó la cabeza contra el cristal, agradecida de haber tomado aquella decisión. Aunque se había mojado un poco, aún llegaría a tiempo. Habían pasado alrededor de diez minutos cuando el taxista se detuvo en la puerta de un edificio antiguo y majestuoso. Era un teatro de estilo modernista de inicios del siglo XX, repleto de pequeños balcones con barandillas de hierro forjado, tan ensortijado que

era imposible saber dónde empezaba y dónde terminaba cada detalle. Los muros estaban adornados con pájaros y mariposas de piedra, que le daban un aspecto romántico al lugar. La entrada principal estaba rodeada de hojas y flores adosadas a las piedras y las puertas de hierro estaban abiertas de par en par. Paola le pagó al taxista y bajó del coche, corriendo hacia el interior de aquel teatro para ponerse a cubierto. Pisó con cierto reparo sobre la alfombra roja que decoraba el suelo de la entrada y que continuaba escaleras arriba. Se quedó sin aliento al descubrir el esplendor de aquel edificio, que era todavía más hermoso por dentro que por fuera. Al fondo, una gran escalinata de mármol blanco se dividía en dos, con detalles dorados y hojas de parra grabadas en la piedra. Los techos redondos estaban decorados con cenefas y las lámparas con forma de antiguas farolas alumbraban aquel sitio con una luz íntima.

–¿Señorita?

Paola dio un respingo y se volvió hacia el lugar de donde procedía la voz. Descubrió a un joven acomodador del teatro, elegantemente vestido, que la miraba algo desconcertado.

–Perdone, vengo a ver el espectáculo de Lorenzo Santillán –dijo la joven, con una sonrisa inocente, esperando que no fuera demasiado tarde y que todavía la dejaran entrar.

–Claro, suba las escaleras. La sala está a mano derecha.

Paola empezó a andar hacia donde le habían indicado, pero el hombre la detuvo.

–Disculpe, ¿me deja ver la entrada?

–Ah, sí, claro –dijo nerviosamente. Con tanto estrés no había pensado en ello. Rebuscó por el bolso unos segundos hasta dar con el papel de la entrada que había adquirido por Internet horas atrás y se la tendió al hombre, que la miró rápidamente y le hizo una mueca en el lateral.

–Ya puede pasar.

–Gracias.

La joven subió la escalinata rápidamente. Su reloj marcaba las nueve y media. El espectáculo estaba a punto de comenzar. Pronto llegó a una puerta que ya estaba medio cerrada. La abrió y accedió a la sala, prácticamente a

oscuras. Sacó el teléfono móvil del bolso y lo usó como linterna hasta dar con la butaca que le habían asignado. Se sentó ante la atenta mirada de sus compañeros de fila, a los que había molestado para poder acceder hasta su sitio. Les dedicó una sonrisa de disculpa y las luces se apagaron por completo justo en ese instante. Una voz en off habló en medio de la completa oscuridad.

«Buenas noches, queridos espectadores. Quizá hayan venido con la idea de asistir a un espectáculo tranquilo y sosegado. Si es así, ya pueden pedir que les devuelvan el dinero». Se oyeron algunas risas entre el público. «Porque les prometo una cosa. Lo que vivirán aquí esta noche será algo único, algo que probablemente no olvidarán nunca». Paola dibujó una mueca de escepticismo en su rostro. Aquellas eran las típicas palabras de un farsante. Quizá no sería tan difícil desenmascararle después de todo.

Las luces se encendieron y vio a aquel hombre con aires de suficiencia plantado en medio del escenario. Su pelo frondoso y oscuro estaba repeinado hacia atrás con brillantina. Una capa granate cubría parcialmente su indumentaria: una simple camisa negra y unos vaqueros del mismo color. Sonrió complacido ante el aplauso entusiasmado del público y empezó su espectáculo.

Realizó un par de viejos trucos de mentalismo que Paola conocía perfectamente. Eran de manual. Sin embargo, el público pareció impresionado. Mientras tanto, la chica iba anotando todos los detalles en su memoria, para traspasarlos a su ordenador tan pronto como llegara a casa. Durante un buen rato continuó observando con atención cómo aquel hombre trataba de hipnotizar a dos voluntarias que habían subido al escenario, que increíblemente acabaron obedeciendo sus órdenes sin dudar. Paola soltó una pequeña carcajada de incredulidad al ver cómo aquel hombre hacía que una de ellas olvidara incluso hasta su propio nombre. Estaba claro que era una estafa. ¿Cómo podía alguien olvidar su verdadera identidad? Después de hacerles alguna artimaña más a aquellas mujeres, Lorenzo Santillán las despertó por fin del trance en el que las había sumido desde hacía un buen rato. Y, de repente, posó la vista sobre Paola, tapándose los ojos para protegerse de los focos.

–Buenas noches –dijo. Hizo un gesto con la mano al realizador para que encendiera las luces del público. Paola vio con incredulidad cómo aquel hombre la seguía mirando–. Pareces algo escéptica.

–¿C-cómo? –balbuceó la joven. Pensaba que desde el escenario los

artistas no podían ver al público. Quizá el problema era que había estado demasiado cerca del escenario.

–Puedo detectar cuándo alguien no cree en nada de lo que está viendo – dijo él. A Paola le pareció que se estaba divirtiendo a su costa y su indignación creció todavía más.

–Bueno, la verdad es que sí, me parece todo un poco difícil de creer – soltó Paola, con toda la seguridad de la que fue capaz, teniendo en cuenta que había por lo menos cien pares de ojos observándola.

–¿Quieres subir al escenario, por favor?

Paola tragó saliva. No, no quería. Sin embargo, quizá fuera algo interesante para su investigación. Así que se levantó y cruzó el pasillo, tratando de mantener el equilibrio sobre sus tacones. Subió al escenario y cruzó una extraña mirada con aquel hombre. Probablemente no llegaba a los treinta y cinco años, pero en sus ojos se podía leer una experiencia y un recorrido insólitos para su edad. Eran oscuros y profundos. Su sonrisa calmada y su voz, grave, parecían meterse en la cabeza de uno.

–¿Quieres experimentar tú misma el poder de la hipnosis?

–Sí –contestó, algo nerviosa. No es que creyera en la hipnosis, más bien al contrario, creía que era una absoluta tontería y que probablemente todo estaba amañado. Sin embargo, por algún motivo que no alcanzaba a entender, aquel hombre la ponía nerviosa.

–¿Cómo te llamas?

–Paola.

–Muy bien, Paola. Lo primero que debes saber es que si alguien no quiere ser hipnotizado, será imposible para mí acceder a su subconsciente, ¿de acuerdo? ¿Me dejarás entrar?

–Sí –contestó, todavía sin creer ni una palabra. Sin embargo, estaba dispuesta a intentarlo. Por su investigación.

–Cruza las manos frente a tus ojos y levanta los dedos índices para que se queden uno frente al otro, por favor –pidió. Paola obedeció–. Ahora fija tu mirada en ellos e imagina que cada uno es un imán. Sentirás cómo los dedos se van juntando, poco a poco, muy lentamente, hasta quedar enganchados cómo si

hubiera pegamento entre ellos.

Paola hizo lo que le decía y, sin poder salir de su asombro, vio como las yemas de sus dedos se aproximaban a medida que él hablaba, hasta quedar completamente pegadas.

–Sentirás que ya no son solo tus dedos, sino tus manos las que se quedan pegadas. Cada vez más y más fuerte. Tanto, que aunque quisieras, no las podrías separar.

Paola volvió a hacer lo que le pedía y comprobó que sus manos estaban completamente selladas. Intentó separarlas, pero no pudo. Frunció el ceño, sin comprender muy bien lo que estaba pasando.

–Y ¡ya!, duermes –dijo Lorenzo Santillán con voz sonora tocando suavemente la frente de la joven.

Paola no pudo evitarlo y cayó como un plomo. Sintió el brazo de Lorenzo rodeando su cintura para que no se estrellara contra suelo y la tumbó con cuidado sobre el sofá que había en el centro del escenario.

–Ahora imagina unas escaleras con una puerta al final. Las vas subiendo, una por una. A medida que avanzas, irás cayendo en un sueño cada vez más profundo. Esa es la puerta de tu subconsciente, cuando llegues, imagina que la abres. Entonces, me dejarás entrar.

Paola tenía los ojos cerrados. Era consciente de que, de alguna manera, aquel hombre había conseguido hipnotizarla. Al entrar en ese estado, la joven no sintió que su voluntad desaparecía, sino que él la guiaba en su sueño. Oía las exclamaciones de asombro del público y la voz de Lorenzo Santillán resonando en la lejanía, pero no podía despertar. Era una sensación extraña.

–¿Cuál es tu mayor miedo? –le preguntó entonces el hombre.

–Quedarme encerrada en lugares pequeños.

–Claustrofobia entonces.

–Sí.

–Las fobias se crean en nuestra mente cuando somos muy jóvenes, tanto que probablemente ni siquiera podamos recordar cuándo surgió ese temor. Hoy voy a hacer que Paola olvide su miedo gracias a la hipnosis.

Paola escuchó cómo el hombre se dirigía al público. Pensó que sería imposible que le quitara aquel miedo. La había acompañado desde que tenía uso de razón. Un temor irracional a los ascensores y a los lugares demasiado pequeños. Sin embargo, el hombre se acercó a ella y le tocó el brazo.

–Bien, Paola, ahora vamos a ir atrás en el tiempo. Imagina que vuelves a ser una niña...

Paola pensó en su infancia, en sus padres sonriéndole en el patio de su vieja casa. Y de repente, su imagen quedó sustituida por la de dos desconocidos. Un hombre y una mujer. Quizá algo más jóvenes que sus padres, sonriéndole de la misma manera afectiva. Iban vestidos de un modo extraño. Él con un traje elegante y ella con lo que parecía un vestido de inicios del siglo XX. Sin embargo, no tuvo tiempo a ver más, sus padres volvieron a aparecer y ahora estaban jugando en el columpio del parque de enfrente de su casa.

–Intenta recordar la primera vez que sentiste miedo a estar encerrada.

Paola se concentró de nuevo y acudió a su mente un recuerdo extraño. Ya no era una niña, sino adulta. Sin embargo, estaba segura de haber pasado miedo alguna vez durante su infancia cuando estaba encerrada en los armarios jugando al escondite. Arrugó las cejas, intentando entender lo que estaba pasando. Aquella, de bien seguro, no era la primera vez que había sentido claustrofobia. Ni siquiera recordaba haber estado en aquel lugar. Se encontraba en una especie de bodega oscura y pequeña. Estaba escondida detrás de una barrica de roble, con la respiración agitada, tapándose la boca para que nadie pudiera oírla. Entonces, escuchó unas voces en la lejanía y su corazón se aceleró todavía más. Sus piernas empezaron a temblar.

–¿Has encontrado el momento? –preguntó Lorenzo.

–Sí –contestó algo insegura.

–Bien. Ahora te sentirás tranquila, nada puede pasarte. En vez de encerrada, te sentirás libre, como si estuvieras en los brazos de tu madre. Es un lugar pequeño, pero reconfortante.

Paola se tranquilizó unos instantes y su respiración volvió a la normalidad, hasta que una de aquellas voces que escuchaba en su mente se acercó más adónde ella estaba. Volvía estar en aquellas bodegas.

–¿Qué haces aquí, querida? –oyó que decía una voz masculina. Y vio a un hombre al lado del barril tras el que se ocultaba. Tenía alrededor de treinta años e iba vestido con un pantalón de traje y un chaleco elegante, aunque estaba algo despeinado, como si llevara horas despierto y alterado—. Vamos –espetó, agarrándola por el brazo bruscamente.

Paola chilló y empezó a dar manotazos al aire, tratando de liberarse de su captor. Lorenzo Santillán se dio cuenta de que algo no iba bien y decidió despertarla.

–Ahora, cuando diga “ya”, volverás a la normalidad. ¡Ya!

Paola abrió los ojos, desconcertada. Miró a su alrededor y recordó dónde estaba.

–¿Estás bien? –preguntó el hombre.

–Sí –murmuró la chica, sin estar demasiado segura.

–Entonces, cuando quieras puedes volver a tu sitio.

Paola se levantó y se dirigió hasta su fila ante el completo silencio del público. Sin embargo, cuando llegó hasta allí, decidió que ya había tenido suficiente. Necesitaba que le diera el aire. Así que en vez de volver a su silla, caminó hasta la salida de aquel magnífico teatro sin volver la vista atrás, ante la mirada de desaprobación de algunos espectadores.

CAPÍTULO 2

13 de enero de 1918

Victoria Saavedra se estremeció de frío y se arrebujó todavía más en la manta. Tomó la taza de café caliente que Sofía, su criada, acababa de dejar sobre la mesa de su despacho y se calentó las manos en ella.

—¿Quiere que ponga otro tronco en el fuego, señorita? —preguntó la doncella con el tono formal que acostumbraba a utilizar cuando se dirigía a ella. Victoria la miró con una sonrisa y asintió levemente.

—Sí, por favor. Creo que si el tiempo sigue así acabaré por congelarme.

Sofía reprimió una carcajada ante la exageración de la joven. Aunque ella tan solo era unos años mayor que Victoria, tenía la sensación de haber vivido dos vidas más que ella. La heredera de la casa Saavedra había crecido entre algodones, sin más problemas que decidir qué ponerse al día siguiente. Sin embargo, a pesar de sus caprichos, Sofía la conocía lo suficiente para saber que en el fondo era una joven alegre y con un corazón bondadoso.

A veces sentía lástima por ella. Aunque tenía más dinero del que podía contar, Victoria apenas había salido de la mansión de sus padres. No solía estar invitada a fiestas ni acontecimientos sociales, simplemente, porque no tenía amigos. Y es que no había tenido demasiadas oportunidades de relacionarse con gente de su edad. No había ido a un colegio internado como el resto de las niñas de su estatus, sino que toda su educación había estado a cargo de una institutriz que, por suerte, había sido diligente con ella. Victoria sabía hablar varios idiomas y estaba especialmente cultivada en literatura y matemáticas, pero se sentía terriblemente sola.

Después de finalizar sus estudios, había empezado a ayudar a su padre en algunos asuntos de los viñedos de la familia, pero el viejo Saavedra había intervenido rápidamente al ver que su pequeña se mezclaba con los trabajadores y empezaba a trabar amistades que no le interesaban. Se limitó a decir que los hombres la miraban demasiado y la apartó del trabajo, relegándola a la gestión de la distribución del vino desde la oficina de la mansión. Victoria enfureció y no le dirigió la palabra a su padre durante semanas. En el fondo, la joven sabía que su padre era el culpable de su soledad. La quería proteger tanto del mundo exterior que la estaba ahogando

en su propia burbuja. Sofía desaprobaba la actitud del señor de la casa, pero nunca se lo dijo a Victoria.

No estaba bien morder la mano de quien te da de comer. A pesar de todo, Sofía podía llegar a entender porqué el señor Saavedra se preocupaba tanto por conservar la pureza de su hija. En sus manos estaba una herencia millonaria, y Victoria era una belleza salvaje difícil de ocultar. Su cabello castaño y algo rebelde entornaba unos rasgos dulces, entre los que destacaban unos enormes ojos oscuros. Sus movimientos eran gráciles y su piel de porcelana la hacía parecer un ángel. Sofía sabía que muchos interesados podían acercarse a ella en busca de su fortuna o su belleza. Pero Victoria no entendió la decisión de su padre de aislarla y desde entonces la relación con su progenitor había sido nefasta.

Por eso, le extrañó que el señor Julián Saavedra entrara en el despacho para ver a su hija aquella mañana. Solía evitarla. No podía soportar la mirada llena de reproche de su hija.

–Buenos días, Victoria –dijo el hombre.

–Hola, padre –respondió, sin levantar la mirada del papel–. ¿A qué debo el honor de su visita? –preguntó con ironía.

Julián frunció los labios ante el tono de su hija, pero estaba allí en son de paz. Si discutían, no lograría su objetivo, así que tomó aire y contestó pausadamente.

–Esta noche tenemos invitados.

Victoria levantó la vista de los documentos que estaba revisando y la posó sobre su padre. No solía venir nadie a la mansión. Su padre era muy selectivo con las visitas a las que dejaba entrar en esa casa.

–¿Y? –respondió con desdén, fingiendo que no le importaba demasiado.

–Quiero que te pongas tus mejores galas. Es una visita muy importante.

Victoria iba a soltarle alguna impertinencia, pero su padre se marchó antes de que pudiera replicar. Resopló y dejó caer los papeles sobre la mesa, frustrada, preguntándose quién sería tan importante como para que su padre se dignara a avisarla.

–Sofía –dijo Victoria, mirando a la criada, que se había echo a un lado

para limpiar el polvo mientras padre e hija hablaban—. Ya lo has oído. Tendremos que sacar lo mejor de mi armario esta noche.

Sofía asintió y guardó silencio, percibiendo el enfado de Victoria.

Victoria se colocó un vestido de color negro con incrustaciones brillantes y doradas, que se había hecho traer de París tan solo unas semanas atrás. Era digno de una gala, pero no había tenido ocasión de estrenarlo hasta aquella noche. Sofía la ayudó a peinarse y maquillarse.

—Está preciosa —le dijo con admiración. Aquel vestido realmente resaltaba su belleza. Victoria le sonrió, aunque su sonrisa nunca llegó a sus ojos. No estaba feliz con aquella visita. Por más vueltas que le había dado durante todo el día, no había logrado adivinar de quién podía tratarse. Si hubieran sido algunos parientes, su padre no le hubiera exigido ponerse una indumentaria tan formal. Cogió un pequeño bolso de mano que había dejado sobre el tocador y bajó las escaleras hasta el piso principal de la mansión. Se sorprendió al descubrir a su padre y su madre de pie en el salón, como si esperaran ansiosos aquella visita. Ellos también iban vestidos de gala. Victoria se fijó en su madre. Todos hablaban de lo bella que había sido en sus años de juventud, pero a Victoria le costaba imaginarla. Tantos años al lado de su padre habían hecho que su piel adquiriera un tono macilento. Sus ojos vivaces se habían ido apagando, igual que el deseo que algún día había sentido por Julián. Y ahora era tan solo una mujer corriente atrapada en un matrimonio sin amor.

—Oh, Victoria, estás aquí —dijo su madre con una sonrisa dulce al verla. Sin embargo, su hija la miró algo fríamente. No le guardaba rencor de la misma manera que a Julián, pero la culpaba por no haberla defendido de su sobreprotección. Había sido demasiado débil como para llevarle la contraria a su marido y había sido cómplice de su condena a la soledad. A Victoria le costaba perdonarla por ello.

—Has tardado mucho. Estarán a punto de llegar —espetó su padre, molesto. Victoria apretó las mandíbulas, enfadada, pero no dijo nada.

Entonces, sonó el timbre de la puerta principal. Sintió cómo su padre se ponía tenso a su lado. ¿Por qué estaba tan nervioso? Mariana, otra de las sirvientas de la casa, se apresuró en ir a abrir la puerta y recibir a los invitados, que no tardaron en entrar en el salón.

Victoria observó con curiosidad a una mujer de unos sesenta años. Su vestimenta exquisita, su peinado impoluto y las joyas que adornaban su cuello revelaban que era inmensamente rica, quizá hasta más que ellos. Victoria desvió la atención hacia el hombre que había a su lado. Él era mucho más joven, probablemente su hijo. No era especialmente guapo, pero su porte era elegante. Victoria se quedó unos segundos descolocada cuando los pequeños ojos marrones de aquel hombre se posaron sobre ella. No le gustó cómo la miraba, con una mezcla de fascinación y aires de grandeza.

–Buenas noches, señora Montenegro –saludó su padre, besando la mano de aquella mujer y haciendo una pequeña reverencia con la cabeza–. Le presento a mi querida mujer, Inés –dijo con un fingido tono cariñoso que a Victoria le provocó ganas de vomitar. La mujer le sonrió afectivamente a su madre y luego la miró a ella–. Y esta es mi hija, Victoria.

–Una gran belleza, sin duda –observó la mujer.

Victoria le dedicó una sonrisa forzada. No le gustaban los cumplidos.

–Encantada, señora Montenegro –respondió.

–Este es mi hijo, Hernán –dijo, presentándolo por su nombre de pila. Victoria se puso tensa cuando aquel hombre tomó su mano sin quitarle los ojos de encima. En aquel momento decidió que aquel tal Hernán no le gustaba.

–Pasemos a la mesa –dijo su padre cuando terminaron las presentaciones.

Sus padres se sentaron de tal manera que prácticamente la obligaron a situarse frente a Hernán. Victoria quizá no había visto mucho mundo, pero no era tonta. Todo aquello no tenía buena pinta. Sospechaba que, tras aquella visita, se ocultaba alguno de los maquiavélicos planes de su padre.

–Señora Montenegro, me dijo que Hernán hace tan solo unos meses que ha regresado de Francia, ¿no es cierto? –introdujo Julián, buscando un tema de conversación.

–Oh, sí. Estuvo allí estudiando derecho en la Universidad de París –explicó la mujer con el pecho henchido de orgullo.

–¿Y qué tal le fue por París, señor Montenegro? –preguntó la madre de Victoria con una sonrisa amable.

–Puede llamarme Hernán. Es realmente una ciudad llena de vida –explicó

el hombre—. Aunque no hay mujeres tan bellas como aquí —dijo con galantería, desviando sus ojos hacia Victoria. La joven lo quiso fulminar con la mirada, pero se abstuvo y se limitó a sonreír.

—¿Dónde estudió usted, señorita Saavedra? —preguntó de repente aquella mujer.

—Victoria tuvo su propia institutriz. Habla cuatro idiomas y tiene conocimientos avanzados de literatura y matemáticas —expuso su padre orgulloso.

Victoria lo miró con disgusto, aquella cena parecía una subasta. ¿De qué iba todo aquello?

—Serían la pareja perfecta —dijo la señora Montenegro. Victoria estuvo a punto de atragantarse con el filete. ¿Así que era eso? ¿Sus padres estaban intentando emparejarla con Hernán? Miró al hombre horrorizada, pero para su asombro lo encontró sonriendo.

—Sería realmente un honor estar junto a una mujer así.

Victoria sintió repulsión y se puso en pie.

—Me siento un poco indispuesta —dijo, fingiendo dolor de cabeza—. ¿Me disculparían esta noche?

—Oh, por supuesto querida —dijo la señora Montenegro.

—Buenas noches —susurró justo antes de dar media vuelta y subir las escaleras hasta su habitación, huyendo despavorida de aquella encerrona.

CAPÍTULO 3

15 de julio de 2018

Paola se levantó con dolor de cabeza, como si hubiera bebido demasiado alcohol la noche anterior. Se incorporó y se quedó sentada en la cama un rato, tratando de recomponer lo que había sucedido en el teatro. Era como un sueño lejano. ¿De verdad aquel hombre la había hipnotizado? ¿Qué habían sido aquellas imágenes que habían aparecido de repente en su mente? ¿Quiénes eran aquellas personas que había visto en unas bodegas?

Fue a darse una ducha fría para quitarse el sudor y el calor de encima. Al entrar, se miró en el espejo y tuvo una sensación extraña al verse, como si no acabara de reconocer a la persona que la miraba desde su reflejo. Sin duda, era su mismo cabello castaño, ondulado y rebelde de siempre. También su nariz menuda y sus labios pequeños y carnosos parecían los mismos. Sin embargo, sus ojos grandes y oscuros parecían asustados. Frunció el ceño y sacudió la cabeza. Probablemente todavía estaba algo desorientada por culpa de la hipnosis.

Cuando se despejó, se preparó un café y se sentó frente al ordenador, dispuesta a escribir su artículo sobre Lorenzo Santillán. Sus dedos se quedaron quietos sobre el teclado y su vista se mantuvo fija en la hoja en blanco que tenía frente a ella. ¿Qué demonios iba a escribir? En realidad, no tenía nada. Su visita al teatro, en vez de ser reveladora y descubrir a un farsante, no había hecho más que confundirla. ¿Y si aquel hombre de verdad podía hipnotizar a la gente? ¿Cómo iba a decirle eso a su recién estrenada jefa? Se llevó las manos a la cara, agobiada. Se levantó de la silla y cogió el bolso. Necesitaba un poco de aire. El calor le resultaba asfixiante en aquel pequeño piso que había alquilado tan solo hacía unos meses en el centro de la ciudad. Salió del edificio y respiró una bocanada de aire, pero sus pulmones se llenaron con más calor.

Resopló y empezó a caminar, tratando de olvidar el martilleante dolor de cabeza con el que se había despertado aquella mañana. Mientras dejaba que sus piernas la guiaran por el barrio sin prestar atención a su recorrido, Paola seguía dándole vueltas a la cabeza. ¿De qué otro modo podía desenmascarar a aquel hombre? En Internet no había encontrado ninguna información negativa sobre él y parecía que la hipnosis de su espectáculo era auténtica.

Ella misma lo había vivido en sus propias carnes, aunque todavía tenía la esperanza de que todo aquello hubiera sido fruto de algún truco. Sin embargo, en el fondo, sabía que había sido demasiado real. Se llevó las manos a las sienes, tratando de relajar la tensión que se había alojado allí desde que había despertado de aquella hipnosis. Se sentía algo mareada, así que se acercó a la fuente que se encontraba en el centro de la plaza del ayuntamiento. Se remojó la frente y la nuca y sintió algo de alivio. Se sentó en uno de los bancos y observó cómo los niños jugaban con el agua, correteando uno detrás de otro.

Entonces, sintió otra punzada de dolor en la cabeza. Cerró los ojos y cuando los abrió, ya no se encontraba en aquella plaza. Estaba rodeada de bosque y sujetaba las riendas de un caballo, que guiaba hacia un pequeño manantial de agua natural. Junto a ella, un hombre que vestía un traje anticuado hacía lo mismo con su corcel. Escuchó de fondo su propia risa, retumbando alegre y despreocupada en su pecho. Él hablaba animadamente. Debía de ser algo mayor que ella, sin embargo, no podía verle bien el rostro.

–Señorita, ¡señorita! –Paola sintió una mano zarandeando su hombro y abrió los ojos espantada. Se encontró a un jubilado sentado a su lado en el banco, mirándola con gesto preocupado—. ¿Se encuentra bien?

–¿Eh? –Paola lo miró desconcertada. ¿Qué había sido esa visión? No era un recuerdo. Imposible. Ella nunca había estado en un lugar así. Sintió la respiración agitada en su pecho, incapaz de mantener la calma.

–¿Se encuentra bien? Parecía que se hubiera desmayado –repitió el hombre, que seguía observándola.

–Sí, sí –se apresuró en contestar Paola a la vez que se levantaba del banco precipitadamente—. Estoy bien –añadió, aunque en el fondo sabía que aquello no era cierto. El dolor de cabeza parecía ir en aumento. Comenzó a andar de nuevo sin rumbo, callejeando por las estrechas calles del casco histórico de la ciudad. Descubrió una pequeña farmacia en una esquina y se detuvo frente a ella. *Botica Ros*. Solía pasear por ahí habitualmente y no recordaba haberla visto nunca. Observó el local con curiosidad. Aunque tenía que haberse inaugurado recientemente, la puerta parecía antigua y crujió con un sonido a viejo cuando la abrió. Odiaba tomar medicamentos y solía aguantar los dolores de cabeza hasta que se marchaban solos, pero aquello era distinto. El dolor apenas la dejaba pensar, así que pediría algo fuerte para calmarlo.

Cuando entró, no vio a nadie allí. Se sorprendió al descubrir viejas estanterías de madera con ribetes antiguos de estilo modernista. Los estantes estaban repletos de frascos de cristal, como solía ser habitual antiguamente. Le extrañó la decoración. El propietario debía de ser un nostálgico, aunque le pareció una manera original de atraer clientes. Por lo menos, el sitio era distinto a las farmacias habituales y se asemejaba a las antiguas boticas de inicios del siglo XX que se veían en las películas. Cuando se encontraba analizando algunos de esos frascos, escuchó el crujir del suelo de madera a sus espaldas y dio un respingo, como si la hubieran pillado *in fraganti*. Frente a ella se encontraba un hombre poco mayor que ella, con unos penetrantes ojos grises que la estudiaban con curiosidad. Su cabello castaño estaba peinado hacia atrás y era algo más corto en las sienes. Iba vestido de forma elegante, con un traje oscuro y una camisa blanca impoluta. Paola sintió que se le cortaba la respiración al verlo. Probablemente era el hombre más guapo que había visto nunca. Se quedaron observándose el uno al otro lo que a Paola le pareció una eternidad. El hombre también parecía fascinado.

—¿Cómo ha podido entrar? —preguntó él finalmente con una voz algo ronca que hizo que se le erizaran los cabellos de la nuca.

—Bueno, la puerta está abierta —balbuceó nerviosa, sintiéndose estúpida. Claro, era domingo, probablemente la farmacia estaba cerrada y ella se había colado como una ladrona.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita? —preguntó él, metiéndose tras el mostrador. Paola lo observó todavía con más curiosidad. ¿Por qué hablaba de aquella manera tan formal?

—Tengo un dolor de cabeza insoportable —confesó.

—Pruebe esto —dijo, ofreciéndole un frasquito de los de la estantería. Paola lo miró con escepticismo, pensaba que aquellos recipientes eran objetos meramente decorativos.

—¿No tienes algo más normal? No sé, un ibuprofeno o un paracetamol —explicó.

—¿Es usted boticaria? —preguntó arqueando las cejas. Paola lo miró divertida por su forma de hablar y aguantó una carcajada.

—No, no, para nada —se apresuró en aclarar.

–¿Ha dicho paracetamol? –murmuró, pensativo, negando con la cabeza. Paola se quedó en silencio y volvió a sentirse estúpida. Probablemente había entrado en una herboristería de productos naturales y había ofendido a aquel hombre pidiéndole marcas comerciales—. Pruebe esto, es bastante novedoso, se llama fenacetina –acabó diciendo, mirando de nuevo al frasquito.

–Eh... gracias –dijo la chica, cogiendo la botellita que le ofrecía, todavía mirándolo dudosa. No había oído hablar nunca de aquel producto—. ¿Cuánto es?

–No parece muy convencida –contestó él, ladeando la cabeza.

–Es que no soy muy amante de tomar productos naturales.

–No hace falta que me pague ahora –dijo—. Pruébelo un par de días. Si se le marcha el dolor de cabeza, estaré encantado de aceptar su dinero. Sino, puede devolverlo.

Paola lo miró sorprendida. Aquel negocio no duraría demasiado si se fiaba de los clientes de una manera tan ingenua.

–No puedo aceptarlo –dijo la joven.

–Tómelo, por favor –contestó él, rodeando la mano de Paola con la suya alrededor del frasco. La chica sintió que se le cortaba la respiración al sentir su piel contra la palma de su mano. Acabó asintiendo en silencio y se marchó precipitadamente, incapaz ni siquiera de despedirse de aquel atractivo desconocido.

CAPÍTULO 4

14 de enero de 1918

Victoria no le dirigió la palabra a nadie en toda la mañana, estaba demasiado enfadada. ¿Qué pretendían sus padres con la visita de los Montenegro? ¿Acaso querían emparejarla con Hernán? Ni siquiera le había caído bien. Le había parecido petulante y engreído. Se puso los pantalones y las botas de montar y fue hasta la cuadra.

–¿Podrías ensillar a Petra? –le pidió a uno de los mozos que se cruzaron por su camino. El chico asintió nerviosamente y se apresuró en traerle a su yegua, sin atreverse a mirar a la joven. No estaba acostumbrado a ver a mujeres con pantalones. A pesar de las continuas protestas de su padre, Victoria continuaba desafiándole y montaba a caballo siempre que le venía en gana. Y cuanto más discutía con él, más ganas le entraban de subirse a su yegua y perderse por los inmensos viñedos y campos que circundaban el cortijo.

Victoria miró a Petra con cariño y acarició su alargado rostro con cuidado. La yegua pareció sonreírle. Entonces, se subió a su lomo y se giró hacia el chico justo antes de espolearla.

–Estaré fuera un par de horas.

Victoria se adentró entre los viñedos y sintió el viento despeinando su moño, que acabó por deshacerse por completo. Aquellos eran los únicos momentos en los que se sentía liberada de su asfixiante familia, de su mundo de apariencias y falsedades. Cuando se calmó un poco, paseó más tranquilamente sobre Petra, observando a los trabajadores que labraban los campos de los Saavedra. Llegó hasta las bodegas, otro de sus sitios favoritos dentro de aquella cárcel. A pesar de lo mal que se llevaba con su padre, le gustaba aquel negocio. Le encantaba la vendimia y ver el proceso de elaboración del vino, en el que solía participar a pesar de las reticencias de su progenitor. Bajó del caballo y anudó las riendas junto a un bebedero, en el que Petra sació su sed. Victoria entró en la bodega y se adentró entre las barricas de roble, supervisando que todo estuviera en su sitio. Cerró los ojos y aspiró el olor a uva fermentando. Cuando los abrió de nuevo, ahogó un grito al descubrir a un hombre mirándola fijamente, con los brazos cruzados y una sonrisa condescendiente en los labios.

–Supongo que debes de ser Victoria –dijo él, resiguiendo su cuerpo con la mirada. La joven de repente se sintió desnuda con aquellos estrechos pantalones que reseguían sus caderas. Tomó aire y se sacudió aquel sentimiento de encima.

–¿Quién es usted? ¿Y qué hace en mis bodegas? –preguntó la chica con autoridad en la voz. No le gustaba que los trabajadores entraran en aquel lugar. Tan solo permitía que Rodrigo, el viejo sumiller, anduviera por ahí para comprobar que todo estaba en orden. Era el único en quien confiaba para lograr el mejor vino. Las bodegas tenían que mantener un perfecto equilibrio y nadie debía disturbar la paz que allí se respiraba. Era importante para la cosecha.

–Me llamo Levi –dijo el hombre, tendiéndole una mano y acercándose hasta ella. En aquella penumbra no había podido analizarlo con detenimiento, pero al verlo de cerca, se percató de que era más joven de lo que le había parecido a primera vista. Observó sus profundos ojos oscuros, que parecían escrutar hasta lo más hondo de su mente y se sintió nerviosa. Él le sonrió y la joven lo miró con disgusto, incapaz de admitir que le resultaba atractivo. Tendió la mano y se sintió inquieta al sentir la fuerte palma de su mano contra la suya–. Encantado de conocerte.

Victoria lo miró molesta. Nadie se atrevía a tutearla sin, al menos, pedirle permiso primero. ¿Quién se había creído que era ese hombre?

–No ha contestado a mi pregunta –espetó ella–. ¿Qué hace aquí?

–Soy el nuevo sumiller.

–¿Qué? –exclamó, sin poder creer lo que estaba oyendo–. ¿Y Rodrigo?

–Supongo que hablas del viejo sumiller. Creo que deberías preguntarle a tu padre.

Victoria apretó las mandíbulas sin quitarle los ojos de encima. Si percibió su disgusto, Levi lo disimuló con una sonrisa descarada. Finalmente, la joven dio media vuelta y subió a su yegua, completamente airada, de vuelta a la casa. Tenía que hablar con su padre.

–¿Se puede saber qué ha pasado con Rodrigo? –preguntó Victoria a bocajarro, entrando como un toro embravecido en el despacho de su padre.

Julián levantó los ojos de los informes que estaba leyendo, molesto por la interrupción.

–¿No te hemos enseñado modales? –soltó.

–No me venga con tonterías ahora, padre. ¿Dónde está Rodrigo?

–Sabes de sobra lo mayor que está. Necesitaba descansar, así que acordamos su jubilación hace unos días.

Victoria lo miró frunciendo los labios. Era consciente de la edad de Rodrigo, pero también sabía perfectamente que aquel hombre jamás hubiera abandonado las bodegas voluntariamente, prácticamente se había criado entre aquellas barricas y ese lugar era toda su vida. Estaba convencida de que la idea de aquella repentina jubilación era tan solo de su padre.

–Vamos, no me mires así –continuó Julián–. Ya estaba muy mayor, necesitamos ideas nuevas, Victoria. Ha surgido nueva competencia en estos últimos años y no podemos permitirnos quedarnos atrás.

–¿Y ni siquiera pensó en consultarme, padre? –repuso tratando de mantener la calma.

–¿Qué se supone que tenía que preguntarte a ti? –espetó Julián con desdén en la voz–. Sabía que no querrías que Rodrigo se marchara.

–Pero ese tal Levi no parece ningún genio.

–Ni siquiera sabes las referencias que tiene. Lo estás juzgando tan solo porque te sientes molesta.

Victoria resopló.

–Rodrigo tenía décadas de experiencia, en cambio este chico...

–Este chico ha estado en las mejores bodegas de la Rioja y trabajó durante años en los viñedos de Languedoc –la interrumpió–. Sabe lo que se hace.

–Lo que usted diga –murmuró, dando media vuelta y saliendo por la puerta igual o más enfadada de lo que había entrado.

Sofía cepillaba el cabello suave y ligeramente rebelde de Victoria. La miró con cierta preocupación, la joven llevaba toda la tarde enfurruñada. No era habitual que no hablara en horas y que se quedara mirando fijamente por la

ventana, aquello tan solo podía significar que algo había pasado con su padre. Si alguien lograba sacar a Victoria de sus casillas, ese era Julián.

–¿Se encuentra bien, señorita? –preguntó Sofía, algo temerosa de que le dijera que se metiera en sus propios asuntos. Sin embargo, Victoria nunca era desagradable con ella, así que le sonrió.

–Sí, no es nada. Tan solo he vuelto a discutir con mi padre. ¿Sabías que Rodrigo se ha jubilado? –preguntó la joven.

–Oh, sí, fue muy repentino, pero nos dio tiempo a prepararle una pequeña fiesta en la zona del servicio. Fue un momento triste, pero creo que estuvo contento de poder despedirse de nosotros.

Victoria trató de disimular que sus ojos se habían llenado de lágrimas. Ella no había tenido la oportunidad de despedirse.

–¿Sabes dónde vive ahora?

–Sí, en el pueblo.

–Quizá pueda ir a visitarle un día.

–Oh, seguro que le hará mucha ilusión. No paraba de repetir que sentía mucha pena por no poder despedirse de usted. Claro, de la noche a la mañana...

–Después de todo lo que ha hecho por estas bodegas –musitó Victoria, entre apenada y furiosa–. ¿Y ese tal Levi? ¿Lo has conocido?

–¡Ya lo creo! Todas las muchachas suspiran por él.

Victoria le dedicó una mueca de disgusto.

–¿Por ese tipo con pinta de rufián?

–¿Por qué dice eso? Es muy simpático con todo el mundo.

–Y un poco descarado también... –murmuró, recordando la mirada que le había lanzado en las bodegas.

–Vamos, no me negará que es atractivo –repuso Sofía con una sonrisa traviesa.

–¡Por supuesto que no es atractivo! –gruñó, molesta.

–Dele un voto de confianza, es un buen hombre –insistió Sofía.

Victoria asintió, no muy convencida.

Victoria bajó a cenar con un simple vestido gris. Sabía que no tendrían visita y prefería estar cómoda. Cuando llegó al salón, suspiró aliviada al comprobar que tan solo su madre se encontraba sentada frente a la mesa. Quizá aquella noche su padre no cenara con ellas y pudieran tener una velada tranquila.

–Hoy cenaremos solas –confirmó su madre–. Tu padre ha salido a cenar con un empresario–. Victoria asintió, aunque sabía perfectamente qué clase de negocios debía tratar su padre a aquellas horas de la noche. Hacía años que se habían terminado las discusiones acaloradas por culpa de sus amantes. Inés se había resignado. Victoria se sentó frente a ella, incapaz de entender cómo podía soportar una vida así junto a su padre. Sofía trajo una cena sencilla, que nada tenía que ver con el copioso manjar que habían compartido la noche anterior con los Montenegro.

Victoria empezó a comer sin decir nada. Nunca sabía de qué hablar con su madre, así que, por norma general, se quedaban en silencio la una junto a la otra. No les hacía falta compartir los reproches silenciados por ambas partes. Sabían que no serviría de nada hablar. Sin embargo, aquella noche Inés Saavedra se aclaró la garganta nerviosamente.

–Tenemos que hablar.

Victoria levantó los ojos de la sopa y los posó sobre su madre, asombrada por que hubiera roto el silencio.

–Adelante –dijo, cuando se recobró de la sorpresa.

–Imagino que habrás supuesto que la cena de ayer con los Montenegro no fue casual. –La joven puso cara de disgusto y asintió–. Son una familia muy rica, Victoria. En cambio, nosotros... Ya sabes que últimamente las ventas de las bodegas han caído en picado y que los costes de mantener todo esto son enormes. Necesitamos dinero, y los Montenegro necesitan un status. Y ahí está nuestra oportunidad. Nosotros tenemos algo que ellos no pueden comprar.

–¿El qué?

–Títulos nobiliarios.

–¿Qué me está queriendo decir, madre?

–Si Hernán y tú os casarais, nosotros tendríamos su soporte económico y ellos entrarían a formar parte de la nobleza.

–¿Qué? –exclamó Victoria, incapaz de creer lo que estaba escuchando–. ¿Quieres que me case con él por dinero?

–No lo mires así, hija.

–¿Cómo quiere que lo mire, entonces? ¡Ni siquiera me ha preguntado si Hernán me gusta!

–El amor es tan solo una idea romántica que tienes ahora, Victoria –respondió su madre con tono condescendiente–. Con los años te darás cuenta de que toda esa pasión se apaga. Así que tienes que enfocar el matrimonio de manera racional, piensa en lo que supondrá para ti a largo plazo. Si te casas con él, tendrás una vida acomodada, no tendrás que preocuparte por nada. Serás una pieza importante de la sociedad.

–¿Cómo puede verlo tan fríamente? –murmuró Victoria con incredulidad. ¿Acaso su madre nunca había sentido verdadero amor por nadie?

–La vida no es tan simple como parece, cariño –insistió con tono comprensivo.

–¡No pienso casarme con él! –gruñó la joven, levantándose de la mesa de un brinco–. Sé que todo esto es cosa de padre. ¿Sabe qué? Cuando le pregunte cómo ha ido nuestra pequeña charla, dígame de mi parte que ya no estamos en la edad media y que yo decidiré con quién me caso.

–¡Victoria! –exclamó su madre, sorprendida ante tanta rebeldía. Sin embargo, la joven ya había salido disparada del salón en dirección a las cuadras. Tan solo acariciar a Petra podría calmarla.

CAPÍTULO 5

17 de julio de 2018

El martes por la mañana, Paola abrió los ojos con aire renovado. El boticario había tenido razón. Aquella medicina había resultado ser una maravilla y sus dolores de cabeza se habían ido calmando considerablemente. Sin embargo, por las noches, seguía viendo extrañas imágenes en sus sueños, como si fueran viejos retazos de un pasado que no recordaba haber vivido.

Entró en la oficina algo nerviosa. La fecha de entrega de su primer artículo de investigación en solitario se acercaba peligrosamente. En menos de quince días tenía que presentarle algo digno a la directora y no había avanzado en absoluto con sus pesquisas sobre Lorenzo Santillán. Al contrario, aquel incesante dolor de cabeza a raíz de su hipnosis le había impedido pensar con normalidad en los últimos dos días. Por suerte, aquel farmacéutico le había dado la solución y podría por fin retomar sus indagaciones. Se encontró a Jorge sentado en su mesa. Había sido el primero en llegar a la oficina, incluso antes que ella.

–Buenos días, Paola –la saludó su mentor con una sonrisa amable–. ¿Ya te encuentras mejor? –preguntó preocupado, consciente de la migraña que había sufrido.

–Oh, sí. Gracias –contestó con alegría.

–¿Y cómo llevas el artículo? –preguntó con sincero interés. Paola bajó la mirada hacia el suelo y se dejó caer en su silla, algo desanimada.

–Mal –respondió sinceramente.

–¿Y eso?

–No hay nada sobre ese tal Lorenzo en las redes, así que decidí ir de público a uno de sus espectáculos.

–¿Y? ¿Qué pasó?

–Me gustaría decir que nada, pero creo que realmente puede hipnotizar a la gente –dijo en un susurro, casi avergonzada por sus propias palabras. En aquella redacción, todos, incluida ella misma, eran escépticos. Jorge la miró con un brillo divertido en los ojos.

–¿Cómo puedes estar tan segura?

–Me hipnotizó –confesó con un hilo de voz, sonrojándose ligeramente. Reconocerlo era realmente bochornoso.

–Vaya, eso significaría que has encontrado al primer mago de la historia que no es un farsante.

–Vamos, no te rías de mí –gruñó, dándole un ligero golpe en el brazo–. Bastante descolocada estoy ya.

–¿Pero lo dices en serio?

–Que sí. No sé lo que me hizo, pero fue real.

Jorge la miró sorprendido. De toda aquella oficina, Paola quizá fuera la más suspicaz de todos, siempre dispuesta a descubrir a cualquier farsante.

–¿Y qué vas a hacer?

–No lo sé, tiene que haber algo. Es posible que usara algún truco...

–Igual deberías verle de nuevo.

–¿Ir otra vez a ese espectáculo?

–Sí. Quizá puedas descubrir si en el público tiene a algún gancho camuflado que le sigue la corriente durante la función –le aconsejó.

–Es buena idea –admitió–. Sí, creo que voy a comprar la entrada para este viernes.

–Así me gusta. Llega hasta el fondo de todo esto –la animó.

Paola asintió y compró la entrada inmediatamente.

Paola se sentía agotada, había estado investigando de nuevo en las redes, con el mismo resultado que las veces anteriores. Nada sobre Lorenzo Santillán, tan solo artículos y comentarios alabando sus virtudes. Resopló y miró a su alrededor. A esas horas solamente quedaba ella en la oficina. Decidió que había sido suficiente por aquel día y se levantó de la silla. Cogió su bolso, apagó las luces y salió de la redacción. Una oleada de aire caliente le dio la bienvenida al exterior. Aquel julio estaba siendo terriblemente caluroso. Empezó a caminar en dirección a su pequeño piso y de repente vio

una cara conocida en la acera de enfrente. Sonrió.

–¡Julia! –gritó, agitando el brazo para hacerse más visible.

Al otro lado, una joven de su misma edad levantó la mirada de su teléfono móvil. Posó unos bonitos ojos azules sobre ella y sonrió alegremente al reconocerla. Se apresuró en cruzar y llegó hasta ella en un santiamén.

–¡Paola! ¿Qué haces por aquí? ¿Sales ahora de la oficina? –preguntó con algo de reproche en la voz. Su amiga trabajaba demasiado. Habían estudiado periodismo juntas en la universidad y ya en aquel entonces recordaba los incansables esfuerzos de Paola para sacarlo todo adelante con sobresalientes.

–Me temo que sí.

–Te tengo dicho que no te tomes la vida tan en serio.

–Va, no me riñas, que estoy cansada.

–Venga, vamos a tomar algo por aquí. Tienes que airearte un poco.

–Pero es martes y...

–Nada de peros. Han abierto un bar nuevo en la plaza del ayuntamiento. Vamos a probarlo.

Paola se dejó arrastrar por su amiga a regañadientes. Envidiaba la vitalidad de Julia, que era capaz de pasar días y noches en pie sin que se le notara el cansancio en la cara ni en el ánimo.

Pasearon con ligereza por las calles de la ciudad, que se encontraban bulliciosas aquella noche de verano. Pronto llegaron a una plaza con una fuente en el centro.

–Mira, ahí es –anunció Julia, señalando un pequeño local en una de las esquinas.

Paola miró hacia el modesto bar que le enseñaba su amiga con una mueca de disgusto.

–Ya sé que no parece gran cosa, pero me han dicho que el café es buenísimo –insistió Julia.

–Pues habrá que probarlo.

Se sentaron en una pequeña mesa de la terraza, mirando hacia el

ayuntamiento, que se encontraba en aquella misma plaza.

–¿Cómo estás? Llevábamos ya días sin vernos –dijo Julia.

–Pues algo cansada.

–¿Y eso?

–En realidad, es por una buena razón. Me han ascendido.

–¿De verdad? –preguntó con alegría–. ¡Felicidades!

–Aunque estoy un poco asustada.

–¿Por qué? Eres la persona más eficaz que conozco, lo harás genial.

–No lo sé. Me han asignado un trabajo que no estoy segura de poder realizar con éxito.

–Por supuesto que podrás. ¿De qué se trata?

–Tengo que desenmascarar a un hipnotista famoso, pero...

–¿Qué pasa?

–Resulta que fui a su espectáculo hace poco y me hipnotizó. Pudo hacerlo realmente.

–¿Entonces no es un farsante?

–No lo sé. Estoy muy desconcertada. Y un terrible dolor de cabeza no me dejaba pensar...

–¿También tienes migrañas?

–Sí. Ya las tenía antes, pero después de la hipnosis tuve un ataque bastante fuerte.

–¿Y qué tomas? A mí a veces no se me pasa ni con ibuprofenos.

–Pues si te digo la verdad, fui a un boticario que descubrí el otro día por aquí cerca y me dio estas pastillas –explicó, hurgando en su bolso hasta dar con el pequeño frasquito. Lo puso sobre la mesa. Julia lo cogió y lo examinó extrañada.

–¿Qué es esto? No lo había visto nunca... –murmuró, analizando el bote.

–Fenacetina –contestó Paola, leyendo la etiqueta.

Julia sacó su teléfono móvil del bolso y tecleó el nombre.

–¿Ya has buscado lo que es?

–Pues no –repuso Paola–. ¿Qué dice?

Julia leyó atentamente la pantalla de su móvil con el ceño fruncido.

–¿Qué pasa? –preguntó Paola, algo alarmada por el rostro serio de su amiga.

–¿Cómo ha podido darte esto? ¡Es ilegal! –exclamó.

–¿Pero qué dices? –murmuró asustada.

–La fenacetina es un fármaco que se introdujo en terapia en 1887 y se empleó como analgésico y antipirético durante muchos años, hasta que estuvo implicado en enfermedades renales. Lo retiraron del mercado y actualmente está prohibida su venta en España –leyó Julia. Luego, la miró fijamente–. ¿Quién te ha vendido esto? ¿Quiere matarte o qué?

Paola pensó en aquel hombre, que le había dado el medicamento sin ni siquiera cobrarle. ¿Acaso tenía otras intenciones? ¿Quería engancharla a alguna droga extraña?

–Pues fue en una farmacia nueva, es cierto que el sitio tenía una pinta un poco rara, pero no pensé que... –explicó.

–¿Dónde está? –inquirió.

–Está a un par de calles de aquí.

–Vamos allí ahora mismo –dijo Julia, decidida.

–¿Pero y el café?

–Eso puede esperar. Alguien está vendiendo medicamentos ilegales. Como periodistas no podemos quedarnos de brazos cruzados. Vamos a ir a hacerle una visita –concluyó, poniéndose en pie. Paola la miró nerviosamente, pero también se levantó. Había algo en todo aquello que no encajaba. Aquel hombre había sido muy amable con ella. ¿Por qué iba a darle algo nocivo para su salud? ¿Era un perturbado? ¿Se había fiado de él tan solo porque le había parecido atractivo? Cerró los ojos, lamentando tener tan mala vista para los hombres, siempre se fijaba en indeseables. Así le había ido en el amor...

–¿Dónde es? –cuestionó Julia.

–Sígueme –dijo Paola, empezando a caminar en dirección a la pequeña calle donde había encontrado la botica. Pronto se encontró con la vieja puerta de madera por la que se accedía a aquel local. Paola miró hacia su interior, esperando ver a aquel hombre, pero parecía que estaba en la trastienda.

–¿Y bien? –preguntó Julia.

–Es aquí –anunció, señalando hacia el lugar con la cabeza.

–¿Aquí donde?

Paola la miró como si fuera estúpida.

–Pues aquí delante –dijo, señalando hacia la puerta y caminando hacia allí. Julia la detuvo por el brazo, mirándola como si se hubiera vuelto loca.

–¿Adónde vas? Ahí tan solo hay un muro.

Paola frunció el ceño y volvió a mirar hacia la farmacia. Entonces, logró distinguir el brillante cabello del boticario entre los frascos.

–Pero si está aquí mismo. Mira, está incluso el farmacéutico –insistió, acercándose hasta la puerta y poniendo la mano sobre el pomo. Fue entonces cuando el hombre notó su presencia. Clavó sus ojos grises sobre ella y le sonrió.

–Paola, me estás asustando. En serio, aquí tan solo hay una pared –sentenció Julia.

–Vamos, anda, déjate de bromas –repuso Paola, tomándola de la mano para arrastrarla hasta dentro del local. Sin embargo, en cuanto su piel entró en contacto con la de su amiga, la puerta de la farmacia desapareció por completo y tan solo pudo ver una pared frente a ella.

–¿Q-qué...? –balbuceó.

–¿Lo ves? No hay nada aquí –explicó Julia, como si hablara con un niño pequeño.

–Pero... –Paola la soltó, espantada. Y entonces la botica apareció de nuevo ante sus ojos. ¿Qué diablos estaba pasando? ¿Qué clase de truco era aquel? ¿Cómo podía un local aparecer y desaparecer? ¿Por qué solo ella parecía ver aquella farmacia?–. Perdona, tienes razón –acabó diciendo, deseando salir de aquel embrollo–. Creo que me he desorientado.

–Ya te he dicho que trabajas demasiado. Será mejor que vayas a casa a descansar y que dejes inmediatamente esas pastillas –dijo Julia, convencida de que aquel medicamento estaba haciendo que su amiga viera cosas extrañas.

CAPÍTULO 6

18 de enero de 1918

Victoria galopaba sobre Petra con la mirada fija en el pueblo que despuntaba tras las montañas. Sentía el corazón desbocado en su pecho. Nunca había salido de la mansión sin el permiso de su padre y, desde luego, nunca la habría dejado ir tan lejos sola. Casi podía escuchar sus palabras resonando en su cabeza: una mujer no debe andar sola por el mundo, una mujer no debe llevar pantalones, una mujer no debe montar a caballo. Su rostro se transformó en una mueca de desprecio. Estaba harta de aquel hombre, que parecía haberse quedado anclado en el pasado y no podía aceptar que los tiempos estaban cambiando. Pronto escuchó el bullicio de las calles del pueblo, que se estaba convirtiendo en una próspera ciudad. Bajó del caballo y lo condujo hasta el bebedero de la plaza central.

Miró a su alrededor, fascinada por los puestos callejeros de comida y verduras, ropa, mantas y enseres de todo tipo. La muchedumbre se agolpaba en las proximidades de las paradas y se escuchaban los gritos de los mercaderes, que trataban de vender toda su mercancía. Era día de mercado. Dejó a Petra descansando y se adentró entre el gentío, sin poder evitar sonreír ante aquel bullicio. A pesar de estar en pleno invierno, el calor de la multitud le impedía sentir el frío. Sonrió, feliz.

Nunca había estado tan cerca de la gente normal y pasear entre ellos como uno más le pareció casi un milagro. Su padre jamás lo habría permitido, pero el miedo a ser descubierta era menor al enfado que sentía por lo que le había hecho a Rodrigo, así que había decidido ir a visitar al viejo sumiller a pesar de las represalias que eso pudiera conllevar. Tenía que despedirse de él como era debido y pedirle disculpas por lo que Julián había hecho. Sofía le había explicado que Rodrigo se había trasladado al pueblo, pero no tenía ni idea de en qué calle podría encontrarse su casa. Se quedó pensativa unos segundos hasta que sus ojos se posaron sobre una parada del mercado en la que vendían vino a granel. Tuvo una corazonada. Con la pasión que Rodrigo sentía por el vino, estaba segura de que en algún momento debía de haber hablado con aquellos mercaderes. Se acercó lentamente hasta ellos y le sonrió a la mujer oronda que había tras el mostrador.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita? —preguntó con una gran sonrisa.

–Verá, estoy buscando a alguien –murmuró–. Se llama Rodrigo, es sumiller y...

–Oh, claro, sé perfectamente quién es –contestó con alegría, reconociendo al instante de quién le estaba hablando.

–¿Sabría decirme dónde vive? Quería visitarle, pero no sé dónde se encuentra –explicó, algo nerviosa.

–Por supuesto. Está muy cerca de aquí. ¿Ve aquella calle estrecha? –le dijo, señalando hacia el norte. Victoria asintió–. Si sigue todo recto, encontrará otro callejón a la derecha. Es la cuarta casa.

Victoria asintió y le regaló una de sus mejores sonrisas.

–Muchas gracias.

La joven se abrió paso entre la gente, en la dirección que la tendera le había indicado. Siguió sus explicaciones y pronto se encontró frente a una vieja casa, quizá de las más antiguas de la villa. No estaba demasiado segura de cómo enfocar aquella visita. Rodrigo era un hombre bondadoso, pero quizá estuviera enfadado con ella. ¿Y si no quería verla? Se sacudió las inseguridades de encima y dio unos golpes suaves en el picaporte. La puerta se abrió al cabo de unos segundos. Un hombre alto de algo más de sesenta años se quedó en el umbral, mirándola con las cejas enarcadas. Su cabello frondoso y completamente blanco estaba algo más rebelde de lo habitual, pero parecía estar en perfecto estado de ánimo.

–Victoria Saavedra –dijo en un susurro cuando salió de su asombro.

–Hola, Rodrigo –respondió la joven con una sonrisa tímida.

–Adelante, señorita –dijo con una sonrisa amable, dejándola entrar en su humilde hogar. Victoria trató de no prestar atención a los viejos muebles que parecían poder romperse en cualquier instante. También fingió no ver la gotera que mojaba el suelo de uno de los laterales del oscuro salón. Viendo las condiciones en las que vivía, estuvo segura de que su padre no había sido demasiado generoso con la suma de dinero que le había entregado para su jubilación.

–¿Qué hace aquí? ¿Sabe su padre que...? –preguntó Rodrigo con un carraspeo incómodo.

–No. Mi padre no sabe nada.

–Si se entera...

–No se enterará si usted no se lo dice –respondió con una sonrisa traviesa. Rodrigo se relajó y le sonrió de vuelta.

–Siéntese. No tengo mucho que ofrecerle, pero, ¿quiere algo de vino?

–Sí, claro –respondió Victoria, sentándose en una de las viejas sillas del comedor, que crujió peligrosamente bajo su peso.

Rodrigo volvió al cabo de unos segundos con un par de copas. Le tendió una de ellas a Victoria y dio un sorbo de la suya.

–¿Cómo es que ha venido hasta aquí? –preguntó al fin el hombre–. El pueblo está lejos y...

–Necesitaba despedirme de usted como es debido, Rodrigo. Lo que ha hecho mi padre es vergonzoso, le pido que le perdone por no saber apreciar al mejor sumiller de la comarca.

Rodrigo bajó la mirada, nervioso. Le dolía recordar su precipitada marcha del cortijo de los Saavedra. Aquel lugar era su vida y se lo habían arrancado del corazón a la fuerza. Sin embargo, aquella joven no tenía la culpa. Al contrario, tan solo era una víctima más a manos de aquel horrible hombre.

–No se preocupe por eso, señorita. Supongo que es razonable. Ya soy un poco mayor para andar de sol a sol entre los viñedos y cuidando de las barricas.

–No trate de justificarle. Debe saber que nunca aprobaré lo que ha hecho con usted.

–Gracias –respondió con una sonrisa sincera–, pero no quiero que se atormente más por mí. Mire hacia adelante. Un nuevo futuro le espera en sus bodegas, Victoria. Y estoy seguro de que será grandioso bajo su supervisión.

La chica le dedicó una sonrisa triste. Era consciente de que realmente nunca supervisaría nada de las bodegas mientras su padre siguiera al mando.

–Me alegro de haberle visto, Rodrigo –concluyó, poniéndose en pie–. ¿Podría venir a visitarle otro día?

–Por supuesto, mi casa siempre estará abierta para usted, pequeña

Victoria.

La chica sintió ganas de llorar. Hacía años que no la llamaba así. Aquellas simples palabras le trajeron hermosos recuerdos de los años que habían compartido en aquellas tierras durante su infancia, de todo lo que le había enseñado sobre las vides, la vendimia y el vino. Aquel hombre había sido prácticamente como un padre para ella, un mentor extraordinario.

Victoria le dio un fugaz abrazo y salió de la casa precipitadamente, tratando de ocultar su mirada vidriosa bajo su melena oscura.

Victoria caminó taciturnamente de vuelta hacia la plaza. Recogió a Petra del bebedero sin levantar la mirada del suelo. Aquel mercado que antes le había parecido tan colorido, de repente había dejado de ser interesante para ella. Tan solo podía sentir pena por Rodrigo. Resopló y se subió a la yegua, dispuesta a volver a casa. Tendría que darse prisa o se darían cuenta pronto de su ausencia en el cortijo. Justo cuando Petra empezó a moverse en dirección a la salida del pueblo, los ojos de Victoria se detuvieron sobre un hombre que pasaba justo a su lado.

—¿Victoria Saavedra? —dijo él, cogiendo las riendas de Petra y obligándola a detenerse. La joven fingió una sonrisa, aunque en el fondo sintió repulsión. ¿De toda la gente en el mundo, se lo tenía que haber encontrado precisamente a él?

—Hernán Montenegro —contestó, imitando su formalidad.

—Qué sorpresa encontrarla por aquí. No sabía que montara a caballo —dijo, resiguiendo sus pantalones con cierta desaprobación en la mirada.

—Pues ya ve, soy una caja de sorpresas.

—No me cabe duda. ¿Quiere que la acompañe a casa? Una mujer no debería ir sola a estas horas... —dijo, dirigiendo una fugaz mirada hacia el cielo, que empezaba a oscurecerse.

—No se preocupe por mí, señor Montenegro —se apresuró en contestar, horrorizada ante la perspectiva de tener que aguantarle durante todo el camino de vuelta—. Estaré bien.

—¿Está usted segura? Los caminos pueden ser peligrosos —insistió.

–De verdad, no es necesario –contestó ella, algo bruscamente. Hernán pareció molesto ante su negativa, pero acabó asintiendo.

–Como desee.

Victoria espoleó a Petra y se marchó rápidamente, sin ni siquiera despedirse.

CAPÍTULO 7

18 de julio de 2018

Paola no pegó ojo en toda la noche. Pasó horas dando vueltas en la cama, intentando encontrar el extraño motivo por el que ella podía ver una farmacia que no parecía existir para Julia. ¿Qué demonios le estaba pasando? ¿Primero la habían hipnotizado y ahora empezaba a tener alucinaciones? No. Aquel lugar era real. Lo había tocado, había aspirado el antiguo aroma de su madera, había visto las estanterías repletas de medicamentos, había hablado con aquel hombre. Esa botica existía. Tan solo tenía que descubrir qué misterio se ocultaba tras aquellas puertas. ¿Cómo era aquello posible?

Harta de su desvelo, se incorporó en el colchón y miró la hora. Tan solo eran las seis de la mañana. Tomó el teléfono móvil de la mesilla de noche y buscó el número de Jorge entre sus contactos. «Hoy voy a hacer investigación de campo. No iré a la oficina», escribió. No podía ir a trabajar como si nada hubiera sucedido. Lo primero que tenía que hacer era volver a aquella farmacia y comprobar con sus propios ojos que seguía allí. Quizá el farmacéutico supiera algo y pudiera averiguar qué había pasado. Puede que tan solo fuera un efecto secundario de aquel medicamento obsoleto. Se vistió y se peinó con calma, tenía tiempo de sobra. Se preparó un café y aspiró su aroma, tratando de calmar los nervios que sentía en el estómago. Cansada de estar encerrada en casa sin nada más en qué pensar, se enfundó un ligero vestido azul marino y salió a la calle. Sintió el frescor de la mañana recorriendo su piel como una caricia y suspiró aliviada. Por lo menos no se sentiría tan asfixiada allí afuera. Miró hacia el cielo de color púrpura, todavía no había amanecido del todo. Caminó lentamente por la calle, intentando hacer tiempo hasta que abrieran los comercios. Incapaz de contener la curiosidad, sus pasos la llevaron hasta la farmacia. Se detuvo en medio de la calle, observando el local como si hubiera encontrado un tesoro. Se acercó lentamente, temiendo que pudiera desaparecer de nuevo. Cuando estuvo a escasos metros, se sorprendió al ver luz en el interior. Su corazón empezó a latir a toda velocidad. Estiró la mano hacia el pomo y lo giró con cuidado, descubriendo que estaba abierto. Entró y se encontró de nuevo con aquellos misteriosos ojos grises.

–Buenos días –dijo él, con una sonrisa. Paola se quedó en silencio. No sabía qué decirle, así que optó por lo más lógico. Sacó el frasquito de su

bolso y lo puso sobre el mostrador.

–Esto que me diste...

–¿Le fue bien? –preguntó interesando, otra vez tratándola de usted.

–No es ese el problema, eh..., señor –dijo, percatándose de que no sabía su nombre–. Resulta que este medicamento está prohibido.

–¿Cómo dice?

–Mira –dijo, sacando su teléfono móvil del bolsillo y mostrándole una página web en la que lo explicaba–. Se prohibió en 1983. ¿No lo sabías?

El hombre miró el teléfono como si le estuviera enseñando alguna especie de aparato infernal y dio un paso atrás.

–¿Qué es eso?

–¿Perdona?

–Lo que tiene en la mano.

–¿El teléfono? Es un poco antiguo, pero funciona perfectamente –respondió ofendida. Con lo que cobraba como periodista no se podía permitir un iPhone. No hacía falta ser tan desagradable por no llevar la última tecnología encima. El hombre zarandó la cabeza, restándole importancia.

–¿Pero dice usted que la fenacetina está prohibida? –insistió el farmacéutico.

–Ya lo creo, ¡se usa para hacer cocaína! –exclamó ella, exasperada–. ¿Acaso eres un traficante? ¿Querías que me enganchara y por eso me lo diste?

–No, no, no –se apresuró en contestar, nervioso ante la tensión que percibía en aquella joven.

–Entonces, ¿qué está pasando? No me creo que no lo supieras. No debes de tener más de treinta, en el 83 no debías ni haber nacido, así que es imposible que pensaras que era legal.

El hombre soltó una pequeña carcajada.

–¿Qué te hace tanta gracia? –preguntó enfadada–. ¿Te parece divertido querer envenenarme?

–No, no es eso –respondió él.

–Aquí hay algo raro –sentenció Paola.

–¿Qué quiere decir, señorita?

–Puedes tutearme, ¿por favor? Me estás poniendo nerviosa.

–Pero eso sería muy descortés por mi parte.

Paola puso los ojos en blanco. Tenía la sensación de que aquel hombre se estaba burlando de ella todo el tiempo.

–Ayer estuve aquí con una amiga.

–Sí, las vi a través del cristal –confirmó él–. ¿Por qué no entró para decirme esto?

–Pues... –Paola dudó unos instantes. ¿Cómo iba a decirle aquello?–. Resulta que mi amiga no podía ver tu farmacia.

El hombre asintió ligeramente.

–Ya veo.

–¿Qué es lo que ves? ¿Te parece normal? ¡Mi amiga veía una pared!

–Lo que no me parece normal es que usted pueda ver mi botica. Que esté aquí, hablando conmigo, es prácticamente un milagro.

–¿Cómo dices? –balbuceó Paola, cada vez más desconcertada.

–Es usted mi primera clienta en cien años –confesó él, con una sonrisa que hubiera desarmado a cualquiera.

Paola se echó a reír. Aquel hombre tenía que estar desequilibrado. ¿Qué diantres estaba queriendo decir?

–Creo que no te estoy siguiendo. ¿Cómo te llamas?

–Gonzalo.

–Muy bien, Gonzalo, creo que deberíamos ir a visitar a un psiquiatra. Lo que estás diciendo no tiene ningún sentido.

–Piénselo bien, señorita. ¿Cuántos clientes ha visto entrar aquí a parte de usted? ¿Le parece que alguien mire hacia aquí? ¿Por qué su amiga no pudo verme?

Paola frunció el ceño y miró hacia la calle, que empezaba a estar atestada

de gente que se apresuraba en llegar al trabajo puntualmente. Nadie miró hacia allí, como si no existieran. Paola sintió el repiqueteo de su corazón en el pecho. Quizá la que necesitaba un psiquiatra era ella.

–Entonces, ¿qué es este sitio? ¿eres un fantasma? –preguntó, sintiéndose estúpida. Se suponía que era una escéptica. ¿Cómo le estaba preguntando eso a alguien?

Gonzalo se echó a reír de nuevo.

–No, no soy un fantasma.

–Entonces, ¿cómo puedes decir que soy tu primera visita en cien años?

–Es difícil de explicar.

–Soy toda oídos.

–¿Quieres un café?

–Largo, por favor –dijo. Quizá la cafeína le hiciera comprender mejor aquella locura.

Gonzalo se metió en la trastienda y Paola aprovechó para estudiar con detalle aquel lugar. Vio un periódico sobre el lateral del mostrador y se acercó hasta allí. Lo acarició con cuidado cuando se percató de que databa del 20 de septiembre de 1918. Tragó saliva. ¿Por qué tenía un diario tan antiguo sobre la mesa?

–Aquí tiene –dijo una voz ronca a su lado. Paola dio un brinco y estuvo a punto de tirar el café por los aires al ver a aquel hombre tan cerca. Se había quedado tan ensimismada mirando el periódico que ni siquiera se había percatado de que había regresado. Gonzalo puso una taza de porcelana en su mano y Paola aspiró aquel delicioso olor. Sus manos se rozaron y se sintió ligeramente incómoda. No sabía por qué, pero Gonzalo la ponía nerviosa. Sentía que aquel hombre ocultaba algún secreto inquietante—. Será mejor que se siente –dijo, ofreciéndole una silla. La chica obedeció y él se sentó a su lado.

–¿Vas a contarme la verdad? –preguntó Paola, arqueando una ceja.

–Por supuesto, aunque la verdad puede resultarle difícil de creer.

–Inténtalo.

–¿Podría decirme su nombre antes, por favor?

–Ah, sí, claro. Me llamo Paola.

–Muy bien, señorita Paola. El 20 de septiembre de 1918 se detuvo el tiempo en esta botica.

–¿Cómo dices? –preguntó, convencida de que le había escuchado mal.

–No sé qué pasó aquel día, pero el tiempo se detuvo. Nadie más parecía entrar en mi negocio, nadie parecía verme. Cuando intenté salir al exterior, me di cuenta de que no podía. Estaba aquí atrapado.

–¿Me estás diciendo que llevas cien años aquí encerrado? ¿Sin hablar con nadie?

–Exactamente.

–¿En... en qué año se supone que naciste, Gonzalo? –preguntó, cada vez más convencida de que estaba hablando con un pobre demente. Dejó el café a un lado. No se atrevía a beber, quién sabe lo que le habría echado dentro.

–En 1888.

Paola aguantó una carcajada.

–Claro, y yo soy Teresa de Calcuta –espetó.

–¿Perdone? ¿Quién es esa señora?

Paola puso los ojos en blanco. ¿De verdad iba a seguir fingiendo que era del pasado?

–Mira, Gonzalo, realmente creo que necesitas que te vea un profesional –dijo, levantándose de la silla y cogiendo el bolso que había dejado sobre el mostrador–. Será mejor que me marche.

Gonzalo se levantó como una exhalación y la detuvo agarrándola ligeramente del brazo. Paola miró hacia su muñeca, incómoda por lo que el contacto con aquel hombre le hacía sentir. El farmacéutico la soltó inmediatamente.

–Perdone, no se marche, por favor –le pidió, con ojos suplicantes. Paola estuvo a punto de ceder. Parecía realmente desesperado. Sin embargo, no estaba en su mano ayudar a un pobre hombre que probablemente tenía algún problema mental. Bastante tenía ya con el lío que tenía en su propia cabeza.

Así que dio media vuelta y salió de la botica sin mirar atrás. Si lo hubiera hecho, probablemente el rostro devastado de Gonzalo le hubiera roto el corazón.

CAPÍTULO 8

20 de enero de 1918

Victoria se encontraba leyendo en la biblioteca tranquilamente cuando su padre entró bruscamente en la habitación, con incluso más agresividad de la que era habitual en él.

–¡Por fin te encuentro! –exclamó, dirigiéndole una mirada furiosa que la joven no supo interpretar.

–¿Qué sucede, padre?

–No te hagas la tonta conmigo, Victoria. ¿Creías que no iba a enterarme?

Victoria sintió cómo poco a poco se le iba helando la sangre en las venas.

–No sé de qué me está hablando –susurró. Le desobedecía en tantas cosas, que era difícil saber por cuál de ellas estaba enfadado esa vez, aunque sospechaba que tenía algo que ver con su pequeña excursión a casa de Rodrigo.

–Lo sabes perfectamente. ¿Cómo te atreves a ir al pueblo sola? ¡Y encima montando a caballo, como si fueras una cualquiera!

–¡Padre! –exclamó ofendida, levantándose del sillón en el que había estado recostada plácidamente hasta aquel momento—. Debería dejar de darle tanta importancia a lo que piensan los demás.

Victoria no tuvo tiempo ni de ver venir la mano airada de su padre, que impactó con fuerza sobre su mejilla. La chica se llevó la mano a la cara y lo miró más sorprendida que enfadada.

–Eres una insensata. ¿Todavía no lo has entendido a estas alturas? Nuestro apellido es todo lo que nos queda. Nuestra economía está pasando por uno de sus peores momentos, así que ahora más que nunca debes comportarte como lo que se supone que eres: la heredera de una de las familias nobles más antiguas de este país. ¿Qué crees que pensará la gente de nosotros si te comportas así?

Victoria lo miró furiosa, pero guardó silencio. Sabía cuándo era mejor no contrariar a su padre. Y aquel era uno de esos momentos.

–Y tenías que pasearte altivamente en tu caballo delante de Hernán Montenegro, de todos los hombres que hay sobre la faz de la Tierra –continuó

reprendiéndola. Victoria se mordió el labio, comprendiendo que aquel desgraciado la había delatado. Seguramente le había ido corriendo a su padre con la cantinela.

–¿Y qué más da que él me viera?

–Importa mucho más de lo que piensas. Ese hombre me ha pedido tu mano, Victoria. Quiere casarse contigo, ¿entiendes?

–No pienso casarme con él –soltó inmediatamente.

–No empieces. Por una vez en tu vida, haz lo correcto. Esa familia de mercaderes posee una gran fortuna. Es justo lo que necesitamos.

–Ya le dije a madre que no voy a casarme con ese indeseable. Y mucho menos por dinero.

Su padre apretó los puños conteniendo la rabia y la fulminó con la mirada.

–Harás lo que yo te diga.

–¿Para qué? ¿Para acabar en un matrimonio infeliz como el vuestro?

Julián reprimió las ganas de abofetearla de nuevo. Dio media vuelta y se detuvo justo antes de salir de la biblioteca.

–Si no haces lo que es mejor para esta familia, quizá no deberías formar parte de ella.

Y se marchó. Victoria se dejó caer en el sillón con las piernas temblorosas. ¿Qué había querido decir con aquello? ¿Pensaba desheredarla? ¿Acaso podía obligarla a casarse con alguien a quién ni siquiera soportaba?

Cuando Victoria se recuperó un poco de aquel momento de tensión, decidió ir a dar un paseo. Necesitaba salir de aquellas cuatro paredes, que parecía que se le fueran a caer encima. Se enfundó un bonito abrigo de color granate y se anudó la bufanda alrededor del cuello. Empezó a caminar entre los campos de vides sin pensar en el rumbo que estaban siguiendo sus pasos, que la llevaron casi automáticamente hasta las bodegas, su lugar favorito.

Miró el viejo edificio de piedra, fascinada. Jamás se cansaría de contemplarlo. Antiguo, húmedo, misterioso, pero acogedor a la vez. De pequeña, cuando algo malo le sucedía o discutía con su padre, solía refugiarse

entre las gruesas paredes de aquel lugar, en el que siempre encontraba a Rodrigo. Aquel hombre la había escuchado en silencio y le había dado sabios consejos durante toda su vida. Parecía comprenderla mucho mejor que su propio padre.

Resopló al recordar que ya no podría consolarla más. Su padre se había encargado de alejarlo también a él de su vida, como a casi todas las personas que alguna vez le habían importado. Decidió entrar a echar un vistazo a la cosecha de aquel año. Se acercó hasta una de las barricas y la inspeccionó con cuidado.

–Vaya, hoy vas vestida –dijo una voz a sus espaldas.

Victoria dio un respingo y se volvió, para encontrarse con los profundos ojos oscuros de Levi, que la miraban divertidos.

–Debería hablarme con respeto –soltó, ofendida por sus palabras.

–Perdone, señorita Saavedra –repuso, tomándole el pelo y tratándola por fin de usted. La joven frunció los labios.

–¿No deberíamos realizar un trasiego pronto? –preguntó ella bruscamente–. Es importante ir cambiando el vino de barricas para eliminar los sedimentos sólidos y que el vino se airee –añadió. Si hablaban sobre trabajo, probablemente se sentiría más segura de sí misma. No entendía porqué, pero aquel hombre la ponía nerviosa.

–Sé cómo hacer mi trabajo, señorita Saavedra –contestó Levi, mirándola seriamente por primera vez. La joven tragó saliva y trató de acompasar los latidos de su corazón.

–Rodrigo solía hacer un trasiego a estas alturas del añ...

–Permítame que le aclare, señorita, que yo no soy Rodrigo –dijo Levi, sin quitarle los ojos de encima y dando un paso hacia ella. Victoria retrocedió y se apoyó en una barrica.

–¿Entonces cuándo piensa hacer el cambio de barricas? –insistió, decidida a mantenerse en su posición. No podía mostrar debilidad la primera vez que hablaban sobre la cosecha.

–En un mes.

–¿Qué? –exclamó–. ¡Eso es demasiado tiempo!

–Si queremos dotar al vino de unos aromas distintos, hay que hacer las cosas de otra forma.

–¡Pero nuestros clientes no pueden encontrarse con un cambio tan radical! Debemos mantener una coherencia con la marca que llevamos ofreciendo desde hace años.

–Según lo que tengo entendido, estamos perdiendo cada año más clientes. ¿A qué cree que se debe?

–No... no lo sé.

–¿Cree que su vino ha perdido calidad? –preguntó incisivamente.

–¡Por supuesto que no! –exclamó orgullosa–. Hemos seguido exactamente el mismo proceso de elaboración desde hace décadas.

–Y ese es el problema, señorita Saavedra. Los demás bodegueros han evolucionado en sus procesos de fermentación y crianza, dotando a sus vinos de nuevos aromas y texturas. Y ustedes se han limitado a seguir ofreciendo lo mismo a sus clientes. Es el momento de introducir algún cambio –explicó.

Victoria se lo quedó mirando en silencio, incapaz de rebatir sus argumentos. Quizá su padre tenía razón en algo: aquel hombre parecía saber de lo que estaba hablando. Aun así, levantó el rostro altivamente.

–Está bien. Este año lo haremos como tú dices –dijo, tuteándolo a propósito para menospreciarlo–. Ya veremos lo que opinan nuestros clientes. Tu continuidad aquí dependerá de eso.

Victoria dio media vuelta con un movimiento rápido y salió del edificio sin darle a Levi la oportunidad de replicar. Sin embargo, al hombre no pareció importarle. La observó alejarse con una sonrisa en los labios, fascinado por el ímpetu de aquella joven. Y se prometió algo: rompería aquella coraza de altanería aunque fuera lo último que hiciera en este mundo.

Victoria pasó el resto de la tarde perdida entre papeles en su despacho. Repasó cada una de las cosechas de las bodegas de la competencia y vio que en los últimos años habían incorporado nuevas líneas de producto. Vinos más jóvenes, aromáticos, afrutados. Había de todos los tipos. ¿Y si el nuevo sumiller tenía razón? ¿Y si sus ventas habían caído por la falta de innovación?

Las bodegas de los Saavedra tan solo comercializaban vino tinto. Sin embargo, Victoria sabía que la calidad de sus cosechas nada tenían que envidiarle al resto de bodegas de la zona y temía que los cambios que Levi pretendía implementar terminaran por arruinar la excelencia del producto y la reputación que tanto les había costado conseguir.

Se llevó las manos a la cabeza, agobiada por no poder ver el camino correcto. Su padre estaría de acuerdo con Levi. Estaba claro que si había echado a Rodrigo y lo había puesto a él en su lugar era porque confiaba en sus habilidades, pero Victoria no podía estar de acuerdo con la decisión de cambiar el producto de una manera tan radical. Aquella decisión era demasiado arriesgada. Podría significar un gran éxito, pero también un tremendo fracaso.

Justo en aquel momento, llamaron a la puerta del despacho y Sofía asomó tímidamente la cabeza.

–Buenas tardes, señorita. Le traigo un café.

–Oh, muchas gracias –respondió la chica con una sonrisa sincera. Le iría bien hacer una pequeña pausa.

–Tenga. Espero que le guste –dijo, poniendo una taza de porcelana frente a ella–. Es una edición limitada –explicó con emoción–. Viene de Colombia.

Victoria se quedó en silencio con la mirada fija en la mesa, como si ya no la estuviera escuchando.

–Señorita Victoria, ¿está usted bien? –preguntó la chica, preocupada.

Victoria pareció salir de su trance y la miró con los ojos brillantes de emoción. Claro, ¿cómo no lo había pensado antes?

–Sí, estoy bien, gracias Sofía.

La joven la miró de nuevo, no muy convencida, pero acabó saliendo del despacho para dejarla trabajar tranquila.

Victoria se reclinó hacia atrás en su sillón con una sonrisa triunfal. Sofía le había dado la clave sin pretenderlo. Eso sería justo lo que harían. No iban a arriesgar una cosecha entera tan solo por una corazonada del nuevo sumiller. No podían permitírselo. En vez de eso, crearían una edición limitada. Unas pocas botellas de un vino completamente distinto.

CAPÍTULO 9

20 de julio de 2018

Paola entró en la redacción de aquel importante periódico sintiéndose insignificante en medio de la multitud que revoloteaba a su alrededor con nuevas noticias. Las glamurosas mesas de madera blanca y los espacios diáfanos de aquel lugar contrastaban con la oscuridad de la redacción de *Sin Misterios*, la publicación en la que ella trabajaba. Se obligó a dejar de hacer comparaciones odiosas y se centró en lo que había ido a realizar. Buscó a Julia con la mirada y pronto la encontró, atareada detrás de la pantalla de su ordenador, con su larga melena rubia anudada en un moño que había improvisado con un lápiz.

–Buenos días, Julia –dijo Paola con una sonrisa.

–¿Paola? –preguntó su amiga, algo descolocada al verla en su lugar de trabajo–. ¿Qué haces aquí?

–Tengo que pedirte un favor.

–¿Un favor? –preguntó, arqueando las cejas sorprendida–. ¿Ha pasado algo?

–Ah, no –contestó algo precipitadamente–. Tan solo me gustaría echar un vistazo a vuestra hemeroteca.

–Oh –suspiró aliviada. Por un momento había pensado que algo grave había sucedido–. No hacía falta que vinieras hasta aquí, puedes consultar todos los periódicos en nuestra página web.

–Ya... verás, es que me temo que lo que busco no está en Internet, es un poco antiguo.

–¿Antiguo? ¿Más antiguo que los años sesenta? –cuestionó, ahora interesada.

–Sí. Busco algo de información local de principios de siglo –explicó.

–¿Es para uno de esos misteriosos casos que cubrís en vuestra revista?

–Sí, podría decirse que sí –confirmó con una sonrisa, aunque no fuera totalmente cierto. En realidad, aquella búsqueda nada tenía que ver con su trabajo, sino más bien con aquella extraña farmacia que había aparecido de

repente en su vida, haciendo tambalear todo lo que había creído hasta la fecha. Estaba segura de que debía haber una explicación lógica para todo aquello. Tan solo quería corroborar que ningún archivo ni periódico local de entre los años 1910 y 1920 mencionara la existencia de una farmacia situada en el lugar donde ella la veía.

Julia se levantó de la silla y le hizo un gesto para que la siguiera. Caminaron por un largo pasillo hasta una pequeña habitación. Julia encendió la luz y Paola miró algo espantada los enormes archivos cubiertos de polvo que ocupaban casi la totalidad de aquel lugar.

–Tenemos varias publicaciones de aquella época. ¿Te interesa alguna en concreto? –preguntó Julia, acercándose al lateral derecho de la sala.

–No, aunque si es local, mejor.

–Muy bien –musitó pensativa, dando vueltas sobre sí misma–. ¡Aquí están! –concluyó, abriendo un archivo.

–Muchas gracias. ¿Cuánto tiempo puedo estar aquí? –preguntó Paola, sabiendo que su visita a aquella sala quizá no estaba permitida. Julia hizo un gesto con la mano, restándole importancia.

–No te preocupes, puedes quedarte todo el tiempo que necesites –dijo dedicándole una sonrisa amable a su amiga.

–Genial, muchas gracias.

–¿Ya estás mejor? ¿Has dejado esas pastillas? –preguntó de repente Julia, recordando el incidente con la farmacia.

–Ah, sí, sí. Todo bien. Te debo un café, que al final no pudimos tomarlo.

–No dudes que me lo cobraré –repuso guiñándole un ojo y dejándola a solas en la sala. Paola se dejó caer sobre una vieja silla con ruedas y se acercó al archivo. Examinó todos aquellos papeles con cierto alivio. Parecían un montón, pero, por suerte, la cantidad de información que se publicaba en aquella época era mucho más reducida que en la actualidad.

Así que podía hacerlo. Se secó el sudor de la frente y maldijo que no hubiera aire acondicionado en aquella estancia. Empezó ojeando los periódicos más generalistas, pero no pareció encontrar nada que arrojara algo de luz sobre aquel misterio. La mayoría de noticias tenían tono político y se

focalizaban sobre todo en la Primera Guerra Mundial y en las tensiones que estaban surgiendo entre las naciones.

Cansada de no encontrar nada, se centró en unas pequeñas revistas que parecían tener un aire más local. Sonrió al encontrar un directorio de negocios del año 1914. Sus ojos recorrieron aquellas líneas a toda velocidad, hasta que se detuvieron sobre un nombre. *Botica Ros*. Se quedó unos instantes aguantando la respiración. Sacudió la cabeza. Eso tan solo significaba que en 1914 existía un negocio con el mismo nombre. No probaba que fuera el mismo ni, por descontado, quería decir que aquel hombre, Gonzalo, tuviera una maldición. Aquello era tan solo la invención de un loco. Aun así, una pequeña semilla de duda empezó a crecer en un rincón de su mente. Así que siguió buscando. Centró su búsqueda en ese año, 1914. Encontró unas páginas de sociedad sueltas entre los archivos y las plegó sin darles demasiada importancia, hasta que reconoció sus ojos. Unos ojos grises le devolvían la mirada desde el papel.

–No es posible... –susurró, desplegando el periódico y situándose debajo de la luz para verlo más claramente. Pero no cabía duda. Allí estaba.

Inauguración de la Botica Ros en la calle Narciso

Este 21 de enero el joven boticario Gonzalo Ros ha inaugurado su primer negocio en el centro neurálgico de la ciudad, poniendo a disposición de los ciudadanos novedosos remedios para el cuidado de todo tipo de dolencias y malestares.

La noticia era escueta, pero no necesitaba saber nada más. Se quedó más de cinco minutos contemplando aquella imagen en blanco y negro. La sonrisa del hombre de la fotografía era idéntica a la que había visto en directo hacía tan solo unos días atrás. El mismo peinado, la misma postura recta y elegante. Era él. El farmacéutico aparecía en una instantánea de 1914. ¿Qué explicación podía tener aquello?

Paola dio un respingo cuando escuchó la puerta abrirse a sus espaldas. Guardó precipitadamente el recorte de periódico en su bolsillo y se tranquilizó al comprobar que era Julia.

–Paola, ¿estás bien? –preguntó—. Estás pálida.

–Eh, sí, sí –respondió, todavía descolocada.

–Me marcho ya a casa, es tarde –dijo Julia.

–Oh, sí, claro –contestó la joven, poniéndose en pie. Miró el reloj y abrió los ojos como platos—. ¿Son las ocho? –exclamó.

–Sí, ¿qué pasa? –preguntó al detectar alarma en su voz.

–¡Mierda! Tengo que estar en el espectáculo de Lorenzo Santillán en menos de una hora –contestó, cogiendo su bolso y maldiciendo su descuido. ¿Cómo podía haber perdido la noción del tiempo de aquella manera?

–¿El hipnotista famoso?

–El mismo.

–Ay, qué cabeza –la reprendió Julia con una mueca—. Vamos, te pediré un taxi –dijo, sacando su móvil del bolsillo.

Paola estuvo a punto de llegar tarde de nuevo al espectáculo de Lorenzo Santillán. Sin embargo, esta vez el clima la acompañó y pudo llegar a tiempo. Entró atropelladamente en la sala y se acomodó en su sitio lo más discretamente que pudo. Se sintió un poco fuera de lugar con un simple vestido de verano floreado, todos los allí presentes iban mucho más elegantes. Se encogió ligeramente en su butaca, avergonzada por su cabello rebelde, que sentía más despeinado de lo habitual después de haber pasado prácticamente toda la tarde metida en aquel cubículo infernal del periódico en el que trabajaba Julia.

Suspiró aliviada cuando se apagaron las luces y comenzó el espectáculo. Observó de nuevo con atención todos los movimientos de Lorenzo, pero fue una actuación completamente inmaculada. Apretó las mandíbulas, tensa por no poder detectar ni un error que delatara la farsa de todo aquel espectáculo. Tampoco vio entre el público a ninguna de las personas a las que había visto en el show anterior. No tenía ganchos infiltrados que le ayudaran en su función.

Cuando creía que el día no podía ir a peor, las luces que enfocaban al público se abrieron de repente. Y otra vez aquella oscura mirada clavada en la

suya. Se sintió palidecer cuando Lorenzo le dedicó una sonrisa ladeada e hizo un pequeño gesto de reconocimiento con la cabeza. Paola frunció el ceño. ¿Acaso la recordaba?

–Buenas noches –dijo, dirigiéndose a ella–. Volvemos a vernos–. Se oyó un murmullo general en la sala y Paola quiso que la tragara la tierra cuando todo el público se giró hacia ella–. ¿Has venido a terminar la hipnosis que empezamos hace unos días? –preguntó.

Paola se hundió ligeramente en su asiento.

–N-no –balbuceó. No pensaba volver a repetir aquella experiencia. El miedo que había sentido, aquellos recuerdos extraños que ahora la perseguían, el dolor de cabeza, incluso la farmacia. Todo había sucedido justo después de la hipnosis de aquel hombre. Fuera lo que fuese lo que le había hecho, no pensaba dejar que lo repitiera.

–Está bien –dijo, sin abandonar su sonrisa–. ¿Alguien quiere sentir la hipnosis en su propio cuerpo?

El espectáculo continuó, pero Paola fue incapaz de volver a concentrarse en nada. Tan solo podía pensar en aquel extraño hombre. ¿Cómo era posible que la recordara? Hacía funciones cada día, con centenares de personas. ¿Los recordaba a todos?

Esta vez, Paola esperó a que terminara el espectáculo antes de levantarse de la butaca. Cuando sus compañeros de fila se pusieron en pie, la joven los siguió pausadamente hasta llegar a la salida. Sin embargo, cuando pasó por un pasillo con varias puertas, entre las que se encontraban los aseos, alguien la agarró del brazo. Paola se giró extrañada y se quedó estupefacta al comprobar que era Lorenzo. Al ver que varias de las personas que tenían alrededor parecían reconocerle, la arrastró hasta una de aquellas puertas y la hizo entrar en un pequeño camerino, repleto de extraños artefactos.

–Hola, Paola –dijo entonces. ¿También recordaba su nombre?

La joven dio un paso atrás, acercándose a la puerta. Aquel hombre la asustaba.

–¿Te acuerdas de mí? –preguntó ella.

–Nunca olvidaría un rostro así –contestó, desarmándola. Paola arqueó las cejas. Sobre el escenario, aquel hombre parecía orgulloso y distante, como

sacado de otra época con su brillantina, su traje y su capa. Sin embargo, el hombre al que tenía en frente parecía muy distinto. Su cabello caía ligeramente despeinado sobre sus ojos y vestía de manera algo más casual, con unos pantalones de pinza grises y una camisa oscura. Le sonrió despreocupadamente.

–Oh, por favor, ahórrate esos cumplidos –espetó ella. Nunca le habían gustado los mujeriegos.

–Sé quien eres –contestó él.

Paola palideció. ¿Cómo había descubierto que era una periodista encubierta que quería dejar en evidencia que era un farsante? La joven no se atrevió a contestar y se limitó a morderse el labio nerviosamente. Lorenzo sacó una tarjeta de su bolsillo y se la tendió.

–Cuando quieras hablar sobre ello, llámame.

Con eso, dio media vuelta y salió del camerino, dejándola a solas y completamente desconcertada. Aquella visita no había hecho más que completar un ya de por sí extraño día.

CAPÍTULO 10

21 de enero de 1918

Aquella mañana Victoria no se sorprendió cuando encontró a Levi en las bodegas. De hecho, sonrió satisfecha. Lo había estado buscando para hablar con él.

–Buenos días, señor Levi –dijo con formalidad al verlo analizando la madera de dos barricas. El hombre levantó la cabeza y se retiró un cabello rebelde que caía sobre sus ojos. Le sonrió y Victoria dio un ligero paso hacia atrás cuando sintió una extraña sensación en el estómago. Quizá no le había sentado bien el café.

–Buenos días, señorita Victoria –contestó, acercándose hasta ella–. ¿Qué la trae por aquí?

–Necesitaba hablar con usted.

–La escucho.

Victoria se sintió nerviosa de repente al sentir sus ojos sobre ella, observándola con atención. Se aclaró la garganta.

–He estado pensando en lo que me dijo el otro día.

–¿Sobre cambiar el producto?

–Sí. Me parece una opción demasiado arriesgada –sentenció ella.

–Ya le dije que...

–Ya sé lo que me dijo –lo interrumpió Victoria–. Y puede que tenga parte de razón. –Levi la miró con una sonrisa orgullosa–. Pero no puedo permitir que ponga en riesgo la marca que tanto esfuerzo nos ha costado levantar.

–Esa decisión no depende de usted –soltó él. Victoria lo fulminó con la mirada.

–Ya sé que mi padre hará lo que usted sugiera, así que le voy a dar una idea –contestó ella, dejando su orgullo a un lado–. No arriesgue toda la cosecha, haga una edición limitada.

–¿Una edición limitada?

–Sí. Elabore su propio producto, pero tan solo unas cuantas botellas. El

resto podemos seguir dedicándolo a una cosecha tradicional como hasta ahora.

Levi estudió su propuesta unos segundos. Victoria lo miró fijamente, intentando leer lo que estaba pensando en la expresión de su rostro. Finalmente, Levi frunció ligeramente los labios.

–Está bien, pero si la edición limitada de mi vino triunfa este año, el que viene haremos muchísima más cantidad.

–Trato hecho –dijo Victoria con una sonrisa complacida, tendiéndole la mano. Levi arqueó las cejas. No estaba acostumbrado a hacer negocios con mujeres, pero sonrió. Le gustaba Victoria. Era distinta al resto. Tendió la mano hasta la de ella y la sostuvo con cuidado, hasta que la joven se ruborizó ligeramente y la retiró bruscamente.

–Esto... ¿se lo contará usted a mi padre? –preguntó, algo insegura. Sabía que si iba ella misma a explicarle aquella idea, su progenitor jamás la aprobaría.

–Sí. Déjelo en mis manos.

Victoria sonrió y dio media vuelta, dispuesta a marcharse.

–Entonces, si hacemos lo que usted ha sugerido –dijo Levi, obligándola a detenerse–, habrá que hacer un trasiego de las viejas barricas a unas más nuevas mañana mismo para la cosecha convencional. ¿Querrá estar aquí?

Victoria se volvió hacia él, sorprendida por que quisiera contar con ella. Asintió tímidamente.

22 de enero de 2018

Victoria se presentó en las bodegas con unos pantalones y un jersey que encontró por la casa. Estaría mucho más cómoda así para trabajar. Sin embargo, cuando entró en el pequeño edificio, sintió la mirada de desaprobación de algunos de sus trabajadores. Levantó la cabeza, orgullosa, dispuesta a no dejarse afectar por lo que pensarán. Encontró a Levi dándole instrucciones a un par de capataces y se acercó hasta él.

–Buenos días –saludó Levi, observando su indumentaria con curiosidad, pero sin ningún tipo de reproche en la mirada.

–Hola –contestó ella–. ¿Ya está todo listo para el trasiego?

–Sí, ya tienen las instrucciones de lo que deben hacer.

Victoria y Levi se acercaron a la sala principal de la bodega. Los trabajadores ya habían colocado los barriles en posición horizontal debajo de cada una de las barricas que estaban llenas de vino, de tal manera que el pequeño grifo que sobresalía de cada una de ellas estaba conectado con el nuevo barril a través de un tubo.

Levi se acercó a la barrica más cercana y Victoria lo siguió.

–¿Quiere hacer los honores, señorita? –preguntó Levi. Victoria sonrió y alargó la mano hasta el grifo para abrirlo y que el líquido empezara a fluir de una barrica a la otra. Sin embargo, fue incapaz de mover la maneta de hierro. Se había quedado prácticamente clavada por el frío y la humedad. Lo intentó de nuevo apretando los dientes, pero no se movió ni un milímetro.

–¿Me permite? –dijo Levi. Victoria se hizo a un lado, algo decepcionada, pero se relajó al ver que él también tenía problemas para abrirlo. Después de un rato de pelea con el pomo, al final lo consiguió. Sin embargo, alguno de los trabajadores no había colocado correctamente el tubo de una barrica a la otra y el líquido empezó a salir en forma de chorro en todas direcciones. Levi emitió un gruñido de rabia y se acercó hasta el barril sin importarle que el vino mojara todavía más su ropa. Se apresuró en cerrarlo, pero ya era tarde.

Victoria y él se habían llevado la peor parte y estaban prácticamente empapados de aquel líquido rojizo. Algunos de los trabajadores también se habían manchado, pero eran tan solo salpicaduras.

–¡Revisad todos los conductos! –ordenó Levi, tratando de aplacar la ira que sentía. Habían echado a perder prácticamente una barrica entera.

Los hombres no dijeron nada, avergonzados, y asintieron con la cabeza, poniéndose manos a la obra.

Victoria lo observó todo en silencio, tratando de olvidar la desagradable sensación de la ropa pegada a su propio cuerpo y el olor a uva fermentada que ahora desprendía. Levi se acercó a ella y la chica se percató de que el hombre evitaba mirarla. La ropa mojada evidenciaba demasiado sus formas femeninas. Levi la agarró del brazo y la llevó a un pequeño despacho en uno de los laterales de la bodega. Victoria llevaba tiempo sin entrar allí, desde que Rodrigo se había marchado. Miró la sala con detenimiento y se percató de que Levi había hecho algunos cambios de distribución de los muebles y había colocado una pequeña cama en un rincón.

–¿Vive usted aquí? –preguntó con curiosidad.

–Sí, prefiero estar cerca de las barricadas para tenerlo todo bajo control –respondió él, mientras buscaba algo en el armario que había justo al lado de la cama. Sacó un par de camisas y unos pantalones–. Póngase esto –le ordenó.

Victoria lo miró interrogativa y no le dio tiempo a apartar la mirada antes de que él se quitara el jersey empapado. La joven se quedó embobada mirando el cuerpo masculino. Jamás había visto a un hombre sin camisa tan de cerca. O más bien jamás había visto un cuerpo tan perfecto a una distancia tan escasa. Se aclaró la garganta, incómoda, y dio media vuelta, tratando de recuperar el ritmo de su pulso.

–La espero fuera –dijo la voz de Levi a sus espaldas justo antes de cerrar la puerta. Victoria suspiró aliviada al quedarse sola. Se quitó la ropa sucia y la dejó en el suelo. Se colocó la camisa y los pantalones que Levi le había prestado y se percató de que le iban enormes. Debía de tener una pinta horrorosa. Resopló y salió afuera, tratando de no pensar en ello. Cuando la vio, Levi sonrió por lo bajo, pero no dijo nada al respecto.

Aquella tarde Victoria no pudo quitarse a Levi de la cabeza. En un primer momento le había parecido arrogante y descarado, pero la había dejado colaborar en el trasiego y le había ofrecido ayuda cuando su ropa se había echado a perder. Quizá Sofía tuviera razón y aquel hombre no fuera tan malo, a pesar de que hubieran echado a Rodrigo para ponerle a él en su lugar. Había estado furiosa con él, pero con la perspectiva que da el tiempo, se había dado cuenta de que Levi no tenía la culpa, sino su padre, que hacía y deshacía en la finca sin darle explicaciones a nadie y sin importarle los sentimientos de los demás.

Justo en aquel momento se abrió la puerta de su habitación. Victoria sonrió esperando ver a Sofía, pero se encontró con la mirada fría de Julián.

–Estás aquí –dijo con expresión tensa, lo que le hizo pensar que debía de llevar un rato buscándola.

–Sí. ¿Qué desea, padre? –preguntó con hastío en la voz. No estaba de humor.

–¿Qué hacías esta mañana en las bodegas?

Victoria resopló, harta de no poder hacer nada sin que se enterara.

–Solo ayudaba con el trasiego.

Los ojos de Julián brillaron furiosos.

–Te prohibí que te mezclaras con los trabajadores.

Victoria apretó las mandíbulas.

–Tan solo quería...

–Limítate a cumplir con tus obligaciones –la cortó tajantemente—. Prepárate para cenar. Hoy vienen de nuevo los Montenegro. Y más vale que esta noche no finjas ninguna indisposición. Es posible que Hernán pida formalmente tu mano.

Y con esa devastadora noticia, la dejó de nuevo a solas en su habitación.

Sofía no tardó en entrar en la estancia, cargada con un espléndido vestido de gala de color azul noche. Victoria la miró con desgana y la doncella no dijo nada. Era completamente consciente de por qué la joven heredera debía

vestirse tan elegantemente aquella noche y se imaginaba cómo debía sentirse. Aquella noticia era la comidilla del servicio de la casa. Iban a pedir la mano de la señorita Victoria y todo debía estar perfecto.

–No quiero casarme –dijo en un susurro tan imperceptible que Sofía creyó que lo había imaginado.

–Tranquila, señorita Victoria, no será tan terrible como usted cree – contestó, tratando de consolarla, aunque ni siquiera ella creía lo que estaba diciendo. La joven le dedicó una mueca de escepticismo y se levantó para ponerse el vestido.

Cuando estuvo lista, se miró en el espejo.

–Está preciosa –dijo Sofía. Y era cierto. Los rasgos delicados de Victoria resaltaban especialmente aquella noche.

La joven tomó aire y bajó las escaleras hasta el salón. No tuvo tiempo de prepararse mentalmente. Los Montenegro ya estaban allí.

–Buenas noches, Victoria –dijo Hernán, acercándose hasta ella y tomando su mano para besarla–. Está radiante esta noche.

Victoria fingió una sonrisa ante su cumplido y después le dirigió un gesto de reconocimiento a la madre de Hernán.

–Buenas noches, señora Montenegro.

La mujer pareció complacida, al igual que Julián, que hizo un gesto grandilocuente para guiarlos hasta la mesa.

–La cena está servida, damas y caballeros –dijo.

El festín de aquella noche fue incluso más ostentoso que el anterior. Victoria se preguntó de dónde habrían sacado el dinero para pagar tantas exquisiteces. Según su padre, las bodegas iban muy mal. ¿Cómo podía permitirse pagar aquello?

–Parece que están teniendo problemas en Rusia –dijo Hernán.

–Sí, escuché que hace un par de días diluyeron la asamblea constitucional Rusa. Me temo que se está gestando una revolución –contestó Julián.

–¿Cómo creen que afectará eso a la Gran Guerra? –preguntó la madre de Victoria, fingiendo interés. Su hija la miró con desaprobación. Sabía

perfectamente que no le importaba en absoluto la política.

–No está muy claro. Quizá deban retirarse y firmar un armisticio. Como imaginará, los soldados no pueden luchar contra nadie si los suyos se están sublevando en su propio país de origen –explicó Hernán como si hablara con un niño pequeño. Por su tono, Victoria dedujo que era aquel tipo de hombre que creía que las mujeres eran un ser imperfecto al que se le debían explicar las cosas con cuidado para que las pudieran comprender.

–Bueno, creo que no estamos aquí esta noche para hablar de política, ¿verdad, Hernán? –dijo la señora Montenegro, poniendo una mano sobre el brazo de su hijo. Hernán se aclaró la garganta.

–No, claro que no. En realidad, quería pedir formalmente la mano de Victoria. Sería un honor que fuera mi esposa y que nuestras familias se unieran en una sola –dijo, clavando la mirada en la chica. Victoria agradeció estar sentada. Las piernas le temblaban descontroladamente y estaba segura de que, de haber estado de pie, se habría caído al suelo. Sabía que ese era el objetivo de aquella velada, pero igualmente no estaba preparada para afrontar aquel momento. No quería casarse con un hombre al que detestaba cada vez más. No podía pasar el resto de su vida junto a él, siendo una esposa abnegada como lo era su madre. Ella no era así, por mucho que le pesara a su familia. Abrió la boca para expresar su opinión, pero sintió la mano de Inés sobre la suya por debajo de la mesa para detenerla. Victoria cerró la boca y fue su padre el que habló.

–Nos llena de orgullo que deseen celebrar este enlace –dijo. Por un instante, Victoria anheló que su padre demostrara que la quería, ni que fuera un poco, y que se negara a condenarla a algo así. Sin embargo, supo que la batalla estaba perdida cuando vio su sonrisa de complacencia–. Victoria estará lista para asumir la responsabilidad de ser la señora Montenegro a su lado, Hernán.

Victoria contuvo las ganas de llorar. No podía mostrar lo desdichada que se sentía ante ellos, así que pasó el resto de la velada fingiendo normalidad.

CAPÍTULO 11

21 de julio de 2018

Paola apenas había pegado ojo aquella noche. No paraban de acecharla extrañas imágenes de personas a las que no conocía de nada. ¿Quiénes eran? Esos extraños sueños iban cada vez a más. ¿Qué diablos significaban?

Era imposible relajarse cuando todo lo que había dado por sentado hasta entonces parecía desmoronarse. Jamás había creído en supersticiones ni en elementos sobrenaturales, y ahora había descubierto una foto de Gonzalo de un siglo atrás con exactamente el mismo aspecto que ahora. ¿Puede el tiempo no pasar para alguien? ¿Realmente pesaba una maldición sobre él y aquella botica?

El recuerdo de la función de Lorenzo Santillán tampoco la tranquilizaba. Había sido incapaz de detectar ninguna irregularidad en su actuación y, para colmo, parecía que la recordaba perfectamente. Incluso su nombre.

A pesar de ser tan solo las seis de la mañana, se levantó de la cama, cansada de mal dormir. Se acercó a su escritorio y observó con detenimiento la tarjeta que Lorenzo le había entregado. Tan solo había anotados su nombre y un número de teléfono móvil sobre el papel oscuro. Le había dicho que lo llamara. ¿Y si le proponía concertar una entrevista? Quizá si se acercaba un poco más a él, podía llegar a descubrir algo interesante para su artículo. Dejó de nuevo la tarjeta sobre la mesa y se prometió pensarlo. Entonces, sus ojos se posaron sobre el recorte del periódico en blanco y negro desde el que Gonzalo le devolvía una sonrisa. Decidió ir a verle. No podía continuar soportando aquella incertidumbre.

Salió a la calle y, con paso decidido, pronto llegó a la botica. Estaba alumbrada por una luz tenue que destacaba cálidamente en medio de la oscuridad de la noche.

Respiró hondo y entró sigilosamente. Enseguida se dio cuenta de que la pequeña tienda estaba completamente vacía. ¿Dónde estaba Gonzalo? ¿No se suponía que no podía salir de allí? Se adentró un poco más y esta vez miró los pequeños frascos amontonados en las estanterías con una mirada completamente distinta. No se trataba de una decoración vintage, sino que todo lo que allí se encontraba era realmente de hacía una siglo, incluso su dueño.

Caminó lentamente por la botica hasta una pequeña puerta que se encontraba al fondo. Debía de ser la trastienda. Abrió la puerta con sigilo y se encontró con un pequeño pasillo que daba a un aseo y a una diminuta habitación, decorada con austeridad y alumbrada tan solo por una pequeña lámpara de gas. Gonzalo estaba en la cama, durmiendo plácidamente. Paola se acercó como hipnotizada. ¿Realmente estaba frente a un hombre de ciento treinta años? Estudió su rostro calmado, sin apenas más que unas pequeñas marcas de expresión en la comisura de los labios. ¿Cómo era aquello posible? Sacó el recorte de periódico de su bolsillo y volvió a mirar la foto. Realmente era él.

Gonzalo abrió los ojos, como si hubiera notado su presencia. El hombre ni siquiera se espantó al verla en su habitación. Se limitó a sonreírle con el rostro todavía soñoliento.

–Sabía que volverías –susurró. A Paola no le pasó por alto el hecho de que la hubiera tuteado. Por fin. Gonzalo se incorporó y Paola dio un paso atrás, sorprendida al verlo vestido con su traje impecable. ¿Acaso no tenía pijamas? Se recolocó un poco la americana, que seguía inexplicablemente planchada y limpia.

–Voy a lavarme la cara –dijo él, pasando por su lado. La joven percibió el olor a fresco que desprendía. ¿Cómo era posible que alguien oliera tan bien incluso recién levantado?

La joven lo esperó en la habitación unos minutos e inspeccionó el pequeño lugar con curiosidad. Frunció el ceño al comprobar que no había ningún armario. ¿Dónde guardaba la ropa? Tan solo había el pequeño catre en el que había estado durmiendo y una mesilla justo al lado. ¿Cómo podía alguien vivir con tan poco?

–Bienvenida a mi humilde hogar –dijo una voz a sus espaldas. Paola se dio la vuelta con un respingo, algo avergonzada porque la hubiera pillado cotilleando su habitación.

–¿Vives aquí? –preguntó, aunque sabía cuál sería la respuesta. Gonzalo le había dicho que no podía salir de la botica.

–No me queda otro remedio.

–Pero... ¿y tu ropa?

–Solo tengo lo que ves. Siempre llevo la misma –explicó, desviando la mirada algo incómodo.

La joven frunció el ceño, incapaz de creerlo. Aquel traje parecía recién salido de la tintorería. Era imposible que tuviera cien años.

–Pero no parece...

–Ya te dije que estaba todo congelado en el tiempo desde hace cien años. Mi ropa, las medicinas, esta habitación. Yo mismo.

–¿Y la cocina?

–No como –explicó.

–¿Qué? –exclamó incrédula–. ¿Cómo no vas a comer?

–Llevo cien años sin probar bocado.

–No puede ser. Estarías muerto –sentenció.

–Mi cuerpo no sufre ninguna variación. No tengo hambre y no necesito comida. Tampoco necesito dormir, pero supongo que hace que esto sea más soportable. Así que de vez en cuando me echo un rato e intento olvidar mi maldición.

–No...–Paola trataba de encontrar las palabras, pero sentía como si su cerebro estuviera cortocircuitándose. Aquello no podía ser verdad. Si creía en lo que Gonzalo estaba diciendo, significaba que debería abandonar el escepticismo en lo sobrenatural que la había acompañado durante toda su vida. Se mordió el labio.

–¿Todavía no me crees, Paola? –Sin saber muy bien por qué, la joven se estremeció al escuchar su nombre salir de entre sus labios.

–No puedo creerte, Gonzalo. Esto es demasiado...

El hombre la tomó por la mano y la chica sintió que su corazón daba un respingo. ¿Qué le estaba pasando? Se dejó llevar y Gonzalo la condujo hasta la puerta de la botica.

–Intenta salir a la calle, conmigo.

Paola lo miró y arqueó las cejas. Asintió, dispuesta a desmontar la historia que le había contado. Abrió la puerta lentamente y respiró algo del aire fresco que se coló por el umbral. Dio un paso adelante, tirando de él. Sin embargo,

sintió cómo una enorme fuerza invisible no la dejaba avanzar. Frunció el ceño y lo intentó de nuevo, con todas sus fuerzas. Cuando se convenció a sí misma de que mover a Gonzalo de su botica sería imposible, se giró hacia él. El hombre tenía una sonrisa triste en los labios.

–¿Lo ves? Esta es mi cárcel. No puedo salir. –Paola lo miró con pena infinita en los ojos. ¿Era realmente cierto? ¿Había estado atrapado en la soledad durante cien años? ¿Qué clase de castigo divino era aquel? –Será mejor que volvamos adentro –dijo él. Paola asintió y entró en la farmacia de nuevo, incapaz de articular palabra. Gonzalo se dio cuenta del estado de shock en el que estaba la chica, así que fue a por una silla y un vaso de agua.

–Siéntate –le dijo, tendiéndole el vaso.

La chica obedeció y dio un par de sorbos, antes de volver a mirarle. Entonces, sacó un papel de periódico viejo de su bolsillo y se lo tendió a Gonzalo.

–¿Este eres tú?

Gonzalo miró la fotografía sorprendido durante algunos segundos.

–¿De dónde has sacado esto? –preguntó fascinado.

–Del archivo de un periódico. Por eso estoy aquí –explicó, señalando el pequeño trozo de papel.

–¿Entonces me crees?

–Supongo que sí –balbuceó, incapaz de creer lo que acababa de decir. Pero, ¿qué otra explicación había a todo aquello?

–Me alegra poder hablar con alguien después de tanto tiempo –confesó Gonzalo, apoyándose sobre el mostrador.

–¿Nadie más ha entrado en la farmacia en estos cien años?

–No. Eres la primera.

–Pero, ¿por qué yo? –preguntó, pensativa.

–No tengo ni la más remota idea –contestó sinceramente.

Paola se puso en pie, algo más repuesta del impacto de toda aquella historia y dejó el vaso de agua sobre el mostrador.

–¿Y por qué te lanzaron una maldición? –preguntó, sin poder creerse que hubiera formulado aquella pregunta en serio.

–Pues eso tampoco lo sé –respondió con una mueca.

–Pero algún motivo debe de haber, ¿no?

–Hasta donde yo sé, no tenía enemigos. Me llevaba bien con todo el mundo y me atrevería decir que mis clientes estaban completamente satisfechos conmigo.

–Entonces, ¿no crees que ninguno de ellos te maldijera?

–No, tuvo que ser otra cosa.

–Alguien de tu vida personal, ¿quizá? –se aventuró Paola.

–Tampoco lo creo. No tengo hermanos y tan solo mi querida madre seguía con vida por aquel entonces.

–Entonces, ¿alguna mujer? –cuestionó. Quizá hubiera sido por culpa de algún desamor.

–Mi esposa y yo éramos felices.

–¿Estabas casado? –preguntó, incapaz de contenerse. Gonzalo asintió.

–Sí. Malena era una mujer dulce y delicada, jamás me hubiera hecho algo así –explicó. Sin saber muy bien por qué, Paola sintió una punzada de celos al oírle hablar así de ella.

–¿Sabías si tenía algún amante? –Gonzalo la fulminó con la mirada.

–¿Qué tontería dices? Ella era una mujer íntegra –espetó, ofendido.

–Perdona, es solo que, a veces, las personas no son lo que parecen.

–Estoy seguro de que no fue ella –concluyó, con el ceño fruncido. Paola lo miró unos segundos, incapaz de creer que alguien pudiera estar tan atractivo cuando se enfadaba. Se sacudió aquel pensamiento de la cabeza y siguió tratando de encontrar otra explicación a aquella desgracia.

–Está bien. ¿Qué pasó el último día que transcurrió con normalidad para ti? –preguntó, sacando su vena de investigadora. Quizá no hubiera sido alguien, sino algo.

–Era viernes y abrí la farmacia, como siempre. Pasaron por aquí decenas

de clientes, nada destacable o fuera de lo normal. Cuando llegó la hora, cerré y me marché a casa. Cené con Malena y nos fuimos a dormir.

–¿Y cuando te diste cuenta de la maldición?

–Cuando al día siguiente llegué a la farmacia, enseguida noté que algo no andaba bien. Normalmente tenía bastantes clientes por la mañana, pero aquel día no entró nadie. A medio día, cuando me disponía a marcharme a casa para comer, me di cuenta de que no podía salir. Me quedé golpeando la puerta durante horas, tratando de salir o de que alguien me ayudara. Para mi asombro, vi cómo varios clientes habituales se acercaban a la farmacia, pero daban media vuelta desconcertados. Tardé varios días en asumir que no veían el local ni escuchaban mis gritos.

–¿Y nadie notó tu desaparición?

–Sí. Malena vino el mismo día. No olvidaré la cara de terror que puso cuando comprobó que donde había estado la farmacia ya no quedaba nada. Quizá pensó que había cerrado el negocio y la había abandonado –murmuró, con un destello de tristeza en la mirada–. Pero volvió cada día durante un año entero. Yo la miraba a través del cristal, incapaz de creer que no pudiera verme. Con el paso del tiempo, sus visitas se espaciaron. Primero una vez a la semana, después una vez al mes, una vez al año. Cuando quise darme cuenta, llevaba décadas sin verla. Entonces, un buen día vi a una anciana parada frente a la puerta de la farmacia, con la mirada fija en la nada. Tardé unos segundos en reconocerla. Era mi Malena. Solo que ya no era como yo recordaba. Su cabello castaño se había vuelto gris y su rostro luminoso tenía ahora un tono mortecino. Supe que aquella sería la última vez que la vería. Debía de tener alrededor de ochenta años. Cuando se marchó, no pude evitar mirarme durante horas en el espejo, sin poder creer que mi aspecto siguiera siendo el de un hombre de treinta años. Aquella era la verdadera maldición. Ver cómo todo envejecía y cambiaba, mientras yo seguía siendo el mismo. Me lamenté durante años por la vida que no había podido disfrutar al lado de Malena, por todo lo que aquella maldición me había arrebatado.

Paola lo había escuchado en completo silencio, con el corazón encogido.

–¿Crees que Malena sabía que estabas aquí? –preguntó la joven.

–No –contestó–. Creo que tan solo venía aquí a visitar mi alma, como quien va a un cementerio. Y no estaba del todo equivocada.

Paola se mordió el labio.

–Lo siento, ha tenido que ser terrible.

–Sí –contestó él, con la mirada perdida en la calle. Entonces, volvió sus ojos grisáceos hacia ella–. Pero ahora estás aquí –añadió.

–¿Qué crees que significa?

–No lo sé, pero me da esperanza. Quiere decir que algo está cambiando, quizá tú me ayudes a romper la maldición.

–¿Yo? –preguntó, extrañada–. Lo cierto es que no sé cómo. Ni siquiera tengo nada que ver con todo esto.

–Puede que estés aquí para ayudarme a investigar, para ser mis ojos fuera de esta farmacia.

Paola lo miró fijamente. Quizá lo que decía tenía sentido. Su vocación periodística no podía dejar pasar una investigación como aquella, así que acabó asintiendo.

–Te ayudaré a investigar lo que pasó y buscaremos la manera de liberarte de esta cárcel.

CAPÍTULO 12

27 de enero de 1918

–Señorita Victoria, debería comer algo –dijo Sofía, preocupada.

Victoria había pasado prácticamente una semana entera encerrada en su habitación, sin comer ni dormir, con la mirada perdida en la ventana.

–No tengo hambre –susurró con voz débil.

–Si sigue así, acabará enfermando.

–No me importa –sentenció, sin ni siquiera mirarla. Nada podía ser peor que casarse con aquel indeseable. Cualquiera mujer de su clase no se lo hubiera tomado tan mal. Al fin y al cabo, desde que había nacido, sabía que sus padres la casarían con quien más le conviniera a la familia. Hernán había sido amable con ella y por lo menos tenía más o menos su edad. Dentro de lo que cabía, había tenido suerte. Sin embargo, se sentía de todo menos afortunada. Tenía que hablar sobre ello con alguien, pero gracias a su padre apenas tenía amigas. Tan solo le vino a la cabeza una persona a la que pudiera contarle sus problemas. Malena. Aunque no se habían visto muchas veces, los encuentros con aquella prima lejana habían sido los momentos más divertidos que podía recordar. Malena era una mujer delicada y sensata, pero a la vez tenía las cosas claras y no dejaba que los demás decidieran por ella. Seguro que la comprendería. Reunió algo de fuerzas y se levantó de la cama para sentarse en el escritorio. Cogió papel y pluma y empezó a escribir.

Querida Malena,

Hace ya mucho tiempo que no nos vemos, desde el verano pasado. Aunque nos escribamos regularmente, echo de menos nuestros interminables paseos por los viñedos. Ahora necesitaría más que nunca una de nuestras charlas y tus inestimables lecciones. Supongo que las noticias ya habrán llegado a tus oídos. Estoy segura de que mi padre ha informado a todos los miembros de la familia sobre mi futuro enlace. Aunque sé que debería haber estado preparada para un matrimonio concertado, me siento triste. No es esto lo que yo deseo. No quiero vivir atrapada el resto de mi vida en un matrimonio sin amor con un hombre al que ni siquiera admiro. Sé que nadie más que tú podría entenderme.

Los demás me hablarán de la posición que este enlace le otorgará a mi familia, de la posición social que lograremos, de las riquezas, del buen nombre. Pero ¿qué hay sobre mi propia felicidad? ¿sobre lo que yo quiero? Tengo la terrible sensación de que eso no le importa a nadie. Tan solo soy una mercancía para que ellos logren sus objetivos. ¿Qué puedo hacer, querida prima? Necesito tus sabios consejos. Ya ni siquiera las bodegas pueden hacerme feliz. Mi padre ha obligado a mi querido Rodrigo a jubilarse y ha puesto a un nuevo sumiller. Es algo engreído y no estoy muy segura de que vayamos a llevarnos bien.

Dejemos de hablar de mí, ¿cómo va tu recién estrenada vida de casada? ¿Tu marido sigue siendo tan amable y atento contigo como me dijiste? Lo cierto es que merecéis toda la felicidad del mundo. Espero tener noticias tuyas pronto.

*Un fuerte abrazo,
Victoria*

Victoria dejó la pluma sobre el tintero y releyó la carta en silencio. Después la guardó dentro de un sobre y la depositó en la mesa. Le pediría a Sofía que la enviara por correo tan pronto como la viera.

Escuchó ruido de voces en el pasillo y se giró, preguntándose qué estaría pasando. Se acercó hasta la puerta con curiosidad y entonces reconoció la voz de Levi.

–Necesito hablar con ella –dijo el hombre, con voz ronca.

–Ya le he dicho que la señorita Victoria no está disponible, señor Levi. Esto es del todo inoportuno.

–¿Qué le pasa? –preguntó él, ahora con una nota de preocupación en la voz.

–Está indispuesta.

Victoria suspiró. Quizá Levi tenía que decirle algo importante sobre la cosecha o los viñedos, de otro modo no hubiera ido a buscarla hasta la casa. Se cubrió el camión con una bata y se adecentó un poco el pelo. Después, salió al pasillo con la mayor dignidad de la que fue capaz.

–¿Qué está pasando aquí? –preguntó, mirando primero a Sofía y después a

Levi. La criada la observó boquiabierta por que al fin se hubiera levantado de la cama y el hombre trató de evitar recorrer con la mirada la ligera bata que cubría su cuerpo. Victoria tenía un aspecto algo más salvaje de lo habitual, con su cabellera castaña ligeramente revuelta. Ese detalle lo puso nervioso.

–Señorita, tenemos un problema –dijo, aclarándose la garganta.

–¿Qué ha pasado? –preguntó la joven acercándose hasta él, sintiendo cómo un sudor frío empezaba a recorrer su frente. Debía de ser realmente grave si venía en su busca.

–Los viñedos tienen filoxera.

–¿Qué? –balbuceó. Había oído hablar vagamente sobre aquel insecto procedente de América que se propagaba en forma de plagas y que había arrasado ya viñedos enteros por toda Francia. Tuvo que apoyarse en un mueble para seguir en pie–. ¿Qué vamos a hacer?

–¿Qué es la filoxera? –se atrevió a interrumpir Sofía, algo descolocada.

–Es una plaga que ataca a las hojas y a los filamentos de las raíces de la vid –explicó Levi.

–¿Está seguro de que la vid está infectada? –preguntó Victoria, todavía incapaz de creerlo.

–Bastante. He visto lo que le hace a los viñedos en Francia –declaró. Victoria recordó la experiencia previa de Levi de la que le había hablado su padre y cerró los ojos, maldiciendo su suerte–. Cuando se encuentre usted recuperada, se lo mostraré.

Victoria aspiró, tratando de coger aire. Se sentía cansada y en un total desasosiego por la noticia de su boda, pero no podía dejar sus queridos viñedos abandonados a su suerte, así que acabó asintiendo.

–Deme cinco minutos. No tenemos tiempo que perder.

Levi no tuvo oportunidad de protestar, Victoria se metió de nuevo en la habitación. La chica se colocó unos pantalones beige y una camisa blanca. Cuando salió, Sofía se había marchado discretamente y tan solo Levi la esperaba en el pasillo.

–¿Se encuentra bien? Quizá deberíamos dejarlo para otro día. No tiene usted muy buena cara –dijo el hombre cuando Victoria se reunió con él. La

joven lo miró ofendida, no era demasiado cortés remarcar su mal aspecto.

–Simplemente no estoy en mi mejor momento –respondió bruscamente–. Ahora, muéstreme dónde está esa plaga.

Levi asintió, incapaz de replicar. Victoria parecía tener un fuerte carácter y a veces incluso él temía llevarle la contraria. Aunque jamás se lo confesaría, en eso le recordaba a su padre Julián.

Salieron de la casa principal en dirección a los viñedos que se situaban más al norte de la finca.

–Aquí es donde he encontrado los primeros signos de la plaga –explicó, acercándose a una de las vides. Victoria lo siguió de cerca.

–¿Cuáles son? –preguntó, frunciendo el ceño para concentrarse en la tronco que Levi estaba tocando.

–Es más fácil de ver cuando es verano y las vides tienen hojas, ya que estas se tornan amarillas por culpa de la plaga. Aun así es posible detectarlo también en invierno. Mire –indicó, señalando un lado de la planta–. Las puntas de las ramas se están tornando pálidas.

–¿Y eso que significa?

–En principio ese cambio es el menor de los males, no es letal para la planta, aunque es el síntoma más evidente de que la vid está enferma.

–¿Y qué le pasará? –preguntó con un hilo de voz, temiéndose la respuesta.

–Seré claro, señorita. La infección de una vid por filoxera provoca su muerte en apenas tres años. También genera gravísimos daños en las raíces que hacen que lleguen a pudrirse en poco tiempo. Siento decirle que además es una plaga que se multiplica con una gran rapidez, es probable que a estas alturas estén todas infectadas.

Victoria sintió que le fallaban las piernas y se dejó caer de rodillas sobre la tierra húmeda. Levi se agachó a su lado rápidamente y la sostuvo por la cintura para ayudarla a levantarse.

–¡Señorita! –murmuró, tratando de que Victoria respondiera. Tenía la mirada perdida en el horizonte y su palidez era preocupante–. ¡Señorita! –repitió, dándole unos suaves golpecitos en la cara. Finalmente, la joven lo miró. Victoria reparó por primera vez en lo atractivos que eran los ojos

oscuros de Levi y sintió que le costaba respirar al tenerlo tan cerca. Se apartó bruscamente de él, tratando de recobrar la compostura. Sin embargo, sintió de nuevo que todo le daba vueltas.

–Por Dios, ¿cómo ha salido en este estado? –farfulló Levi, agarrándola de nuevo, esta vez por el brazo—. Será mejor que volvamos a la casa y descanse –sentenció, empezando a caminar. Aunque Victoria quería quedarse a investigar más sobre la filoxera, se dejó llevar. No tenía fuerzas para discutir, llevaba demasiado tiempo sin comer. Levi la ayudó a subir las escaleras y la acompañó hasta su habitación. Era consciente de que entrar en la estancia de Victoria podía llegar a ser prácticamente una ofensa a la familia, pero Sofia no estaba disponible y no había ningún otro criado allí para ayudarle, así que abrió la puerta con la pierna mientras sostenía a Victoria. Al entrar, olió el inconfundible perfume de la chica y sintió que, entrando allí, se estaba acercando un poco más a ella. La dejó en su cama y dio un paso atrás.

–¿Qué tiene, Victoria? –preguntó con el ceño fruncido, apartando aquel cabello rebelde de su rostro. Jamás la había visto tan débil. La joven le dedicó una mueca.

–Usted no lo entendería –contestó. Levi la miró molesto. Era desafiante incluso en aquellas condiciones.

–¿Está enferma? –insistió.

–No –respondió.

–Es por la boda –sentenció Levi. Victoria lo estudió sorprendida. ¿Cómo aquel desconocido había sido capaz de adivinar lo que le pasaba en tan solo unos minutos? No fue capaz de mentirle y asintió ligeramente con la cabeza—. ¿Tan malo es? –preguntó Levi.

Victoria lo fulminó con la mirada. ¿Cómo se atrevía a hablar de aquel asunto con esa ligereza?

–No quiero casarme con él –confesó finalmente, después de estudiar unas cuantas respuestas. Por lo menos podía hablar de aquello con alguien.

–Supongo que es lo que se espera de alguien con su posición –repuso Levi.

–¿Y lo que yo quiero no cuenta?

–Me temo que a veces las obligaciones son más importantes que nuestros

propios deseos –contestó.

Victoria lo miró con dureza, aunque sabía que tenía más razón que un santo. Sin embargo, aquello no la consolaba en absoluto.

–¿Está usted casado, señor Levi? –preguntó de repente.

–¿Yo? –respondió riendo–. No.

–¿Qué le hace tanta gracia? –preguntó, molesta.

–Creo que no soy el tipo de hombre que se casa.

–¿Por qué no?

–No me gustan las ataduras –sentenció.

–A mi tampoco –contestó Victoria–. Supongo que entonces comprenderá mi desasosiego, ¿no?

–¿Una mujer que no quiere casarse? Es usted realmente distinta al resto, señorita Victoria.

–No necesito a ningún hombre para encontrar mi propia felicidad. Ni mucho menos uno que venga impuesto por mi padre.

–¿No será usted una de ellas?

–¿Una de ellas? –preguntó, arqueando las cejas.

–Sí, ya me entiende.

–No, no le entiendo en absoluto, señor Levi.

–¿Le gustan las mujeres?

Esta vez fue Victoria la que se echó a reír.

–Si es eso lo que quiere pensar...

–Eso explicaría lo de los pantalones –repuso él.

Victoria fue incapaz de ocultar su sonrisa al mirarle.

–No, señor Levi, no me gustan las mujeres, pero espero que no tenga nada en contra de ese colectivo. Deberían tener los mismos derechos que nosotros y no que las persigan como si se tratara de delincuentes.

Levi levantó las manos a modo de defensa.

–No me malinterprete. No tengo nada en contra, es solo que hubiera sido todo un desperdicio para el género masculino.

Victoria se sonrojó ligeramente ante aquel extraño cumplido.

–¿Le ha dicho ya a mi padre algo sobre la plaga?

–Sí, le he informado antes de venir a buscarla a usted.

–¿Y qué le ha dicho? ¿Le ha dado alguna solución?

–No. Lo cierto es que por primera he visto descolocado al señor. Dice que no conoce demasiado bien la filoxera, es nueva aquí, así que me ha pedido que se lo contara a usted. Estaba convencido de que tendría más conocimientos que él sobre el tema, ya que se pasa todo el día leyendo tratados sobre viticultura.

–¿Mi padre le ha dicho eso? –preguntó Victoria, entre sorprendida y alagada. Julián jamás había reconocido su valía y le había dejado claro millones de veces que no le gustaba que se inmiscuyera en los asuntos del negocio.

–Supongo que es consciente de la gravedad de la situación –repuso Levi.

–Está bien. Avise a Sofía para que me traiga una bandeja con comida.

–Perdone, pero, ¿qué tiene que ver eso con la plaga? –preguntó Levi, desorientado por aquel giro en la conversación.

–Todo. Mañana por la mañana visitaremos de nuevo los viñedos. Necesito comer para recuperar fuerzas y encontrar una solución.

CAPÍTULO 13

23 de julio de 2018

Paola abrió los ojos, pero no vio más que oscuridad. Alargó las manos y descubrió una pared húmeda tras su espalda. Siguió palpando y se encontró con algo de madera frente a ella. ¿Dónde diablos estaba? Escuchó unas voces en la lejanía y sostuvo la respiración. Asomó la cabeza por encima de aquel pedazo de madera y descubrió a dos hombres en la penumbra, que alumbraban sus pasos con un par de lámparas de aceite. ¿Quiénes eran? Supo al momento que estaba teniendo otro de aquellos extraños sueños, sus ropas no engañaban. Aquellos trajes marrones no podían ser de esta época, sino de por lo menos un siglo atrás. Se levantó ligeramente para inspeccionarlos mejor, pero la madera sobre la que se apoyó emitió un crujido de dolor y el más joven de aquellos dos individuos se giró hacia ella. Paola volvió a esconderse, pero ya era tarde. Aquel desconocido la había visto. Escuchó los pasos acercándose hasta ella y cerró los ojos con fuerza.

–No te escondas, querida –dijo una voz fría como el hielo. Entonces, sintió su mano en el brazo, tirando de ella para que saliera al exterior. Gritó, asustada ante lo real de aquel contacto.

Se despertó cubierta en sudor y mirando a todos lados atemorizada, pero Paola tan solo encontró su desordenada habitación. Suspiró, aliviada de haber podido escapar de aquella pesadilla. Parecían tan reales que temía que algún día no pudiera despertar y quedara atrapada para siempre en una de ellas.

Se levantó de la cama apartándose el cabello castaño que se había arremolinado en su rostro después de dar tantas vueltas. Se acercó hasta su escritorio y recogió la tarjeta de Lorenzo Santillán. No podía alargar más aquel momento. Debía realizarle una entrevista si quería escribir el artículo. Apenas le quedaban unos días para la fecha de entrega y seguía sin tener nada.

Paola se detuvo unos instantes frente al enorme edificio de oficinas. Miró hacia arriba y se preguntó cuántos pisos tendría. No le alcanzaba la vista para ver el final. Se acomodó uno de los mechones rebeldes que habían escapado de su moño detrás de la oreja y decidió entrar, dejando sus inseguridades en la calle. Se había colocado un vestido sobrio para la ocasión. Era consciente de

que Lorenzo había hecho una fortuna gracias a sus supuestos dones y quería causar una buena impresión. Si se ponía a su altura era más probable que le contara algún detalle que pudiera aprovechar. Se acercó al portero que se encontraba sentado en la entrada y le dedicó una sonrisa.

–Buenos días, tengo una entrevista con el señor Santillán –dijo.

–Sí, la está esperando, señorita Godoy –repuso. Por algún motivo, aquella respuesta le puso los pelos de punta. ¿Cómo sabía su nombre? ¿Había sido Lorenzo quien había informado al portero para que la recibiera de aquella manera tan inquietante?–. Su oficina está en la planta número 13. –Qué supersticioso.

Paola forzó una sonrisa y se marchó en dirección a los ascensores. Todo en aquel edificio se veía nuevo e impoluto. Cuando llegó a la planta que el recepcionista le había indicado, caminó hasta la única puerta que había en el rellano, con un flamante trece colgando del marco y el nombre de Lorenzo Santillán ribeteado justo debajo.

La puerta se abrió antes de que pudiera llamar al timbre y Lorenzo la miró con una sonrisa desde el umbral.

–Buenos días, Paola. –La joven sintió que un escalofrío recorría su espalda al tenerle tan cerca–. Te estaba esperando.

–Hola, Lorenzo –respondió con formalidad.

–Adelante. –Le hizo un gesto con la mano para que lo siguiera y la condujo hasta una consulta con luz más bien tenue. El suelo y las paredes eran de color oscuro y tan solo había un sofá negro en medio de la sala–. Toma asiento –le indicó, señalando el sofá.

La joven se dejó caer sobre los cojines y tuvo que sostener la respiración al ver que Lorenzo se sentaba junto a ella–. ¿Así que eres periodista? –preguntó. Paola se sintió nerviosa, debía mentirle a aquel hombre que parecía saberlo todo, pero no le quedaba otra opción. No podía confesarle que trabajaba para la revista *Sin Misterios* ni que estaba allí para desenmascarar su farsa sobre la hipnosis.

–Sí –se limitó a responder–. Estamos interesados en realizar una entrevista con usted y...

–¿Para qué publicación? –la interrumpió, clavando sus ojos oscuros en los

de ella.

–Ah, es muy pequeña, quizá no la conozca –dijo, para ocultar que se la estaba inventando–. Se llama *Paranormal*.

A Paola le pareció que el nombre le hizo gracia y no se le escapó la sonrisa condescendiente que Lorenzo trató de ocultar rápidamente, volviendo a su semblante serio.

–¿Le hace gracia? –preguntó Paola, molesta.

–No te ofendas, Paola. Es solo que la hipnosis no tiene nada de paranormal.

–¿Puede explicarme entonces cuál es el proceso?

–Por supuesto, pero primero tutéame, por favor. Me haces sentir viejo.

–Perdona –respondió ella, ahora incapaz de ocultar una sonrisa. De lejos había creído que tenía alrededor de cuarenta, pero viéndolo más de cerca, estaba convencida de que tan solo debía de rondar los treinta. Sin embargo, su semblante serio y la ropa oscura le hacían parecer, de algún modo, mayor.

–La hipnosis como tal no oculta ningún secreto místico, a decir verdad. Tan solo se necesitan dos componentes para lograr una hipnosis exitosa: voluntad y un buen conductor.

–¿A qué se refiere con voluntad?

–Mira, Paola, no se puede hipnotizar a quién no quiere. Sin embargo, si la persona tiene la firme voluntad de ser hipnotizada y nos abre las puertas de su mente, no debería haber ningún problema.

–¿Y qué es para ti un buen conductor? –preguntó.

–La hipnosis tiene sus trucos. –Paola se puso tensa al escuchar esa palabra, aquello era justo lo que necesitaba para su artículo. Saber qué trucos había utilizado–. Un buen conductor es alguien que sabe utilizarlos para conducir la hipnosis con éxito.

–¿Y cuáles son esos trucos?

–¿No sabes que un mago nunca revela sus secretos? –preguntó Lorenzo, inclinándose ligeramente hacia delante. Había estado cerca de obtener una respuesta. La joven lo estudió en silencio, recordando cómo aquel hombre

había entrado en su mente no hacía tanto para librarla de la claustrofobia que la perseguía desde su más tierna infancia. Sin embargo, algo no había ido bien durante aquella sesión y estaba segura de que las imágenes que había visto aquel día en el escenario y que la perseguían en sueños desde entonces, eran el resultado de algo que Lorenzo había hecho mal.

–Pero tus trucos fallaron conmigo –soltó. Quizá si lo ponía contra las cuerdas acusándolo de ser un mal profesional acabara por revelar sus métodos.

–¿Acaso no entraste en estado de hipnosis? –preguntó, arqueando las cejas.

–Sí, pero... –de repente, dudó. Quizá no era buena idea contarle a aquel hombre que por las noches revivía una y otra vez las imágenes que habían aparecido en su cabeza por primera vez aquel día.

–¿Pero...? –insistió, animándola a continuar.

–Sigo siendo claustrofóbica –dijo, obviando toda la otra parte.

–Si la memoria no me falla, tuve que cortar la sesión de hipnosis contigo.

–¿Y eso por qué? –preguntó, intentando saber qué había visto Lorenzo para detener la sesión.

–Sabes perfectamente por qué tuve que hacerlo.

Se quedaron mirando en silencio durante unos segundos que se le hicieron eternos. Paola tragó saliva y se humedeció los labios, sin saber muy bien qué decir. ¿Significaba eso que Lorenzo también había visto aquellas extrañas imágenes que brotaron de su cabeza? ¿Por eso había interrumpido la hipnosis?

–¿También lo viste? –preguntó, con un hilo de voz.

Lorenzo le dedicó una sonrisa ladeada.

–No sé qué fue lo que viste exactamente, Paola, pero he conducido suficientes hipnosis a lo largo de mi vida como para saber cuándo alguien está viendo algo que no debería.

–¿A qué te refieres? ¿Por qué no debería ver lo que veo?

–Porque esas imágenes, sean lo que sean, es posible que no correspondan a tu vida.

Paola lo miró con el ceño fruncido. ¿Qué diablos significaba aquello?

–No te entiendo –sentenció.

–Quizá es pronto para que me entiendas.

Paola se aclaró la garganta, algo incómoda por el rumbo que había tomado aquella conversación.

–Estábamos hablando sobre los trucos de un buen conductor –dijo la chica. Lorenzo asintió ligeramente con la cabeza.

–Como te decía, para conducir una sesión de hipnosis hay pequeños trucos que pueden ayudar a que el sujeto se relaje y nos deje entrar en su mente. No puedo revelártelos todos, pero hacer que la persona se concentre en su propia respiración o hacerle contar hasta diez son solo algunos de ellos.

Paola anotó aquellas palabras en su pequeña libreta, que había estado prácticamente en blanco hasta aquel momento. Sonrió. Con aquella información se veía capaz de escribir algo. Quizá ahora que ya tenía un poco de material asegurado, pudiera empezar a hacerle preguntas más comprometidas.

–¿Cuál es tu opinión sobre la magia, Lorenzo?

El hombre aguantó una carcajada.

–¿Qué te parece tan gracioso?

–El hecho de hablar sobre magia con alguien tan escéptico como tú.

–¿Por qué dices que soy escéptica?

–No hace falta pasar más de un minuto contigo para saber que no creerías en la magia ni aunque la vieras con tus propios ojos.

–Quizá estés equivocado –soltó. Al fin y al cabo, había creído en la maldición de Gonzalo. Si aquello no era magia, ¿qué podía serlo?

–Muy bien. ¿Quieres saber mi opinión sobre la magia?

–Soy toda oídos –respondió.

–Creo que tenemos una opinión errónea sobre la magia. Pensamos que consiste en hacer desaparecer trenes, pero lo cierto es que está en pequeñas cosas de la vida que somos prácticamente incapaces de percibir.

–¿Puedes explicarme esto un poco más? –preguntó Paola, sin acabar de comprender a qué se refería.

–Lo que viste el día que te hipnoticé, por ejemplo. Eso es una pequeña forma de magia.

Paola se quedó en silencio, completamente descolocada por su respuesta.

–Pero no sabes lo que vi –protestó.

–No –confirmó–, pero sé por qué ves esas imágenes.

–¿Por qué? –logró articular Paola, ávida de respuestas.

–Es tarde –dijo Lorenzo de repente, mirando el reloj–. Quizá otro día podamos hablar más sobre ello. Ahora debo dejarte, tengo una consulta.

Paola lo fulminó con la mirada. ¿Cómo podía dejarla así? Se levantó del sofá como una exhalación, ofendida.

–Muy bien, señor Santillán –dijo apretando los dientes–. Con lo que me ha contado creo que podré escribir un buen artículo.

Lorenzo la miró con ojos divertidos, no le había pasado por alto que lo había vuelto a tratar de usted.

CAPÍTULO 14

28 de enero de 1918

Victoria acudió a los campos de viñedos con paso seguro. Su padre le había encomendado una misión en las bodegas y eso significaba mucho para ella. Aunque jamás le perdonaría su intención de casarla con Hernán, por lo menos podía sentirse útil por primera vez en su vida. Cuando llegó, Levi ya se encontraba allí. La joven observó con gesto curioso cómo estaba arrodillado junto a una de las plantas, estudiando sus raíces.

–Buenos días, señor Levi, ¿alguna novedad? –dijo Victoria, poniéndose a su lado. El hombre levantó la vista hasta ella y le sonrió.

–Tiene usted hoy mucho mejor aspecto, señorita –dijo, poniéndose en pie.

Victoria se sonrojó ligeramente al sentir los ojos de Levi sobre los suyos.

–Será mejor que nos centremos en el tema que nos concierne –lo cortó la chica, mirando a las plantas–. ¿Ha descubierto algo al respecto?

–Sí –dijo él, desviando la mirada hacia una de las cepas–. Tal y como sospechaba, están todas infectadas.

–Dios mío –dijo Victoria, tapándose la boca–. La cosecha...

–Este año tendrá cosecha todavía. Quizá la calidad no sea la misma, pero por suerte la filoxera está al principio de su proliferación. Lo más probable es que la infección empezara a finales del verano pasado.

–¿No hay ningún modo de detenerla? –preguntó con un hilo de voz.

–No. Cuando me marché de Francia fue, precisamente, por culpa de la filoxera. Esta plaga asoló los viñedos de gran parte del país.

–Por eso se elevó tanto la exportación de vinos españoles –murmuró Victoria, recordando los años de bonanza que habían pasado.

–Exactamente. Al no tener vinos franceses, se vieron en la obligación de importar vinos de la Rioja o del Penedés. Sin embargo, parece que esta plaga ha llegado también aquí.

–Había oído hablar sobre ello, pero jamás pensé que...

–Lo siento, señorita –dijo Levi, mirando al cielo.

Victoria se mordió el labio.

–No puedo quedarme de brazos cruzados viendo cómo el legado de mi familia se pudre, señor Levi –dijo–. Quizá Rodrigo tenga alguna idea –añadió, pensando en el viejo sumiller–. Tiene mucha experiencia y...

–Él no tendrá la solución que necesita –cortó Levi, tajantemente. Victoria lo miró y pudo ver que estaba ofendido.

–¿Y qué propone usted? Se supone que está al cargo de todo esto, y mire lo que ha pasado –espetó, descargando su frustración. Levi la miró dolido, pero no entró en la discusión.

–Quizá haya una manera.

–¿Cómo? ¿Qué manera? –preguntó Victoria, ansiosa.

–¿No ha notado que los pedidos de Francia han disminuido?

–Sí, de hecho es la falta de ventas en esa zona lo que está poniendo en peligro la economía de estas bodegas. Como usted mismo decía, una posible causa sería la falta de innovación o la calidad –respondió Victoria, pensativa.

–¿Y si en realidad no hay ningún problema con nuestros vinos? ¿Y si resulta que han encontrado una solución a la filoxera y están replantando sus cultivos?

–¿Quiere decir que los franceses han dado con la solución?

–No lo sé, es tan solo una corazonada, pero tengo contactos. Deje que lo averigüe.

Victoria asintió, algo más tranquila.

–Gracias, Levi. Avíseme enseguida que tenga noticias.

15 de febrero de 1918

Victoria paseaba por los viñedos, desanimada al ver que el color de las ramas empezaba a pasar del verde al amarillo pálido. Suspiró y se preguntó qué sería de su vida si los viñedos morían. Aquella había sido su única vía de escape desde niña. Cuando su padre le prohibía hacer amigas o salir, ella se marchaba corriendo a las bodegas o a trotar sobre su caballo. ¿Qué haría si todo eso desaparecía? ¿Cómo podría continuar viviendo?

–¡Victoria! –Una voz a sus espaldas la distrajo de sus pensamientos. Se giró para descubrir a Hernán acercándose hasta ella con paso decidido y una sonrisa en los labios.

–Hola, señor Montenegro.

–Llámame Hernán, por favor –dijo el hombre, con una sonrisa amable–. Al fin y al cabo, serás mi esposa dentro de poco. –Victoria forzó una sonrisa que no engañó a nadie–. Quería hablar contigo sobre eso, precisamente.

–Oh, adelante –dijo la joven, juntando las manos frente a su falda y arremolinando los dedos nerviosamente. Aquel hombre la ponía nerviosa, pero no del modo en que debería hacerlo un prometido.

–Verás, hemos acordado ya una fecha con tus padres. –Victoria miró fijamente al suelo y rezó por que ninguna lágrima se atreviera a aventurarse por sus ojos–. Siento que no hayas podido estar presente –añadió, malinterpretando la incomodidad de la chica–. Te prometo que podrás encargarte de todos los preparativos que desees junto con mi madre.

–Gracias –susurró con la poca voz que emanó de su garganta–. ¿Qué fecha habéis fijado?

–El 30 de marzo.

Victoria inspiró lentamente, como si aquella noticia la hubiera hecho envejecer cien años, y levantó la vista hasta Hernán. Estudió sus pequeños ojos marrones, sus hombros no demasiado anchos y su figura delgada aunque elegante. ¿Aquel sería el hombre con el que pasaría el resto de su vida? El

aire frío del exterior le pareció asfixiante, a pesar de estar en pleno febrero. Quizá fuera el maldito corsé que su madre le obligaba a llevar. O quizá aquella devastadora noticia. En menos de dos meses sería una mujer casada. Igual que su madre. Igual que su abuela. Se casaría por dinero. No. No lo haría, se dijo a sí misma. Encontraría la manera de evitarlo, costara lo que costara.

–¡Señorita Victoria! –esta vez no fue la voz de Hernán la que la distrajo, sino la de Levi, que corría hacia ella esquivando ágilmente las cepas. Se detuvo en seco cuando sus ojos se encontraron con los de Hernán, que lo observaba de brazos cruzados junto a Victoria–. Ah, perdone, está usted ocupada –Por primera vez, Victoria lo vio titubear.

–¿Qué quiere, Levi? –preguntó Hernán, claramente molesto por la interrupción.

–Quería hablar con la señorita Victoria sobre un asunto importante de la vida –aclaró, sin amedrentarse ante su gesto de superioridad.

–Estoy seguro de que puede esperar. Márchese –soltó con desprecio.

Levi no le contestó y miró directamente a Victoria.

–Es sobre la filoxera –le dijo. La joven se puso tensa y se dirigió a Hernán.

–Lo siento, Hernán, es urgente, espero que no te moleste –dijo, dándole a entender que era él quien debía irse.

–No, por supuesto que no –contestó el hombre, aunque sus ojos indicaban lo contrario. Se marchó sin decir nada más, con el orgullo herido.

–Menudo imbécil –farfulló Levi, mirándolo con disgusto–. No se ofenda, señorita, pero la compadezco –añadió.

–No sé si eso me consuela, señor Levi. Estábamos hablando sobre la filoxera, ¿no? –dijo, cortando el tema.

–Sí. Envié una carta a un amigo que tiene unos viñedos en Francia. Le pregunté si habían encontrado la manera de detenerla.

–¿Y bien? –preguntó Victoria, interesada–. ¿Qué le dijo?

–Cree que han encontrado un remedio.

–¿Cree?

–Están todavía comprobando su efectividad, no es una ciencia exacta.

–¿Y cuál es esa solución, señor Levi?

–Están realizando injertos sobre pies de vid americanos.

–¿Cómo dice? –preguntó, sin comprender.

–Verá, la filoxera es natural de América del Norte, por lo que las vides europeas no son capaces de resistirla. Sin embargo, han descubierto que los pies de vid americanos son inmunes a la plaga.

–Pero no podemos hacer nuestro vino con cepas americanas, el sabor cambiaría completamente –protestó Victoria.

–Exacto, pero lo que están haciendo no es poner toda la planta, sino realizar injertos de cepas europeas en pies de vid americanos. De esta manera, no puede infectarse y se mantiene la esencia del vino europeo.

–Tiene sentido... –musitó Victoria, pensativa.

–Es una técnica algo compleja y por carta apenas pudo darme detalles, así que me ha invitado a visitar su viñedo para mostrarme cómo hacerlo.

–Veo que tiene usted buenos amigos –dijo Victoria con una sonrisa, aliviada al poder considerar, por lo menos, una solución a aquel enorme problema.

–Supongo que no será un inconveniente que me ausente unas semanas para visitar sus viñedos en Francia.

–Por supuesto que no –dijo Victoria–. Es de vital importancia dar con esa solución. De hecho, vendré con usted –repuso, decidida. Levi parecía digno de confianza, pero igualmente no iba a dejar su legado familiar en manos de un hombre al que apenas conocía, quería estar segura de que ese remedio funcionaba y tan solo podía hacerlo si lo veía con sus propios ojos.

–No sé si su padre estará de acuerdo –contestó Levi, arqueando las cejas. Sabía lo estricto que podía llegar a ser Julián.

–Deje que sea yo quien lidie con mi padre. Si hay algo que le importe más que su propia familia, son estos viñedos. Accederá a lo que sea con tal de no arruinarse –contestó, con desdén en la voz.

–No. –Julián miraba a su hija como si se hubiera vuelto loca.

–Padre, es la única manera.

–¿De verdad piensas que voy a dejar que vayas con un hombre que no es tu futuro marido en un viaje a Francia? –preguntó, sin poder creer todavía la idea que había tenido su hija.

–No me está escuchando –insistió–. El viñedo entero morirá pronto si no hacemos nada. Estaremos completamente arruinados y ni siquiera los Montenegro podrán sacarnos de la pobreza. ¿De verdad cree que Hernán seguirá queriendo casarse conmigo si descubre que no nos queda nada? La única manera de salvar nuestro legado es haciendo este viaje y descubriendo la manera de acabar con la filoxera.

–En eso estoy de acuerdo, pero Levi puede ir solo –contestó.

–Padre, entiendo que confíe en él, pero, ¿no cree que es un poco irresponsable por nuestra parte dejar el peso de algo así en manos de un trabajador?

Julián dio un golpe seco en la mesa y se llevó las manos a la cabeza, superado por la situación. Quizá aquella fuera una de las decisiones más complicadas de su vida. Hubiera acompañado a Levi él mismo, pero tenía compromisos importantes que no podía eludir en los próximos días.

–Está bien –se escuchó decir–, pero nadie debe saber el motivo real de tu viaje. Diremos que vas con tu criada a un retiro espiritual antes de la boda.

–Ha tomado la decisión correcta –le aseguró Victoria con una sonrisa triunfal. Julián negó con la cabeza sutilmente, como si todavía no pudiera creer lo que acababa de decir.

–Recuerda que tendrás que estar aquí días antes de la boda para los preparativos.

Victoria tragó saliva. Aquello significaría acceder realmente a casarse con Hernán. Se armó de valor y asintió.

–Aquí estaré –murmuró a regañadientes. Pensaría en algo para evitar esa boda, pero por ahora necesitaba ganar tiempo para salvar los viñedos.

–No me defraudes, Victoria –dijo Julián, justo antes de que su hija desapareciera por la puerta.

CAPÍTULO 15

28 de julio de 2018

Paola tenía la mirada fija en la pantalla del ordenador de su oficina desde hacía horas. Jorge la veía tan concentrada que no se atrevió a perturbarla para preguntarle si le apetecía ir a comer como solían hacer antes. De un tiempo a esta parte la notaba taciturna, distante con todo el mundo, como si algo la preocupara más de lo habitual.

–¿Estás bien? –decidió preguntarle al fin. La joven levantó la vista y lo observó sorprendida, como si no se hubiera percatado de su presencia hasta ese momento.

–Sí, claro –respondió, algo descolocada. Jorge estudió las ojeras que empezaban a dibujarse bajo los ojos de la chica, que delataban que no dormía bien por las noches.

–Te noto ausente últimamente, ¿seguro que va todo bien?

–Sí, es tan solo que estoy un poco preocupada por el artículo de Lorenzo Santillán.

–¿Aún no has encontrado nada?

–Bueno, sí, conseguí hacerle una entrevista.

–¿Qué? ¿En serio? –dijo su mentor, sentándose rápidamente en una silla a su lado, expectante—. Eso es excelente, cuéntame más.

–No sé, Jorge. Le estoy dando vueltas una y otra vez a todo lo que me dijo y no estoy segura de tener algo sustancial. No me convence el artículo...

–Vamos, no digas eso, siempre te menosprecias.

–¿Quieres leerlo antes de que se lo envíe a la directora? Creo que me quedaría mucho más tranquila.

–Por supuesto.

Paola se apartó de la pantalla para dejarle espacio a Jorge, que leyó el texto rápidamente. Paola apenas se atrevió a respirar en aquellos interminables minutos. Cuando terminó, Jorge la miró fijamente unos instantes.

–¿Qué? ¿Cuál es el veredicto? –preguntó impacientemente.

–Es bueno. Muy bueno. –Paola suspiró aliviada. La opinión de Jorge era muy importante para ella. Aunque ya no fuera su jefe, tenía muchísimos años más de experiencia que ella y sabía cómo hacer bien su trabajo–. Pero –Jorge no había terminado con su valoración–, no queda claro que sea un farsante.

–Esa es la cuestión. Hay algo en él... Nunca me ha pasado algo así, pero creo que es auténtico.

–¿Quieres decir que realmente hace magia? –preguntó con sorna a la vez que arqueaba las cejas.

–No, no es magia. Él mismo me lo dijo en la entrevista. Son técnicas de hipnosis.

–¿Entonces estás convencida de que hipnotiza a la gente?

–Sí, yo misma lo pude vivir.

–Ya... Bueno, lo mejor que puedes hacer es enviárselo a la directora para que lo apruebe antes de publicarlo.

–Eso haré. Gracias, Jorge –concluyó con una sonrisa.

Gonzalo se dejó caer sobre la silla que solía colocar tras el mostrador. Apoyó la cabeza entre sus manos, aburrido. Hacía años que había superado el hastío de estar solo y se había acostumbrado al aburrimiento como un castigo más del limbo en el que había quedado atrapado. Sin embargo, poder hablar con alguien de nuevo lo había devuelto, de algún modo, a la vida. Y había vuelto a sentir aquel terrible sentimiento de una espera que no parecía terminar nunca. No quería admitir que se sentía impaciente por ver a Paola de nuevo. Se repetía a sí mismo que era normal sentirse así. Llevaba cien años sin tener contacto con otro ser humano. Lo extraño era que no hubiera enloquecido todavía en aquella cárcel.

Sacó un reloj de bolsillo que se había parado exactamente en el mismo momento en el que el tiempo se había detenido para él. Observó las agujas con melancolía. Hacía tiempo hubiera dado lo que fuera por que volvieran a moverse. Sin embargo, sabía que ya no había nada para él en aquel mundo. Todas las personas que le importaban ya habían muerto hacía años. En la tapa del reloj había una vieja fotografía. No pudo evitar sonreír al ver aquellos pequeños ojos castaños mirando con timidez hacia la cámara. Y aquellos rizos

con los que tanto le había gustado jugar. Su querida Malena.

La puerta se abrió y Gonzalo escondió inmediatamente el reloj en su bolsillo, como si fuera un preciado tesoro que no estaba dispuesto a compartir con nadie. Aquel recuerdo era lo único que le quedaba de ella aparte de imágenes prácticamente desdibujadas por el paso de los años, que a veces volvían a él, silenciosas, para atormentarle.

–Buenas tardes, Gonzalo –dijo la voz de Paola desde la entrada.

El hombre a duras penas consiguió disimular la alegría de volver a verla. A pesar de que le había prometido que lo ayudaría a investigar el porqué de su maldición, no estaba convencido de que fuera a volver. Al fin y al cabo, su historia era, cuanto menos, rocambolesca. Pero allí estaba.

–Pareces cansada –dijo Gonzalo, cuando observó sus ojeras y su cabello ligeramente más revuelto de lo habitual.

–Es por el trabajo –se limitó a responder.

–¿Ha pasado algo?

–No, un artículo algo difícil de escribir.

–¿Eres periodista? –preguntó, con curiosidad.

–Sí, pero no te preocupes por mi trabajo, son tonterías si lo comparamos con lo tuyo –añadió, al observar sincera preocupación en los ojos grises de Gonzalo.

–No sabes cuánto te agradezco que quieras ayudarme –dijo él–, pero, si necesitas descansar, puedo esperar. No me irá de un día –añadió con ironía. Paola no pudo evitar sonreír.

–Quizá ya has esperado suficiente, ¿no crees? –dijo ella, acercándose hasta él.

–No tengo ni idea de por dónde empezar –repuso Gonzalo.

–Yo sí. He estado pensando y creo que deberíamos investigar tu entorno inmediato.

–Ya te dije que Malena no... –empezó a decir, molesto.

–Lo sé. Tan solo quiero averiguar cosas sobre tu pasado, tenemos que comenzar por algún lado y creo que investigarla a ella será lo más sencillo.

–Está bien –acabó accediendo, a regañadientes. No quería admitir que le daba miedo lo que descubriera Paola. Había pasado años preguntándose qué habría sido de la vida de Malena sin él. Ahora que estaba más cerca de saberlo, no estaba seguro de querer encontrar la respuesta.

–¿Cuál era el nombre completo de Malena?

–Malena Encinas Rico.

–¿Y su fecha de nacimiento?

–14 de noviembre de 1892.

–¿Dónde vivíais?

–En la calle Castellanos, número quince.

–Muy bien. En cuanto averigüe algo, volveré.

30 de julio de 2018

Aquella mañana, Paola se sentía nerviosa. Hacía ya un par de días que le había enviado el artículo a la directora, pero aún no había recibido respuesta. Y no estaba segura de que aquello fuera una buena señal. El viejo teléfono que descansaba sobre la mesa de su oficina empezó a sonar con un ruido molesto. Paola gruñó, intentando recordar el número de veces que había pedido que se lo cambiaran. Sin embargo, sus nervios se aplacaron al reconocer la voz de la directora al otro lado.

–Buenos días, Paola –dijo–. ¿Puedes venir a mi despacho?

–S-sí, claro. Enseguida –respondió atropelladamente.

Se levantó de la mesa como una exhalación y corrió hasta la oficina de la directora con el corazón encogido. Era su primera revisión de artículo como reportera. Cuando entró, vio que la directora tenía su escrito impreso sobre la mesa.

–Cierra la puerta –le ordenó. Paola tragó saliva, sabiendo que aquello no podía ser bueno–. Siéntate, por favor –dijo después, señalando la silla. Paola obedeció sin decir ni una palabra y fue incapaz de mirarla. Hubiera deseado ser más valiente y atreverse a levantar los ojos hasta ella, pero no pudo–. He leído tu artículo.

Paola inspiró y, entonces sí, la miró. Tenía que descubrir en su rostro cuál era su opinión. Sin embargo, no mostraba ninguna expresión.

–¿Qué opina? –logró preguntar al final, con un hilo de voz.

–Me gusta tu estilo y la escritura es impecable. Por eso te ascendí, pero seré sincera, Paola. –La joven retorció sus manos nerviosamente–. Supongo que a estas alturas ya sabes cuál es la línea editorial de *Sin Misterios*. Aquí trabajamos para desenmascarar a farsantes, no para alabarlos. Tu misión era clara: exponer a Lorenzo Santillán. Y aquí –cogió los papeles y los lanzó ligeramente hacia ella, levantándose de su butaca–, no veo que descubras sus secretos. Hablas de técnicas, pero no de engaños ni trucos.

–Pero... –Paola intentó explicar cómo había transcurrido su investigación. Sin embargo, la directora levantó la mano para que se detuviera.

–No hay peros, Paola. Quiero que lo rehagas. Con la información que sacaste de la entrevista puedes hacer un artículo perfectamente válido para nuestra revista.

–Estaría mintiendo –dijo, con las mejillas enrojecidas, sintiendo su trabajo menospreciado.

–Querida, tienes dos opciones. O adaptas el contenido a nuestro tipo de publicación, o te buscas otro trabajo. Tú decides.

Paola la miró aterrorizada. Aquella mujer la había amenazado con un despido sin pestañear. La expresión de la directora continuaba exactamente igual que cuando había entrado en el despacho, fría y distante.

–Lo arreglaré –acabó diciendo la joven, sintiendo ganas de llorar de rabia. Se levantó de la silla y se marchó con pies pesados.

Paola sabía que debería estar rehaciendo el maldito artículo sobre Lorenzo Santillán, pero la visita con la directora la había dejado demasiado desanimada como para trabajar aquella tarde. Al principio, se había planteado refugiarse en el sofá de su casa y no moverse de allí hasta el día siguiente, pero luego pensó que quizá le daría demasiadas vueltas a la cabeza, así que finalmente había optado por iniciar la investigación sobre el entorno de Gonzalo.

Sus pasos la llevaron a la calle Castellanos, donde el farmacéutico había vivido con su esposa hasta 1918. Buscó el número quince, según él le había indicado. Sin embargo, no se encontró con una pequeña casa de inicios del siglo XX tal y como había imaginado, sino con un moderno edificio de cristal que apenas debía de tener seis o siete años. Resopló. Tenía que haberlo sospechado. Probablemente aquella casa había sido derruida tiempo atrás. Entró en el edificio sin muchas esperanzas y se encontró con un portero en la entrada. Sonrió, agradeciendo que por lo menos no se hubieran deshecho de aquella vieja costumbre.

–Buenos días –saludó Paola. El hombre la miró con una sonrisa. Parecía algo aburrido, así que pensó que le iría perfecto para obtener algo de

información.

–Buenos días, señorita, ¿en qué puedo ayudarla?

–Verá, venía a visitar la casa de mis bisabuelos –mintió–. Hace años que dejaron de vivir aquí, pero quería investigar algo sobre el pasado familiar y me he encontrado con... esto –dijo, expandiendo las manos para que entendiera que se refería al edificio. Al recepcionista pareció hacerle gracia y soltó una carcajada.

–Me imagino que ve la casa algo cambiada –bromeó–. Hace cinco años decidieron derruir aquella pequeña vivienda deshabitada y construyeron el edificio.

–¿Estaba deshabitada?

–Oh, sí, ya lo creo. Lo raro es que aún se tuviera en pie.

–¿Sabe desde cuándo?

–¿Desde cuando estaba deshabitada? –repitió, pensativo–. Oh, no le sabría decir, pero sé que nadie quería vivir allí.

–¿Por qué no?

–Bueno, había una leyenda alrededor de la casa –murmuró misteriosamente.

–¿Qué leyenda? –Paola arqueó las cejas e inconscientemente se inclinó hacia delante, interesada en lo que aquel hombre podía contarle.

–¿No la conoce? –preguntó él con algo de desconfianza–. ¿Y dice que sus bisabuelos vivían allí?

–Ah... sí, sí, pero hace ya muchos años, a inicios de siglo. Cuando tuvieron su primer hijo decidieron mudarse –explicó, tratando de disipar sus sospechas.

–Entonces debió de ser antes.

–¿Antes de qué?

–De que aquella pareja se mudara allí.

–¿Qué pareja?

–Verá, se dice que era un matrimonio joven, sin hijos. Ella se veía algo

frágil, pero él estaba lleno de vida. Aquel hombre era el motor de la relación y también del barrio. Tenía una farmacia y todos los vecinos lo apreciaban por su implicación con los problemas de la gente. —Paola aguantó la respiración. Estaba hablando de Gonzalo—. Sin embargo, un día desapareció.

—¿Cómo que desapareció? —preguntó, sabiendo perfectamente el motivo.

—De un día para otro, su farmacia ya no estaba, ni tampoco él.

—¿Qué le pasó?

—Nadie lo sabe. Algunos creen que lo asesinaron y que su alma vagaba por esa casa desde entonces. Otros dicen que se fugó con una amante. La cuestión es que nadie quiso comprarle la casa a aquella pobre mujer.

—¿Se refiere a su esposa?

—Sí. Así que poco tiempo después de la desaparición de su marido, abandonó la vivienda.

—¿Sabe adónde fue a vivir?

El hombre se echó a reír.

—No diga tonterías, es solo una leyenda. No creo que realmente existiera esa pareja.

—Ah, claro —repuso Paola, disimulando la inquietud que le había provocado aquella historia—. Tengo que marcharme —dijo, sabiendo que aquel hombre no tenía más información—. Muchas gracias.

CAPÍTULO 16

17 de febrero de 1918

Victoria anudó el petate a la silla de Petra. La yegua relinchó, adivinando que aquel sería un largo viaje. Victoria le acarició el morro cariñosamente.

–Todo irá bien, Petra. Juntas conseguiremos encontrar la cura para nuestros viñedos, ¿verdad?

–Supongo que contará conmigo también para eso, ¿no? –dijo una voz a sus espaldas. Victoria dio un respingo y se encontró con Levi, que la observaba con una sonrisa burlona desde la entrada del establo. La joven se sonrojó, algo avergonzada por que la hubiera pillado hablando con su yegua. Sin embargo, no bajó la mirada.

–¿Ya lo tiene todo listo, señor Levi?

–Sí, podemos partir cuando quiera, señorita.

–Bien. –Victoria se subió a Petra de un brinco y Levi observó asombrado su agilidad.

–Sabe usted montar a caballo –admitió.

–Bastante –respondió ella, con una sonrisa satisfecha.

–¡Victoria! –la voz de su padre interrumpió la conversación. Acababa de entrar en los establos, jadeante. Parecía que había llegado corriendo hasta ellos.

–Padre, ¿qué hace aquí? –preguntó, esta vez más sorprendida que molesta.

–Tan solo quería asegurarme de que estaba todo bien. ¿Vas a ir con Petra? ¿Así? –soltó, observando sus pantalones con desaprobación–. Haré que preparen un carruaje inmediatamente.

–No –contestó Victoria–. El carruaje nos ralentizará, padre. Tenemos que llegar cuanto antes para descubrir la cura. Cada minuto cuenta –dijo la joven con seguridad.

Su padre apretó las mandíbulas y negó con la cabeza.

–Esto me parece cada vez peor idea.

–¿Quiere salvar las bodegas o no? –lo cortó Victoria, cansada de sus

reticencias.

–Está bien. Desapareced de mi vista. Más vale que estés aquí a tiempo para la boda.

–Ya le dije que sí –soltó con disgusto. De reojo vio cómo Levi se subía a un poderoso corcel negro.

–Será mejor que partamos ya –dijo Levi. Julián lo miró molesto, pero acabó asintiendo. Victoria espoleó a Petra y la yegua salió del establo a paso, para empezar a trotar tan solo unos metros después.

Llevaban horas galopando en silencio cuando frente a ellos se abrió paso un bonito bosque, con nieve amontonada en los laterales del camino. Levi frenó un poco el ritmo y la joven se adaptó a su velocidad. No era buena idea ir tan deprisa entre ramas y raíces.

–Cerca de aquí hay una fuente natural de agua. Deberíamos parar un rato para que los caballos descansen –dijo. Victoria asintió, aunque en realidad la idea de detenerse con el frío que hacía no le atraía demasiado.

Pronto dieron con un claro en el que se encontraba una pequeña piscina natural en el centro. Era el abrevadero perfecto. Victoria bajó de la yegua y la dejó beber y descansar. Mientras tanto, estiró brazos y piernas. Con la emoción del viaje no se había percatado del entumecimiento de sus extremidades.

–¿Está cansada? –preguntó Levi, al verla.

–No –respondió Victoria, demasiado deprisa. En realidad, era la primera vez que hacía un viaje tan largo a caballo. Una cosa eran los ociosos paseos a los que estaba acostumbrada y otra muy distinta era cruzar medio país para llegar a Francia.

–Dentro de un par de horas anochecerá. Antes de que eso pase, tenemos que llegar hasta el pueblo más próximo. Allí hay una posada en la que podremos descansar –explicó Levi.

Victoria asintió y trató de disimular el alivio que le provocaron sus palabras. En un par de horas estaría descansando en una cómoda cama frente a un buen fuego que calentara sus manos heladas.

Reanudaron la marcha apenas diez minutos después y galoparon sin parar durante dos horas. Victoria miró con preocupación cómo el sol se escondía rápidamente tras las montañas, haciendo que la luz fuera cada vez más débil y le costara distinguir el camino en medio de la oscuridad. Cuando pensaba que estarían condenados a pasar la noche al raso, vieron unas luces titilantes en la lejanía. Habían llegado al pueblo.

Victoria observó con ciertas reticencias aquella posada, más pequeña que la casa en la que vivía y con pinta de tener una limpieza deficiente.

–¿Es aquí? –murmuró, con cara de disgusto.

–Si lo prefiere, puede dormir en el bosque.

Victoria lo fulminó con la mirada, pero se bajó del caballo y lo llevó hasta el pequeño establo que había reservado para los animales en frente del edificio.

Levi abrió la puerta de la casa principal y le hizo un movimiento con la mano parecido a una reverencia para que entrara antes que él.

–Bienvenida, princesa –dijo, burlándose.

–Levi, le exijo que... –empezó a decir, furiosa. Sin embargo, el hombre no la escuchaba. Se había acercado a la posadera, una señora oronda que debía de rondar los cincuenta años.

–Señor Levi, ¡cuánto tiempo!

–Estás igual de guapa que siempre, Juliana –dijo el hombre, dedicándole la mejor de sus sonrisas y apoyándose sobre el mostrador como si estuviera en su propia casa.

–Adulador –dijo la mujer, riendo–. ¿Qué te trae por aquí?

–Un asunto de trabajo –respondió.

–Vaya, siempre tan ocupado. Veo que hoy vienes acompañado –dijo, echándole un vistazo a Victoria por encima del hombro de Levi.

–Sí, esta es Teresa –dijo, señalando a Victoria.

La joven se acercó hasta ellos con cierta timidez. ¿Por qué había mentido? ¿Por qué le había dicho a la posadera que se llamaba Teresa? No estaba acostumbrada a interactuar con desconocidos.

–Muy guapa, sí señor –dijo la mujer, analizando los delicados rasgos de la chica–. Así que al final te has casado.

Victoria abrió la boca para protestar, pero Levi puso su mano sobre la de ella y le dirigió una mirada de advertencia para que se callara.

–Pues ya lo ves, al final me han atrapado.

–Quién lo iba a decir. Bueno, me dejo de cháchara que estaréis cansados.

–Sí, ¿nos puedes dar una habitación tranquila, por favor?

–Por supuesto, os daré la mejor que tengo –dijo la mujer, rebuscando entre las llaves que tenía colgadas tras el mostrador. Subieron por unas escaleras que crujieron bajo sus pasos y los acompañó hasta una puerta algo más alejada que las demás.

–No os preocupéis si hacéis ruido esta noche –dijo Juliana con guasa–. Nadie os escuchará aquí.

Victoria abrió los ojos como platos y sintió cómo sus mejillas se ruborizaban inevitablemente. Levi soltó una carcajada.

–Buenas noches, tortolitos –añadió la posadera justo antes de desaparecer por el pasillo. Levi abrió la puerta y Victoria arrugó la nariz al ver aquella pequeña y destartalada cama cubierta por una vieja manta que debía tener de todo. Le horrorizó tanto la visión de aquella habitación que dio un paso atrás.

–Vamos, entre –dijo Levi, tirando de ella y cerrando la puerta a sus espaldas.

–Esto es horrible –murmuró.

–Es lo que hay.

–¿Por qué le ha dicho que estamos casados, señor Levi? –preguntó indignada–. No quiero tener que compartir habitación.

–Quizá sea usted muy moderna, señorita Victoria, pero tiene que ser un poco consciente del tiempo en el que vive.

–¿Cómo? –preguntó, confundida.

–No tiene ni idea de nada –soltó, pasándose la mano por la cara–. ¿Cree que la gente vería con buenos ojos que una mujer soltera y un hombre viajaran solos? Se correría la voz sobre nosotros y alguien no tardaría en reconocerla.

¿Cree que el señor Montenegro se querría casar con usted entonces?

Victoria lo observó en silencio, reflexionando sobre sus palabras. Resopló y se dejó caer sobre la cama, disgustada al sentir el incómodo colchón bajo sus piernas.

–Tiene razón. ¿Por eso mintió sobre mi nombre?

–Exacto. Nadie debe saber su verdadera identidad. ¿Lo entiende?

Victoria asintió.

–Ahora será mejor que durmamos de una vez. Partiremos al amanecer.

La joven se quitó el abrigo y las botas y se tumbó vestida sobre la manta, incapaz de meterse bajo aquellas sábanas sucias. Observó en silencio a Levi mientras se quitaba la ropa de abrigo. Quiso apartar la vista, pero aquel hombre le generaba demasiada curiosidad. No pudo evitar que sus ojos recorrieran inconscientemente su torso, que se intuía bajo la fina camisa blanca con la que se había quedado. Él se dio cuenta y le sostuvo la mirada unos segundos. Se acercó hasta ella y se tumbó a su lado. Victoria cerró los ojos, tratando de calmarse. ¿Por qué se ponía tan nerviosa?

–¿Prefiere que duerma en el suelo? –preguntó Levi, que había percibido su tensión.

–No –respondió ella con un hilo de voz–. También necesita descansar en condiciones.

18 de febrero de 1918

Levi se despertó cuando los primeros rayos de sol se colaron por aquella ventana mal sellada. Se movió hacia un lado, intentando descansar un poco más sobre el incómodo colchón, pero sabía que sería inútil. Se rindió y abrió los ojos, dispuesto a comenzar un nuevo día. Se sobresaltó cuando descubrió a Victoria descansando plácidamente a su lado. Por un momento había olvidado que ella estaba allí. Estudió su rostro unos instantes. La heredera de las bodegas era muy joven, pero su fuerte carácter y su tenacidad la hacían parecer algo mayor. Sin embargo, dormida parecía incluso más joven de lo que era. Levi tuvo que detener el repentino deseo de acariciar aquella piel impoluta, que parecía la de una muñeca de porcelana.

Se quitó aquellas absurdas ideas de la cabeza y alargó el brazo hacia ella. La movió con cuidado para que se despertara.

–Señorita Victoria, debemos marcharnos ya –dijo en un susurro. La joven abrió los ojos y lo miró fijamente unos instantes, como si le costara comprender por qué estaba allí. Cuando recordó el motivo, se limitó a asentir.

–¿Quiere comer algo? –sugirió el sumiller–. Juliana prepara unos desayunos espectaculares.

–Sí, tenemos que recuperar fuerzas para el viaje.

Cuando bajaron al comedor, se encontraron con algunos huéspedes más, que los observaron indiscretamente. Juliana estaba sirviéndoles algunos platos y se le iluminó el rostro al verlos aparecer.

–Buenos días, pareja. Espero que hayáis descansado bien –dijo, guiñándoles un ojo, divertida. Victoria se sonrojó ante lo implícito de aquel comentario–. Aquí tenéis huevos revueltos y pan –les explicó, poniendo un par de platos frente a ellos.

Victoria empezó a devorar con avidez, quizá aquella fuera la única comida en condiciones que harían en todo el día.

–¿Tenía usted hambre, eh? –dijo Levi.

–Hay que aprovechar, no sabemos lo que podremos comer durante el día –
repuso Victoria.

–Tengo víveres de sobra en los petates de los caballos, no pasará hambre
–contestó riendo.

–¿No es la primera vez que hace una travesía como esta, verdad? –
preguntó Victoria, percatándose de que aquel hombre había preparado el viaje
mucho mejor que ella.

–No.

–¿Cuánto tiempo nos llevará llegar hasta las bodegas de su amigo?

–Por suerte, están en la parte más cercana de Francia, en la provincia de
Languedoc. Es un buen trecho, pero calculo que en unos seis o siete días
estaremos allí.

–¿Tanto? –preguntó sorprendida.

–¿Qué esperaba? ¿Pensaba que esto sería un simple paseo? –preguntó,
burlándose de ella. Victoria bajó la mirada, avergonzada–. No se preocupe,
llegará a tiempo para su boda –añadió Levi en voz baja para que nadie les
escuchara. Victoria levantó la vista hasta él con cara de disgusto.

–No tengo ninguna intención de casarme con el señor Montenegro –soltó,
desafiante. Levi la miró sorprendido.

–Su padre no opina lo mismo, señorita. Ya ha anunciado el compromiso a
bombo y platillo –susurró.

–Me da igual. No puede obligarme.

–No, supongo que no –contestó Levi, aunque ponía en duda que Julián
claudicara ante la voluntad de su hija.

CAPÍTULO 17

31 de julio de 2018

Paola presionó el botón de enviar con cara de disgusto. No estaba para nada convencida del artículo que había reescrito. Tenía la sensación de mentir descaradamente sobre Lorenzo Santillán. Y probablemente estaba en lo cierto. Sin embargo, no había podido hacer otra cosa. Las palabras de la directora la habían atormentado silenciosamente mientras tecleaba cada una de las frases de aquella farsa. O edulcoraba el artículo para dejar a Lorenzo como a un farsante o la despedían. Y no podía permitirse la segunda opción. Tenía un piso que pagar. Resopló agobiada y bajó la tapa del portátil, incapaz de releer aquella basura ni una vez más. Para compensar su mala acción, decidió dedicar el resto del día a una buena causa, así que, a pesar del calor sofocante de aquella tarde de finales de julio, la joven salió a la calle dispuesta a investigar el pasado de Gonzalo y Malena con tal de arrojar algo de luz sobre lo que le había pasado al farmacéutico.

Paola entró en el ayuntamiento con muchas dudas y pocas esperanzas. Probablemente lo máximo que llegaría a saber sobre la historia de Malena era lo que aquel portero le había contado. Sin embargo, quizá en los registros civiles del ayuntamiento encontrara alguna otra cosa interesante. Se acercó a la funcionaria que había en la entrada con la mejor de sus sonrisas.

–Buenos días, estoy haciendo un árbol genealógico de mi familia y me gustaría saber la información que tienen de un pariente lejano.

La mujer la miró con disgusto. ¿Qué fiebre le había dado a la gente por escarbar en el pasado familiar últimamente? Sin embargo, terminó asintiendo. Al fin y al cabo, aquel era su trabajo.

–¿Puede decirme cómo se llamaba su pariente?

–Sí. Malena Encinas Rico.

La mujer tecleó el nombre en el ordenador con parsimonia y se ajustó las gafas.

–Sí, tenemos algo de información. –Paola trató de disimular inútilmente su entusiasmo, que se evaporó con las siguientes palabras de la funcionaria–.

Pero antes que nada, necesito su identificación y una autorización firmada de los herederos.

Paola sacó su carné de identidad con lentitud, mientras pensaba en alguna manera de resolver aquella situación. Obviamente, no tenía ninguna autorización en su poder. Le tendió el pequeño plástico a la mujer, que lo estudió antes de teclear sus datos en la computadora.

–Gracias –dijo, devolviéndoselo–. ¿Y la autorización?

–Eh, en cuanto a eso... no tengo ninguna. Resulta que es una situación complicada. Hijos ilegítimos y todos esos líos, no sé si me entiende –dijo, tratando de generar algún tipo de complicidad con aquella mujer que parecía una estatua de sal.

–Mire, señorita, esto es una entidad oficial. No puedo darle información sobre nadie sin autorización expresa.

–Pero tan solo necesito un par de datos, por favor –insistió en tono suplicante–. Saber de dónde vengo lo es todo para mí.

La mujer puso los ojos en blanco ante tal alarde de sentimentalismo, pero se aclaró la garganta.

–A ver, ¿le sirve con saber algunas fechas? No puedo darle nada por escrito –accedió. Paola quiso darle un abrazo.

–Sí, por favor.

–Malena Encinas Rico nació en Madrid en 1892 y se casó con un tal Gonzalo Ros en 1917. Parece que... –la mujer dudó unos instantes y se acercó ligeramente a la pantalla–. Vaya, enviudó tan solo un par de años más tarde.

–¿Enviudó?

–Eso dice aquí. El certificado de defunción de Gonzalo Ros data de julio de 1919. La buena mujer no espero mucho, no –añadió, con cierto tono de desaprobación en la voz.

–¿Qué quiere decir?

–Se casó de nuevo tan solo un mes más tarde, en agosto de 1919.

–¿Cómo? ¿Se casó de nuevo?

–Sí. Con un tal Maximiliano García. Tuvieron su primer hijo en 1920 y el

segundo en 1922.

Paola asintió, tratando de mantener el semblante calmado, aunque por dentro se sentía nerviosa. ¿Cómo iba a confesarle a Gonzalo que su querida Malena se había casado con otro y había formado una familia?

–Murió en 1973 a la edad de 81 años.

–¿Sabe dónde vivió en sus últimos años?

La mujer la miró con disgusto de nuevo.

–Es usted insistente, ¿eh?

–Por favor, necesito ver si queda alguien de su familia.

–A ver... –farfulló la mujer, revisando el expediente–. Vivió en la calle Castellanos número 15 con su primer marido. Cuando se casó de nuevo se mudó a la calle Santa Teresa, 10.

–Muchas gracias, no sabe lo importante que es esto para mí –repuso, con afectación fingida en la voz.

–Sí, sí, lo que usted diga, pero ni se le ocurra decir de dónde ha sacado la información.

Paola dio muchas vueltas por las calles del centro de la ciudad antes de entrar en la farmacia de Gonzalo. Tanto, que vio como los comercios de alrededor echaban el cierre. Ya prácticamente había oscurecido, pero ella seguía dando tumbos de un lado para otro. No tenía ni idea de cómo iba a explicarle todo lo que había descubierto sin herirle demasiado. Finalmente, se armó de valor y abrió la puerta de la vieja botica. Cuando entró, Gonzalo la recibió con una sonrisa que no fue capaz de ocultar su impaciencia. Parecía ansioso por saber si había descubierto algo.

–Buenas noches, Paola. ¿Cómo ha ido?

–Bien, he averiguado algunas cosas –comentó ella, con algo de carraspera en la voz. Gonzalo situó una silla rápidamente al lado de la joven, para que se sentara junto a él y le contara sus pesquisas–. Primero he ido a la calle Castellanos y...

–Espera –la interrumpió Gonzalo, poniendo una mano sobre el brazo de la

chica para detenerla. La joven se sintió nerviosa ante aquel inesperado contacto.

–¿Qué pasa?

–No pensé que serías tan rápida. No sé si estoy preparado.

–¿No quieres saber qué pasó con Malena?

–Sí, pero tengo miedo de lo que vas a decirme. –Paola lo miró apenada. Aquello lo hacía incluso más difícil. Por un momento, pensó en mentirle. Una mentira piadosa le haría más feliz que la verdad. Al fin y al cabo, ¿qué posibilidades había de que descubriera lo que había pasado en realidad? Sin embargo, decidió ser sincera con él. Ya bastante había sufrido como para ser víctima de más engaños—. Llevo cien años esperando este momento –continuó el boticario–, y ahora que ha llegado, temo enfrentarme a ello. ¿No soy patético?

–No seas tan duro contigo mismo, Gonzalo. Es normal que te sientas así.

–A veces creo que esto es demasiado para mí –dijo después de una larga pausa—. No importa, cuéntame qué fue de la vida de Malena. –La joven asintió.

–En julio de 1919 te dieron por muerto.

–¿Qué? –exclamó, sin poder creerlo.

–Existe un certificado de defunción con esa fecha. Supongo que admitieron tu desaparición como prueba de tu muerte, así que Malena se convirtió en viuda. –Paola hizo una pausa, estudiando el rostro horrorizado de Gonzalo—. Después de aquello, se volvió a casar.

Gonzalo levantó los ojos del suelo y la miró fijamente durante unos segundos, incapaz de asimilar lo que acababa de decir.

–¿Se casó? ¿Cuándo? –preguntó con un hilo de voz.

–En agosto de 1919.

–¿No me esperó ni un año? –musitó con voz ronca. Paola fue incapaz de distinguir si estaba furioso o decepcionado. Supuso que ambas cosas.

–Lo siento –dijo, poniendo una mano sobre la de él.

–¿Cómo pudo? Necesito un momento –dijo, levantándose bruscamente. Paola lo vio meterse en la trastienda y se quedó sola en la parte de la botica,

sin saber muy bien qué hacer. Esperó durante casi una hora, hasta que Gonzalo apareció de nuevo a su lado.

–Lo siento, ya estoy mejor –se disculpó. Paola pudo apreciar que sus ojos grises estaban ligeramente enrojecidos, pero no dijo nada–. Soy un estúpido, no sé qué esperaba. En realidad, lo que hizo Malena es lógico. Ella nunca supo si la abandoné o si realmente me sucedió algo. Es normal que al final conociera a alguien y...

–Es una situación complicada.

–¿Has podido averiguar algo más?

–Sí. Tuvieron dos hijos –explicó. Gonzalo asintió, todavía con la mirada dolida.

–¿Cuándo murió? –preguntó, sabiendo que era imposible que alguien pudiera vivir tantos años.

–En 1973. –Gonzalo recordó la última vez que la había visto, una anciana con aspecto frágil. Supuso que aquello debió ser entorno a la fecha de su muerte–. ¿Estás bien? –preguntó la chica, tomándolo de nuevo por las manos al ver que no contestaba.

–Sí, sí –respondió, saliendo de su trance–. Por lo menos tuvo una vida larga y pudo disfrutar de una familia –continuó, más para convencerse a sí mismo que por Paola.

–Mañana iré a la casa en la que vivió. Quizá allí encuentre algún otro dato.

–Gracias por todo, Paola –dijo Gonzalo. Se levantó y se metió de nuevo en la trastienda, como una alma en pena. La joven se quedó unos minutos más en la botica, todavía con el corazón encogido. Nunca había sido buena para esas cosas. Decidió marcharse a casa a descansar.

Cuando llegó a su pequeño pisito, se tumbó directamente en la cama. Se deshizo de la ropa y se quedó tal cual mirando el móvil. Entró en el correo del trabajo para ver si había algún email urgente. Sus ojos se detuvieron sobre un correo de la directora. Lo abrió impacientemente, aquella debía de ser la respuesta a su artículo sobre Lorenzo Santillán.

Buenas tardes Paola,

Por fin has logrado captar la esencia de Sin Misterios. El artículo es muy bueno y será todo un éxito. Saldrá en la publicación de este mes de agosto. Mañana mismo habrá una copia en todos los quioscos del país, felicidades. Espero que puedas disfrutar de unas merecidas vacaciones. Nos vemos en septiembre.

A pesar de las buenas palabras de aquella mujer y de sus vacaciones, Paola miró el móvil con cara de asco y lo lanzó hacia un lado del colchón. Se sentía de todo menos orgullosa del trabajo que había hecho.

2 de agosto de 2018

Aquella mañana de sábado Paola no se lanzó a los quioscos como habría cabido esperar de una novata cuyo primer artículo era publicado. Prefería no verlo, así que se quedó en casa, ordenando un poco. Con la investigación de Gonzalo y el trabajo en la revista, la ropa sucia se le había amontonado en el cesto. Cuando ya estaba harta de tanto limpiar, alguien llamó al timbre. Le extrañó. No tenía demasiadas amigas, tan solo quedaba con Julia de vez en cuando y nunca se habría presentado en su casa sin avisar. Estuvo a punto de no abrir, pensando que quizá se tratara de algún vendedor. Sin embargo, ante la insistencia, decidió darle una oportunidad. Abrió la puerta con pesadez y se quedó en silencio cuando sus ojos se cruzaron con unos mucho más oscuros. Los de Lorenzo Santillán.

–¿Lorenzo? ¿Qué haces aquí? ¿Cómo...? –Quería preguntarle cómo había conseguido su dirección, aunque imaginó que se la debían de haber facilitado en el teatro. Dio sus datos para la compra de la entrada a su espectáculo, aunque dárselos a alguien se saltaba, sin lugar a dudas, cualquier legislación vigente. Sin embargo, apenas le dio tiempo a terminar la pregunta. El hombre levantó el brazo que tenía oculto tras su espalda y puso ante ella un reluciente ejemplar del número de agosto de *Sin Misterios*, probablemente recién comprado.

–¿Me puedes explicar qué demonios es esto? –espetó, furioso. Paola lo siguió mirando, enmudecida-. ¿No vas a decir nada? –insistió.

–Yo... lo siento –musitó con un hilo de voz. Su respuesta pareció dejarlo fuera de combate. Arqueó las cejas sorprendido.

–¿Cómo puedes escribir algo tan descarnado y pedirme disculpas como si no hubieras roto un plato?

–Todo tiene una explicación.

–Pues espero que sea buena –replicó, cruzándose de brazos-. ¿Sabes lo que esto puede suponer para mi carrera?

–¿Quieres entrar? –preguntó Paola, más por vergüenza que por amabilidad. Un par de vecinos habían salido a cotillear al oír voces.

Lorenzo pasó al interior del piso de Paola y la joven agradeció haber estado haciendo limpieza, por lo menos evitaría el bochorno de que se encontrara unos calcetines sucios debajo del sofá. La joven se dirigió a la cocina y le trajo un vaso de agua. Lorenzo la siguió mirando con desaprobación, pero lo aceptó.

–Muy bien, soy todo oídos.

–Supongo que es inútil que siga fingiendo que trabajo para la revista *Paranormal*.

–Lo cierto es que el nombre que te inventaste es bastante cutre –espetó. Paola tuvo que reprimir una sonrisa ante su comentario.

–No podía decirte para quién trabajaba de verdad. Jamás me hubieras concedido aquella entrevista.

–Eso lo puedo llegar a entender. ¿Pero por qué todas estas mentiras? –preguntó, agarrando todavía con fuerza la revista.

–El artículo original era completamente distinto.

–¿Esperas que me crea eso?

Paola no contestó. Se dirigió al escritorio que había en un pequeño rincón del comedor y rebuscó entre los papeles, hasta que dio con un par de folios con algunas anotaciones. Se acercó hasta él y se los tendió.

–Aquí lo tienes.

Lorenzo arrugó las cejas y estudió los papeles con atención, leyendo aquellas palabras a toda velocidad. Cuando terminó, volvió a mirar a la chica.

–Era muy bueno. ¿Por qué lo cambiaste? Pensé que habíamos tenido una conexión especial. –Paola tragó saliva. Era cierto que aquel hombre tenía algo que parecía atraerla, pero había querido dejar aquel extraño sentimiento a un lado. El hecho de que él lo verbalizara con tanta facilidad la incomodó.

–No quise cambiarlo, de verdad, pero me jugaba mi puesto.

–¿Cómo que te jugabas el puesto?

–La revista para la que trabajo se dedica a desenmascarar los trucos y

farsas de todos los que se hacen llamar magos o aseguran tener cualquier cualidad paranormal. Un artículo como el que escribí no encajaba con la línea editorial, así que mi directora me dio la opción de cambiarlo o de buscarme trabajo en otro sitio.

–¿Te amenazó con despedirte? –preguntó, disgustado.

–Algo parecido, sí.

–Entonces, ¿en realidad no crees que sea un farsante? –Paola lo miró sorprendida. ¿Era eso lo que realmente le preocupaba?

–¿Qué más da lo que yo piense?

–Para mí es importante.

Paola desvió la vista, incapaz de mantener el contacto con aquellos ojos que parecían ver el fondo de su mente.

–No creo que seas un mentiroso –acabó diciendo–. Al fin y al cabo, me hipnotizaste de verdad.

–Sobre eso... ¿has visto más cosas extrañas? –preguntó Lorenzo. Paola se quedó sin respiración. ¿Qué sabía sobre lo que veía? Tomó aire, insegura de ser capaz de hablar sobre el tema. Aquellos sueños tan lúcidos la atormentaban prácticamente cada noche, cada vez con más realismo. Tanto, que incluso a veces temía quedar atrapada en aquella realidad paralela. Terminó asintiendo tímidamente.

–No consigo averiguar qué son exactamente, pero parecen cada vez más... –se interrumpió al escucharse a sí misma. Parecía una completa chiflada.

–¿Más que?

–Más reales –susurró, asustada.

–Quizá ignorarlos no sea la solución, Paola –dijo Lorenzo misteriosamente–. Si quieres, puedo hacer que entres en estado de hipnosis. Juntos podemos intentar llegar al fondo del asunto. –Paola respiró hondo. No estaba segura de querer indagar en todo aquello, algo le decía que ahí se escondían secretos que quizá no debía descubrir–. Piénsatelo. Llámame si me necesitas.

Lorenzo se marchó casi tan repentinamente como había aparecido, dejando

a Paola echa un lío.

CAPÍTULO 18

20 de febrero de 1918

El cuarto día de viaje fue el más duro. Salieron temprano de una de aquellas posadas de carretera a las que Victoria, por muchos años que pasaran, jamás se acostumbraría. Odiaba el olor a muebles viejos y detestaba cada vez que pisaba aquellos suelos pegajosos por culpa de la cerveza derramada durante los jolgorios de las noches. Al final, resultó que el local de Juliana había sido el más decente y limpio en el que habían estado. Y el de la cuarta noche fue, con diferencia, el más lamentable. Nada más entrar, se toparon con un par de borrachos que manoseaban alegremente a unas prostitutas que parecían pasárselo tan bien como ellos. Victoria miró la escena horrorizada y le pareció ver que Levi se reía por lo bajo.

–¿Qué le hace tanta gracia, señor Levi?

–Es usted bastante remilgada.

–Perdone, ¿es que acaso lo ve normal?

–Si por normal se refiere a habitual, sí. Es el panorama que suele haber en las posadas de carretera.

–¿En qué puedo ayudarles? –los interrumpió un hombre delgado y con aspecto sucio desde detrás de la barra.

–Mi esposa y yo buscábamos una habitación –dijo Levi. Victoria aún no se había acostumbrado a aquella farsa y se puso tensa. Odiaba las mentiras.

–Llegan tarde. Solo me queda esta –dijo el hombre, tendiéndoles un llave–. Antes era la despensa, tendrán que apañarse.

Por sus palabras, Victoria asumió que sería un cuchitril, pero no fue capaz de imaginarse lo horroroso que sería aquel lugar. Se trataba de una habitación diminuta, en la que apenas cabía una cama que no debía llegar al metro de ancho. Los zapatos se quedaban pegados al suelo y las mantas podrían haber salido andando por sí solas.

–¿Cómo se supone que vamos a dormir aquí? –preguntó con un hilo de voz cuando se quedaron a solas.

–Ya lo ha escuchado. Es lo único que queda libre esta noche –contestó

Levi.

–No me lo puedo creer –farfulló ella. Levi volvió a reír–. ¿De verdad le hago tanta gracia?

–No se imagina cuánta –se burló. El hombre se quitó la chaqueta y el jersey y los dejó sobre una mugrienta silla que había al lado de la puerta. Victoria estudió la idea de meterse en la cama incluso con el abrigo puesto. Cuantas más capas de ropa tuviera, menos posibilidades habría de que le picaran las chinches. Sin embargo, a pesar de estar en pleno invierno, en aquel espacio tan diminuto hacía un calor sofocante.

–Debemos de estar al lado del fuego de las cocinas –sentenció Levi al ver que Victoria se secaba el sudor de la frente–. Será mejor que se quite el abrigo y alguna capa de ropa o le dará algo.

Victoria le hizo caso a regañadientes, quedándose tan solo con una fina camiseta interior y los pantalones. No le ayudó a sentir menos calor el hecho de notar los ojos de Levi sobre su cuerpo.

–¿Qué mira? –preguntó, desafiante.

–Nada –contestó él, con una sonrisa descarada, mientras se tumbaba en la cama. Victoria se sentó a su lado.

–Vamos, duérmase –le dijo, al verla ahí parada.

–Esto es demasiado estrecho –murmuró, nerviosa tan solo de pensar en tumbarse junto a él.

–Le prometo que no le haré nada –dijo Levi, exasperado.

Victoria no se lo confesó, pero no era de él de quien tenía miedo, sino de lo que ella misma sentía al estar a su lado. No entendía a qué venía aquel incómodo cosquilleo en el estómago. Suspiró y finalmente se dejó caer en la cama. Notó el roce del brazo de Levi contra el suyo y sintió que se le aceleraba el pulso. Cerró los ojos, tratando de calmarse. Sin embargo, apretó los párpados con tanta fuerza que el hombre se dio cuenta.

–¿Qué hace, señorita?

–Intento dormir, ¿no lo ve?

–Si aprieta los ojos así, se quedará arrugada como mi abuela.

–¿Siempre es usted tan desagradable? –espetó, mirándole. Se arrepintió al instante de haber girado la cara. Sus rostros estaban demasiado cerca. Sin querer, sus ojos bajaron hasta los labios de Levi, que estaban curvados hacia arriba en una pícaro sonrisa.

–Solo a veces –murmuró él, alargando la mano hasta la mejilla de la joven. Victoria se estremeció al sentir su piel. Entonces, recuperó el control de la situación. ¿Qué diablos estaba haciendo? Se aclaró nerviosamente la garganta y miró hacia otro lado.

–Será mejor que durmamos. Buenas noches, señor Levi.

Victoria no fue capaz de reconocer con exactitud en qué momento se había despertado. Había dormido tan mal en aquel diminuto colchón que ni siquiera estaba segura de haber dormido realmente. Había pasado la noche dormitando, procurando moverse lo mínimo para evitar el contacto con Levi que, al contrario que ella, parecía profundamente dormido. Lo estudió con detenimiento. Con el rostro relajado parecía mucho más inofensivo que cuando la miraba con aquellos penetrantes ojos negros que parecían adivinar lo que pensaba. Su nariz tenía el puente ligeramente marcado, pero de algún modo hacía que fuera incluso más atractivo. Miró aquellos labios carnosos y se preguntó cómo sería tenerlos cerca. Justo en ese instante, Levi abrió los ojos. Victoria se sonrojó, incapaz de saber si la había pillado. La chica se levantó de la cama como una exhalación, marcando distancia entre los dos.

–Buenos días, Victoria.

–Pensé que no despertaría nunca –le reprochó, fingiendo estar molesta por su holgazanería.

–No deben de ser ni las seis –protestó.

–No importa. Tenemos prisa, ¿recuerda?

–Está bien. Comamos algo primero y luego retomaremos el camino.

Bajaron a desayunar a la planta principal. No había nadie todavía, era demasiado temprano. Sin embargo, el hombre delgado que los había atendido la noche anterior se acercó a ellos y les puso un plato tan escaso como poco apetecible. Victoria miró aquella comida con cara de disgusto y Levi sonrió ante su excesiva delicadeza.

–Será mejor que se lo coma, nos espera un largo día.

Victoria resopló y empezó a comer, tratando de tragar sin apreciar demasiado el sabor. Cuando terminaron, Levi se enfundó la chaqueta.

–Vamos.

Cuando salieron a la calle, los recibió una ola de aire helado y Victoria se arrepintió de haber querido salir al alba. Reprimió el deseo de suplicarle que esperaran un par de horas más para partir y lo siguió apresuradamente hasta la cuadra colindante a la casa para ensillar sus caballos y huir de aquel frío. Cuando pusieron un pie en los establos, un olor nauseabundo los atenazó. Incluso Levi, que no solía quejarse, pareció disgustarse y arrugó la nariz.

–Por Dios, podrían limpiar, aunque fuera de vez en cuando –protestó él, cubriéndose el rostro con la mano. Sin embargo, pronto se le olvidó aquel hedor. Sus ojos se quedaron fijos en la cuadra vacía en la que había estado su caballo.

–¿Qué diantres...? –balbuceó.

Victoria también había palidecido al comprobar que tan solo Petra los estaba esperando allí adentro. El portentoso corcel negro de Levi había desaparecido.

El sumiller dio media vuelta y corrió hasta la pensión, hecho una furia. Victoria no necesitó entrar para escuchar sus gritos.

–¿Se puede saber dónde está mi caballo?

–No lo sé, señor... –murmuró el posadero. Victoria entró en la posada y vio que Levi se encontraba peligrosamente cerca del hombre.

–¿Cómo que no lo sabe? ¿Me está diciendo que alguien ha robado mi caballo y usted ni siquiera se ha enterado? –gruñó.

–Me dormí. Quizá se haya escapado –respondió, encogiéndose de hombros como si no fuera tan grave.

–¿Qué clase de seguridad tiene en este lugar? ¿Sabe el contratiempo que nos va a suponer?

–Levi –dijo Victoria, poniendo una mano sobre el brazo del sumiller–. Así no vamos a solucionar nada –dijo, tratando de calmarle. El hombre la miró y

resopló, exasperado.

–¿Es qué no hay un mozo vigilando la cuadra por las noches como en todos lados? –increpó, incapaz de aplacar su ira.

–Vamos, encontraremos la manera –continuó la chica, tirando de él para que saliera de la posada y dejara al hombre en paz, que parecía completamente impasible ante el problema de sus huéspedes.

Cuando salieron a la calle, Levi se pasó las manos por la cara y luego clavó sus ojos en ella.

–Deberemos montar los dos sobre Petra. Eso nos ralentizará. Tendremos que parar más veces para que la yegua descanse y no se agote.

Victoria asintió. También estaba disgustada, pero sabía que no tenían ninguna alternativa. Levi ensilló a la yegua en silencio y la sacó fuera de la cuadra.

–Suba usted primero –ordenó Levi. Victoria no se atrevió a discutir y de un brinco se colocó sobre Petra. Se le cortó la respiración cuando sintió el cuerpo de Levi tras ella, firme y cálido. Él la rodeó ligeramente con los brazos para tomar las riendas y emprendieron el camino.

CAPÍTULO 19

2 de agosto de 2018

Paola se detuvo ante aquel edificio de inicios de siglo, en plena calle Santa Teresa. No era ostentoso, pero lograba ser elegante. Después de la visita de Lorenzo se sentía inquieta y no se veía capaz de quedarse en casa, así que había decidido echar un vistazo al lugar en el que había vivido Malena después de la desaparición de Gonzalo, en sus segundas nupcias. Entró y respiró el aire fresco que acostumbra a reinar en edificios antiguos de techos elevados como aquel. Se acercó a los buzones, en busca de algún nombre que pudiera relacionar con la esposa del farmacéutico. Se detuvo ante el del principal B. Allí vivía una tal Malena García. Recordó que aquel era el apellido de su segundo marido. No le pareció descabellado que alguna hija o nieta suya se llamara también Malena, así que decidió probar suerte. Llamó al timbre y pronto apareció una joven de su misma edad, con el cabello ensortijado y cara de sorpresa.

–Buenas tardes –saludó Paola, aclarándose la garganta.

La chica la miró con desconfianza y colocó la mano en el pomo, dispuesta a cerrar la puerta. Estaba claro que estaba esperando a otra persona y no a una completa desconocida.

–Lo siento, pero no necesitamos nada –dijo, tratando de quitársela de encima.

Paola puso el brazo en la puerta para detenerla.

–Oh, no, no te quiero vender nada –respondió riendo–. Tan solo estoy buscando a los familiares de Malena Encinas. –El rostro de la joven pasó de la desconfianza al desconcierto.

–Ah... Malena Encinas era mi bisabuela.

–Entonces quizá puedas ayudarme.

La chica no parecía muy convencida, pero al ver que tenía frente a ella una mujer delgada y más bien pequeña, decidió dejarla pasar. Al fin y al cabo, poco podría hacerle.

–Adelante, hablaremos más cómodamente dentro.

La joven la acompañó hasta el salón y le hizo un gesto para que se sentara en el sofá. Paola observó la decoración del piso con cierto grado de admiración. No parecía que hubieran cambiado ni un mueble desde la época en la que Malena había vivido allí.

–Y bien, ¿qué sabes sobre mi bisabuela?

–Estoy haciendo un trabajo de investigación sobre los negocios más importantes de inicios de siglo en esta ciudad. Sé que tu bisabuela tenía una botica con su marido en 1918 y me disponía a hablar sobre el negocio, cuando me di cuenta de que la farmacia parece desaparecer de cualquier registro tan solo un año después –explicó. En realidad, no le estaba mintiendo tanto, se dijo Paola a sí misma para relajar su conciencia–. Me preguntaba qué había pasado. Quizá simplemente la cambiaron de nombre y por eso no la encuentro en los registros.

–Oh, es sobre eso. No sé si podré ayudarte demasiado –dijo dubitativa–. La cuestión es que lo de la farmacia fue antes de casarse con mi bisabuelo.

–Entonces, ¿tu bisabuelo no era el farmacéutico? –preguntó, haciéndose la tonta.

–Oh, no, no. Ese hombre, su primer marido, parece que desapareció. Igual que su farmacia.

–¿Desapareció?

–Sí, yo no conocí a mi bisabuela, pero por lo que me han contado, no solía hablar de él.

–¿Por qué crees que no hablaba de él?

–Supongo que le dolía recordarle. –De repente, la joven bajó la voz, como si lo que le fuera a contarle fuera un secreto de estado–. Todos creen que la abandonó.

Paola se moría de ganas de contarle que no había sido así, pero se quedó en silencio. No podía revelarle la verdad a aquella joven sin que la tomara por loca.

–¿Y crees que tendrías algún documento de aquella época? ¿O alguna foto? Me ayudaría mucho tener algo de material gráfico para el trabajo.

–Quizá mi abuela tenga algo, aunque últimamente le falla la memoria. Se

lo preguntaré. Vuelve en un par de días, si te va bien.

–Oh, claro. Muchas gracias.

5 de agosto de 2018

La ciudad dormía. Tan solo los grillos parecían despiertos aquella noche. Paola se encontraba arremolinada entre las sábanas de su cama, con algo de sudor perlado su frente. Hacía calor, aunque quizá no fuera eso lo que la torturaba. Tenía los ojos cerrados con fuerza y las mandíbulas tensas. Sabía que estaba soñando, pero era incapaz de despertarse. No reconocía aquel lugar, pero parecía una plantación. Estaba tocando algún tipo de fruto. No entendía muy bien cómo, pero parecía conocer a la perfección el trabajo que estaba realizando. Sin embargo, una rama afilada le produjo un corte en la palma de la mano. Se escuchó a sí misma gruñir y observar cómo la sangre brotaba de la herida. El dolor parecía muy real. Entonces, apareció alguien a su lado. No consiguió verle el rostro, todo a su alrededor parecía ligeramente desdibujado, pero el contacto de su mano sobre la herida la puso nerviosa. Y no fue por el dolor esa vez. Entonces supo que se trataba de las manos de un hombre joven, que la tocaron como si fuera una flor delicada. Le vendó la herida con mucho cuidado, casi con devoción.

–Deberías tener más cuidado. ¿En qué estabas pensando?

Incluso su voz rugosa removió algo en su interior. ¿Quién era él? Levantó la vista hasta su rostro, pero tan solo pudo distinguir su cabello oscuro antes de que todo se volviera más borroso a su alrededor. Finalmente, pudo volver en sí y se encontró de nuevo con su piso vacío y tranquilo. Por fin había logrado despertarse. Sintió una punzada en la mano y la miró. Abrió los ojos como platos al encontrarse con un corte idéntico al de su sueño.

–¿Qué...? –Las palabras se quedaron atrapadas en su garganta. Estaba aterrorizada. ¿Qué estaba pasando? ¿Cómo podía aquel corte haber aparecido en su mano de la nada? ¿Qué significaban aquellos sueños?

Cuando consiguió recobrase del susto, se levantó de la cama y se dirigió al baño. Se limpió la herida bajo el grifo y la vendó con cuidado. Suspiró, sabiendo que aquello se le estaba yendo de las manos. No podía continuar dándole la espalda a aquellas visiones. Tenían que querer decir algo. Y tan

solo había una persona en el mundo que parecía poder ayudarla a descubrirlo. Lorenzo. Él mismo se había ofrecido a hipnotizarla de nuevo para encontrar respuestas. Sin embargo, no estaba segura de estar preparada para descubrir qué significaban. ¿Cómo había pasado todo aquello? Apenas un mes atrás era una escéptica convencida, y ahora se encontraba planteándose la hipnosis como solución a sus problemas y ayudando a un hombre que aseguraba llevar cien años maldito. Lo peor era que creía en los dos. Sabía que Lorenzo era un buen hipnotista, igual que sabía que Gonzalo no mentía respecto a su maldición. Miró la hora, era demasiado temprano para llamar a Lorenzo, así que decidió enviarle un mensaje. «Buenos días. Disculpa las horas, pero he vuelto a tener uno de aquellos sueños. No tengo nadie más a quién acudir, necesito ayuda». Dudó unos segundos antes de darle al botón de enviar, aquel le parecía un mensaje demasiado sincero y desesperado, pero era la verdad.

Para su sorpresa, la respuesta fue casi inmediata. «Puedes venir cuando quieras. Te ayudaré.» «¿Esta tarde a las 8 te va bien?». «Sí».

Paola dejó el teléfono en la mesa del comedor y se estiró, algo más tranquila. Por lo menos no pasaría una noche más sin saber qué demonios eran aquellas imágenes.

Se preparó un par de tostadas y un café, sabiendo que no dormiría más. Se duchó y se colocó un vestido vaporoso de color azul marino, dispuesta a salir al único sitio al que podía ir a aquellas horas: a la botica de Gonzalo para contarle su visita a la bisnieta de Malena.

Pronto llegó a la farmacia que, como de costumbre, estaba iluminada por una luz tenue. Entró y no vio a Gonzalo por la tienda, así que imaginó que estaría en la habitación. Caminó hasta ella sigilosamente, probablemente estaría durmiendo y no quería molestarle. Sin embargo, se lo encontró totalmente despierto. Estaba de espaldas en su pequeño cuarto, así que no la vio acercarse. Los pasos de Paola se detuvieron en seco al ver que no llevaba la camisa puesta. Tenía el pelo mojado, que secaba pacientemente con una toalla. Paola contuvo la respiración, avergonzada. Por algún motivo, había creído que, como el tiempo no pasaba para él, ni siquiera necesitaba ducharse. Se sintió estúpida y dio un paso atrás, dispuesta a volver a la tienda, pero el suelo de madera crujió bajo sus pies, delatándola. Gonzalo se giró y la pilló de pleno. Se quedó unos instantes mirándola desconcertado, consciente de su propia desnudez. Paola se quedó paralizada, sin saber dónde meterse.

–L-lo siento –balbuceó, dándose la vuelta rápidamente, pero incapaz de quitarse aquella imagen de la cabeza. Gonzalo le había parecido un hombre atractivo desde el principio, pero jamás hubiera imaginado que bajo ese traje se encontraba un hombre tan perfecto. Tragó saliva y caminó rápidamente hasta la tienda.

Gonzalo salió al cabo de unos minutos, impecable con su traje de siempre, pero con el cabello todavía algo mojado, que caía ligeramente sobre sus ojos. Paola tuvo que centrarse para poder contarle lo que había descubierto.

–Ayer fui a casa de la familia de Malena.

–¿Descubriste algo?

–No mucho, pero conocí a su bisnieta.

–¿De verdad? –preguntó, fascinado.

–Sí, es bastante agradable y quizá nos ayude. Le pedí si nos podía buscar imágenes de la época en la que desapareciste. Quizá nos puedan revelar algo útil.

–¿Tú crees?

–Sí, estoy convencida.

–Entonces no me queda otro remedio que confiar en tu intuición.

–¿Cómo estás? –preguntó entonces de repente Paola. Sabía que el segundo matrimonio de Malena había caído como un jarro de agua fría sobre Gonzalo, aunque no habían vuelto a hablar del tema. El hombre supo perfectamente a qué se refería.

–Mejor. Al principio la noticia me dejó desolado, pero supongo que la entiendo. No tenía sentido pensar que me había esperado toda su vida. Además, eso la hubiera hecho infeliz. –Paola fue incapaz de confesarle lo que su bisnieta le había contado, que todo el mundo creyó que él había abandonado a Malena. Aquello no haría más que hacerle daño y generarle sentimientos de culpa. Decidió que ya había sufrido bastante–. Pero por primera vez en cien años, tengo esperanza. Sé que me ayudarás a salir de aquí.

–¿Qué harás después? –preguntó Paola, sintiendo curiosidad.

–No tengo ni idea. Hasta ahora ni siquiera me permitía fantasear con la

idea, pero supongo que te pediría que me enseñaras esta ciudad. Probablemente no sea capaz de reconocerla.

–Sí, las cosas han cambiado mucho –explicó–. No te preocupes, te prometo que te lo enseñaré todo.

–No sabes lo que significa esto para mí –murmuró Gonzalo, alargando su mano hasta la de Paola. La joven sintió que le daba un vuelco el corazón y levantó la vista hasta él, incapaz de apartarse. Gonzalo acarició cada uno de sus dedos con delicadeza y subió ligeramente hasta su antebrazo. Aquella era la primera vez que acariciaba a alguien en cien años. Casi había olvidado lo que era. Sintió que la piel de la joven se erizaba bajo la yema de sus dedos. Al percatarse de que aquel gesto no era del todo apropiado, apartó la mano bruscamente.

–Lo siento –se disculpó–. Llevo cien años sin tocar a nadie así –añadió con una risa nerviosa.

–No pasa nada –consiguió responder Paola, recuperando el aliento. Pero sí que pasaba. Jamás había sentido algo parecido. Ni siquiera con los dos novios que había tenido a lo largo de su vida. Tan solo le había tocado la mano y la había dejado completamente fuera de combate. ¿Qué le estaba pasando?

–¿Cómo estás tú, Paola? –preguntó Gonzalo, mirándola fijamente con aquellos preciosos ojos grises.

–¿Qué? ¿Yo? Bien, claro –respondió, desconcertada ante la pregunta.

–¿Seguro? Pareces cansada.

–Ah, no es nada. Me cuesta un poco dormir por las noches.

–Podría darte algo para el insomnio, pero probablemente sea ilegal hoy en día –contestó él, riendo al recordar la primera vez que se habían visto. La chica también soltó una carcajada.

–Mejor que no. Es solo que tengo algunas pesadillas –confesó, acariciando inconscientemente su mano vendada. Gonzalo reparó entonces en el detalle.

–¿Qué te ha pasado en esa mano? –preguntó.

–Me corté cocinando –mintió. ¿La creería si le contaba que le había pasado en un sueño y había aparecido de la nada en su mano?

–Déjame ver –dijo, tomándole la otra mano, esta vez de una manera meramente profesional. Le retiró la venda con cuidado y analizó la herida con el ceño fruncido.

–Es muy reciente, todavía sangra. ¿Cocinas a las cinco de la mañana? –preguntó, arqueando las cejas, dejando al descubierto su mentira.

–Eh... es complicado de explicar –acabó diciendo.

–¿Crees que es más complicado de explicar que lo de mi maldición? –preguntó en tono burlón.

–Está a la altura de tu historia, quizá no me creas.

–Vamos, cómo no te voy a creer. Precisamente yo.

Paola rio ante su propia estupidez. Por supuesto, si alguien iba a creerle sin cuestionarla, ese sería Gonzalo. Aunque fuera por experiencia propia.

–Tengo unos sueños en los que veo a gente a la que no conozco de nada –explicó–. Pensé que eran pesadillas sin más, pero empiezo a creer que son algo más importante. Esta mañana, he soñado que estaba en un campo y me cortaba con una planta. Cuando he despertado, tenía esto en la mano –explicó.

Gonzalo la miró sorprendido.

–Vaya...

–¿No me crees?

–Claro que te creo –soltó, ofendido por que dudara de él–. Es solo que esos sueños parecen peligrosos, y no sé cómo puedo ayudarte.

–No te preocupes. Esta tarde he quedado con un hipnotista que trata estos casos.

–¿Puedes confiar en él?

–¿En Lorenzo? –preguntó, sorprendida ante su pregunta–. Sí, creo que sí.

–Bueno, si necesitas hablar sobre ello, aquí me tienes. Al fin y al cabo, no puedo escaparme. ¿No? –añadió, entre risas.

CAPÍTULO 20

24 de febrero de 1918

Levi sostenía las riendas de Petra con seguridad. Le costaba concentrarse en el camino teniendo a Victoria tan cerca. Aquella joven delicada y caprichosa lo ponía nervioso. La chica se movió ligeramente en la silla.

—¿Está bien, señorita? —preguntó, acercándose a su oído. Levi se alejó rápidamente hasta su posición inicial en cuanto sintió la irremediable tentación de besar aquel cuello de cisne. Llevaban horas cabalgando, desde que habían abandonado el último abrevadero en el que se habían detenido.

—Sí —contestó. Aunque la realidad era que estaba de todo menos bien. Tantas horas en contacto con Levi le parecían agotadoras. Y ya llevaban tres días viajando así. Era demasiado para su corazón, que daba brincos cada vez que él se acercaba para decirle algo—. Tan solo estoy algo cansada, añadió.

—Dentro de poco pararemos a pasar la noche —explicó Levi, mirando el cielo oscurecido, que casi se había plagado ya de estrellas.

—¿Dónde estamos? —preguntó la chica, que había dejado de ver carteles hacía tiempo.

—Ya hemos entrado en Francia. No estamos lejos de las bodegas, mañana por la mañana llegaremos por fin a nuestro destino.

Justo en ese momento, vieron en la lejanía un pequeño campamento.

—¿Qué es eso? —preguntó la joven, algo desconcertada.

—El asentamiento en el que pasaremos la noche.

—¿Qué? —exclamó la joven, incapaz de creerlo—. ¿Ya ni siquiera dormimos en posadas de mala muerte? Estamos en pleno invierno, ¿quiere que muramos congelados?

—Relájese, señorita. Las tiendas de campaña están perfectamente acondicionadas.

A medida que se acercaron, Victoria empezó a distinguir un par o tres de caravanas y un montón de tiendecitas alrededor de una enorme hoguera, en medio de un claro del bosque.

–¡Pero qué ven mis ojos, Levi! –dijo un hombre de unos cincuenta años al verles llegar–. ¡Cuánto tiempo sin verte por aquí!

Levi bajó del caballo de un salto y abrazó contundentemente a aquel hombre.

–Luis, ¿qué te cuentas? ¿Cómo está la familia?

–Pues muy bien. Los niños están tan escandalosos como siempre, pero vamos haciendo. ¿Y tú qué? ¿Qué te trae por aquí?

–Vamos a visitar unas bodegas.

–Oh, veo que traes compañía –dijo, al ver a Victoria, que acababa de bajar del caballo.

–Sí, te presento a Teresa, mi esposa –dijo. Victoria se sorprendió al comprobar que iba a mentirle incluso a aquel hombre, que parecía amigo suyo.

–Encantado, Teresa. Es muy guapa Levi, sabía que tenías buen gusto, pero esto supera mis expectativas. –Victoria sonrió ante el cumplido–. Venga, venid a la caravana y comed algo. Rosana estará contenta de verte –dijo–. Y de saber que por fin has sentado la cabeza –añadió con una carcajada.

Caminaron a través del campamento y Victoria se fijó en una joven que debía de tener su misma edad, que la miraba con una mezcla de curiosidad y disgusto. Llevaba un vestido con un corpiño ceñido que dejaba poco a la imaginación.

–¿Quién es esa chica que no para de mirarnos? –le susurró a Levi. El hombre miró en la dirección que le señalaba y se encontró con los ojos azules de aquella joven, que le sonrió.

–Ah, es Eva. Una vieja amiga –contestó, mientras la saludaba con la mano desde la lejanía.

–Ya me imagino qué clase de amiga –susurró.

–¿Está celosa, señorita? –preguntó Levi, punzante.

–No diga tonterías –respondió tajante.

–¿Qué os parece esa tienda de campaña? –preguntó Luis, señalando una de las que estaba más cercana a la hoguera–. Seguro que no pasaréis frío. Es la mejor que tengo.

–Será perfecta.

–Venid, es por aquí –dijo Luis, continuando su camino hasta la caravana. Victoria deseaba ir a la tienda y descansar, pero lo siguió, sabiendo que primero tendrían que cenar.

Llegaron a un pequeño camión blanco y entraron en su interior, que parecía una verdadera casa, con todo lo que una familia humilde podía necesitar. Una mujer entrada en carnes cocinaba ante los fogones. Se giró al escuchar ruidos y se le iluminó el rostro con una sonrisa al ver a Levi.

–¡Mi pequeño Levi! –dijo, dándole un efusivo abrazo–. Han pasado años, gañán. Podrías escribir de vez en cuando –le reprendió.

–Lo siento, Rosana. He estado muy ocupado últimamente.

–Venga, tomad un poco de lentejas –dijo, sirviendo un par de platos. Miró a Victoria con una sonrisa.– ¿Esta chica tan guapa es tu esposa? –preguntó.

–Sí –contestó él.

–Encantada de conocerte. Sabía que Levi encontraría a alguien que valiera la pena.

–Gracias.

Victoria se relajó mientras cenaban. Rosana, Levi y Luis hablaban animadamente, recuperando el tiempo perdido. Ella se limitó a guardar silencio y observar al hombre con el que viajaba. Sonreía y se veía relajado como nunca antes lo había visto, como si se sintiera en casa.

No tardaron en despedirse de aquella encantadora pareja y se dirigieron hacia la tienda de campaña que les había mostrado Luis un par de horas atrás. Victoria entró y se sorprendió ante la estrechez de aquel lugar que, a pesar de estar al raso, parecía mucho más limpio y confortable que las posadas en la que habían pasado las noches anteriores.

La chica no protestó esta vez, sabía que sería inútil. Igualmente, aquella sería la última noche que pasarían en el camino. Se quitó el abrigo al ver las gruesas mantas que cubrían la fina colchoneta que había en el suelo. No pasarían frío. Se metió en la cama y Levi se tumbó a su lado. Victoria no pudo resistir la curiosidad.

–Parece que los conoce bien –dijo.

–¿A Rosana y Luis? –La joven asintió—. Se puede decir que son mi familia.

–¿Su familia? –preguntó.

–Los conozco desde que tengo uso de razón. Como habrá imaginado por la caravana, son nómadas y se van moviendo por todo el territorio. Llevaba años sin verlos. Mi madre era una prostituta que solía viajar con ellos. –Victoria se sintió fatal por haber mirado con desprecio a las damas de compañía que se habían ido encontrando a lo largo del camino—. Cuando tenía diez años, mi madre enfermó y me quedé huérfano. No tenía a nadie, así que ellos me acogieron. Son lo más parecido a una familia para mí –explicó.

–Lo siento –susurró Victoria.

–No tiene por qué –se limitó a contestar. Victoria se quedó atrapada en aquellos ojos oscuros, que la atraían de un modo irresistible. Levi le apartó un mechón rebelde de la cara y acarició aquel rostro de porcelana. Dirigió sus ojos hasta los labios de la chica, que estaban entreabiertos. Victoria se quedó inmóvil, sosteniendo la respiración, aprisionada en el hechizo que aquel hombre parecía ejercer sobre ella. Levi fue incapaz de aguantar un segundo más lejos de ella y recorrió la escasa distancia que los separaba. La besó sabiendo que aquello no estaba bien, que sus labios estaban prohibidos. Sin embargo, Victoria no pareció pensar en ello. Recibió aquel beso con avidez. Lo atrajo hacia ella con la pasión de quien ha estado esperando demasiado tiempo. Levi se separó ligeramente, intentando actuar con sensatez.

–Señorita, no...

–Deja de llamarme señorita –susurró. Aquellas palabras encendieron todavía más la llama que Levi intentaba controlar inútilmente desde que la había visto por primera vez.

–Victoria, esto no puede ser...

Sin embargo, la joven hizo caso omiso de sus palabras y se acercó hasta él. Lo besó en el cuello suavemente, recorriendo su pecho con las manos. Levi apenas consiguió reprimir un gruñido. La tomó por los brazos y la separó de él con brusquedad, tratando de evitar lo inevitable. Se quedaron mirando unos segundos, con la respiración agitada. Levi observó el pelo revuelto de Victoria, la camisa que se le había descolocado con el fulgor de aquella singular batalla y que dejaba al descubierto su escote. Entonces supo que había perdido. La agarró de la cintura y la atrajo de nuevo hacia él. Victoria

apenas podía respirar en medio de aquellos besos apasionados, pero no le importaba. Tan solo podía pensar en estar más cerca de él. Los dedos de la joven recorrieron a ciegas el torso de Levi hasta encontrar los botones de su camisa. Él pareció sorprendido, pero dejó que la chica lo desvistiera. Levi se quedó mirando a Victoria unos instantes, incapaz de reconocer que aquella chica tan joven le imponía un respeto que nunca ninguna otra mujer le había infundado. Suspiró y se acercó a ella de nuevo. Por fin, besó aquel cuello de cisne por el que llevaba tanto tiempo suspirando. Le desabrochó un botón de la blusa y la miró a los ojos.

–¿Estás segura de esto? –murmuró con voz ronca.

–Sí –contestó. Sin embargo, sus ojos no pudieron engañarle. Era la primera vez que estaba con un hombre.

–Victoria, sé lo importante que es la primera vez –dijo, alejándose de ella. La joven se ruborizó ante la evidencia–. Puedo parecerme un irresponsable, pero no lo soy. Vas a casarte y no quiero causarte problemas.

Victoria lo miró, enfadada. No quería ni oír hablar de aquella boda.

–¡No pienso casarme con él! ¿Por qué has tenido que sacar el tema? –soltó, abrochándose el botón de la camisa, molesta y avergonzada a la vez. Se tumbó dándole la espalda–. Buenas noches, señor Levi.

Levi sonrió a sus espaldas. Aquella reacción le pareció tierna e infantil. Al fin y al cabo, Victoria era muy joven, aunque su manera de hacer pudiera hacerla parecer más adulta. Levi cerró los ojos y suspiró, intentando calmar la pasión que los besos de Victoria habían encendido y, al final, se quedó dormido recordando el sabor de sus labios.

25 de febrero de 1918

Victoria abrió los ojos cuando el sol empezaba a iluminar la tienda. Vio que Levi no estaba a su lado. Se preguntó cuándo se habría levantado. Se abrigó y salió de la tienda. Lo buscó con la mirada y por un instante le entró el pánico. ¿Y si la había abandonado allí por lo que había sucedido la noche anterior? Sin embargo, no tardó en localizarle junto a una de las caravanas, apoyado desenfadadamente sobre la chapa y sosteniendo una taza de café caliente en las manos. Victoria sintió que le invadía un feo sentimiento de celos cuando vio que estaba hablando con aquella tal Eva, que parecía coquetear con él entre risas y manoseos que no parecían molestar a Levi en absoluto. Salió de la tienda echa una furia, pero se acercó hasta ellos fingiendo normalidad.

–Buenos días.

La sonrisa de Eva se congeló al verla.

–Hola, Teresa –dijo Levi. Odiaba que la llamara así.

–Deberíamos retomar el viaje.

–¿No queréis ningún amuleto para que os de suerte en la travesía? –preguntó Eva de repente.

–¿Disculpa? –preguntó Victoria, desconcertada.

–Eva es pitonisa –explicó Levi. Al ver que seguía sin comprender, se explicó un poco más–. Tira las cartas, prepara amuletos de la suerte y pociones de amor. Esas cosas.

Victoria aguantó una carcajada. Nunca había creído en esas cosas. A Eva no le pasó por alto la sonrisa incómoda de la chica, que reflejaba su escepticismo.

–No, gracias –se limitó a contestar Victoria.

–Llévate tú uno, por lo menos –le dijo a Levi, colocando entre sus manos una pequeña figura que le puso los pelos de punta a Victoria. Parecía una de

aquellas muñequillas de vudú que venían de África.

–Gracias, Eva.

Levi y Victoria se alejaron de la joven y pronto ensillaron a Petra, que los esperaba junto a otros caballos en un pequeño cobertizo.

–¿De verdad es bruja? –preguntó Victoria.

–Sí.

–¿En serio crees que puede hacer magia? –cuestionó, intentando que no sonara a burla.

–No es que lo crea, es que lo he visto con mis propios ojos.

–¿Cómo?

–Eva ya vivía aquí cuando me quedé huérfano. Ella era muy pequeña entonces, pero ya tenía su don. Un día, me ayudó a hablar con mi madre en el Más Allá.

Victoria lo miró horrorizada.

–¿Puede hablar con los muertos? –susurró.

–Y muchas cosas más –respondió riendo–. Venga, ahora no es momento de...

–¿Erais novios?

Levi soltó una carcajada.

–¿Qué?

–Creo que le gustas.

–Aquello fue hace mucho tiempo. No me digas que de verdad estás celosa.

Victoria bajó la mirada, avergonzada, incapaz de negar lo evidente.

–No es en Eva en quién estoy interesado, deberías saberlo ya.

No dijeron nada más. Se subieron al caballo y partieron hacia las bodegas.

CAPÍTULO 21

5 de agosto de 2018

Paola dejó de retorcerse las manos nerviosamente para llamar al timbre. No estaba para nada segura de que aquello fuera una buena idea. Se miró la mano que Gonzalo le había vendado y se convenció de que debía hacerlo. No podía continuar así. Tenía que descubrir qué significaban aquellos sueños. Lorenzo apareció en la puerta casi al instante.

–Buenas noches, Paola –saludó, haciéndole un gesto para que pasara–. Adelante, ponte cómoda.

–¿Dónde me siento? –preguntó, al ver el sofá negro y un diván en el que no había reparado la primera vez que lo había visitado.

–Donde te sientas más tranquila.

–Creo que en el sofá –contestó, dejándose caer sobre los mullidos cojines. En el diván tendría la sensación de estar siendo analizada.

–Muy bien. Veo que al final has decidido indagar en tu mente –dijo Lorenzo, sentándose a su lado–. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

–Esto –dijo, mostrándole su mano herida.

–¿Qué ha pasado?

–Estaba soñando que me cortaba con una rama y, cuando he despertado, esta herida estaba en el mismo lugar que en mi sueño.

Incluso Lorenzo pareció sorprenderse.

–Extraordinario –murmuró, acariciándole la mano. Paola se sintió nerviosa y la apartó con delicadeza–. Bien, ¿por dónde quieres empezar? ¿Quieres contarme primero lo que ves y luego intentamos una sesión de hipnosis?

–De acuerdo. Es que tampoco sé muy bien cómo explicarlo, las imágenes están borrosas. Veo una especie de plantación, diría que trabajo allí, parece que sé lo que hago. Y hay un hombre. No paro de verlo, pero no consigo distinguir bien su rostro y no puedo reconocerle.

–¿Cómo es ese hombre?

–Tiene el cabello muy oscuro y sus manos son firmes. Creo que... no puedo estar segura, pero creo que me gusta.

–¿Te gusta?

–Sí. Quizá incluso haya algo entre nosotros.

–¿Qué te hace pensar eso?

–Lo que siento cuando estoy con él. Me trata con mucho cuidado.

–¿Entonces crees que puede ser tu pareja?

–No lo sé, es que no entiendo nada. No recuerdo haber trabajado en ningún campo ni a ese hombre. Y no he tenido ningún accidente que me haya hecho perder la memoria, te lo aseguro –continuó.

–Quizá esas imágenes no pertenezcan a tu vida actual, sino a una vida anterior –contestó misteriosamente.

–Pero eso no es posible.

–Por supuesto que lo es. ¿Quieres que empecemos con la sesión de hipnosis? –preguntó.

Paola se quedó en silencio unos instantes.

–Tengo miedo –confesó.

–No tengas miedo, yo estaré contigo todo el tiempo –respondió él, mirándola con esos ojos que en vez de tranquilizarla la pusieron más nerviosa. Sin embargo, no se lo dijo y acabó asintiendo.

–Está bien, pero si ves que algo no anda bien...

–Tranquila, te despertaré si veo que la cosa se pone fea.

Lorenzo empezó a susurrar las mismas palabras que aquel día en la función, aunque a Paola le parecieron, esta vez, mucho más íntimas. Cuando quiso darse cuenta, había entrado en un profundo estado de sueño.

–¿Dónde estás? –preguntó Lorenzo.

En la mente de Paola empezaron a dibujarse formas verdosas hasta que se formó un bosque a su alrededor.

–En un bosque.

–¿Estás sola?

–No. Estoy con él –contestó, percatándose de que aquel hombre misterioso estaba a sus espaldas.

–¿Qué hacéis?

Paola miró hacia abajo y descubrió que estaban cabalgando sobre un corcel.

–Montamos a caballo.

–¿Por diversión?

–No. Tenemos una misión que cumplir –contestó ella, con una voz que fue incapaz de reconocer como la suya propia.

–¿Y qué misión es esa?

–Salvar mis viñedos –contestó. Lorenzo se quedó en silencio unos instantes, tratando de asumir lo que estaba escuchando.

–¿Recuerdas quién eres?

–Soy –dudó unos instantes– la heredera de las bodegas Saavedra.

–¿Cuál es tu nombre?

–Me llamo Victoria.

–¿Y el del hombre que está contigo?

–Él... No. No lo recuerdo –murmuró, enfurruñada. Seguía sin poder ver su rostro. Intentó concentrarse en él, pero lo único que logró fue sentirse completamente mareada. Todo a su alrededor se enturbió de nuevo y un montón de imágenes desordenadas empezaron a pasar frente a ella, como flashes molestos y discordantes. Su respiración se agitó y apretó los nudillos, espantada. Lorenzo se percató de que la hipnosis se estaba descontrolando, y decidió cortarla.

–En cuanto te diga “ya”, volverás conmigo, Paola. Un, dos, tres, “ya”.

Paola abrió los ojos y miró a Lorenzo estupefacta.

–¿Cómo es posible? –murmuró en un hilo de voz, consciente de todo lo que había dicho.

–Ya tienes tu respuesta, Paola. Las imágenes que ves son de tu vida pasada, cuando eras Victoria Saavedra.

–Esto no puede ser cierto –farfulló, incapaz de creerlo. Tampoco había creído nunca en la reencarnación–. Quizá mi mente lo haya inventado todo.

–Solo hay una manera de averiguarlo.

–¿Cómo?

–Busca si esa mujer existió.

Paola se levantó del sofá, incapaz de asimilar todo aquello.

–No lo sé, Lorenzo. Necesito tiempo. Tengo que irme.

Lorenzo no pudo retenerla ni un segundo más. La joven salió de su piso prácticamente corriendo, asustada.

6 de agosto de 2018

Paola volvió a tener problemas para dormir aquella noche. Temía cerrar los ojos y ver de nuevo aquellas imágenes. No podía creerlo. La reencarnación no era posible, habían descubierto farsas una y otra vez en su revista *Sin Misterios*. Todo aquello tenía que ser un malentendido. Y aun así, la sola idea de cerrar los ojos la aterrorizaba. Temía volver a ver la vida de aquella tal Victoria. Logró conciliar el sueño a las cinco de la mañana y durmió hasta tarde. Y, por primera vez en días, no vio ni una sola imagen. Cuando despertó, pasadas las doce, tuvo una sensación de descanso y renovación que no había sentido en meses. Suspiró aliviada. Quizá ahora que se suponía que sabía la verdad, aquellas imágenes dejarían de perturbarla.

La ducha de aquel día le pareció realmente purificante y cuando se miró en el espejo vio que sus ojeras se habían desdibujado. Por fin. Se colocó uno de sus vestidos de verano y decidió ir a ver a la bisnieta de Malena, quizá hubiera encontrado algo útil para su investigación.

Malena abrió la puerta enseguida y Paola supuso que la había estado esperando. Cuando vio su rostro radiante, su intuición de periodista le dijo que la joven había encontrado algo.

–Adelante, Paola –dijo, haciéndola pasar hasta el salón.

–¿Qué tal ha ido? ¿Pudiste hablar con tu abuela?

–Sí –dijo, sentándose en el sillón–. ¿Quieres un café?

–Ah, no gracias. Estoy bien –contestó Paola, impaciente en realidad por escuchar lo que había descubierto.

–Fui a verla ayer. Tuvo un día lúcido y pudo decirme algunas cosas.

–¿Sobre Malena?

–Sí, bueno, en realidad no pudo contarme mucho. Tal y como te dije, Malena no solía hablar sobre la época en la que estuvo casada con aquel farmacéutico. Pero mi abuela me dijo que guardaba una caja con las cosas que

su madre le dejó antes de morir –explicó, tomando una caja de madera tallada que se encontraba sobre la mesilla auxiliar del sofá.

–¿Es esta?

–Sí. Mi abuela nunca la abrió. Dijo que era la intimidad de su madre y que se sentiría mal si miraba lo que había.

–¿Entonces no podemos saber lo que hay?

–Por supuesto que sí. He estado esperando desde ayer para abrirla juntas y me muero de curiosidad –dijo la chica con una sonrisa, abriendo la caja con cuidado.

Paola se levantó ligeramente del sofá para ver lo que contenía.

–Pues no hay mucha cosa –observó Malena–. Tan solo un puñado de cartas y unas cuantas fotos.

Sin embargo, a Paola aquello le pareció un tesoro. Quizá en aquellas cartas dijera algo sobre Gonzalo. ¿A quién irían dirigidas? ¿Y quién salía en las fotos? Deseaba abalanzarse sobre aquella información, pero dejó que fuera Malena quien explorara. Al fin y al cabo, era el legado de su familia.

–Mira, esta era mi abuela y este debe de ser él –murmuró fascinada, pasándole una foto–. Qué romántico. La guardó como si fuera un secreto.

Paola tomó con cuidado la foto que le pasaba y observó a una mujer preciosa, con una melena rizada que caía sobre sus hombros elegantemente. Aunque la foto era en blanco y negro, podía adivinar el color avellana de sus ojos, muy parecidos a los de su bisnieta. Malena Encinas había sido una belleza. Le sonreía a su marido con devoción. Sintió una punzada de celos. No le sorprendía que Gonzalo se hubiese enamorado de ella. Le dedicó unos segundos a él. También parecía feliz. Aunque su aspecto era exactamente igual al que tenía ahora, había algo de despreocupación en su mirada, que había perdido a lo largo de cien años de soledad.

–Era muy guapo –observó Malena–. No me extraña que no hablara nunca de él. Debió de ser duro...

–Supongo –murmuró, haciendo un esfuerzo por no decir la verdad: que probablemente él había sufrido mucho más que ella–. ¿Y qué dicen las cartas?

–Vaya, la mayoría son de una amiga. Me temo que no tienen mucho que ver

con el farmacéutico.

–¿Me las podrías prestar? Te las devolveré.

–Sí, claro. Quédatelas el tiempo que necesites –le dijo, dándole un fajo de folios y las fotos.

–Muchas gracias, Malena. Esto es un gran avance para mi investigación.

–No hay de qué. Ya me contarás si hay algo interesante en las cartas.

–Por supuesto.

CAPÍTULO 22

25 de febrero de 1918

Aquellas bodegas eran mucho más grandes que las de los Saavedra. Victoria observó con admiración los enormes campos repletos de viñedos sanos y verdes por todas partes, aunque todavía sin hojas debido al duro invierno. Sonrió con un hilo de esperanza. Parecía que allí habían encontrado la solución a la plaga, quizá pudieran usar el mismo remedio y salvar el futuro de su negocio familiar.

–Espectacular, ¿no crees? –dijo Levi.

–¿Trabajaste aquí?

–Sí, durante un tiempo.

–Nuestros viñedos deben de parecerse irrisorios en comparación.

–Para nada. Las mejores cosechas salen de las pequeñas plantaciones. Vamos, vayamos a la casa principal.

Levi espoleó a Petra, que empezó a trotar hacia un edificio bajo pero amplio que se encontraba al otro lado del campo. Cuando llegaron, dejaron que la yegua aliviara su sed y entraron en la casa.

–¡Buenos días! –saludó Levi en voz alta al ver que allí no había nadie. Pronto apareció un hombre que debía de tener su misma edad, pero vestía un exquisito traje de confección. Probablemente era uno de los propietarios.

–¡Levi! ¡Qué alegría que vengas por aquí! –dijo arrastrando ligeramente las erres, aunque su español era impecable–. ¿Qué hace ya? ¿Tres años? –preguntó, dándole un cálido abrazo.

–Más o menos. ¿Cómo os va por aquí?

–Como habrás podido ver, por fin nos hemos quitado esa maldita plaga de encima. Un poco más y acaba con el negocio.

–No hace falta que lo jures. Tal y como te decía en la carta, las bodegas de los Saavedra también se están viendo afectadas y necesitamos una solución urgente.

–Haré cuanto esté en mi mano para ayudaros, no sufras por eso. ¿Y quién

es esta dama? –preguntó, mirando a Victoria.

–Perdona, qué maleducado –dijo Levi, reparando en que no la había presentado con la emoción de reencontrarse con su viejo amigo—. Esta es mi esposa, Teresa. Querida, este es Jean Lorraine, el heredero de estas bodegas.

–Encantada de conocerle, señor Lorraine –dijo Victoria formalmente.

–El placer es mío, señora. Estaréis cansados del viaje, os acompañaré hasta vuestra habitación para que descanséis. Si os apetece, por la tarde puedo mostraros los viñedos.

–Me parece una gran idea –dijo Levi.

Siguieron a Jean por una enorme escalinata hasta el piso superior de la casa, en la que había un largo pasillo con varias puertas de madera de roble. Se detuvo en la primera de ellas y abrió, dejando al descubierto una preciosa habitación, con una cama con dosel que parecía muchísimo más cómoda que ninguno de los lugares en los que habían dormido las noches anteriores. La decoración era de estilo rústico y elegante. Había una chimenea frente a la cama, encendida.

–Espero que esté todo a vuestro gusto.

–Está perfecto, Jean. No hacía falta que te tomaras tantas molestias –contestó Levi.

–Cuando uno de mis amigos decide venir a verme después de tanto tiempo, es lo mínimo que puedo hacer –contestó el joven heredero, posando una mano sobre el hombro de Levi—. Ahora descansad y nos vemos por la tarde. Si sentís hambre, no tenéis más que llamar al timbre que hay justo al lado del cabezal de la cama y el servicio os traerá lo que os apetezca. –Jean dio un paso atrás y cerró la puerta para dejarles a solas.

Victoria sentía ganas de llorar de alegría. Por fin estaban en un lugar decente y dejaría de pasar miserias y dormir entre inmundicia.

–Jean parece un gran hombre –comentó Victoria.

Levi la miró arqueando las cejas.

–¿Crees que es atractivo? –preguntó, aunque Victoria pudo detectar el tono de burla en la voz. Todavía estaba avergonzada por haberse mostrado celosa de Eva.

–No está mal –dijo, para picarle.

Levi rio, pero no dijo nada.

–¿Crees que tendrá la solución para la filoxera? –preguntó entonces Victoria.

–Estoy convencido. Hace tres años tuve que marcharme de aquí porque no había cosecha con la que trabajar. Y ahora está lleno de vides.

–¿Te marchaste cuando las cosas se pusieron feas? –preguntó, extrañada. Levi no parecía de los que huían en los momentos complicados. Precisamente, se había volcado en ayudarla.

–No. Jean me pidió que buscara otro lugar en el que trabajar mientras intentaba recuperar su plantación. No me dejó quedarme. Dijo que con que uno de los dos se arruinara sería suficiente, así que no me quedó otro remedio. Y así fue como, después de unas cuantas vueltas por otras empresas, acabé en tus bodegas.

–Repito. Jean parece un hombre noble.

Levi soltó una carcajada.

–Estará encantado de saber que “mi esposa” tiene un elevado concepto sobre su persona.

–Señor Levi, le advierto que no vuelva a llamarme su esposa sin una buena razón.

–Vaya, ¿volvemos a tratarnos de usted? –soltó, divertido—. Pensaba que habíamos pasado a otra fase en nuestra relación.

Victoria se ruborizó por lo implícito de sus palabras y él pareció pasárselo en grande con el efecto que causaron.

–Lo de la tienda, no volverá a repetirse –espetó la chica, avergonzada por haber perdido el control de aquella manera.

–Claro que no –contestó él, aunque la sonrisa que acudió a sus labios no parecía demasiado convincente.

Victoria y Levi paseaban entre las vides en silencio. La joven se notaba tensa. No estaba segura de poder contener lo que sentía por el sumiller y

tenerlo cerca la incomodaba. Miró hacia la lejanía, esperando que Jean apareciera de un momento a otro. Les había citado allí.

–Mira, esta vid es un poco distinta a la nuestra –explicó Levi, mostrándole una particularidad de la rama.

Victoria se acercó hasta él y observó con atención. Sonrió y trasteó con la planta, tratando de encontrar las diferencias con las suyas, hasta que sintió un tallo cortando su piel. Apartó la mano bruscamente, con una ligera exclamación.

–Deberías tener más cuidado. ¿En qué estabas pensando? –dijo Levi, tomando su mano entre las suyas. Victoria estuvo a punto de contestarle que era él quien la había distraído, que eran sus besos en lo que estaba pensando. Pero no dijo nada y desvió la mirada mientras él le cubría la herida con una venda improvisada con la tela de su camisa.

–Oh, estáis aquí. –Jean apareció justo en ese momento de entre las plantas, con una sonrisa radiante. Victoria soltó rápidamente su mano de la de Levi, como si hubieran estado llevando a cabo algún tipo de crimen inconfesable. Jean sonrió por lo bajo, pero no dijo nada–. ¿Empezamos con la ruta?

Jean se encargó de hacerles un tour completo por sus enormes viñedos. Levi observó fascinado cómo todo aquello que había estado devastado tres años atrás volvía a estar lleno de vida. Por su parte, Victoria disfrutó escuchándole hablar sobre su plantación.

–Parece que le apasionan estos viñedos, señor Lorraine.

–Oh, llámame Jean. Lo cierto es que estos viñedos, son mi vida –explicó él–. Si no hubiera conseguido repoblarlos, creo que hubiera enloquecido. –la mirada de Victoria se ensombreció al pensar en que los suyos quizá no tuvieran tanta suerte–. Conseguiréis salvar los de los Saavedra, no te preocupes –añadió al percatarse–. Mañana mismo os mostraré la solución.

–Gracias, Jean –dijo Levi.

–No tienes ni que dármelas. Estoy tan contento de tenerte aquí de nuevo que no he podido evitar organizar una pequeña fiesta esta noche en vuestro honor. Espero que no os importe.

–No, por supuesto que no –respondió rápidamente Levi.

–Será un placer –añadió Victoria, con la formalidad que su institutriz le había enseñado. Sin embargo, en realidad no se sentía de humor para muchas fiestas. Estaba cansada y preocupada por el futuro familiar, dudaba mucho que pudiera disfrutar de ninguna celebración.

Cuando volvieron a la casa después de aquel largo paseo, se encontraron un bonito vestido de gala y un traje sobre la cama.

–No me lo puedo creer... –murmuró Victoria–. Jean está atento a cada detalle.

–Al final conseguirás que me ponga celoso de verdad –repuso él con una sonrisa ladeada. Victoria lo miró unos instantes, pero tuvo que desviar rápidamente la mirada al ver que se estaba desvistiendo.

–¿Qué haces? –exclamó alterada, sintiendo el corazón golpeando en su pecho.

–Voy a darme una ducha antes de ponerme este traje, si no te importa.

–¡Pero podrías avisar!

–No es nada que no hayas visto antes...

–Señor Levi, le pido por favor que sea un poco más cuidadoso en mi presencia –exclamó, cubriéndose los ojos y dando media vuelta. Escuchó la risa de Levi alejarse hacia el baño que había en un rincón de la habitación y, por fin, pudo respirar. Aquel hombre iba a volverla loca. ¿Por qué la hacía sentir así? Había coqueteado antes con alguno de los trabajadores más jóvenes de las bodegas, incluso había tenido un novio hacía años, pero no había pasado a mayores, ni mucho menos. Tampoco había sentido aquel nudo en el estómago cada vez que lo miraba. Aquello era nuevo para ella y no tenía ni idea de cómo afrontarlo.

Al cabo de unos minutos, Levi salió de la ducha con una toalla anudada a la cintura y el cabello mojado. Victoria tuvo que apartar la mirada de nuevo, molesta ante los sentimientos que le causó aquella visión.

Victoria se levantó de la silla en la que se había sentado y se dirigió al baño. A diferencia de Levi, se quitó la ropa cuando estuvo lejos de él y completamente segura de que no podía verla. Se sacudió el polvo del camino, se bañó y cuando terminó, se sentía una persona completamente nueva.

–Voy a salir, no mires –dijo, esperando que Levi fuera lo suficientemente decente como para hacerle caso. Cuando salió, respiró aliviada al verle de espaldas. Se cambió rápidamente y se abrochó como pudo el vestido, aunque no llegó a conseguirlo del todo. En la parte superior habían quedado algunos botones desabrochados.

–Eh... ¿podrías ayudarme, por favor? –preguntó con un hilo de voz.

Levi se giró y pareció impresionado al verla con aquel vestido de tul azul marino, que resaltaba su belleza y su piel blanca. Tragó saliva y asintió. Victoria se apartó el cabello mojado de la espalda hacia un lado, para facilitarle la tarea. Levi no pudo evitar acariciar aquel cuello fino y delicado con la punta de sus dedos. Sintió que la piel de Victoria se estremecía bajo su tacto e hizo un esfuerzo por centrarse. Abrochó los cuatro botones que faltaban y se alejó de ella, guardando las formas. Se aclaró la garganta antes de hablar.

–Creo que ya podemos bajar a cenar –dijo, mirando el reloj que colgaba de una de las paredes laterales de la estancia.

La velada discurrió como la seda. Jean resultó ser el perfecto anfitrión, atento y amable con todos. El único contratiempo fue que la “pequeña” fiesta, resultó no ser tan pequeña. Cuando bajaron al salón, había allí por lo menos sesenta personas, todas ellas con copas del vino de las bodegas en la mano. Victoria sonrió tímidamente y miró a Levi con cara de pánico.

–¿Y si alguien me reconoce? –le murmuró al oído.

–Nadie lo hará. Estamos demasiado lejos de tus bodegas.

–Eso espero –musitó, revisando rápidamente los rostros que había en aquella sala. Se quedó un poco más tranquila al ver que no conocía a nadie, aunque le inquietó sentir los ojos de un hombre en particular, que la observaban desde la lejanía. Debía de rondar los sesenta años y parecía especialmente adinerado. Victoria desvió rápidamente la mirada y decidió evitarle durante toda la noche. Levi le ofreció una copa de vino y la joven la degustó, tratando de calmarse.

–¿Estás bien? –preguntó Levi, al verla preocupada.

–Sí, es solo que hay un hombre que no para de mirarme.

–¿Lo conoces?

–Creo que no.

–Entonces quizá solo tengas un admirador –respondió riendo.

Victoria se sonrojó y miró a Levi con detenimiento por primera vez en toda la noche. Nunca lo había visto de traje y lo cierto era que estaba más atractivo incluso. Se dio cuenta de que llevaba demasiado tiempo mirándole cuando él le sonrió y se acercó ligeramente a su oído.

–¿Quieres bailar? –preguntó.

Victoria ni siquiera había reparado en el gramófono ni en la pequeña pista de baile que había a un lado del salón, en la que algunas parejas ya habían empezado a demostrar sus dotes de baile.

–No se me da bien –sentenció la joven.

–Vamos, yo te enseñaré.

Victoria quiso negarse, pero fue incapaz cuando sintió la mano de Levi sobre la suya. Dio un buen trago de vino para intentar atontar sus sentidos. Quizá así dejaría de sentirse tan nerviosa al tenerlo cerca. Cuando llegaron a la pista, Levi posó una mano en su cintura y con la otra la guió expertamente.

–Veo que no es la primera fiesta a la que vas –observó ella, con cierto tono de desaprobación en la voz.

–Y yo me atrevería a decir que tú no has ido a muchas –contestó él descaradamente. Victoria lo miró furiosa.

–No bailo tan mal –se defendió.

–Yo no he dicho eso –repuso con una sonrisa que destruyó cualquier amago de enfado–. Me imagino que tu padre no te ha dado mucha libertad –adivinó. Victoria lo miró sorprendida. Era la primera vez que hablaba de eso con alguien que no fuera Sofía.

–A veces me ahogo en esa casa –confesó.

–¿Sabes? Cuando era pequeño y veía a la gente como tú desde mi humilde caravana, me sentía miserable y ansiaba poder vivir en mansiones como las vuestras, rodeado de lujos. Sin embargo, con el tiempo me di cuenta de que...

–Esas casas son cárceles –completó Victoria.

–Y no sabes cuánto siento que alguien como tú esté atrapada ahí –dijo,

mirándola a los ojos.

–No lo estaré por mucho tiempo.

–¿Cómo?

–Salvaré las bodegas de la filoxera –contestó–, pero no me quedaré para casarme con ese indeseable.

–¿Qué vas a hacer? ¿Piensas fugarte? –exclamó sorprendido.

–Lo haré si no me dejan otra opción. Y no parece que mi padre vaya a cambiar de opinión respecto a ese matrimonio...

–¿Estás segura? Te desheredarían. ¿Cómo vas a vivir?

–Trabajaré, Levi, como todo el mundo.

Levi la miró con admiración. No había conocido a nadie tan valiente como para renunciar a todo tan solo por su libertad. La mayoría de la gente aceptaba su destino con tal de no perder la vida llena de privilegios a la que estaban acostumbrados. La música tomó de repente una melodía mucho más movida y la gente empezó a deslizarse alegremente por la pista. Sin embargo, Victoria no tenía ánimo para más bailes.

–Creo que me marcho a dormir –anunció.

–Voy contigo –dijo Levi–. Al fin y al cabo, no conozco a nadie más que a Jean aquí. Y parece que está ocupado –añadió, mirando a su amigo con una sonrisa, que se encontraba hablando con una joven rubia que parecía tenerle encandilado.

Subieron hasta su habitación y Victoria se dejó caer sobre la cama.

–Creo que hablar sobre mi situación me ha deprimido –explicó.

–Lo siento, no debería haber sacado el tema –se disculpó Levi, sentándose a su lado y posando una mano sobre la de ella, tratando de consolarla. Victoria lo miró fijamente unos instantes, preguntándose si algún día podría respirar con normalidad cuando lo tuviera cerca. Levi parecía estar haciéndose la misma pregunta, porque se aflojó instintivamente el nudo de la corbata.

–Será mejor que descansemos –murmuró Levi, haciendo ademán de levantarse de la cama.

–Levi –Victoria lo detuvo, sosteniendo su mano con fuerza para evitar que

se alejara. El hombre suspiró, conteniendo el deseo de besarla.

–¿Qué pasa?

–Quédate conmigo esta noche –murmuró.

–¿Cómo? No voy a irme a ninguna parte –respondió extrañado.

–No me refiero a eso... –murmuró, atreviéndose a acariciar los labios de Levi. Sabía que sin aquellas dos copas de más jamás se hubiera atrevido a pedirselo, pero era lo que deseaba desde hacía mucho tiempo, quizá desde el primer día que lo había visto.

Levi tragó saliva y se pasó la mano por el pelo, nervioso.

–Has bebido. No estás en tus cabales.

–Estoy muy segura –afirmó con contundencia.

–Voy a arder en los infiernos por tu culpa, Victoria –dijo un segundo antes de agacharse para besarla. La chica lo sostuvo por la solapa de la americana, temiendo que se fugara de un momento a otro, como había hecho en la tienda de campaña. Sin embargo, esta vez Levi no tenía intención de ir a ningún sitio. Cuando se dio cuenta de que la estaba besando con demasiada pasión, se separó ligeramente de ella y la miró, sosteniendo su rostro entre las manos y besando con cuidado sus mejillas. Deslizó sus labios hasta el cuello de la chica y empezó a desabrocharle el vestido con paciencia, intentando memorizar cada instante. Le quitó la ropa lentamente, hasta que Victoria se cubrió ligeramente con las manos, avergonzada. Levi sonrió y apagó la luz para que se sintiera cómoda.

–¿Mejor? –susurró con voz ronca.

–Sí –contestó, alargando sus delicadas manos hasta él. Le quitó la americana con decisión, pero dudó algo más cuando empezó a desatarle la camisa. No tenía ni idea de lo que debía hacer. Nadie le había hablado sobre aquello, ni siquiera Sofía o su prima Malena. Sin embargo, sus manos recorrieron el torso de Levi guiadas por un instinto que no sabía ni que tenía. Levi se inclinó sobre ella con la respiración agitada y la observó unos instantes, aprovechando la escasa luz que se colaba entre las cortinas. La besó de nuevo, esta vez con ternura infinita y fue ella la que ardió entre sus brazos. Levi sintió el temblor de las piernas de Victoria bajo las suyas y le acarició el pelo.

–¿Quieres que paremos?

–No.

–Pero estás temblando.

–No es de miedo –se atrevió a decir con una pequeña risa, que hizo que él se relajara un poco. Y se perdieron entre las sábanas.

CAPÍTULO 23

6 de agosto de 2018

Paola entró en la botica cuando ya prácticamente había anochecido, con la caja que la bisnieta de Malena le había entregado bajo el brazo. Gonzalo la recibió con una sonrisa.

–Vaya, tienes muy buen aspecto –comentó, viendo que sus ojeras habían desaparecido y que sus mejillas tenían un color rosado.

–Se podría decir que he encontrado un remedio a mis pesadillas –contestó, sin atreverse a contarle su descubrimiento. ¿Cómo le iba a decir a alguien que era la reencarnación de una mujer cuando ni siquiera ella misma se atrevía a creerlo? Probablemente Lorenzo había metido aquellas imágenes en su cabeza con alguno de sus trucos, no podía haber otra explicación–. Tengo novedades – se apresuró en añadir, con tal de que no continuar con esa conversación.

–¿Has descubierto algo?

–Sí. La hija de Malena guardaba una caja con sus cosas.

–¿Una caja? –murmuró Gonzalo, casi sin atreverse a preguntar.

–Hay algunas fotos y cartas.

–¿Puedo verlas? –preguntó, tratando de contener su nerviosismo. ¿Encontraría allí respuestas?

–Claro –respondió, tendiéndole la caja. Gonzalo la abrió con cariño. Aquello era lo único que quedaba de su esposa. Paola se colocó detrás de él y miró por encima de su hombro. No había tenido tiempo de ojear las cartas y se moría de curiosidad. Sintió de nuevo aquel olor fresco que caracterizaba a Gonzalo e inspiró. Aquel aroma la relajaba. Gonzalo se detuvo un largo rato en las fotografías. Acarició el retrato en el que aparecía junto a Malena con una sonrisa triste.

–Ya casi había olvidado su rostro –murmuró. Paola sintió una incómoda sensación al verlos juntos de nuevo. ¿Qué problema tenía?

–Era muy guapa –dijo sinceramente, en contra de su voluntad. Gonzalo levantó la vista de la imagen y fijó sus ojos grises en Paola.

–Supongo que sí. ¿Has leído las cartas?

–No –respondió. Le había parecido incorrecto hacerlo antes que él.

Gonzalo asintió levemente con la cabeza y tomó la primera carta amarillenta de aquel fajo anudado casi cien años atrás con un lazo de color lavanda. Abrió la carta con solemnidad y leyó las primeras líneas. Sin embargo, los ojos de Paola se habían quedado clavados en el remitente.

–Victoria Saavedra... –musitó con un hilo de voz. Tuvo que apoyarse sobre el mostrador. Gonzalo detectó que algo no iba bien y la agarró por el brazo.

–¡Paola! –la joven apenas era capaz de tenerse en pie. El color vivo que había tenido su rostro unos minutos atrás había desaparecido por completo. Gonzalo la llevó a la trastienda y le puso los pies en alto.

–Bebe un poco –dijo, ofreciéndole un vaso de agua.

–Ya está, estoy mejor –dijo la chica, incorporándose.

–¿Qué ha pasado? Estabas perfectamente...

–Ah, habrá sido una bajada de tensión –dijo, tratando de quitarle importancia—. Con este calor... –Gonzalo no pareció demasiado convencido, pero no insistió—. ¿Quién es Victoria Saavedra? –preguntó la chica, cuando logró reunir las fuerzas suficientes.

–Oh, era una prima lejana de Malena.

–¿La conociste?

–¿A quién? ¿A Victoria? ¡No! ¡imposible! –respondió riendo.

–¿Por qué no?

–Por lo que me contaba Malena, su padre era un tirano. No la dejaba acudir a fiestas y apenas podía salir de casa. Imagínate cómo de grave era el asunto, que en los dos años que estuve con Malena, no la vi ni una sola vez. Pero, ¿por qué ese interés en Victoria?

–Ah, por nada –respondió con una sonrisa forzada.

–¿Qué es lo que no me estás contando? –inquirió el farmacéutico, mirándola fijamente.

–N-nada –balbuceó, demasiado nerviosa para que la creyera.

–Paola, te llevo más de cien años de ventaja –respondió riendo–. No vas a poder mentirme tan fácilmente.

La joven lo miró con una mueca.

–Es una locura.

–¿Una locura el qué?

–Lo que voy a contarte.

–¿Vamos a volver a tener esta conversación? Ya te dije que iba a creerte, fuera lo que fuera. Tu creíste en mí.

–Esto puede ser demasiado, incluso para ti.

–No será tanto –repuso Gonzalo, acariciando la mano de la joven.

–¿Crees en la reencarnación?

Gonzalo rio.

–¿Y este giro metafísico?

–¿Sí o no?

–No lo sé, supongo que no.

–¿Lo ves? No me vas a creer.

–¿Vas a contármelo de una vez?

–Las imágenes que veía en mis sueños...

–¿Las que no te dejaban dormir?

–Sí. Son de una vida pasada. –Gonzalo arqueó las cejas y torció la cabeza, tratando de asimilar aquello–. La vida de Victoria Saavedra.

–Un momento. ¿Me estás diciendo que eres Victoria?

–No. Bueno, quizá sí, de algún modo –murmuró, confundida. No le gustaba cuestionarse su propia identidad, pero no era para menos. ¿Quería decir aquello que Paola no existía y que había sido Victoria todo el tiempo? Por supuesto que no, se dijo a sí misma. Ella tenía su propia identidad. No tenía nada que ver con aquella Victoria de la que no conocía nada más que imágenes borrosas.

–Ahora entiendo por qué te has mareado. No me extraña.

–Esas cartas son la prueba de que ella existió –le explicó–. Desde que me enteré, he tenido la esperanza de que fuera un engaño del hipnotista, una patraña. Pero esas cartas demuestran que Victoria fue real, que lo que veo es su pasado.

–Tranquila, no tenemos por qué leerlas hoy –dijo Gonzalo–. Te invitaría a dar un paseo para que te distrajeras, pero me temo que no puedo –bromeó.

–Algún día daremos ese paseo, Gonzalo –contestó–. Te lo prometo.

7 de agosto de 2018

A Lorenzo no le sorprendió la visita repentina de Paola. Sabía que volvería con más preguntas. Cuando abrió la puerta, se encontró a la joven con cara de circunstancias, pero con un aspecto mucho más saludable que la última vez que la había visto.

–Buenos días, Paola –saludó, dejándola pasar–. ¿Quieres un café?

–Sí, por favor –dijo. Aún no había desayunado. Llevaba un par de noches durmiendo del tirón, pero todavía tenía sueño acumulado.

Siguió a Lorenzo hasta la cocina y observó en silencio cómo sus manos expertas preparaban un par de cafés con leche. Le tendió uno de ellos con una sonrisa amable.

–No has tardado mucho en volver.

–¿Cómo?

–Supongo que tienes más preguntas, por eso estás aquí.

–Sí –dijo, bajando la mirada tímidamente–. Necesito respuestas, Lorenzo.

–¿Sobre ti o sobre Victoria?

–Sobre ambas. He encontrado unas cartas, de Victoria –explicó. Le pareció que Lorenzo se puso tenso.

–¿Y qué dicen esas cartas?

–No las he leído aún, las tiene un amigo.

–¿Un amigo? –preguntó Lorenzo, con suspicacia.

–Es una larga historia, la cuestión es que esas cartas son más tuyas que mías. Pero eso no importa ahora, lo que importa es que demuestran que Victoria existió de verdad.

–¿Es que lo dudabas?

–Sinceramente, Lorenzo, sabes dónde trabajo. No suelo creer en este tipo de cosas, pero ver esas cartas... Es como si todo en lo que hubiera creído hasta ahora se desmoronara –murmuró, confundida–. ¿Quién soy yo? ¿Soy Paola? ¿Soy Victoria? ¿Ambas?

–Solo tú puedes decidir quién eres –contestó él–. Una parte de Victoria vive en ti, eso es innegable, pero las almas evolucionan con el paso de las vidas.

–¿Entonces no somos la misma persona?

–No exactamente. Se podría decir que eres Victoria, pero con matices.

–¿Todos nos reencarnamos? –preguntó, de repente interesada por aquel tema que le había generado tanta repulsión en el pasado.

–No –contestó Lorenzo, riendo–. Tan solo aquellos que dejaron algo pendiente antes de marcharse.

–¿Algo pendiente?

–Sí.

Paola se quedó en silencio. ¿Qué habría dejado pendiente Victoria antes de morir?

–Necesito saber más sobre ella. ¿Me ayudarás?

–Por supuesto –dijo Lorenzo con una sonrisa.

–No tengo ni idea de por dónde empezar.

–En la sesión de hipnosis dijiste que eras la heredera de unos viñedos, quizá podemos empezar por visitar ese lugar.

Paola se sintió ligeramente mareada al recordar el miedo que había sentido escondida entre las barricadas de aquellas bodegas. ¿Sería capaz de ir a ese lugar?

–Pero no sabemos dónde están, es posible que ni siquiera existan.

–Déjalo en mis manos. Tengo algunos contactos que podrán ayudarnos. No es la primera vez que hago esto.

–¿Has ayudado a más personas en esta misma situación? –preguntó con curiosidad.

–Sí, aunque ya hace algún tiempo –contestó con una sonrisa.

CAPÍTULO 24

26 de febrero de 1918

Victoria se despertó con una sensación de felicidad completamente distinta a cualquier cosa que hubiera sentido antes. Sabía que guardaría aquella noche para siempre en su memoria. Había sido especial, casi mágica. Todavía sentía calor en los lugares que Levi había acariciado con tanto amor. Se movió hacia un lado con una sonrisa en los labios y se lo encontró despierto, contemplándola desde su lado de la cama. Levi alargó la mano hasta el rostro de la chica y la acarició.

–Todavía no me lo creo... –susurró él. Victoria soltó una risa nerviosa y desvió la mirada tímidamente–. Vamos, no me digas que ahora te da vergüenza –añadió él, riendo. La atrajo hasta él y depositó un beso sobre su frente, abrazándola.

–¿Qué vamos a hacer, Levi? –preguntó Victoria, siendo consciente por primera vez de lo que habían hecho–. No puedo volver.

–Primero salvaremos tus bodegas y...

–No voy a casarme con Hernán –lo interrumpió Victoria.

–Por supuesto que no –dijo él, horrorizado tan solo de pensar en Victoria atrapada con un hombre que jamás la haría feliz–. No lo permitiré.

–¿Y qué voy a decirle a mi padre? –murmuró ella, desconcertada.

–Nada. Cuando hayamos salvado tus bodegas, huyamos juntos, Victoria. –dijo él. La joven lo miró estupefacta, incapaz de creer que Levi hablara en serio–. Te lo estoy diciendo de verdad –añadió, mirándola fijamente. La chica se acercó a él y lo besó con ternura. Después asintió levemente.

–Cuando todo esto termine, estaremos juntos, Levi.

Después de desayunar, Jean los llevó a la zona más apartada de sus viñedos. Victoria vio que había algunas áreas en las que no había plantas, mientras que en otras había pequeñas vides.

–Estamos replantando esta zona, es la única que nos falta–explicó Jean–. Esta técnica es justamente la que tendréis que emplear si queréis superar la

plaga de filoxera.

–¿Cómo? –preguntó Victoria, con un nudo en la garganta–. ¿Quieres decir que hay que replantar todo?

–Sí. Me temo que no podréis aprovechar ninguna de las plantas actuales. Aquí lo intentamos durante un tiempo, pero es imposible. Una vez empieza, se expande demasiado deprisa como para detenerla. Acaban todas infectadas y no existe ninguna cura.

–Tiene que haber algún otro remedio –musitó la joven. Levi le puso una mano en el brazo, tratando de reconfortarla. Sabía perfectamente lo que Jean le diría.

–Llevamos casi una década luchando contra este mal. Lamento decirte que no hay otra solución. La única forma de vencer a la plaga es que uséis porta-injertos de origen americano, que son naturalmente resistentes a la filoxera. Solo entonces podréis deshaceros de ella para siempre. –Victoria había palidecido–. ¿Estás bien? –preguntó Jean.

–Sí –mintió la chica. ¿Cómo iba a estar bien? Replantar todos los viñedos costaría una verdadera fortuna, una fortuna que su familia lamentablemente ya no tenía.

–¿Podemos ver cómo son esos pies de vid? –preguntó entonces Levi.

–Por supuesto –dijo Jean, acercándose a una de las cajas que tenían justo al lado. Tomó uno de aquellos porta-injertos y se lo mostró–. Tan solo tendréis que hacer aquí el injerto –señaló–. Os aconsejo que uséis plantas europeas parecidas a las que ya tenéis, para que el sabor de la cosecha no se vea afectado.

Jean continuó su explicación durante horas, disertando sobre cómo replantar los viñedos por fases para optimizar el proceso. Sin embargo, Victoria no era capaz de concentrarse en lo que decía. Tan solo podía pensar en la absoluta ruina en la que se encontraban sus bodegas. No se atrevía a preguntarle a Jean cuánto había invertido en salvar sus viñedos, pero saltaba a la vista que había estado al borde de la ruina con tal de poder pagar el remedio.

Al anoecer, Jean se disculpó por dejarles solos. Debía acudir a una

fiesta en casa de unos amigos de la familia, así que Levi y Victoria cenaron a solas en el salón de su mansión. El servicio les trajo un estofado de carne que nada tenía que envidiarle al de los mejores restaurantes de París. Sin embargo, Victoria lo paseó de un lado a otro del plato, sin apenas probar bocado.

–¿Qué te pasa, Victoria?

–No vamos a poder replantar los viñedos –murmuró.

–Claro que sí.

–¿Tienes idea de la fortuna que cuesta eso? –espetó, molesta.

–Me lo puedo imaginar.

–No. No puedes –soltó frustrada, poniéndose en pie y dejando la servilleta sobre la mesa–. Si pudieras, sabrías que no tenemos tanto dinero. Me voy a dormir. –Con esto, dio media vuelta y se marchó hacia la escalinata que la llevaría a la habitación. Levi se puso en pie y salió corriendo tras ella.

–Espera. –Levi tan solo logró alcanzarla cuando ya estaba a punto de entrar.

–¿Qué quieres?

–A mí también me preocupa la situación y entiendo cómo te sientes, pero sabes de sobra que yo no tengo la culpa –protestó.

–Cuando Rodrigo estaba al frente de las bodegas, estas cosas no pasaban –contestó, sintiendo las palabras envenenadas en su lengua.

Levi la miró dolido.

–¿Es eso lo que piensas realmente? ¿Crees que Rodrigo lo hubiera hecho mejor?

Victoria apretó las mandíbulas.

–Quizá. –La chica entró en la habitación, soltándose de Levi, que aún la tenía agarrada del brazo.

Levi la siguió hasta adentro.

–Nunca te gustaron mis métodos –dijo él, después de un largo silencio. Victoria lo miró y resopló, arrepentida de haber iniciado aquella discusión. No estaba de humor para lidiar con él.

–¿Qué más da eso ahora?

–Si tan mal piensas que lo hago, será mejor que te quedes tú sola al frente de las bodegas.

–A estas alturas, sería lo mejor.

–¿Eso es lo que has querido desde el principio, no? Ser la dueña y señora de tu marca –soltó, airado.

–Te recuerdo que eso es precisamente lo que querías hacer tú. Tu propia cosecha, sin importarte la historia de nuestras bodegas ni los gustos de nuestros clientes.

Levi soltó un resoplido de indignación.

–¡Desde que he llegado, no he hecho más que intentar salvar estas bodegas! –exclamó.

–Pues mira lo que has conseguido: ¡están en la ruina!

–Si tan malo crees que soy, ¿por qué estuviste conmigo anoche? ¿Para tenerme como a un perrito faldero? ¿Creías que así me tendrías dominado? –gruñó, ciego de furia.

Victoria sintió una ira difícil de reprimir y levantó la mano, dispuesta a abofetearle. Levi la interceptó y agarró su mano con fuerza.

–Ni se te ocurra –dijo con voz ronca, acercándose a ella. Sus rostros se encontraban a escasos centímetros el uno del otro. Victoria lo miró fijamente, con la respiración agitada. Se mordió el labio. Levi clavó sus ojos oscuros en los suyos y no pudo evitar dirigir una mirada fugaz a su boca. ¿Cómo podían haber salido unas palabras tan feas de aquellos bonitos labios? No pudo resistir más la tensión. Se agachó hasta ella y la besó. Victoria le dio un leve golpe en el brazo, tratando de disuadirlo, pero se rindió al sentir aquel deseo naciendo de nuevo en su pecho. La atracción que sentía por él era demasiado fuerte.

Aquella noche hicieron el amor sin decir ni una palabra, buscándose a ciegas en la oscuridad, saciando su sed con besos y silenciando la ira con suspiros, guiándose tan solo por aquella pasión incontrolable que sentían el uno por el otro.

CAPÍTULO 25

8 de agosto de 2018

–No estoy segura de esto.

Los grandes ojos de Paola se encontraron con los de Gonzalo, repletos de tantas inseguridades como los de ella. Aun así, el boticario desplegó la primera de aquellas cartas, con un nudo en la garganta.

–¿No quieres saber más sobre Victoria? –preguntó, ya con la mirada fija en las letras.

–Supongo que sí.

27 de febrero de 1918

Querida Malena,

Siento haber tardado tanto en responder a tu carta. Me alegra saber que tú y Gonzalo estáis bien y que os habéis mudado a una nueva casa. Estoy segura de que seréis muy felices allí y que la llenaréis de niños que jugarán a todas horas como solíamos hacer tú y yo de pequeñas. No me malinterpretes, pero en cierta manera te envidio. Estás con el hombre al que amas y vivirás una vida plena a su lado. Yo, en cambio, siento que estoy en una encrucijada. Las bodegas están en peligro. ¿Recuerdas al hombre del que te hablé? ¿El nuevo sumiller? Descubrió que una terrible plaga está atacando a las vides, así que tuvimos que hacer un viaje a Francia para encontrar una posible solución. El problema adicional es que creo que me he enamorado de él. Su nombre es Levi, aunque no sé mucho más. Tan solo que ha trabajado en algunos viñedos de Francia y de la Rioja. Parece engraido y despreocupado, pero en el fondo es noble y fiel. Me ha ayudado en todo lo que ha estado en su mano, pero las noticias respecto a la plaga no son buenas: parece que el único remedio es replantarlo todo de nuevo. Y no tenemos tanto dinero. Estamos al borde de la ruina.

Para colmo, Hernán ha propuesto el día 30 de marzo como fecha para nuestra boda y no he encontrado todavía la manera de decirle a mis padres que ese enlace no se llegará a celebrar.

No sé qué va a ser de nosotros.

*Te quiere,
Victoria*

–Levi... –Paola pronunció su nombre con un hilo de voz.

–¿Sabes quién es? –preguntó Gonzalo.

–No estoy segura –contestó–. Pero es posible que... Verás, en mis visiones veía a un hombre a mi lado. No era capaz de ver su rostro, pero sé que en mi otra vida sentía algo por él.

–¿Crees que el hombre al que veías puede ser ese sumiller del que habla en la carta?

–Sí.

Gonzalo se quedó en silencio unos instantes y luego miró a Paola de un modo que la joven no pudo descifrar.

–¿Y tú? ¿Sientes lo mismo que Victoria?

–¿Cómo? –preguntó desconcertada.

–Si ella amaba a ese hombre, y tú eres su reencarnación...

–¡No! –contestó sorprendida ante aquel pensamiento–. ¿Cómo voy a querer a alguien que no conozco?

–¿Crees que él se ha reencarnado también?

Paola lo miró boquiabierta. No se le había ocurrido la idea. Entonces, resonaron en su cabeza las palabras de Lorenzo: tan solo aquellas almas con temas por resolver nacen de nuevo en un cuerpo humano.

–No lo creo –contestó–. Lorenzo me dijo que tan solo las personas con asuntos pendientes se reencarnan.

–¿Lorenzo? ¿El hipnotista del que me hablaste?

–Sí –respondió–. Tienes buena memoria para ser un anciano.

Gonzalo soltó una carcajada.

–Un respeto a los mayores, Paola.

La chica lo miró en silencio y trató de ignorar el cosquilleo en la boca del

estómago que le provocó aquella sonrisa perfecta.

–Entonces, ¿qué asunto pendiente dejó Victoria? –preguntó Gonzalo.

–No tengo ni idea. Será mejor que leamos más cartas, quizá encontremos algo interesante.

Leyeron más de diez cartas dirigidas Malena, cuyos remitentes eran amigas u otros familiares. Ninguna de ellas parecía tener mayor relevancia, así que cuando anocheció, Paola se frotó los ojos, cansada y frustrada a partes iguales.

–No parece que haya mucho más... –murmuró.

–Estás cansada, será mejor que vuelvas a casa. Podemos seguir mañana – dijo Gonzalo, tocándole el brazo con suavidad, sin ser consciente del sobresalto que provocaba en ella sentir su piel.

–Está bien. Hasta mañana, Gonzalo.

Paola estaba tumbada en el sofá, frente a un televisor que en realidad no estaba mirando. Tenía la cabeza en otro lado. Leer las palabras de Victoria la hacían más real. Le inquietaba recordar tan solo retazos de su vida anterior. Sentía que le faltaba información esencial. ¿Por qué se había reencarnado? ¿Qué había pasado con Levi? El sonido de su teléfono móvil la sobresaltó. ¿Quién llamaba a esas horas? Eran casi las once de la noche. Ver el nombre de Lorenzo en la pantalla la pilló totalmente desprevenida, pero descolgó.

–Buenas noches, Paola –dijo él con la solemnidad que le caracterizaba al hablar.

–Hola, Lorenzo. ¿Ha pasado algo?

–No, está todo bien. Tan solo quería saber si tienes planes para mañana.

Paola enarcó las cejas, aún más sorprendida.

–Eh... pues no –contestó con sinceridad.

–Perfecto. He hecho algunas investigaciones y acabo de encontrar las bodegas de Victoria.

–¿Qué? –exclamó, todavía sin salir de su asombro.

–No están lejos de aquí y he pensado que quizá quisieras visitarlas.

–Por supuesto –contestó rápidamente, con el corazón palpitando acelerado. ¿Encontraría por fin respuestas?–. ¿Pero nos dejarán entrar?

–Sí. Siguen produciendo vino y se dedican a hacer degustaciones de sus productos para los visitantes. Será fácil acceder.

–No sé cómo agradecerte esto...

–No tienes por qué. Es parte de mi trabajo.

–Igualmente, te has tomado muchas molestias. Gracias.

–Entonces, ¿te paso a buscar mañana a las 11?

–Eso sería genial.

–Muy bien. Hasta mañana, Paola.

9 de agosto de 2018

Paola se recogió el cabello en un moño y se miró al espejo, no del todo convencida de lo que iba a hacer. ¿Y si empezaba a tener aquellas visiones de nuevo al visitar las bodegas? ¿Y si volvía a ver a aquellos hombres que la habían aterrorizado en su otra vida? ¿Vería la barrica tras la que se había escondido Victoria? ¿Reconocería los campos en los que había trabajado junto a aquel tal Levi? Tenía demasiadas preguntas y pocas respuestas. Y ahora que estaba un poco más cerca de la verdad, temía lo que pudiera descubrir. No tuvo tiempo de pensar más en ello. El timbre resonó por todo el piso y se apresuró en abrir. Lorenzo la esperaba al otro lado de la puerta. A pesar de estar en pleno agosto, seguía vistiendo con su habitual pantalón de traje y una camisa oscura. Sus zapatos relucían impolutos. ¿Adónde iba tan elegante? Ella se había puesto los primeros shorts tejanos que había encontrado en el armario y una simple camiseta.

–Buenos días. ¿Quieres un café? –le ofreció la joven.

–No, gracias. Ya he desayunado. ¿Estás lista? –preguntó al verla dudar en el umbral.

–Sí, tan solo estoy un poco nerviosa.

–Es normal.

La chica cogió el bolso de encima del mueble de la entrada y cerró la puerta. Lorenzo la guió hasta su coche, igual de oscuro y lujoso que su ropa.

–Veo que las sesiones de hipnosis dan sus beneficios –comentó la joven con una sonrisa. Lorenzo soltó una carcajada—. ¿Y dónde están las bodegas? –añadió.

–A unos veinte kilómetros de aquí, al lado de un pueblecito. Llegaremos en media hora.

Paola se puso el cinturón y Lorenzo arrancó. La joven observó por la ventanilla cómo el paisaje iba cambiando a su paso. De la típica ciudad desierta de pleno mes de agosto, pasaron a pequeños campos con casitas cada

vez más distanciadas las unas de las otras. Lorenzo parecía perdido en sus propios pensamientos y Paola no se atrevió a interrumpirle en todo el trayecto, así que el silencio se adueñó del ambiente.

Lorenzo aparcó el coche en el parking destinado a los visitantes que se encontraba en la entrada de las bodegas. Paola sintió un nudo en el estómago al observar aquel antiguo edificio de piedra, aquellos campos. Le resultaban familiares.

–¿Estás bien? –preguntó el hipnotista, poniendo una mano sobre la de ella. Paola levantó la vista hasta él y tragó saliva. Asintió lentamente y bajaron del coche.

Paola cerró los ojos y respiró una bocanada del aire de aquel lugar. Incluso el olor a tierra y a uva parecía despertar extraños sentimientos en ella. Aquel había sido su hogar, lo sentía en las entrañas. Sin embargo, entremezclado con aquel sentimiento de pertenencia, había algo semejante al odio. ¿Qué había pasado en aquellas bodegas? ¿Por qué se sentía así?

Siguió a Lorenzo por el camino que llevaba hasta la casa principal. Cuando entraron, una chica joven se dirigió a ellos con una sonrisa amable.

–Buenos días. ¿En qué puedo ayudarles?

–Nos gustaría visitar las bodegas. Leí en la página web que hacen tours guiados –explicó Lorenzo.

–Por supuesto. ¿Les interesa también hacer la degustación y visitar la casa-museo?

–¿La casa-museo? –repitió Paola, sin comprender.

–Sí. Es posible visitar las estancias de la familia que fundó estas bodegas, que se han mantenido casi como el primer día.

–Sí. Queremos verlo todo –respondió Lorenzo por ella. Paola asintió.

La chica les entregó un folleto informativo a cada uno y les hizo esperar en una pequeña sala. Paola abrió el tríptico con curiosidad y sintió que se le congelaba la sangre en las venas al reconocerse en una fotografía en blanco y negro.

–No puede ser... –musitó, acercándose al papel.

–¿Qué pasa? –preguntó Levi.

Paola le señaló la fotografía con manos temblorosas. Lorenzo sonrió.

–Ya sabíamos que eras su reencarnación, ¿no? –contestó, tratando de tranquilizarla.

–¡Pero no pensé que seríamos idénticas! –exclamó—. Todo esto me pone los pelos de punta...

Lorenzo no tuvo tiempo de contestar. Un hombre apareció en la puerta, mostrándoles la mejor de sus sonrisas. Llevaba una camisa con el nombre de las bodegas bordado en el pecho, así que dedujeron que sería el guía.

–Buenos días, pareja. Vaya, parece que estaremos solos en la visita de hoy –dijo el hombre—. Me llamo Manuel y seré vuestro guía.

–Hola –susurró Paola tímidamente.

–Me suenas de algo... –dijo entonces Manuel con los ojos entornados. Paola se quedó blanca, pensando que había detectado su inquietante parecido con Victoria. Sin embargo, enseguida se dio cuenta de que estaba mirando a Lorenzo—. ¡Ya sé! –dijo, chasqueando los dedos—. Eres el tipo de la tele, el que hipnotiza a la gente. –Lorenzo soltó una risa nerviosa. No le gustaba que lo reconocieran cuando no estaba actuando—. Es un placer, ¡lo cierto es que lo que haces es una pasada! –añadió entusiasmado.

–Gracias –se limitó a responder Lorenzo.

–En fin, empecemos. Primero os enseñaré los viñedos y visitaremos las bodegas. Después, iremos a la casa y finalmente descansaremos haciendo una pequeña degustación.

Manuel empezó a caminar hacia el campo y Paola y Lorenzo lo siguieron con pasos pesados. El calor era insoportable. Llegaron hasta una parte de los viñedos que quedaban parcialmente a la sombra.

–Como verán, la uva está casi lista para la vendimia –explicó, acariciando algunos de los numerosos racimos que colgaban de las viñas.

–¿Cuándo se hace la recolección? –preguntó Paola, interesada. Aunque disfrutaba de una buena copa de vino de vez en cuando, no era una entendida.

–En los meses de agosto a octubre, depende un poco del tipo de viña –

explicó Manuel—. Lo que veis aquí no son los viñedos originales. Aunque, en realidad, en ninguna bodega lo son.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Paola.

—En 1918, estas bodegas sufrieron la mayor crisis de su historia al sufrir una plaga de filoxera.

—¿Una plaga?

—Sí, fue una crisis que afectó primero al sector vitícola francés y que acabó llegando hasta nuestras tierras. La cuestión es que la filoxera es un parásito agresivo que acaba por devastar el cultivo. La única forma de detenerla fue cambiando los porta-injertos tradicionales por unos nuevos de origen americano. Ha sido la mayor inversión que se ha realizado en la historia de estas bodegas. —Paola recordó lo que Victoria había confesado en su carta. No tenían dinero suficiente para pagar la replantación. ¿De dónde lo habrían sacado? A la vista estaba que, de algún modo, había conseguido solucionar el problema—. Tampoco es que se trate de unas bodegas milenarias —aclaró el guía—, pero tienen ya su buen tiempo.

—¿De qué año son? —preguntó Paola, queriendo saber más.

—Las fundó Julián Saavedra en 1894 —explicó. Paola tuvo que esforzarse por mantener una expresión calmada al escuchar aquel apellido, el mismo que el de Victoria—. A pesar de su corta historia, han vivido tiempos convulsos —explicó.

—¿Se refiere a la guerra civil?

—No solo a eso. Las bodegas cambiaron de dueño en 1920.

—¿Los fundadores las vendieron? —preguntó sorprendida. Victoria parecía bastante apegada al negocio familiar. ¿Por qué se habrían desprendido de las bodegas después de salvarlas de la filoxera? No tenía sentido.

—No exactamente —contestó Luis—. La heredera, Victoria Saavedra, murió repentinamente en 1918.

Paola se detuvo en seco y Lorenzo la agarró del brazo al ver que se tambaleaba.

—¿Cómo que murió en 1918? Debía de ser muy joven...

–Tenía exactamente veinticinco años, la pobre –respondió Luis–. No puedo ni imaginarme el drama para esos padres. Irse de aquella manera, el mismo día de su cumpleaños...

–¿Q-qué le pasó? –consiguió articular la pregunta con un hilo de voz. La noticia la había dejado impactada. Había asumido que en su vida pasada habría muerto de vieja, no de forma repentina a una edad tan temprana.

–Una pulmonía. Hay quien dice que desde su muerte, un mal terrible entró en su casa y no la abandonó hasta que acabó con toda la familia.

–¿Cómo?

–En 1920, no quedaba ni un Saavedra en estas bodegas.

–¿Qué? ¿Se marcharon?

–No. Murieron –continuó. Paola sintió un escalofrío recorriendo su nuca–. Victoria fue la primera. Su madre, Inés, murió tan solo unos meses después, probablemente de pena. Y el padre... bueno, dicen de Julián Saavedra que era un hombre temperamental. Parece que desde la muerte de su hija y su esposa, sus ataques de ira fueron en aumento. Hasta que en uno de esos arranques, su corazón dijo basta. Después de su muerte, las bodegas pasaron a manos de unos familiares lejanos, que son los propietarios desde entonces.

Paola se quedó en silencio, devastada por aquella historia. ¿Y Levi? ¿Qué habría pasado con él? Manuel continuó el recorrido hablando sobre la vendimia, la preparación de la uva y la fermentación. Cuando entraron en las bodegas, les explicó el proceso de elaboración de los distintos tipos de vino. Paola intentó atender a la explicación con normalidad, pero le costó trabajo actuar como si no pasara nada. Lorenzo la tomó la mano para reconfortarla en silencio y no la soltó en todo el camino. Al principio, su cercanía la puso nerviosa, pero a medida que pasaron los minutos, se sintió más tranquila al tenerlo cerca.

Sin embargo, aquella calma se evaporó al visitar la que había sido la habitación de Victoria. Paola tuvo que sostenerse en Lorenzo cuando un montón de imágenes empezaron a agolparse en su cabeza. Recuerdos de aquel lugar. Y de aquella mujer que la había acompañado prácticamente a lo largo de toda su vida, Sofía se llamaba. Estaba segura. Había sido su doncella. Podía recordar su rostro nítido y amable y cómo le había cepillado el cabello todas las noches.

–¿Estás bien? –preguntó Manuel, al ver la palidez de Paola.

–No lo sé. Creo que me ha tocado demasiado el sol... –inventó.

–Lo siento, hoy hace una calor de justicia y me he extendido demasiado en los viñedos. ¿Quieres un vaso de agua? –preguntó.

Paola asintió y bajaron hasta la recepción. Se sentó en un banco, aliviada por haber salido de aquella estancia y el guía no tardó en volver con un poco de agua fresca. Paola se la bebió de un trago y suspiró, algo más tranquila.

–¿Queréis que pasemos a hacer la degustación? –dijo una voz femenina a sus espaldas. La chica de recepción, ajena a todo, había venido para hacerles pasar a la zona de catas.

–Lo lamento, Paola no se encuentra bien. Creo que será mejor que nos marchemos –explicó Lorenzo.

–Por supuesto. Están invitados a venir cualquier otro día y les haremos encantados la cata de vinos.

–Muchas gracias.

Paola no era capaz de recordar exactamente cómo había llegado hasta su casa. Todas aquellas noticias la habían dejado descolocada. Lorenzo la subió al coche y la acompañó hasta su piso en completo silencio. La acomodó con cuidado en el sofá y le preparó una limonada, que dejó junto a ella para cuando le apeteciera.

–Ha sido demasiado para ti. Lo siento. Deberíamos haber ido más despacio –se disculpó Lorenzo. Paola negó con la cabeza.

–No es culpa tuya.

–Ahora descansa. Si necesitas cualquier cosa, llámame –le dijo, alejándose ligeramente del sofá. Paola alargó la mano hasta él y lo tomó del brazo.

–Quédate conmigo –murmuró—. Solo un rato más.

CAPÍTULO 26

28 de febrero de 1918

Levi estaba en el porche trasero de la espectacular mansión de Jean. Tenía los ojos cerrados y respiraba el aire fresco de la mañana, que para otros hubiera resultado insoportable. Pero a él le gustaba el frío. Una voz lo sobresaltó.

–Estás aquí. –Jean se apoyó en la barandilla, junto a él–. Llevo un buen rato buscándote.

–Tan solo estaba despidiéndome. Nos marchamos ya –explicó.

–¿Tan pronto? –preguntó, con una nota de decepción en la voz.

–Sí. Tenemos que volver a las bodegas para trabajar en la replantación.

–No podré convencerte de que te quedes, ¿verdad?

–¿De qué estás hablando, Jean?

–Eres el mejor sumiller que conozco. Nadie ha podido ocupar tu lugar aquí en estos tres años y sabes de sobra que me encantaría que volviéramos a trabajar juntos.

–Quizá algún día –contestó Levi con una sonrisa–. Pero no puedo abandonar ahora las bodegas de los Saavedra, con todo lo que está pasando.

–Es por ella, ¿verdad?

–¿Perdona?

–Por la chica.

–¿Teresa? ¿Qué tiene que ver mi esposa?

–A mi no puedes engañarme, Levi –dijo riendo–. ¿Crees que no me he dado cuenta de lo refinada que es? Esa chica no es una persona corriente, ni tu esposa. Con lo que entiende de vinos y por cómo se preocupa por las bodegas, me atrevería a decir que es la propietaria. ¿Me equivoco?

–Siempre tan observador... –musitó con cara de fastidio.

–He visto cómo la miras. Y cómo te mira ella –continuó Jean. Levi se quedó en silencio–. Esta relación solo te traerá problemas.

–No puedo dejarla, Jean. Me necesita.

–Nunca te había visto así, ni siquiera con Eva. Y eso me preocupa.

–Lo de Eva fue hace mucho tiempo... –masculló con disgusto. No le gustaba recordar el pasado—. Además, con Victoria es totalmente distinto.

–¿Así que su verdadero nombre es Victoria? –preguntó, torciendo la cabeza.

–Sí. Ella es... –no encontró las palabras para describir lo que sentía por esa joven.

–Oh, no. Esto es peor de lo que pensaba –dijo Jean, chasqueando la lengua—. Acabará haciéndote daño, Levi. ¿De verdad crees que sus padres aprobarán esta relación? ¿que dejarán que te cases con ella?

–Pensaré en algo –exclamó ofendido.

–No quiero que pienses que estoy en contra. Victoria me ha parecido una mujer extraordinaria. Tan solo estoy intentando evitar que salgas herido.

–No lo haré. Encontraré la solución.

–Espero de corazón que lo logres. Y si algo sale mal, quiero que sepas que aquí tienes un amigo y un puesto de trabajo cuando lo necesites.

–Gracias, Jean –dijo, dándole un abrazo.

Victoria estaba cepillando a Petra con la cabeza en otra parte. No podía dejar de darle vueltas a su situación. Había pasado la noche en vela tratando de encontrar una solución al problema al que se enfrentaban sus bodegas. Se había planteado la posibilidad de pedir un crédito al banco para pagar la replantación, pero sabía de sobra que, con las pérdidas que habían tenido las bodegas en el último año, nadie les prestaría dinero. Después de muchas horas de incertidumbre, había llegado a la conclusión de que solo tenía un modo de salvar su negocio. Casarse con Hernán Montenegro. Su familia era una de las más ricas del país. No tendría inconveniente en invertir en la herencia familiar de su esposa una vez fuera su marido. Sintió que se le rompía algo por dentro al tomar aquella terrible decisión. ¿Qué pasaba con lo que sentía por Levi? ¿Con lo que había entre ellos? Tendría que desterrar para siempre todos sus sentimientos. Estaba tan absorta en sus pensamientos, que no vio a Levi

acercarse. La abrazó por la espalda y la chica dio un respingo. Le dio un vuelco el corazón al reconocer su olor y sintió ganas de llorar con tan solo pensar que tenía que separarse de él.

—¡Menudo susto me has dado! —dijo con la voz ligeramente apagada. Levi le dio la vuelta sin dejar de abrazarla y depositó un beso tierno sobre sus labios. Victoria cerró los ojos, respirando su aroma, sabiendo que aquel sería el último beso. Si pensaba casarse con Hernán, tenía que dejar a Levi.

El sumiller, ajeno a todo lo que estaba pasando por la mente de la joven, la miró fijamente y acarició su rostro con dulzura. La conversación con Jean le había dejado inquieto y necesitaba tenerla cerca para calmarse. Sus palabras le habían hecho abrir los ojos. Su relación con Victoria no sería un camino de rosas y tendrían que luchar para estar juntos, pero estaba dispuesto.

—Te quiero —le dijo, de repente. Victoria se quedó atrapada en sus ojos, mirándolo boquiabierta. ¿Por qué tenía que declararse justo en ese momento? ¿Por qué todo tenía que ser tan complicado? Fantaseó con confesarle que ella también estaba enamorada de él, en prometerle amor eterno. Sin embargo, se apartó ligeramente y desvió la mirada, incapaz de mirarle a los ojos. En aquel instante, Levi supo que algo no iba bien—. ¿Victoria? —susurró.

—Lo siento, Levi. Esto ha sido un error.

—¿Qué? —exclamó, sin poder creer lo que estaba escuchando.

—No debí hacerte pensar que íbamos en serio —continuó.

—¿De qué diablos estás hablando?

—No voy a huir contigo a ningún sitio —dijo, de la forma más serena que pudo.

—Victoria, estás asustada —dijo, sosteniendo sus manos entre las suyas—. Yo también, pero sé que lo solucionaremos y podremos estar juntos.

—¡No! —contestó, soltando sus manos.

—¿Qué ha pasado? Ayer estábamos bien —repuso, sin darse por vencido.

—No puedo corresponderte —acabó diciendo, desviando la vista, nerviosa. Levi titubeó y la escrutó en silencio, sin creerse ni una palabra. Se acercó de nuevo a ella y tomó su rostro entre las manos, quedándose a escasos centímetros de ella.

–No me lo creo. Victoria, mírame –le ordenó–. Mírame a los ojos y dímelo de nuevo.

La joven tragó saliva y clavó sus ojos en él, decidida. Ya había elegido. Tenía que salvar las bodegas, aunque eso significara renunciar a él. Y, entonces, dijo la mayor mentira de su vida:

–No siento lo mismo que tú, Levi.

Levi la soltó y se marchó, furioso. Si se hubiera quedado un segundo más en el establo, habría escuchado el llanto desconsolado de Victoria.

El camino de vuelta a las bodegas de los Saavedra fue el más triste de sus vidas. Pasaron días enteros sin prácticamente dirigirse la palabra. Levi no sabía cómo lidiar con el dolor. Era la primera vez en su vida que sentía aquel vacío, aquella sensación de abandono y engaño. Y Victoria tuvo que hacer esfuerzos sobrehumanos por no lanzarse a sus brazos y suplicarle el perdón cada vez que sus miradas se encontraban accidentalmente.

Por suerte, Jean les prestó un caballo y se ahorraron la incomodidad de tener que montar sobre la misma silla. Levi la evitaba a toda costa. Por las noches, prefería dormir en el suelo antes que compartir cama con la mujer que había hecho pedazos un corazón que creía inquebrantable.

Cuando, después de siete días de calvario, vieron las bodegas de los Saavedra aparecer en la lejanía, ambos respiraron aliviados. Victoria podría dejar de fingir indiferencia y llorar por fin aquella dolorosa ruptura y lamentarse por su horrible decisión. Y Levi podría alejarse de ella para intentar reconstruir lo que quedaba de su alma.

CAPÍTULO 27

10 de agosto de 2018

Gonzalo suspiró, impaciente por volver a ver a Paola. Se llevó las manos a la cabeza y se apartó el cabello castaño hacia atrás. Estaba inquieto, y no era tan solo por aquellas cartas, ni por estar removiendo el pasado. Era por aquella extraña sensación en la boca del estómago que parecía hacerse cada vez más intensa cuando tenía a Paola cerca. ¿Qué sentía por ella? Aunque su belleza era innegable, sentía remordimientos por pensar que era la mujer más guapa que había visto jamás. Se intentaba convencer de que era normal que tuviera la sensación de haber creado un vínculo especial con ella. Y que no era tan extraño que le fascinara su carácter decidido y a la vez delicado. Al fin y al cabo, era la primera persona con la que hablaba en cien años. Le dio un vuelco el corazón cuando escuchó la puerta de la farmacia abrirse. Tan solo podía ser ella, que venía a visitarle. Levantó la vista de la mesa y se encontró con su sonrisa.

–Buenos días, Gonzalo –dijo, caminando hacia la parte del mostrador. El hombre se puso en pie y se acercó hasta ella. No pudo evitar pensar que estaba especialmente guapa con aquella trenza ladeada y tuvo que concentrarse en sus ojos para no desviar la vista hacia otras zonas de su cuerpo. Sí, efectivamente, llevaba demasiado tiempo encerrado, se dijo a sí mismo, avergonzado.

–Por fin –dijo él con una mueca–. Estoy impaciente por seguir leyendo las cartas.

–Lo siento –se disculpó–. Ayer estuve todo el día en las bodegas de Victoria.

–¿Qué? –exclamó–. ¿Descubriste dónde estaban sus bodegas?

–En realidad, fue Lorenzo.

–¿El hipnotista te está ayudando con todo esto? –preguntó.

–Sí, está resultando ser un gran apoyo. Me acompañó hasta allí. –Gonzalo apretó los labios en una fina línea.

–Ojalá pudiera haber ido contigo... –murmuró.

Paola lo miró sorprendida.

–No pasa nada. Sé que estás aquí atrapado.

–Me siento tan inútil, Paola. No puedo ayudarte con tu investigación. Ni siquiera puedo ayudarme a mí mismo. Odio este lugar, esta vida –masculló, sintiéndose impotente y llevándose las manos a la cara.

–Esto no es culpa tuya –dijo la chica. Se le encogió el corazón al verlo así y se acercó hasta él para abrazarle, en un vano intento por consolarlo. No podía ni imaginar la tortura que era quedarse atrapado en el tiempo. Gonzalo sintió un escalofrío al notar la piel cálida de Paola sobre la suya y hundió su rostro en el hombro de la chica. La rodeó lentamente con los brazos, como si hubiera olvidado cómo se hacía. Cerró los ojos y se quedaron así un buen rato, hasta que el ritmo desacompañado de su corazón le obligó a separarse de ella. Sus rostros se quedaron a escasos centímetros el uno del otro. Gonzalo se atrevió a apartarle del rostro un mechón de pelo que se había escapado de su trenza con rebeldía. Paola se quedó inmóvil, atrapada en el aura que Gonzalo desprendía, incapaz de apartar los ojos de aquella mirada gris. Él desvió la vista hasta la boca de la chica, que sostenía la respiración. Gonzalo acarició sus labios y Paola suspiró, sintiendo una oleada de calor en su interior. Finalmente, él recorrió los escasos centímetros que los separaban. Gonzalo sintió aquel beso como si hubiera sido el primero. Quizá en realidad lo fuera. Hacía más de cien años de la última vez, más de una vida. Pero entonces recordó a Malena. Y se separó bruscamente de ella.

–Lo siento –murmuró, alejándose–. No sé qué me ha pasado. –Paola lo miró desconcertada, confusa todavía por lo que acababa de suceder.

–No pasa nada –balbuceó con un hilo de voz, sintiendo aún el corazón acelerado en su pecho–. Será mejor que me marche –murmuró, incapaz de mirarle a la cara. Gonzalo la agarró del brazo.

–No, por favor, quédate un rato más.

Paola se mordió el labio, nerviosa. Si se quedaba, no estaba segura de poder mantenerse alejada de él. Aquel beso había encendido algo en su interior que no había sentido nunca antes. Sin embargo, no pudo negarle nada a aquella mirada suplicante. Y acabó asintiendo. Se sentaron en dos sillas, bastante alejadas la una de la otra, como si supieran que acercarse tan solo les causaría problemas.

–¿Descubriste algo en las bodegas? –preguntó él, deseando cambiar de

tema. Paola se quedó unos instantes más en silencio, tratando de calmarse.

–Sí. Es todo un poco... inquietante –explicó, no muy convencida sobre la palabra que debía usar–. Nada más llegar, me encontré con esto –dijo, sacando de su bolso el tríptico que le había facilitado la chica de recepción.

–¿Qué es? –preguntó Gonzalo, tomando el papel entre sus manos.

–Es un simple folleto informativo, pero mira esta foto –dijo, señalando la instantánea en blanco y negro.

–Dios mío, el parecido es asombroso –murmuró Gonzalo, reconociéndola al instante–. ¿Esta es Victoria?

–Eso parece. Victoria Saavedra era la heredera de las bodegas. Su padre, Julián, la fundó a finales del siglo XIX.

–¿Y descubriste algo sobre lo que decía en su carta? ¿sobre la filoxera?

–Sí. Consiguieron replantar los viñedos.

–Pero no tenía dinero... ¿Cómo lo hizo?

–No lo sé, quizá lo diga en sus cartas. ¿Has leído alguna más?

–No, pero sí que las he separado según el remitente. En este montoncito están las de Victoria –explicó, sacando un puñado de cartas de la cajita–. Las he ordenado por fecha.

7 de marzo de 2018

Querida Malena,

Hoy hemos llegado a las bodegas. Por fin estoy en casa, pero no podría sentirme más desdichada. Prometí que jamás me casaría con Hernán Montenegro, pero las circunstancias han cambiado. Sé que esa será la única manera de obtener el dinero suficiente para replantar los viñedos. El apego que siento por estas bodegas me obliga a renunciar al amor de mi vida. No sé en qué momento de ingenuidad creí que mi relación con Levi podría sobrevivir en este mundo. ¿Soy una mala persona por anteponer el legado de mi familia a mi propia felicidad? Sé que le he hecho daño y he herido su orgullo. Me rompe el corazón saber que probablemente me odie por ello. Yo también me odio. Lo único que me quedará de él son los recuerdos de este viaje, que

atesoraré el resto de mi vida en silencio. Te cuento todo esto porque confío en ti y porque, si no lo expreso de algún modo, creo que enloqueceré. ¿Qué harías tú en mi lugar? ¿Crees que me estoy equivocando? ¿Debería huir con Levi tal y como me pidió? Necesito tus sabios consejos.

*Te quiere,
Victoria*

–No es posible... ¿se casó con Hernán? –preguntó Paola, tapándose la boca.

–Eso explicaría cómo consiguió el dinero para replantar los viñedos.

–Pero qué decisión tan horrible –murmuró.

–No tuvo que ser fácil. ¿Descubriste algo más?

–Sí –respondió, todavía impactada por la carta–. Victoria murió en 1918.

–¿Qué? –exclamó horrorizado–. ¿Qué le pasó?

–Dijeron que fue una pulmonía.

–Dios mío, pobre Malena. Primero mi desaparición y después la muerte de Victoria...

–Tuvo que ser duro para ella –repuso Paola, aunque sintió una punzada de celos al oírle hablar de Malena. ¿Cómo iba a competir contra un recuerdo? ¿Contra un amor así?–. Pero no fue tan solo Victoria –continuó–. Al parecer, poco después de su muerte, sus padres también fallecieron.

–¿Cómo? ¿Los dos?

–Sí.

–¿Y qué pasó con las bodegas?

–Se las quedaron unos parientes lejanos. No sé, Gonzalo, me parece todo un poco sospechoso. Justo después de la boda mueren Victoria y sus padres. Si se habían casado, el heredero de todo sería Hernán. ¿Y si...?

–¿Crees que los asesinó?

–No estoy segura...

–Si eso fuera así, las bodegas hubieran pasado a ser de la familia Montenegro y no de unos parientes lejanos.

–Tienes razón. Quizá es más simple, puede que no llegaran a casarse nunca.

–Tan solo hay una forma de averiguarlo. Tendrás que volver a esas bodegas e indagar un poco más.

Paola no se percató de aquellos ojos oscuros que la siguieron con atención al salir de la farmacia. A pesar de ser verano, el hombre vestía de negro de arriba abajo para mimetizarse mejor con la noche. Apretó los puños, molesto, y la observó alejarse en silencio, sin salir de su escondite. Al parecer, ella también podía ver la botica. Pero, ¿por qué Paola estaba ayudando a ese farmacéutico? ¿Por qué lo visitaba tan a menudo? Al fin y al cabo, si estaban en esa situación era por culpa del boticario.

CAPÍTULO 28

29 de marzo de 1918

Guirnaldas blancas colgaban de los techos de las bodegas y engalanaban los viñedos. La casa principal estaba tan repleta de flores que el olor resultaba incluso embriagador. El servicio corría de un lado para otro con regalos, mantelería y comida. Se respiraba la tensión previa a los grandes acontecimientos. Todo el mundo parecía ilusionado e impaciente, menos Victoria. Se pasó el mes previo a la boda encerrada en su habitación. Temía salir y encontrarse con la señora Montenegro o con su propia madre y que empezaran a explicarle cosas sobre los preparativos que, en realidad, poco le importaban. Tampoco se atrevía a ir a los establos en busca de Petra o a refugiarse en los viñedos para evadirse. No quería encontrarse con Levi. Desde que habían llegado del viaje, lo había evitado a toda costa y había conseguido no verle en aquel interminable mes de marzo. Sabía que no sería capaz de enfrentarse a su mirada acusadora. A esas alturas, ya debía de estar al corriente de su boda con Hernán.

Llamaron a la puerta de su estancia con cierta impaciencia. Imaginó que sería Sofía, que andaba histérica esos días con todo lo que quedaba por hacer.

–Adelante –dijo con la voz apagada, sin levantarse de la cama. Llevaba ahí toda la mañana. Estaba en camisón. Hacía días que ni siquiera se tomaba la molestia de vestirse o peinarse, a pesar de las reprimendas de su madre, que veía horrorizada cómo la novia, en vez de estar más radiante cada día, parecía marchitarse en aquel encierro auto-impuesto.

La puerta se abrió y Victoria palideció al encontrarse con los ojos oscuros de Levi. Igual que ella, había perdido algo de peso y su rostro había adquirido una seriedad que no había tenido antes.

–Hola, Victoria –dijo, entrando y cerrando la puerta tras él.

–¿Qué haces aquí? Pueden vernos –susurró ella, tratando de controlar el temblor de sus manos. No quería verle. Dolía demasiado.

–No puedo quedarme de brazos cruzados mientras cometes el mayor error de tu vida –dijo con voz ronca, acercándose a ella.

–Ya te dije que...

–Sé perfectamente lo que me dijiste –la cortó, molesto–. Y no estoy aquí por eso. Aunque no sientas nada por mí, no lo hagas. No te cases con él por salvar los viñedos –le pidió, adivinando el motivo que la había llevado a aceptar aquel matrimonio–. Serás infeliz, Victoria. Ese hombre no te merece.

–La decisión ya está tomada –repuso ella, con la mayor entereza de la que fue capaz.

–Tu aspecto no dice lo mismo –dijo, desviando la mirada hacia su cabello revuelto y su camisón arrugado–. No quieres hacerlo.

–No se trata de lo que yo quiera, Levi. ¿Es que no lo entiendes? Esta boda es la única esperanza para mis bodegas.

–¿Y te arruinarás la vida solo por salvarlas?

–Exacto. Haré lo que sea necesario. Es mi responsabilidad.

Levi resopló y negó con la cabeza ante su tozudez.

–Victoria, por favor –dijo, tomándola de las manos. La chica sintió que se le cortaba la respiración al tenerlo tan cerca de nuevo. Sus ojos se humedecieron, sin que pudiera hacer nada por evitar que aquella lágrima traicionera resbalara por su rostro. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por reprimir el llanto y no lanzarse a sus brazos. Levi rescató la lágrima de su mejilla con un beso tierno y sintió la sal en sus labios. Victoria se quedó inmóvil, intentando acallar su corazón. Levi se apartó y se dirigió hacia la puerta.

–Si alguna vez significué algo para ti, no lo hagas. –Y se marchó.

Victoria estalló en llantos unos segundos después, cuando estuvo segura de que no podía escucharla. Se agarró a las sábanas con fuerza, como si ese pequeño gesto pudiera aliviar el dolor que sentía.

Cuando el sol empezaba a ponerse en el horizonte y Victoria estaba algo más tranquila, la puerta de su habitación se abrió de nuevo. Solo que esta vez su visitante no se molestó en llamar. Era su padre, Julián.

–Buenas tardes, padre –dijo Victoria, mirándolo con los ojos todavía enrojecidos de tanto llorar.

–Estás horrible –sentenció.

–Gracias.

–No hace falta que te diga que tu implicación en los preparativos de la boda ha dejado mucho que desear. La señora Montenegro y tu madre se han tenido que encargar de todo solas. –Victoria le dirigió una mirada de disgusto, pero no replicó–. No entendía muy bien tu actitud, hasta ayer.

–¿Cómo? –murmuró con el ceño fruncido. No comprendía nada.

–Un buen amigo mío estuvo no hace muchos días en las bodegas Lorraine, en Langedoc. Dieron una fiesta y se fijó en una chica que le resultaba familiar, hasta que por fin logró reconocerte.

–Ya sabe que fui a esas bodegas para encontrar la solución a la plaga –explicó, algo descolocada, recordando a aquel hombre que no le había quitado los ojos de encima durante toda la fiesta. Debió de haberlo imaginado. Era uno de los numerosos amigos y confidentes de su padre.

–Lo sé. No es que te viera lo que me preocupa, Victoria –dijo con un tono que le dio miedo–. Es con quién.

–¿A qué se refiere?

–Al sumiller.

–¡Levi tan solo me acompañaba en el viaje! Lo sabe usted perfectamente –soltó.

–¿Y era necesario que bailaras con él delante de todo el mundo? ¡Podrías haber sido un poco más cuidadosa!

–¡Tan solo fue un baile!

–A mi amigo no le pareció solo eso. ¡Me preguntó si era tu marido! Eso era lo que creía todo el mundo allí.

–Fingir que éramos un matrimonio era lo más sencillo para no levantar sospechas. ¡Incluso usé un nombre falso!

–No quiero escuchar más excusas, Victoria. Hemos tenido suerte de que solo os viera él. Es un buen amigo de la familia y le he pedido discreción, así que esta historia no llegará a oídos de Hernán. Sé que sientes algo por Levi, a mí no puedes engañarme. Por eso estás así, pero, a partir de ahora serás una

mujer casada y respetable, así que aléjate del sumiller. No quiero volver a veros juntos.

Julián salió de la habitación como una exhalación, dejando a Victoria incluso más devastada de lo que estaba.

30 de marzo de 1918

El día de la boda llovió. Novia mojada, novia afortunada, decían. Sin embargo, Victoria se sentía de todo menos afortunada. Cuando Sofía entró en su habitación con el vestido de novia entre los brazos y la cara radiante de felicidad, sintió envidia. ¿Por qué no podía sentirse ella igual de ilusionada?

–Estarás preciosa –dijo Sofía, dejando el traje sobre la cama. Victoria le dedicó una mueca de disgusto, que su doncella ignoró resolutivamente–. Primero tenemos que arreglar ese pelo –dijo.

Se acercó hasta ella y empezó a cepillar el cabello recién lavado pero enmarañado de Victoria. Después de lidiar con su melena durante más de media hora, logró hacerle un semi-recogido y colocar una flor blanca en el lateral a modo de tocado. La maquilló cuidadosamente y, al final, la ayudó a ponerse el vestido de novia. A pesar de su delgadez y la palidez de no haber visto la luz del sol en días, Victoria estaba radiante. Sofía sonrió, emocionada y la chica no pudo evitar corresponderle con una sonrisa tímida.

Cuando bajó a los viñedos, en los que habían improvisado una bonita capilla con sillas alrededor para los invitados, ya estaban todos esperando. Su padre se acercó a ella y le tendió el brazo. A pesar de sus diferencias, agradeció poder agarrarse a él. Si no, dudaba que hubiera sido capaz de avanzar hacia el altar. Tomó aire cuando vio a Hernán esperándola al otro lado del pasillo. Caminaron con solemnidad al son de la música que tocaba una orquesta que sus padres habían contratado en aquel día tan especial para la familia. Cuando llegó hasta el novio, Victoria le tendió la mano. Hernán le dedicó una sonrisa y fijó sus pequeños ojos en ella.

–Estás perfecta, Victoria –le dijo. La joven forzó una sonrisa y desvió la mirada hasta el sacerdote, que estaba preparado para empezar la ceremonia.

Victoria apenas escuchó las palabras del clérigo durante la siguiente hora, tenía la mirada fija en el suelo.

–Victoria, ¿aceptas a Hernán Montenegro como legítimo esposo, y prometes serle fiel, amarlo y respetarlo, en la salud y en la enfermedad, en la

riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte os separe?

Victoria se quedó en silencio, sabiendo que aquel momento iba a cambiar su vida para siempre. Entonces, lo vio. En la lejanía, oculto tras una de las viñas, Levi la observaba con el rostro desencajado. Victoria se mordió el labio, aguantando las ganas de llorar. Y apartó la vista.

–Sí, quiero.

CAPÍTULO 29

11 de agosto de 2018

Gonzalo se encontraba ausente aquella mañana. No podía quitarse de la cabeza los labios de Paola. Luego de aquel beso, había intentado actuar como si nada, pero algo en él había cambiado. Después de un siglo sin sentir prácticamente ninguna emoción que no fuera la desesperanza, aquellos sentimientos que sentía crecer en su interior le parecían completamente fuera de lugar. Le costaba dejar atrás su pasado. ¿Estaba engañando a Malena por sentirse así al estar cerca de Paola? Odiaba pensar que estaba ensuciando el recuerdo de su esposa con aquella historia. Jamás debería haberse dejado llevar por sus impulsos. No tuvo tiempo de fustigarse más, puesto que alguien abrió la puerta de la botica. Levantó la vista, sin estar preparado en realidad para volver a ver a Paola. Sin embargo, no era ella. Ante él, se encontraba una mujer de unos sesenta años, delgada y algo demacrada. No la había visto jamás. Gonzalo la miró estupefacto durante unos segundos. ¿Quién era esa mujer? ¿Y cómo podía ver su tienda? En cien años tan solo Paola había podido entrar allí.

–Buenos días, ¿tiene una caja de ibuprofeno?

Gonzalo trató de calmar el temblor de sus manos y se apoyó en el mostrador.

–Lo siento, señora, acabamos de abrir y todavía no me han llegado la mayoría de medicamentos –se excusó, sin saber muy bien qué decir.

La mujer lo miró disgustada y se marchó sin decir más. Gonzalo se dejó caer en la silla y resopló, sin comprender nada. ¿Qué estaba pasando? No le dio tiempo a recuperarse del impacto cuando un nuevo cliente entró en la botica. Esta vez era un hombre bajito y con bigote, que quería algo para el estómago. Después de recibir más de cinco visitas similares, Gonzalo se convenció de que algo había pasado. Algo estaba cambiando. Avanzó por la botica con pasos dudosos y se dirigió hacia la puerta. Cuando llegó, puso sus manos temblorosas sobre el pomo y lo giró. La puerta se abrió con el habitual crujido de madera y se quedó unos instantes paralizado, sintiendo el aire fresco de la mañana en su rostro. Tragó saliva y dio un paso al frente, convencido de que una fuerza invisible lo detendría al cruzar el umbral, como lo había hecho a lo largo de aquel interminable siglo. Sin embargo, esta vez no

fue así. Y se encontró en plena calle, rodeado de gente que caminaba despistada observando unos extraños objetos rectangulares que sostenían en sus manos. Se asustó al ver que algunos de ellos hablaban con aquellos aparatos, que se ponían en la oreja. Los pocos que no iban distraídos, lo miraron con extrañeza por su anticuado atuendo y su cara de desconcierto. Había logrado salir de la botica.

A Lorenzo no le sorprendió la llamada de Paola. De hecho, la había estado esperando.

–Perdona que te moleste con esto otra vez, Lorenzo –se disculpó la joven–, pero necesito averiguar más sobre mi pasado.

–¿Te refieres a Victoria?

–Sí, me gustaría saber exactamente qué le pasó.

–Ya nos lo dijo el guía, murió de una pulmonía.

–Lo sé, pero la muerte de sus padres poco después me parece mucha coincidencia.

–Entonces, ¿crees que sucedió algo más?

–No estoy segura, pero quizá podría conseguir más información si volviera a las bodegas.

–Te acompañaré –contestó, sin ni siquiera pensarlo.

–Gracias. –Suspiró aliviada por su ofrecimiento. Temía volver sola a aquel lugar, los recuerdos que la habían acechado en aquella casa aún le provocaban escalofríos y le aterraba la idea de quedarse paralizada allí, atrapada en sus recuerdos.

Lorenzo no tardó ni una hora en pasarla a recoger por su casa. Paola se vistió un poco más elegante esta vez. No quería desentonar. Cuando entró en el coche con su vestido de color rosado, Lorenzo no pudo evitar lanzarle una mirada de soslayo. Estaba preciosa, pero no se lo dijo.

Arrancó el coche en silencio y pronto estuvieron de vuelta en las bodegas. Paola trató de controlar su pulso acelerado. Estaba inusualmente nerviosa, como si supiera que aquel día iba a pasar algo extraordinario.

Cuando la joven de recepción los vio entrar por la puerta, los recibió con una amplia sonrisa y se acercó hasta ellos.

–Veo que habéis vuelto para hacer la cata –dijo.

–Sí, aunque, si no te importa, nos gustaría echar otro vistazo al museo –dijo Lorenzo.

–Oh, ¿os quedaron dudas?

–Lo cierto es que sí –contestó Paola–. Estaba un poco mareada y no pude atender demasiado a la explicación –dijo. Y en parte era cierto. La noticia de la muerte de Victoria le había impactado tanto la otra vez, que apenas había podido escuchar nada de la explicación del guía.

–No os preocupéis. Enseguida aviso a Manuel para que os vuelva a mostrar la casa.

El guía no pareció demasiado sorprendido al verlos de nuevo.

–¡Sabía yo que volverían! –exclamó en cuanto llegó.

–¿Por qué? –balbuceó Paola. ¿Había descubierto el motivo de su visita?

–Pues porque se dejaron lo mejor, mujer, ¡la cata! –explicó con una risotada.

–Oh, sí, claro –contestó ella con una risa nerviosa.

Manuel les guió hasta la casa-museo de los Saavedra. Al entrar, Paola sintió de nuevo aquella extraña mezcla de sentimientos que le provocaba el lugar. Estaba segura de que había amado aquellas bodegas, pero también las había odiado. Lorenzo se percató de la tensión en las mandíbulas de la chica, y la tomó de la mano para tranquilizarla. Paola levantó la vista hasta él y la seguridad que vio en sus ojos negros la calmó. Avanzaron por los pasillos de la casa hasta un lugar en el que había un puñado de fotos de la familia fundadora.

–El otro día no estuvimos aquí –observó Lorenzo.

–Cierto, estábamos adecentando un poco esta zona. Estaba echa un auténtico desastre cuando vinisteis–explicó sinceramente. Paola no se fijó en los muebles rústicos que habían distribuido de un modo distinto, ni en las lámparas nuevas, ni en los suelos recién pulidos. Tan solo podía mirar

aquellas fotografías con el corazón encogido—. En estas instantáneas se ve cómo eran las bodegas antes de la plaga de filoxera y de la ampliación del edificio principal —explicó Manuel. Sin embargo, Paola tenía toda su atención puesta en la fotografía central. Se trataba de un retrato familiar. Reconoció fácilmente a Victoria. Su cabello estaba recogido en un moño tirante y el rostro añorado que había visto en la fotografía del tríptico se había convertido en un semblante triste y gris, aunque entre aquellas dos fotografías probablemente tan solo habrían transcurrido meses. ¿Qué le habría sucedido para un cambio tan radical? Miró al hombre que se encontraba a su lado en el retrato y sintió un escalofrío al reconocer aquellos ojos de rata. Lo había visto en sus visiones, una y otra vez. Era él, el hombre que la descubría escondida tras la barrica. Todavía podía escuchar su voz fría llamándola “querida”, como un doloroso eco en su interior. En aquel instante supo que Victoria había sentido repulsión por aquel hombre. Leyó su nombre en la placa de titanio situada bajo la fotografía. Hernán Montenegro. Tomó aire y volvió a dirigir la vista hacia la fotografía, para estudiar al matrimonio mayor que se encontraba al lado de Victoria, ligeramente atrás. Eran Inés y Julián Saavedra. Frunció el ceño al reconocer también al padre de Victoria. No podía creerlo. Él era el otro hombre al que había visto en sus sueños. Y sus recuerdos sobre él eran casi tan desagradables como los que tenía de Hernán.

—Oh, veo que te interesa esta foto —apuntó Manuel, percatándose de que Paola llevaba varios minutos absorta en aquella imagen, observándola sin apenas pestañear—. Anda, y no me extraña. Eres igualita a ella —contestó riendo, sin darle mayor importancia a su inquietante parecido con Victoria—. ¿Seguimos con la visita?

—¿Qué le pasó? —lo interrumpió, dirigiendo por fin la mirada hacia el guía.

—¿Perdona?

—A Victoria. Hablaste de una pulmonía, pero en la foto no parece enferma.

—Sí, fue bastante repentino, a decir verdad —explicó—. Tampoco es que tengamos mucha información al respecto. La familia era muy celosa de su intimidad y llevaron aquel luto con mucho dolor, especialmente la madre.

—¿Y ese hombre? ¿Quién es Hernán Montenegro? —preguntó, fingiendo no conocerle y señalando a la fotografía.

—Ah, era el marido de Victoria

–¿Se casó?

–Sí, el 30 de marzo de 1918, para ser exactos. Esta foto data tan solo de un par de meses después –contestó, confirmando sus sospechas.

–¿Y por qué cuando murieron los padres de Victoria no fue él quien heredó las bodegas? –preguntó, deseando saber qué había pasado.

–Estás en todo, ¿eh? –contestó Manuel riendo–. Era imposible que las heredara. Para cuando falleció Julián, Hernán ya llevaba muerto casi un año.

–¿Qué? –exclamó atónita–. ¿Hernán también murió?

–Sí, pocos meses después que Victoria. Por eso la gente pensó que la familia estaba maldita... –explicó Manuel.

–Pero, ¿qué le sucedió? –preguntó, incapaz de contenerse. Si Hernán había muerto antes que los padres de Victoria, su teoría sobre un conflicto de intereses por la herencia no tenía sentido. Entonces, ¿qué había acontecido en aquellas bodegas?

–Nunca se supo lo que le pasó al señor Montenegro. Lo encontraron en medio de un camino, golpeado y con cuatro heridas de bala.

–¿Lo asesinaron? –exclamó Paola.

–Eso parece. Jamás averiguaron quién fue. Al principio, pensaron que se trataba de un asaltante de caminos a quien el atraco se le había ido de las manos. Sin embargo, la policía descartó esa hipótesis cuando descubrieron que Hernán seguía llevando encima todas sus pertenencias de valor. El asesino no se había llevado nada. Con el paso de los años y a causa de la falta de pistas, el caso quedó enterrado en los archivos y nunca fue resuelto.

Paola no hizo más preguntas. Aquella historia le parecía cada vez más rocambolesca. ¿Cómo podía una mujer sana de veinticinco años morir repentinamente de una pulmonía? ¿Y por qué su marido moría asesinado en un camino poco tiempo después? ¿Puede una madre morir de pena? ¿Y el padre de un infarto tan solo un año más tarde? Su intuición le decía que allí había algo más, que todas aquellas muertes no podían ser casuales.

Cuando terminaron el tour por la casa-museo, Paola respiró aliviada. Aquella vez no la habían asaltado todas aquellas imágenes, pero igualmente se sentía tensa estando allí. Se quedó mucho más tranquila cuando se alejaron

hasta la nueva ala de las bodegas para realizar la cata de vinos. Siguieron a la recepcionista hasta una pequeña sala situada al fondo y se sentaron en una barrica dispuesta a modo de mesa. Les sirvieron primero una copa de vino blanco acompañada con varios canapés y luego algo de vino tinto.

–Lo cierto es que el vino es exquisito –comentó Lorenzo.

–¿Crees que el de los Saavedra era mejor? –preguntó Paola, con cierta curiosidad.

–Por supuesto –susurró con una sonrisa–. Estoy seguro de que Victoria preparaba las mejores cosechas del país.

–Me da pena pensar en su muerte... –murmuró. Lorenzo puso una mano sobre la de ella–. Hoy cumpla veinticinco años –confesó–. La misma edad que tenía ella cuando...

–¿Es tu cumpleaños? –la interrumpió él, arqueando las cejas–. ¿Por qué no me habías dicho nada?

–No lo sé, creo que no me apetece celebrarlo este año –explicó.

–¿Cómo qué no? ¿Es por lo de Victoria?

–Supongo... Siento que está mal celebrarlo cuando ella murió el mismo día de su vigesimoquinto cumpleaños.

–No pienses en eso, ahora tú estás aquí, Victoria no murió del todo aquel día. De algún modo, vive en ti.

–Lo cierto es que eso no me tranquiliza nada –musitó.

Lorenzo le dedicó una sonrisa tierna.

–Al principio asusta, pero aprenderás a vivir con ello –repuso, clavando sus ojos en ella. Paola se sintió nerviosa de repente al sentirse tan cerca de él y retiró la mano con suavidad.

–Creo que será mejor que volvamos.

Paola entró en la botica cuando apenas había anochecido. Sus ojos brillaban de emoción. No le importó que el cielo anunciara tormenta, ni que los relámpagos fueran cada vez más intensos. Estaba impaciente por explicarle sus avances a Gonzalo, aunque se sintiera algo avergonzada por el beso del

día anterior.

Cuando entró, le sorprendió no encontrarlo en la parte de la farmacia. A esas horas siempre solía estar allí. Pensó que quizá estaría en la trastienda descansando, así que avanzó hacia la parte de atrás.

—¿Gonzalo?

Al no obtener respuesta, abrió la pequeña puerta de su habitación. Tampoco estaba allí. Frunció el ceño y revisó la estancia, que parecía tan ordenada y austera como siempre. Lo llamó de nuevo, una y otra vez, hasta que al final se escuchó a sí misma con una nota de histerismo en la voz. Tenía que tranquilizarse. Revisó la farmacia de arriba abajo, cada vez más nerviosa, hasta que comprendió que no lo encontraría allí. Gonzalo se había marchado. ¿Adónde? ¿Cómo había logrado salir? Le entró un pánico irracional al pensar que quizá no volviera a verlo nunca. ¿Y si no lo encontraba? Salió a la calle con un nudo en la garganta, cuando las primeras gotas de lluvia empezaron a mojar la calzada. Y se lanzó a su búsqueda.

CAPÍTULO 30

30 de marzo de 1918

Hernán le sostuvo la puerta con caballerosidad fingida y Victoria entró con ciertas reticencias en la que sería su habitación de matrimonio. Estaba nerviosa y era incapaz de mirar a su recién estrenado marido a la cara. No podía soportar cómo aquellos pequeños ojos marrones la miraban posesivamente desde que había caminado hacia el altar y que la habían perseguido lascivamente durante todo el banquete. Hernán cerró la puerta y Victoria observó inquieta cómo ponía el cerrojo.

–No quiero que nadie nos moleste –explicó Hernán al percatarse. Victoria no dijo nada y caminó hasta un rincón de la habitación con su pesado vestido de novia. Empezó a desabrochárselo con ciertas dificultades–. ¿Quieres que te ayude? –se ofreció, acercándose hasta ella.

–No, puedo sola –mintió. Después de unos minutos de pelea infructuosa con el vestido, Hernán decidió que ya había esperado bastante. Alargó la mano hasta Victoria y desanudó el vestido rápidamente, dejando su espalda al descubierto.

–No tienes de qué avergonzarte –dijo, malinterpretando su nerviosismo. Victoria quiso salir corriendo cuando sintió la mano de Hernán recorrer su espalda desnuda. Se apartó bruscamente de él, escapando de sus caricias y quedándose arrinconada cerca del escritorio situado junto a la ventana.

–¿Adónde vas? –preguntó Hernán con una sonrisa condescendiente. Parecía disfrutar de la situación. Se acercó de nuevo hasta ella y esta vez estiró del vestido hacia abajo, dejándola en ropa interior. Victoria luchó por no romper a llorar. Hernán la tomó con fuerza del brazo y la llevó hasta la cama, donde la lanzó sin demasiados miramientos.

–Llevo desde el primer día que te vi deseando esto, querida –dijo con una mezcla de animalidad e impaciencia en la voz. Victoria se quedó inmóvil, temblando. Hernán se abalanzó sobre ella y la besó con brusquedad. Victoria lo apartó inmediatamente.

–No –dijo con un hilo de voz.

–¿Qué? –murmuró él, molesto por tanta interrupción.

–No estoy preparada –contestó.

Hernán soltó una risa burlona.

–Eres mi esposa –contestó, como si eso lo justificara todo–. Estarás preparada cuando yo lo diga.

Victoria comenzó a llorar, pero a él no pareció importarle. Siguió besándola y manoseándola a pesar de sus lágrimas y sus evidentes gestos de repulsión.

–¡He dicho que no! –gritó la chica en un vano intento por que se detuviera. Hernán la miró irritado y respondió con una bofetada.

Si se percató de que no era virgen, no lo dijo.

31 de marzo de 1918

A la mañana siguiente, Victoria agradeció despertarse sola. Recordaba entre brumas cómo Hernán se había levantado nada más salir el sol y se había marchado de la habitación en completo silencio. No le quedaban ya lágrimas que derramar, se había pasado la noche llorando en silencio para no despertarle. Se llevó la mano a la cara y sintió la mejilla ligeramente hinchada, en el lugar en el que Hernán la había golpeado. Se miró en el espejo que había frente al tocador y sintió asco al ver su propio reflejo.

Sofía entró en la habitación para limpiar y se la encontró sentada en la cama con la mirada ausente.

—¿Señorita?

—Prepárame un baño —susurró con voz ronca. Sofía supo en aquel momento que algo no había ido bien.

—¿Quiere que la ayude a lavarse el cabello?

—No. Déjame sola.

Victoria cerró los ojos aliviada al sumergirse bajo el agua caliente. Se frotó con la esponja más de lo necesario, como si aquello pudiera limpiar la terrible impronta de las manos de Hernán sobre su piel.

Se vistió con el vestido más oscuro que encontró y se anudó el cabello en un simple moño, dejando algunos mechones sueltos para intentar cubrir la rojez de su mejilla.

Salió de la habitación y se dirigió a las bodegas. Era el único lugar en el que podría encontrar consuelo y evadirse de la pesadilla en la que se había convertido su noche de bodas. Hernán le había parecido engreído y obstinado desde el primer día, pero nunca hubiera imaginado que llegara a ser capaz de semejante brutalidad.

Cuando entró en las bodegas, pasó sigilosamente por el lado de los trabajadores, sin ni siquiera saludar como solía hacer habitualmente. Tan solo

quería desaparecer entre las barricadas y encontrar algún trabajo que la mantuviera entretenida el resto del día para dejar de pensar en lo desdichada que se sentía. Se metió en la sala en la que guardaban el vino embotellado y empezó a darles la vuelta a las botellas para evitar que sedimentaran más de la cuenta.

–¿Qué hace aquí, señorita? –preguntó una voz a sus espaldas. Victoria se giró, más asustada de lo habitual, y se encontró con la mirada inquisitiva y distante de Levi. Bajó la vista, avergonzada.

–Estaba revisando las botellas –explicó.

–Sabe de sobras que ya las reviso yo cuidadosamente cada día –contestó. Y era cierto.

–Tan solo buscaba algo que hacer –acabó confesando.

–¿Ya se ha cansado usted de su nuevo marido? ¿Tan pronto? –espetó dolido. Victoria se mordió el labio para no romper a llorar y Levi enseguida se dio cuenta de que sus ojos se habían humedecido por culpa de su comentario. Desvió la mirada, avergonzado por sus propias palabras.

–Lo siento –se disculpó–. No debería haber dicho eso.

–No importa –musitó. Levi la miró extrañado. Generalmente, Victoria le hubiera soltado una fresca por algo así.

–¿Estás bien? –preguntó, tuteándola de nuevo.

–Sí –contestó demasiado deprisa.

–¿Qué te ha pasado en la cara? –preguntó, sosteniendo su rostro por la barbilla y observando con el ceño fruncido su mejilla enrojecida.

–¡Nada! –exclamó, apartándose de él bruscamente. Victoria salió corriendo de las bodegas antes de que Levi pudiera detenerla.

Victoria se sentó a la mesa con el vientre revuelto tan solo de pensar en tener a Hernán en frente durante toda la velada. Su marido le sirvió la cena amablemente bajo la mirada de satisfacción de sus padres, convencidos de que su hija había tomado la mejor de las decisiones al casarse con él. La joven observó aquel gesto con desaprobación, pero no dijo nada sobre la noche

anterior. Si estaba pasando por ese infierno, era tan solo por salvar sus bodegas, y no debía ponerse a Hernán en contra tan pronto. Se humedeció los labios antes de hablar.

–¿Qué vamos a hacer respecto a la filoxera? –preguntó la joven, sacando el tema.

–Parece que en Francia han encontrado una cura, ¿no? Tu padre me habló sobre ello –contestó Hernán, mirado a Julián en busca de aprobación.

–Efectivamente, aunque el remedio es caro –comentó Julián.

–Sabes de sobra que ya no deben preocuparse por el dinero –dijo Hernán–. Me haré cargo personalmente de traer esos porta-injertos de Norteamérica.

Victoria suspiró aliviada y sus padres se miraron con una sonrisa complacida.

–Muchas gracias Hernán, los Saavedra estaremos en deuda siempre.

–Ahora somos familia.

CAPÍTULO 31

11 de agosto de 2018

La lluvia apenas le dejaba ver. Su cabello empapado le tapaba el rostro y tenía que apartarlo a cada paso. Miraba de un lado para otro, tratando de encontrar algún rastro del boticario. Las calles estaban completamente desiertas, nadie osaba adentrarse bajo aquella terrible tormenta, excepto Paola, que ni siquiera llevaba paraguas. Gritó el nombre de Gonzalo en repetidas ocasiones, intentando que su voz se escuchara por encima de los truenos. Sin éxito. Nadie parecía inmutarse y los pocos que se cruzaban con ella le lanzaban incómodas miradas, creyendo que estaba loca.

Después de casi una hora dando vueltas por la zona central de la ciudad, se refugió en un portal, agobiada. Resopló y se secó la lluvia de la cara. ¿Dónde diablos se había metido Gonzalo? No podía haber llegado tan lejos solo, ¿no? Se le formó un nudo en el estómago al pensar en la posibilidad de que le hubiera sucedido algo. ¿Y si estaba en el hospital?

Salió de su refugio y se lanzó a la carrera hacia una parada de taxis. Le costó que algún vehículo se detuviera, pero finalmente encontró uno dispuesto a llevarla.

–Disculpe, le voy a mojar un poco el coche.

–No importa, ¿Adónde quiere ir? –preguntó el taxista.

–Al hospital.

El hombre empezó a conducir con precaución, teniendo en cuenta las difíciles condiciones meteorológicas, pero Paola se sentía impaciente.

–¿Puede ir un poco más deprisa? –apremió al conductor. El hombre le dirigió una rápida mirada de disgusto a través del espejo retrovisor.

–¿No ha visto la que está cayendo?

Paola no respondió y se quedó en silencio el resto del trayecto, hasta que adivinó aquel enorme edificio gris en la lejanía. Ya habían llegado al hospital central. Paola pagó y bajó del taxi, apresurándose en volver a ponerse a refugio dentro de las instalaciones.

Cuando entró, tuvo que esperar a que atendieran a un par de personas antes

que a ella y se contoneó impacientemente de una pierna a la otra. Cuando llegó su turno, prácticamente se abalanzó sobre el mostrador.

–Estoy buscando a alguien –le dijo alterada a la recepcionista. La chica la miró por encima de las gafas y arqueó una ceja al comprobar que su ropa estaba empapada y manchada de barro por culpa de la tormenta.

–¿Es un familiar?

–Eh... –la miró dudosa. Si decía la verdad, quizá no le dieran la información que necesitaba–. Sí. Se llama Gonzalo Ros.

La mujer la miró con una mueca, quizá sospechando que le estaba mintiendo. Tecleó rápidamente el nombre que le había dado y esperó unos segundos a que los resultados aparecieran en la pantalla de su ordenador.

–No. No ha ingresado ningún Gonzalo Ros esta noche.

–¿Y algún hombre al que no hayan podido identificar? –insistió–. Es alto y viste un traje un poco antiguo –explicó.

–Mire, señorita, no tengo todo el día. Ya le he dicho todo lo que sé. No hay ningún Gonzalo Ros ni nadie que coincida con esa descripción.

Paola dio media vuelta, frustrada y miró por la ventana. La tormenta, en vez de amainar, parecía intensificarse. Se sentó en uno de los bancos de la sala de espera y se llevó las manos a la cabeza, como si ello fuera a ayudarla a reflexionar. ¿Cuáles podrían haber sido los pasos de Gonzalo? Estaba claro que, de algún modo, había salido de la botica. ¿Qué habría hecho después? Probablemente habría dado alguna vuelta por el centro, completamente desorientado por la cantidad de gente, coches y extrañas tecnologías. Eso le habría asustado y quizá habría buscado refugio en algún lugar que le resultara familiar.

–¡Claro! –exclamó, como si se hubiera iluminado. Se levantó de la silla como una exhalación y salió de nuevo a la calle. Corrió bajo aquel aguacero con un rumbo claro esta vez. Se ahorró coger un taxi, su destino no estaba demasiado lejos. Le costaba avanzar con las deportivas empapadas, que chapoteaban a cada paso que daba. Finalmente, llegó a la calle Castellanos número quince. Y lo vio. Estaba sentado en el portal de aquel edificio nuevo que habían construido en el lugar en el que un día estuvo su hogar, encogido sobre sí mismo y con la cabeza oculta entre los brazos. Estaba igual de

empapado que Paola, y parecía importarle el temporal tan poco como a ella. La joven se detuvo en seco y tomó aire, tratando de recobrar el aliento. Ahora que lo había encontrado, no sabía qué decirle. Se acercó con pasos lentos y, al escuchar ruido, Gonzalo levantó la cabeza. Sus ojos grises parecían confundirse con la lluvia y Paola nunca supo si las gotas que recorrían sus mejillas eran lágrimas.

–No queda nada... –murmuró Gonzalo, con la voz rota.

Paola se sentó a su lado en el portal y cubrió su espalda con la mano, tratando de consolarlo.

–Tranquilo.

–No tengo a donde ir, todo esto es... –se interrumpió, incapaz de continuar hablando, y ocultó el rostro contra el cuello de la chica, respirando su aroma a lluvia.

–Vamos, te llevaré a casa –contestó ella, acariciando su cabello con ternura.

–No quiero volver a la botica.

–Y no vas a volver. Vamos a mi piso.

Gonzalo salió de la ducha algo más tranquilo. El pequeño piso de Paola le pareció cálido y seguro después de pasar todo el día en aquel extraño mundo del que no comprendía nada.

Se sentó en la cama con la toalla anudada a la cintura y se quedó con la vista fija en la ventana, desde la que podía ver cientos de vehículos circulando por la carretera. En 1918 había oído hablar sobre aquella innovación, pero había visto muy pocos en funcionamiento. Le parecían prácticamente un milagro. Paola entró en la habitación e intentó no mirarle demasiado para no incomodarlo. Le tendió algo de ropa seca y Gonzalo la aceptó con una sonrisa.

–Gracias. Por todo.

–No hay de qué. Espero que te sirva, son camisetas de publicidad, era lo más grande que tenía. En cuanto a los pantalones... tendremos que esperar a que se sequen. Los he metido en la secadora.

–¿En la secadora? ¿Qué es eso?

Paola disimuló la sonrisa condescendiente que acudió a sus labios. Ahora se daba cuenta de todo lo que a Gonzalo le quedaba por aprender de aquel tiempo.

–No importa, te lo explicaré otro día –dijo, sentándose a su lado en el colchón mientras él se vestía. Paola también se había cambiado de ropa y se había puesto un pijama bastante comedido. No quería que pareciera que se estaba insinuando. Aun así, Gonzalo tuvo que hacer esfuerzos por que su vista no se desviara hacia las piernas de la chica–. ¿Qué ha pasado? –preguntó ella, al fin.

–No lo sé. De repente, empezaron a entrar clientes y todo el mundo parecía poder ver la botica. Decidí intentar salir a la calle y... Todavía no puedo creer que haya cruzado esa puerta después de tantos años –murmuró.

–¿Y por qué hoy? ¿Has notado algo distinto? –preguntó Paola, pensativa.

–Todo parecía normal. No he hecho nada fuera de lo habitual –repuso él.

–No entiendo nada. ¿Y adónde has ido después de salir? Te he estado buscando por todos lados...

–Lo siento, no sabía qué hacer. Quería avisarte, pero desconocía dónde vivías. Por un momento, pensé en volver a entrar en la botica y esperarte, pero la sola idea de quedar atrapado allí de nuevo, me aterrorizó. Así que empecé a dar tumbos por la calle, distraído por lo que veía a mi alrededor. Cuando empezó la lluvia, busqué refugio y, sin querer, mis pasos me llevaron hasta donde había estado mi casa.

–Ha tenido que ser un día complicado –respondió Paola, poniendo la mano sobre su brazo.

–No queda nada de lo que conocía, Paola. Tan solo te tengo a ti –susurró. Paola se quedó absorta en su mirada y, sin querer, sus ojos bajaron hasta los labios de Gonzalo. No pudo evitar recordar aquel beso inesperado en la botica. Y bajó la vista, avergonzada tan solo de pensar en repetirlo en un momento como aquel, en el que sabía que el farmacéutico se encontraba vulnerable. Se levantó de la cama para alejarse de él.

–Será mejor que descanses –susurró.

–Solo tienes una cama –observó Gonzalo, poniéndose de pie junto a ella.

–No te preocupes, dormiré en el sofá.

–No. Esta es tu casa, yo dormiré en el sofá. –Gonzalo salió de la habitación rápidamente, antes de que Paola pudiera poner ninguna objeción. La chica sonrió tímidamente. Aquel hombre de otro tiempo era todo un caballero. Y se sentía inmensamente feliz de que al fin hubiera podido salir de su reclusión en aquella botica, aunque no supieran cómo.

12 de agosto de 2018

Gonzalo durmió profundamente aquella noche. Por primera vez en años, se había sentido cansado y aquel sueño había resultado reparador. Tan solo unos golpes en la puerta de la entrada lograron despertarle. Miró en dirección a la habitación de Paola y vio que la puerta todavía estaba cerrada. La chica seguía durmiendo. Como no quería despertarla, se levantó del sofá y se dirigió a la entradita para ver quién estaba llamando. Abrió la puerta sin preguntar y se encontró de frente con otro hombre, que lo observó con unos desconfiados ojos oscuros.

–¿En qué puedo ayudarle? –preguntó Gonzalo.

Aquel hombre lo miró de arriba abajo, percatándose de que tan solo llevaba una camiseta que le quedaba corta y unos calzoncillos.

–¿Está Paola? –preguntó, sin responder a su pregunta. Gonzalo lo miró con suspicacia. Aunque aquel hombre era ligeramente más bajo que él y algo menos corpulento, de algún modo se le antojó peligroso.

–¿Quién pregunta?

–Ella ya me conoce. Soy Lorenzo.

–Ah, el hipnotista –repuso, apartándose para que entrara–. Todavía está durmiendo, si quiere esperarla en el salón...

Lorenzo no se movió de la puerta.

–No. Volveré cuando esté sola –contestó, apretando las mandíbulas y fulminándolo con la mirada.

Gonzalo se puso tenso al percatarse de que aquel hombre estaba celoso. ¿Quizá era su novio? ¿Entonces por qué Paola había dejado que la besara? El boticario se quedó unos segundos perplejo en la entradita. Lorenzo dio media vuelta y desapareció por el ascensor visiblemente irritado. Apenas unos segundos después, Paola salió de su habitación. La joven miró a Gonzalo perpleja.

–¿Qué haces en la puerta? –le preguntó.

–Esto... ha venido a verte ese tal Lorenzo –contestó.

–¿Qué? –exclamó-. ¿Y te ha visto así? –preguntó, mirando sus piernas desnudas y aquella camiseta que se veía a la legua que era prestada. Lorenzo debía de haberse llevado una idea equivocada.

–Sí –contestó-. Entre ese hombre y tú... –Gonzalo dejó la frase sin terminar.

–No hay nada –aclaró Paola-. Es solo que no quiero que piense cosas que no son.

Aquella frase se clavó en el corazón de Gonzalo. Bajó la mirada, avergonzado por haberse hecho ilusiones sin pretenderlo. No quería admitirlo, pero hacia tiempo que sentía algo más que agradecimiento hacia Paola.

–¿Descubriste algo nuevo en las bodegas? –preguntó Gonzalo, deseando cambiar de tema.

–Oh, sí. Vine a buscarte a la botica para contártelo, pero ya no estabas –explicó-. Resulta que Hernán no tuvo nada que ver con la muerte de los padres de Victoria.

–¿Cómo estás tan segura?

–Porque él murió antes.

–¿Qué? –exclamó atónito.

–Alguien lo asesinó en el camino. Nunca se descubrió al culpable.

–Esto parece cada vez más complicado –comentó.

–Todo es muy extraño. Cuatro muertes en tan poco tiempo me parecen demasiadas.

–¿Crees que podríamos encontrar información en algún periódico? –sugirió Gonzalo, recordando que era periodista.

–Quizá sí. Seguro que Julia nos ayudará a acceder a su hemeroteca.

–¿Quién es Julia? –preguntó arqueando una ceja.

–Una buena amiga, es foto-periodista. Te la presentaré.

–Entonces vayamos a ver qué dicen esos viejos periódicos –concluyó Gonzalo.

–Pero llevas un siglo encerrado, ¿estás seguro de que eso es lo primero que quieres hacer con tu recién adquirida libertad? –preguntó extrañada.

–Sí. Siempre y cuando me prometas que mañana me enseñarás la ciudad y me explicarás qué demonios es una secadora y esos aparatitos que la gente va mirando por la calle. –Paola soltó una carcajada.

–Te lo prometo –dijo, tendiéndole la mano para sellar el pacto. Gonzalo la aceptó y trató de normalizar la sensación de ardor que sentía cada vez que la tocaba.

CAPÍTULO 32

15 de junio de 1918

Victoria se había ido apagando un poco más cada día. Cada noche que pasaba con Hernán a su lado hacía mella en el color de sus mejillas, que habían pasado de un vívido rosado a un gris macilento. Hacía tiempo que había decidido aceptar su destino. De ese modo, por lo menos, se ahorraría los golpes. Por las noches, cerraba los ojos y fantaseaba con que fuera Levi quien dormía junto a ella. Rememoraba cómo la había tratado con dulzura, cómo sus suaves caricias la habían arropado por las noches en las bodegas de Jean, cómo le había enseñado lo que era el amor. Se sorprendía intentando olvidar cómo lo había apartado bruscamente de su lado para casarse con aquel indeseable. Imaginaba cómo habría sido su vida si hubiera tomado una decisión distinta. Algunas veces, lágrimas furtivas interrumpían sus pensamientos.

Tan solo hacía dos meses y medio del nefasto día de su boda, pero le parecía que habían pasado siglos. Durante aquel tiempo, había vivido prácticamente recluida en su habitación. No se atrevía a volver a las bodegas. Temía encontrarse de nuevo con Levi y que le hiciera más preguntas. No tenía ánimo para enfrentarse a sus comentarios dolidos. Sabía que rompería a llorar si volvía a hablarle de Hernán como lo había hecho la última vez.

Cuando pensaba que su vida no podía ir peor, descubrió que tenía una falta. Había esperado durante días a que le viniera el periodo, pero la esperanza era cada vez menor. Solía ser muy regular y aquello no le había pasado jamás. Estaba segura de ello. Su vientre revuelto y las náuseas no podían significar otra cosa. Estaba embarazada.

Sofía entró en su habitación con una sonrisa radiante y la sacó de sus oscuros pensamientos. Trató de recomponerse y disimular que se sentía ligeramente mareada. No quería decírselo a nadie. Como si el hecho de mantener en secreto aquel niño, lo hiciera menos real.

–Señorita, han llegado los porta-injertos de América –anunció la criada. A aquellas alturas, todos conocían ya el mal que acechaba a sus viñedos. Victoria se levantó de la cama con energía por primera vez en semanas.

–Tengo que ir a verlos –contestó, poniéndose un simple vestido y

dirigiéndose a la puerta. Entonces, se detuvo en seco. Si bajaba a ver los viñedos, significaría encontrarse con Levi. Tomó aire y trató de calmarse.

–No puede huir de Levi para siempre –soltó Sofia, adivinando lo que pensaba. Victoria la miró enarcando las cejas, más sorprendida por que la criada hubiera tenido el valor de decir aquello que por el comentario en sí–. No soy ciega –se justificó.

Victoria asintió y bajó la mirada avergonzada.

–¿Alguien más sospecha? –preguntó. Sabía que Sofia sería discreta y jamás le iría con el cuento a su padre o a Hernán, pero no podía estar tan segura sobre el resto del servicio.

–No –respondió con una sonrisa compasiva.

Victoria salió de su habitación y trató de ponerse una máscara de serenidad. Para cuando llegó a los viñedos, su rostro parecía calmado y sosegado, aunque su moño tirante, su ropa descuidada y la palidez extrema de su piel no consiguieron engañar a Levi. Cuando el hombre la vio, se quedó paralizado por aquella visión. Llevaba semanas sin verla, y aquella Victoria tan solo le pareció un fantasma de lo que la chica había sido.

–Buenos días, señor Levi –dijo la joven, marcando las distancias tras una barrera de formalidad. Estaban rodeados de trabajadores y no podía permitirse el lujo de que surgieran habladurías.

–Señorita Victoria –contestó él, quitándose el sombrero para mostrarle respeto. Se quedaron mirando fijamente unos segundos, diciéndose con los ojos todo lo que no se decían con palabras. Que aquella separación estaba siendo un infierno. Que les costaba soportar la distancia.

–¿Dónde están los nuevos pies de vid? –preguntó Victoria, aclarándose la garganta.

–Los han dejado allí. –Levi señaló hacia unas cajas situadas en la parte derecha del enorme campo en el que ya habían arrancado algunas de las viejas cepas.

–Muy bien. ¿Y cómo va la cosecha de este año? ¿Está todo bien en las bodegas?

–Sí. La producción general va viento en popa. Hemos realizado un nuevo

trasiego.

–¿Y la cosecha Premium?

–He avanzado un poco, pero no quería trabajarla sin usted –explicó.

–Gracias, Levi. Vayamos a verla, pues.

Se adentraron por el laberinto de las bodegas hasta llegar a la pequeña sala donde Levi había embotellado una pequeña parte de la cosecha. Cuando se quedaron solos, decidió dejar de fingir y la agarró de la mano con suavidad.

–¿Cómo estás? No tienes buen aspecto –dijo, estudiando sus ojos apagados.

–Estoy bien –musitó, retirando la mano.

–No me mientas, Victoria. ¿Qué te pasa? ¿Estás enferma? –preguntó alarmado.

–No –contestó escuetamente, apartándose de él, incapaz de confesarle que lo que en realidad le pasaba era que estaba embarazada de Hernán. La joven se acercó a la hilera de botellas que reposaban en posición horizontal cerca de la pared. No debía de haber más de cien botellas–. Deberíamos embotellarlas en un envase especial –dijo, desviando la atención de Levi hacia el trabajo–. Los clientes deben saber que están comprando algo exclusivo.

–Está bien, buscaré varios tipos y te las mostraré en una semana, si te va bien.

–De acuerdo. Nos vemos aquí en unos días.

Victoria se marchó de aquella sala con sensación de asfixia. Ya prácticamente había olvidado lo difícil que le resultaba respirar con normalidad teniendo a Levi tan cerca. Notar de nuevo aquella intensidad la hizo sentirse viva, aunque la sensación tan solo duró hasta la noche, cuando Hernán apareció de nuevo en su dormitorio. El hombre la miró con sus estrictos ojos marrones.

–¿Qué hacías hoy en los viñedos? –soltó, sin ni siquiera saludarla.

–Tan solo estaba revisando las cepas –explicó, evitando mirar hacia aquella cara que le disgustaba sobremanera.

–No quiero que te mezcles con los trabajadores.

–Son mis bodegas –replicó.

–Y tu eres mi mujer. Harás lo que yo diga.

–¡No eres mi dueño! –exclamó. El golpe fue tan contundente que Victoria cayó sobre la cama. Sintió el regusto de la sangre en su labio y lo miró horrorizada–. No puedes hacer esto... –murmuró con un hilo de voz y los ojos anegados de lágrimas.

–¿Y quién me lo va a impedir? –contestó arrogantemente con una sonrisa ladina–. Si no quieres represalias, será mejor que seas obediente.

–¡No soy una niña! –Cuando Hernán la abofeteó de nuevo en repetidas ocasiones, decidió no volver a hablar. Cuando detuvo los golpes, su marido la miró furioso y, finalmente, se marchó dando un portazo. Aquella noche no volvió a su cama y, a pesar del dolor en el rostro, Victoria durmió tranquila.

17 de junio de 1918

Victoria tardó dos días en atreverse a salir de su habitación. Aunque no tenía ningún morado, se le había hinchado tanto la cara que no tenía modo de disimularlo. Cuando Sofía entró para llevarle el desayuno a la mañana siguiente de la discusión con Hernán, la criada la miró horrorizada.

–B-buenos días, señorita –balbuceó, sin atreverse a preguntar qué había pasado. Podía imaginárselo. Aunque su marido siempre era bueno y dulce con ella, había oído historias de otras mujeres menos afortunadas. Sin embargo, jamás pensó que alguien como Hernán Montenegro podría ser capaz de algo tan mezquino. Se retiró de la habitación rápidamente y volvió al cabo de unos minutos sosteniendo una pequeña bolsa con hielo. Se la tendió a Victoria, que la miró con los ojos apagados. Se colocó el saquito en la mejilla y suspiró aliviada.

–Gracias –susurró. Sofía le dedicó una sonrisa amable y le acarició el brazo.

–Si necesita alguna otra cosa, no dude en llamarme –dijo.

–Esto, Sofía... –murmuró, algo insegura.

–Dígame, señorita.

–Necesito tu consejo.

–Ah, claro. Ya sabe, puede preguntarme lo que sea.

–Necesito que me prometas discreción. No quiero que nadie lo sepa –susurró.

–¿Qué sucede? Me está asustando...

–Este mes he tenido una falta –confesó, bajando la mirada.

–¡Pero esa es una muy buena noticia, felicidades! –respondió entusiasmada.

–No, no me siento feliz, Sofía –murmuró, algo avergonzada al reconocerlo.

–¿Pero qué dice? Un hijo es una bendición.

–No lo sé. No pensé que sería tan temprano.

–Es normal que esté asustada. Todo irá bien –le aseguró, poniendo una mano sobre su hombro. Victoria forzó una sonrisa. No se atrevió a confesarle la verdad. Que no quería tener un hijo de aquel animal.

–¿Podrías traerme papel y pluma? –le pidió, cambiando de tema al ver que no obtendría las respuestas que necesitaba. Quería escribirle a Malena. Quizá ella supiera qué hacer. La criada asintió antes de abandonar la estancia y volvió al cabo de poco con lo que le había pedido.

Y así habían pasado dos días, entre bolsas de hielo, palabras repletas de desazón escritas en silencio y miradas compasivas de la mujer que había cuidado de ella desde que eran niñas.

Afortunadamente, no tuvo que enfrentarse a Hernán en todo ese tiempo. Se había marchado dando un portazo aquella noche y no se había vuelto a acercarse a ella. Quizá avergonzado por su actitud, pensaba con un hilo de esperanza. Quizá no volviera a su lecho para martirizarla nunca más.

Cuando la hinchazón había disminuido lo suficiente como para que pareciera un simple dolor de muelas, Victoria se colocó sus pantalones de montar. Necesitaba hablar con Rodrigo. Él era el único a parte de Malena que podría darle consejo, y su prima estaba ahora demasiado lejos como para ayudarla. Aunque le había explicado sus inquietudes por carta, la respuesta a su misiva tardaría días en llegar.

Cuando se acercó a Petra, la yegua se asustó ligeramente. Victoria se apenó. ¿Quizá la hubiera olvidado? Llevaba prácticamente dos meses sin acercarse a los establos. No se había atrevido. Sin embargo, necesitaba salir de aquella cárcel para no volverse loca, aunque fuera tan solo por unas horas. Subió a su lomo después de darle unas cuantas caricias que le hicieron recobrar la confianza en su dueña. Salió de los establos al trote, en dirección al camino principal. Si se apresuraba, en un par de horas estaría en el pueblo.

Rodrigo abrió la puerta sorprendido. No esperaba visita. Cuando se topó con Victoria, se le iluminó el rostro. Sin embargo, su alegría duró tan solo unos segundos, hasta que se percató del cabello inusualmente descuidado, que

llevaba recogido en un moño. Se fijó en sus ojos apagados, en su rostro pálido y ligeramente hinchado.

—¡Victoria! —dijo, dándole un cálido abrazo. La llevó hasta su austero salón y la sentó en una butaca—. ¿Qué le ha pasado, pequeña? —preguntó, espantado ante su aspecto.

—Me he casado —respondió como una autómatas.

—Lo sé. Oí las noticias en el pueblo. No sabía que usted y el señor Montenegro tuvieran una relación.

—Y no la teníamos. Me casé por conveniencia, Rodrigo. Y siento que es la peor decisión que he tomado en mi vida.

El viejo sumiller se quedó en silencio mirando a la joven apesadumbrado. Sabía del carácter salvaje y caprichoso de Victoria, por lo que tendría que haber tenido motivos de peso para tomar una decisión así.

—¿Por qué se casó con él? —preguntó al fin.

—Por las bodegas, por qué sino.

—¿Por las bodegas? —repitió sin comprender—. No iban tan mal como para que tuviera usted que hacer algo así.

—Sufrimos una plaga de filoxera —confesó. Rodrigo abrió los ojos como platos, conociendo lo que aquello significaba para unos viñedos: devastación y ruina—. Levi me ayudó a buscar una solución, pero era demasiado costosa para que pudiéramos asumirla, así que...

—No sabe cuanto lo siento, señorita.

—Lo hice pensando que sería lo mejor para todos, pero Hernán es cruel conmigo —susurró con un hilo de voz.

—¿A qué se refiere? —preguntó, poniendo una mano sobre la de la joven.

—Es posesivo y violento.

—¿Violento? —murmuró Rodrigo con un nudo en la garganta. Aunque Victoria no fuera oficialmente su hija, la quería como a tal, la había visto crecer y no soportaba la idea de esa niña risueña aplacada por un bruto—. ¿Esto se lo ha hecho él? —dijo, acariciando su mejilla con cuidado. La joven bajó la mirada, avergonzada y asintió—. ¡Ese desgraciado! Voy a ir a decirle

cuatro cosas –espetó, levantándose de la silla con energía, como si por un momento hubiera olvidado que tenía ya más de sesenta años.

–No, Rodrigo –dijo la joven, agarrándolo del brazo para que volviera a sentarse a su lado–. No estoy aquí para pedirle ayuda, sino consejo.

El hombre la miró atentamente, tenso todavía por haber descubierto que aquel hombre la maltrataba.

–Tiene que denunciarle –acabó diciendo. Victoria sonrió.

–¿Y quién iba a creerme? Es un hombre poderoso con contactos en las altas esferas y, por mucho que me cueste admitirlo, yo solo soy una mujer.

–No diga eso, señorita. Usted vale mucho –contestó indignado.

–Gracias por recordármelo, Rodrigo –respondió cariñosamente–. La cuestión es que estoy enamorada de otro hombre.

–¿Qué? –exclamó sorprendido–. ¿De quién?

–Del nuevo sumiller –murmuró.

Rodrigo se llevó las manos a la cara.

–¿Y él?

–Sentía lo mismo que yo, pero le mentí diciéndole que no le correspondía para casarme con Hernán sin que él se interpusiera. Sé que le he hecho daño y me siento la peor persona del mundo.

–Se vio obligada por las circunstancias, no es culpa suya. Aunque quizá debería sincerarse con él.

–¿Decirle la verdad? –murmuró con un hilo de voz. Rodrigo le sonrió y le dio otro abrazo, sabiendo que la joven se sentía completamente desorientada.

–Sí. Y si Hernán vuelve a hacerle daño o no lo soporta más, márchese bien lejos.

–¿Cómo?

–Fúguese.

CAPÍTULO 33

12 de agosto de 2018

Paola entró en la redacción del periódico de Julia con más decisión que la vez anterior. Esta vez, tenía claro lo que estaba buscando. Sin embargo, Gonzalo parecía algo alterado a su lado. Observaba los ordenadores con cierto grado de aprensión y parecía horrorizado por la velocidad a la que aquella gente trabajaba. Cuando Julia los vio aparecer por la puerta de su departamento, se levantó y se acercó hasta ellos con una gran sonrisa.

–Paola, ¿qué tal? –dijo, dándole un efusivo abrazo.

–Hola, Julia. Te presento a Gonzalo. –Julia le tendió la mano y él se la estrechó, algo extrañado por aquella manera de saludar que tenían en el siglo XXI. La joven lo miró enarcando las cejas y le dirigió una mirada simpática a Paola. Tendrían que mantener una seria conversación sobre quién era aquel hombre tan atractivo que la acompañaba—. Me está ayudando con la investigación –explicó.

–Oh, ¿necesitáis consultar la hemeroteca?

–Si no es molestia –dijo Paola con una sonrisa tímida.

–¡Por supuesto que no es molestia! Vamos, seguidme.

Siguieron a Julia por el pasillo hasta aquella pequeña habitación. La joven los dejó solos y Paola se acercó a uno de los archivos y empezó a rebuscar.

–¿Aquí es donde encontraste aquel recorte de periódico que hablaba sobre mi botica? –preguntó Gonzalo.

–Sí –confirmó ella—. Aunque creo que fue en este otro archivo –dijo, señalando el cajón que tenía más a su derecha. Gonzalo lo abrió y empezó a ojear los recortes.

–¿No crees que estará aquí? Es de la misma época y en la misma provincia.

–Sí, es probable –comentó ella, dejando de mirar el que había abierto y buscando en el que sugería Gonzalo. Empezaron a rebuscar durante más de una hora, pasando rápidamente sobre noticias locales de poca relevancia. De repente, Gonzalo detuvo su búsqueda y se quedó inmóvil observando uno de

los recortes.

–¿Qué? ¿Lo has encontrado? –preguntó la chica, acercándose más a él para poder observar el periódico.

Paola tragó saliva al reconocer a Victoria sonriendo a la cámara, en lo que parecía un retrato familiar muy similar al que habían visto en las bodegas.

Muere la heredera de bodegas Saavedra.

La joven Victoria Saavedra fue hallada muerta la madrugada del 15 de julio en su habitación de la finca de los Saavedra. Sus familiares no han querido hacer declaraciones y se mostraron consternados por la noticia. El médico de la familia ha confirmado que la joven padecía una pulmonía desde el pasado invierno que ha ido complicándose con el avance de los meses, desembocando en este trágico suceso. Hernán Montenegro, viudo de Victoria, tomará posesión de las bodegas próximamente, para asegurar la continuidad del negocio y evitar que clientes y proveedores se vean afectados por tan terrible desgracia.

–¿El 15 de julio? –murmuró Paola, pensativa, al terminar de leer el artículo.

–Eso dice –contestó Gonzalo, sin entender qué interés veía en aquel dato.

–El 15 de julio fue el día en que descubrí tu botica.

–¿Qué? –exclamó Gonzalo—. ¿Crees que guarda relación?

–El año tiene 365 días. No me parece una mera coincidencia que fuera en la misma fecha.

–¿Pero que tiene que ver la muerte de Victoria con mi botica?

–No lo sé –murmuró, completamente desconcertada por ese nuevo descubrimiento—. Quizá en las cartas de Malena encontremos alguna pista.

–Me las dejé en la botica –contestó, sintiéndose culpable.

–Iremos a buscarlas.

–Pero –Gonzalo la miró dubitativo—, ¿y si no puedo volver a salir? –preguntó al fin, mostrándole su temor más profundo.

–No te preocupes. Entraré yo.

Paola entró en la botica algo inquieta. El hecho de no saber por qué el farmacéutico había permanecido atrapado allí durante un siglo ni por qué de repente había quedado en libertad, no hacía más que acrecentar sus nervios. ¿Y si era ella la que quedaba encarcelada en la farmacia ahora? Gonzalo la observaba atentamente desde el exterior, casi tan tenso como ella.

Sin embargo, la joven no notó nada extraño al entrar en la botica. Se dirigió a la trastienda y entró en la habitación de Gonzalo. Sabía que allí guardaba la caja que un día había sido de Malena. La encontró intacta, tal y como él la había dejado la última vez. La tomó entre sus manos y se apresuró en salir de allí. Sin embargo, tropezó con la pata de la cama y, mientras trataba de recobrar el equilibrio, la caja resbaló de sus manos. Cerró los ojos al escuchar la madera chocando contra el suelo. Cuando los abrió, descubrió la caja ligeramente agrietada y las cartas desparramadas por el suelo. Resopló y se agachó para recogerlas. Las trató de agrupar por remitente, tal y como Gonzalo había hecho en su día. Cuando fue a guardarlas de nuevo, se percató de que la base de la caja se había descolocado. Frunció el ceño e intentó colocarla bien, hasta que se dio cuenta de que se trataba de un doble fondo. Retiró la madera que había hecho de base hasta entonces y descubrió otra carta, esta cuidadosamente colocada dentro de un sobre sellado, con tan solo dos palabras escritas en el pie. *Para Gonzalo*. Tragó saliva, sintiendo que aquella misiva era, de algún modo, importante. Cerró la caja y al levantar la vista se encontró con Gonzalo.

–¿Qué haces aquí dentro? –preguntó aterrada. ¿Y si Gonzalo no podía volver a salir?

–Escuché un ruido y pensé que te había pasado algo –contestó, preocupado.

–Estoy bien –contestó conmovida–. Tan solo se me ha caído la caja. He encontrado esto en un doble fondo –explicó, tendiéndole el sobre.

–¿Qué es? –preguntó extrañado.

–No lo sé, pero es para ti.

–Es la letra de Malena... –dijo, observando su nombre ribeteado con una

caligrafía exquisita en el costado del sobre. El boticario se la guardó en el bolsillo, pero no la abrió. No estaba seguro de querer saber lo que escondía aquella misiva. Paola no dijo nada. Se trataba de su intimidad. La chica avanzó hacia la puerta y Gonzalo la siguió en silencio. Paola salió del local sin ninguna dificultad y Gonzalo sintió que le temblaban ligeramente las piernas al situarse en el umbral. Echó la vista atrás, despidiéndose de la que había sido su cárcel durante cien años. Y se prometió no volver a entrar en aquel lugar jamás. Cuando pisó el asfalto, respiró aliviado.

–¿Lo ves? Has podido salir –dijo Paola, como si todo el tiempo hubiera tenido la certeza de que no se quedaría atrapado. No se atrevió a confesarle que, cuando lo había visto entrar de nuevo, había sentido un temor irracional a perderle.

Paola preparó algo de comer mientras Gonzalo pululaba a su alrededor, observando con curiosidad los artilugios que iba utilizando.

–¿Qué es eso? –murmuró, señalando al microondas.

–Es un electrodoméstico que sirve para calentar la comida.

–¿Y eso? ¿Es fuego? –preguntó inseguro, clavando sus ojos en la vitro cerámica de la que la joven acababa de retirar una olla.

–Algo parecido –contestó ella, riendo mientras servía un par de sencillos platos de pasta.

–¿Qué diablos ha pasado en estos cien años?

–Muchas cosas. Será mejor que te sientes, Gonzalo, voy a hablarte del siglo XX –contestó ella, señalando la mesa. Se sentaron y empezaron a comer–. Te lo voy a intentar resumir –comenzó Paola–. Supongo que en su momento oíste hablar sobre la Gran Guerra.

–Sí –confirmó. ¿Quién no había oído hablar sobre aquella guerra que había asolado media Europa?

–Pues hubo una Segunda Guerra Mundial –dijo.

–¿Qué? –exclamó incrédulo–. ¿Alguien se atrevió a repetir aquel horror?

–Me temo que sí, y con una diferencia de apenas treinta años.

–No me lo puedo creer...

–Esta guerra fue peor. Europa quedó desolada.

–¿Y España? ¿Participó?

–No. Al menos, no de forma activa. Nosotros acabábamos de salir de otra guerra.

–¿Cómo que otra guerra? –preguntó horrorizado.

–Una guerra civil que desembocó en una terrible dictadura que duró más de cuarenta años.

Gonzalo apenas probó bocado después de oír todas aquellas noticias. Paola se percató de que le había afectado y trató de guiarle hacia temas más positivos.

–Pero ahora es todo mucho mejor. Hace décadas que vivimos en una democracia y la población tiene muchas más comodidades. A finales del siglo XX apareció Internet.

–¿Internet? –preguntó, sin comprender.

–Es una especie de red de comunicaciones a distancia. Te enseñaré cómo funciona, no te preocupes.

–¿Y estos aparatos? ¿Qué son? –preguntó a continuación, tomando el teléfono móvil que Paola había dejado sobre la mesa.

–Es un teléfono, pero sin cable.

–¿Entonces puedes hablar con la gente aunque no estés en casa? –Arqueó las cejas, sorprendido.

–Exacto.

–No sé si algún día podré asimilar todo esto –musitó a regañadientes.

Cuando terminaron de comer, Gonzalo fue hasta el comedor y tomó la cajita que habían rescatado de la botica entre las manos.

–¿Leemos la siguiente carta de Victoria? Quizá arroje un poco de luz sobre lo que acabamos de descubrir de la muerte de los Saavedra –dijo, intentando no pensar por un rato en todos los avances que se había perdido. Paola asintió y se sentó a su lado en el sofá.

16 de junio de 1918

Querida Malena,

Estoy cada vez más desesperada. Desde que me casé con Hernán, mi vida es un auténtico infierno. No permite que trabaje ni que me implique en los negocios de la bodega, justo de la misma forma en la que lo hacía mi padre, sólo que él es peor. Si le llevo la contraria, me golpea. Me da vergüenza confesártelo y detesto sentirme como una víctima desamparada, pero me temo que es en lo que me he convertido. Apenas he salido de la reclusión de mi habitación en todos estos meses, avergonzada por los moretones y la hinchazón de mi cara, que el maquillaje apenas consigue tapar. Sé que no soy la culpable de nada, pero consigue que me sienta mal por mi forma de comportarme. Cuando me pega, veo en sus ojos la firme convicción de que merezco ese trato. Y eso me duele más que cualquier golpe.

Pero eso no es lo peor. Hace unos días descubrí que estoy embarazada. Y no quiero tener a ese hijo, siento que me encadenaría a Hernán para siempre. ¿Qué puedo hacer, Malena? Para colmo, hace poco me encontré con Levi. Pensaba que este tiempo separados habría debilitado lo que siento por él, pero me equivocaba. Me temo que es incluso más intenso. Cuando Hernán se enteró de que fui a revisar la cosecha, montó en cólera. Tardé dos días en poder volver a salir de mi habitación. No creas que no he fantaseado con la idea de huir una y otra vez, pero no puedo abandonar las bodegas ahora. Están cambiando los pies de vid para detener la filoxera y quiero poder ver los viñedos sanos antes de marcharme. Además, ¿qué haría con este niño que estoy esperando?

Te quiere,

Victoria

Gonzalo miró a Paola con cara de circunstancias y se quedaron en silencio unos minutos, tratando de asimilar todo lo que aquellas palabras significaban.

—¿No te parece extraño? —preguntó finalmente Gonzalo.

—Me temo que en esa época era bastante habitual que los maridos...

–No todos los hombres éramos bárbaros hace cien años –soltó ofendido–, pero no me refiero a eso.

–¿A qué te refieres entonces?

–Esta carta es de un mes antes de su muerte. Según el periódico, Victoria arrastraba una pulmonía desde el invierno, pero ella no menciona en esta misiva ni en ninguna otra esa enfermedad.

–¿Crees que es mentira?

–¿Y si...? –Gonzalo se interrumpió, horrorizado por la idea que rondaba su mente–. ¿Y si fue Hernán el que acabó con ella en un ataque de ira?

Paola tragó saliva y se llevó la mano a la boca.

–D-e ser así, ¿crees que los padres de Victoria hubieran encubierto el asesinato de su propia hija y hubieran dejado las bodegas en manos de su verdugo?

–Ya. No tiene sentido. Pero, ¿qué otra cosa pudo haber pasado?

–No lo sé, quizá trató de terminar con ese embarazo no deseado y las cosas no salieron bien. Lo cierto es que cada vez me parece menos creíble la historia de una pulmonía.

Gonzalo dejó las cartas junto a las otras y fue a tomar la siguiente, pero Paola lo detuvo, colocando su mano sobre la de él.

–No –dijo–. Creo que es mejor que salgamos a dar una vuelta –sugirió Paola. Aquella historia la perturbaba, revivía en sus propias carnes lo que le había sucedido a Victoria y no podía evitar sentirse apenada por ella. Al fin y al cabo, de alguna manera, también era su propia historia. Gonzalo no insistió. Entendía perfectamente cómo debía sentirse–. Además, te prometí un paseo por la ciudad, ¿no? –añadió la chica.

El bochorno de aquella tarde de verano a Gonzalo se le antojó insoportable con su viejo traje de paño. Paola aguantó una carcajada cuando vio que Gonzalo resoplaba.

–Antes que nada, me temo que vamos a ir de compras. No puedes ir así por la vida.

Gonzalo le dedicó una mueca, pero no se quejó. La siguió por las calles empedradas del centro de la ciudad hasta una pequeña tienda de barrio, en la que la calidad de la ropa era medianamente buena para unos precios tan asequibles. Paola le mostró un par de camisetas de algodón que Gonzalo miró horrorizado.

–No voy a ponerme eso –soltó, indignado.

–Es lo que llevan los hombres hoy en día.

–Mejor esto –dijo, tomando una camisa de lino blanco entre sus manos. Paola sonrió, comprendiendo que no podía cambiar sus costumbres de la noche a la mañana.

–¿Cómo ves estos pantalones? –dijo ella poco después, acercándole un par de bermudas tipo Dockers. El rostro de Gonzalo se transformó en un gesto de sorpresa y disgusto a partes iguales.

–Tan solo los niños van con pantalones cortos –respondió. Paola soltó una carcajada. Tenía razón, en la primera mitad del siglo XX, cuando los niños llegaban a la pubertad, cambiaban los pantalones cortos por los largos para demostrar que ya eran hombres adultos. Y ya nunca volverían a usar los cortos. A Gonzalo debió de horrorizarle la idea.

–Está bien. ¿Pues estos tejanos? –consultó Paola–. Son bastante más ligeros que ese traje que llevas.

Gonzalo estudió la prenda con curiosidad y acabó asintiendo.

–Servirá.

El boticario se cambió y abandonó en aquella tienda el traje que le había acompañado durante un siglo. Tan solo se molestó en coger su viejo reloj de uno de los bolsillos del chaleco.

–¿No te da pena deshacerte de él? –preguntó Paola cuando salieron a la calle.

–No. Lo aborrezco profundamente –contestó mientras guardaba el reloj en el bolsillo de sus nuevos tejanos–. No me ha pasado nada digno de recordar mientras lo llevaba puesto –explicó–. Excepto conocerte –añadió de repente unos segundos después.

Paola levantó la vista hasta él y sintió cómo el rubor subía por sus pálidas

mejillas. Sonrió tímidamente, sin saber qué contestar.

–¿Quieres ir al mirador? Desde allí hay las mejores vistas de la ciudad – acabó diciendo la joven, aclarándose la garganta nerviosamente. Gonzalo asintió y avanzaron por una cuesta que los llevó hasta la parte alta de la urbe. Allí arriba, una valla de madera protegía a los incautos que se asomaran demasiado por aquel precipicio desde el que podía atisbarse la inmensidad de aquella ciudad.

–Ha crecido muchísimo –comentó Gonzalo, impresionado–. Cuando subía aquí, la mayor parte de lo que había abajo eran campos.

–¿Solías venir por el mirador? –preguntó Paola con curiosidad, sentándose sobre la barandilla. Gonzalo se sentó a su lado y se tomó un tiempo para responder, como si estuviera analizando qué debía y no debía decir.

–Sí, con Malena –acabó contestando, desviando la mirada. A Paola no le extrañó. Aquel era uno de los lugares más románticos de la ciudad. Sobre todo, en los atardeceres de verano como aquel, cuando las luces de la metrópoli empezaban a encenderse dándole la bienvenida a la noche. Alguien había colocado unas bombillas que colgaban de unos bonitos cordeles de colores alrededor del mirador, que se encendieron justo en aquel momento, dotándolo de un ambiente todavía más íntimo.

–¿Prefieres que vayamos a otro sitio?

–No –contestó él, con la mirada perdida en el horizonte–. Lo cierto es que parece un lugar completamente distinto. Es como si no quedara nada del tiempo del que vengo, tan solo yo.

Paola alargó su mano hasta tocar la de Gonzalo. Él la tomó entre las suyas y la miró a los ojos.

–¿Qué va a ser de mí ahora? –preguntó, sin esperar una respuesta–. He tenido cien años para pensar en qué podría hacer con mi libertad, pero lo cierto es que no me atrevía ni siquiera a fantasear con la idea de salir de aquel lugar algún día.

–Quizá puedas abrir una nueva farmacia –sugirió Paola.

–¡Ni hablar! No quiero saber nada más sobre boticas.

–Entonces, quizá podrías estudiar historia. Está claro que eres un experto

en los inicios del siglo XX.

Gonzalo se quedó pensativo.

–Pues no es mala idea –concluyó. Siempre le había gustado la historia, y sería una buena manera de ponerse al día.

–¿Lo ves? Siempre hay solución –repuso Paola, con una sonrisa. Gonzalo bajó la vista, reprimiendo las ganas de besarla. Se puso en pie.

–¿Te apetece cenar algo? –preguntó él.

–¿Me invitas? –contestó ella, descarada.

–Me temo que mi dinero ya no sirve en esta época –dijo riendo, sacando un viejo billete de la cartera. Paola lo cazó al vuelo y lo miró. Se trataba de un billete de mil pesetas de 1918, en perfecto estado de conservación.

–Oye, pues podrían darte una pequeña fortuna por esto.

–¿De veras?

–Sí. Estoy casi segura –dijo, devolviéndole el billete–. Guárdalo bien. Y no te preocupes, esta noche invito yo.

–Pero no es de caballeros que una dama pague por una cena –protestó. Paola soltó una carcajada.

–Gonzalo, los tiempos han cambiado –replicó, empezando a caminar. Gonzalo la siguió en silencio, no del todo convencido de que ella asumiera aquel gasto.

Era sábado y las calles estaban atestadas de gente. Entraron a preguntar en un par o tres de restaurantes, pero estaba todo lleno. Finalmente, encontraron un bonito restaurante hindú cerca de casa de Paola que tenía una mesa libre para dos. Gonzalo entró no muy convencido en aquel ambiente exótico iluminado por lámparas rojizas y repleto de alfombras con cenefas y cojines. Cuando les trajeron la carta, la leyó haciendo gestos extraños.

–¿Qué es el curry?

–Claro, no había este tipo de restaurantes en tu época, ¿no? –preguntó riendo.

–No te rías, llevo todo el día sintiéndome estúpido –se quejó, aunque sus ojos divertidos indicaban que no estaba tan molesto. En realidad, estaba

siendo una de las noches más especiales que podía recordar. Hacía tiempo que no se sentía tan vivo.

Finalmente, Paola escogió por él. Gonzalo probó el plato con ciertas reticencias, pero después de degustarlo durante unos segundos, acabó asintiendo.

–Es un sabor nuevo para mí –concluyó–, pero creo que me gusta.

Hablaron de todo y de nada. En ocasiones, Paola adivinaba los ojos de Gonzalo sobre ella y sentía unos cosquilleos en la boca del estómago que nada tenían que ver con el picante. Él, trataba de disimular la turbación que sentía cuando ella le sonreía y el sofoco que le entraba cada vez que sus manos se rozaban accidentalmente sobre la mesa.

Cuando llegaron a casa de Paola, un silencio incómodo se había apoderado del ambiente. Gonzalo decidió romperlo, incapaz de aguantar más aquella tensión.

–Me ha encantado redescubrir la ciudad contigo –dijo–. Gracias.

Gonzalo era mucho más alto que ella y Paola tuvo que levantar bastante la cabeza para tratar de discernir lo que estaban pensando aquellos ojos grises. Sin embargo, eran inescrutables. Aquello le pareció todavía más irresistible. Resiguió con su mirada el rostro perfecto del farmacéutico y se detuvo en sus labios. Gonzalo se quedó inmóvil, descubriendo el camino que habían seguido los ojos de Paola. Aunque se moría de ganas de besarla, no se movió. No quería incomodarla cuando estaban a solas en su casa. Paola, harta de sus titubeos, alzó la barbilla y lo agarró de la nuca para que se agachara hasta ella. Sus labios se encontraron en un beso dulce, pero comedido. Gonzalo ni siquiera se atrevió a abrazarla. Al cabo de unos segundos, tomó aire y reunió el valor para separarse de ella.

–Lo siento, no debería... –se disculpó Gonzalo, sintiéndose culpable. Paola se puso de puntillas y lo besó de nuevo, esta vez con menos reparos. El farmacéutico acabó acorralado contra la pared de la entrada. Trató en numerosas ocasiones de apartar sus propias manos de la cintura de Paola, pero su cuerpo no le obedecía. La abrazaba con fuerza, como si temiera el momento en el que se separara de él. También intentó inútilmente que sus labios se despegaran de los de ella, pero no podía evitar que respondieran con más avidez a los besos que ella le daba. Hubo momentos en los que creyó que se

abandonaría a aquella pasión arrolladora. Sin embargo, logró separarse de ella en el último momento.

–No estamos casados, no puedo hacer esto –murmuró con la respiración agitada.

Paola, que había notado sus reticencias iniciales, sonrió con dulzura.

–¿Es eso lo que te preocupa? –Gonzalo asintió, avergonzado. Y se apartó de ella–. Las cosas son distintas ahora, Gonzalo. Nadie va a juzgarnos por esto –explicó Paola, acercándose lentamente a él, que se había refugiado en el salón.

–Las cosas no han cambiado para mí, Paola. Tengo mis principios –dijo, dejándose caer sobre el sofá, ligeramente enfurruñado. Estaba molesto con ella, por volverle loco de una manera prácticamente incontrolable.

La joven no supo qué contestar a aquello y se sentó a su lado.

–Lo siento, no quería incomodarte –respondió, poniendo una mano sobre la de él. Gonzalo sintió de nuevo aquella oleada de calor recorriendo sus entrañas al sentir la piel de la joven otra vez. Cerró los ojos, tratando de calmarse, pero finalmente se rindió a lo que sentía. Se abalanzó sobre ella y cubrió sus labios con los suyos. Paola lo agarró con fuerza, temiendo que se lo pensara mejor. Gonzalo se separó de ella y Paola protestó con un gruñido. Sin embargo, esta vez no fue para hablar. Gonzalo la tomó en brazos y la llevó hasta la habitación con delicadeza, como si se tratara de una princesa. Paola llegó a la conclusión de que le encantaban aquellos resquicios de otra época que se habían perdido con el paso del tiempo, pero que habían sobrevivido en Gonzalo. La depositó sobre la cama y la miró unos instantes, como si estuviera tomando consciencia de lo que hacía. Paola lo agarró de la camisa y lo atrajo hacia ella, para que dejara de pensar. Gonzalo se perdió en sus besos y acarició su cuerpo con reverencia. Paola le desabrochó la camisa y recorrió su torso con las manos. Había deseado acariciarlo así casi desde el primer día. Él se disponía a quitarle el vestido, pero dudó y se quedó quieto.

–¿Quieres que apague la luz? –preguntó.

–No –susurró ella, mirándole a los ojos.

Hicieron el amor durante toda la noche, olvidándose por fin de los remordimientos y de cualquier eco del pasado.

CAPÍTULO 34

17 de junio de 1918

Victoria bajó del caballo y retiró la silla del lomo de Petra con calma. Suspiró aliviada, hablar con Rodrigo la había tranquilizado un poco. Cuando fue a guardar la silla, se percató de que no estaba sola. Hernán la estaba esperando en la entrada de los establos. Aquellos pequeños ojos fríos la hicieron temblar de miedo. Estaba en completo silencio y aquello la inquietó aún más. Generalmente, cuando estaba furioso, Hernán gritaba y golpeaba todo cuanto había a su alrededor. Sin embargo, esta vez, tan sólo sus ojos incendiados anunciaban la tormenta.

–¿Dónde has estado? –inquirió unos segundos después.

–En el pueblo. –Era inútil mentir. Hernán tenía numerosos contactos allí. Cualquiera de ellos podía contarle la verdad y las consecuencias por engañarle serían mucho peores.

No le dio tiempo ni a verlo venir. Fue un golpe seco que retumbó en sus oídos como si hubieran lanzado una bomba justo a su lado. Miró aterrada a Hernán, sin comprender a qué venía tanta violencia. Pronto le reveló el motivo de su furia.

–¿Cuántas veces te he dicho que no vayas a ningún sitio sola? ¡Tu deber es cuidar de la casa! No ir andando por ahí como si fueras una cualquiera –escupió con desprecio.

–Tan sólo quería hablar con Rodrigo –murmuró con un hilo de voz.

Otro golpe.

–¿Y ese quién diablos es? –Las lágrimas de Victoria empezaron a resbalar por sus mejillas. Sin embargo, aquello no ablandó a Hernán.

–Es el antiguo sumiller, se jubiló y...

–¿Y que se supone que tienes que tratar con un viejo que ya ni siquiera trabaja aquí? –la interrumpió.

–¡No hables así de él! –espetó ofendida.

Esta vez la golpeó incluso con más furia. Victoria cayó al suelo y se llevó la mano la cara. En aquel momento, supo que su ojo estaría morado durante

días.

–Tú no me vas a decir lo que tengo que hacer –gruñó Hernán.

–¡Eres despreciable! –gritó Victoria entre llantos.

Hernán la levantó con rabia tomándola del brazo y la lanzó dentro de una cuadra vacía. Agarró un palo que había colgando de la pared y la golpeó una y otra vez. Victoria perdió la cuenta de los golpes y cerró los ojos, abandonándose a su suerte. Si la mataba, al menos terminaría por fin con aquel calvario.

Sofía estaba preocupada. Llevaba todo el día sin ver a Victoria. Sospechaba que era otra de aquellas excursiones ilícitas que la joven solía hacer a lomos de su yegua por la ciudad o por el campo. Sin embargo, jamás lo alargaba hasta el anochecer. El sol ya se había puesto hacía un par de horas y Victoria seguía sin aparecer. ¿Y si le había pasado algo? ¿Y si se había caído del caballo y estaba tirada en algún rincón de aquellos peligrosos montes? La criada dirigió sus pasos hacia el establo, con decisión. Necesitaba comprobar si Petra se hallaba o no en su cuadra. Solo así sabría si tenía que avisar a los señores de que lanzaran una partida de búsqueda por la zona para encontrar a la muchacha. Respiró aliviada al comprobar que la yegua estaba en su sitio, aunque parecía algo inquieta.

–Estás aquí, grandullona... –dijo con una sonrisa, acariciándole el morro—. ¿Dónde se habrá metido tu dueña? –preguntó con una mueca de disgusto. Escuchó un ruido a sus espaldas y se giró asustada. A aquellas horas, los mozos de cuadra ya se habían marchado a sus casas.

–¿Quién anda ahí? –preguntó con voz aguda, asustada. Nadie contestó. Salió de la cuadra de Petra en busca del origen de aquel extraño sonido, que se asemejaba al que hacían los sacos de heno que solían arrastrar los trabajadores. Cuando descubrió de dónde provenía, se quedó petrificada. Victoria se encontraba tendida en el suelo, cubierta de sangre. Se arrastraba débilmente hacia ella, emitiendo un gímoteo suplicante.

–¡Dios mío, señorita! –gritó, agachándose para auxiliarla—. ¿Qué le ha pasado? –No obtuvo respuesta. Victoria la miró con los ojos hinchados durante un segundo y después, perdió la conciencia.

19 de junio de 1918

El sol ya empezaba a calentar aquella fría casa, estaban cerca del solsticio de verano y las largas horas de luz parecían mejorar el humor de los trabajadores. Se escuchaban risas y trajín a todas horas, hasta que alguno de los señores aparecía en escena. Entonces, las sonrisas quedaban congeladas en los labios de los sirvientes, que sostenían la respiración sin atreverse a levantar la mirada. Nadie sabía qué había pasado exactamente, pero habían encontrado a la señorita Victoria malherida. Había sufrido algún tipo de accidente. Ya hacía dos días de aquello, y la joven todavía no había despertado. Julián estaba incluso más tenso y gruñón que de costumbre, e Inés no se había apartado del lecho de su hija en todo el tiempo. Hernán, por su parte, pululaba por la casa como si nada. La mayoría se preguntaba cómo podía parecer tan indiferente al sufrimiento de su esposa, que recibía cuidados constantes por parte de los médicos.

Sofía salió de la habitación de Victoria con paños húmedos y el rostro desencajado. Alguien la tomó bruscamente del brazo y se sobresaltó. Se encontró con los grandes ojos de Levi, todavía más oscurecidos por la preocupación.

—¿Cómo está Victoria? —preguntó en un susurro—. ¿Qué le ha pasado?

—No puedo decir nada. Lo siento —musitó.

—Por favor, Sofía. Necesito saber que está bien. Por favor —suplicó.

La criada lo miró conmovida y lo apartó del pasillo, para llevarlo a un rincón más tranquilo de la casa.

—Acaba de despertar. —Levi respiró aliviado—. Pero... —se calló, insegura sobre cómo seguir. El sumiller dirigió su mirada hacia la palangana con paños manchados de sangre que sostenía bajo el brazo.

—¿Está herida? —Sofía asintió, incapaz de decirle la verdad—. ¿Se recuperará? —continuó con un hilo de voz.

—Creen que sí.

–¿Creen? –murmuró aterrorizado.

–Lo siento, no puedo decirte nada más –cortó, marchándose rápidamente escaleras abajo, dejándolo completamente desolado en el pasillo.

21 de junio de 1918

Victoria abrió los ojos y trató de enfocar a su alrededor. Se encontró con la mirada vidriosa de su madre, que sostenía su mano con dulzura y firmeza. A su lado, estaba Julián, dando vueltas por la habitación nerviosamente.

–Buenos días, cariño –dijo su madre, suavemente.

–Mamá... ¿qué ha pasado? –preguntó, recordando entre nebulosas lo que había sucedido en el establo.

–Sofía te encontró malherida. Ahora tienes que descansar mucho para recuperarte.

–¿Y...? –Victoria dejó la pregunta en el aire, pero se llevó la mano al vientre. Su madre bajó la mirada y negó ligeramente con la cabeza.

Victoria sintió que se le entrecortaba la respiración. Se sorprendió al descubrir sus propios ojos repletos de lágrimas. ¿Por qué lloraba? No lo había querido, no había querido aquel embarazo, ni aquel niño. Entonces, ¿por qué de repente se sentía tan sola, tan desamparada? Pensaba que en un caso así habría sentido alivio, pero tan solo sintió desazón.

–Cariño, el médico dice que estás sana. Podrás tener más niños.

–Déjanos solos –espetó Julián de repente. Inés lo miró con desaprobación.

–Necesita descansar.

–Te he dicho que salgas –insistió, apretando las mandíbulas.

–No te preocupes, mamá –le dijo Victoria, dándole suaves golpecitos en la mano–. Estaré bien.

Inés asintió y salió de la habitación, mirando a Julián con un desprecio que él ignoró deliberadamente.

–Jamás pensé que serías tan irresponsable –soltó Julián cuando se quedaron solos, observando a su hija con dureza. Victoria le devolvió la mirada sin comprender–. ¿Cómo se te ocurre montar a caballo en tu estado? –

gritó—. Mi nieto está muerto por tu culpa.

Victoria empezó a sollozar, incapaz de hablar. No podía decirle que no había sido Petra ni su imprudencia lo que habían acabado con aquel bebé, sino Hernán, que casi la había matado a golpes.

—Pero... —balbuceó.

—¿No pensaste en que podría pasar algo así? Es fácil caerse del caballo, Victoria. Deberías saberlo a estas alturas. —La joven lo miró estupefacta. ¿Era eso lo que Hernán les había hecho creer? ¿Que había caído del caballo?—. Eres igual que tu madre. Hacéis lo que os viene en gana y después tenemos que responsabilizarnos los demás de vuestros entuertos —gruñó finalmente, saliendo de la habitación dando un portazo.

Victoria rompió a llorar con más fuerza, sintiéndose la persona más desdichada del mundo. Inés entró rápidamente en la habitación.

—¿Qué te ha dicho ese insensible? —murmuró, abrazándola—. Lo siento tanto, Victoria —susurró, acunándola. La joven se calmó un poco—. Jamás debí dejar que te casaras con él. —Victoria se separó de su madre y la miró fijamente, sin entender por qué ahora se ponía de su lado—. Quizá Hernán haya conseguido engañar a tu padre, pero lamentablemente sé reconocer ese tipo de golpes. Y no se hacen al caer de un caballo. —Victoria se tapó la boca, horrorizada, leyendo entre líneas lo que aquello significaba—. Pensé que Hernán sería un buen marido, pero me equivoqué, y no sabes cuánto lo lamento. No puedes quedarte con él, cariño. No quiero que vivas una vida miserable como la mía.

—Pero pensé que tú...

—Tan solo estoy con Julián por miedo, Victoria. Él no sabe amar —confesó, retirando con cuidado el cabello del rostro magullado de su hija—. Tan solo sabe poseer. Igual que Hernán.

—¿Me ayudarás? —murmuró con un hilo de voz. Su madre asintió.

—Te ayudaré a escapar. Rodrigo nos asistirá.

—¿Rodrigo? —preguntó ligeramente desconcertada.

—Sí. Ya he hablado con él. En cuanto te recuperes, diremos que tienes que ir al pueblo para visitar al médico. Deberás ocultar tu identidad durante el

camino y, cuando llegues, te esconderás unos días en casa de Rodrigo. Después, cuando las cosas se calmen, podrás marcharte bien lejos –continuó, contándole el plan que había estado tramando mientras rezaba por que abriera los ojos de nuevo–. A veces me pregunto qué hubiera sido de nosotras si hubiera actuado distinto, si hubiera seguido a mi corazón.

–¿A qué te refieres, mamá?

–Creo que es justo que lo sepas. No tiene sentido seguir ocultándotelo si vas a marcharte.

–Me estás asustando, ¿qué pasa?

–Rodrigo es tu verdadero padre, Victoria–. La joven abrió la boca, tratando de decir algo, pero no fue capaz. Ahora empezaba a comprender muchas cosas. Por qué siempre la había tratado como a una hija. Por qué había velado tanto por ella. Por qué iba a ayudarla ahora, cuando más lo necesitaba–. Siento haberte mentido todos estos años, pero si Julián llegara a saber la verdad...

–Nunca lo sabrá –logró decir al fin, sin salir de su asombro todavía.

CAPÍTULO 35

13 de agosto de 2018

Paola se despertó algo desorientada, como si lo que había vivido la noche anterior fuera un sueño. Jamás se había sentido así antes, y temía que aquella felicidad se evaporara como las nubes en el aire. Se relajó al ver a Gonzalo a su lado, completamente dormido. Retiró un mechón de cabello castaño que caía por encima de sus ojos. Se preguntó qué sería de él. Le había animado a seguir adelante, a buscar una nueva profesión, pero la realidad la asustaba mucho más de lo que se atrevía a reconocer. Gonzalo era un hombre de ciento treinta años. Era imposible que viera el mundo como lo hacían los demás. ¿Y si no conseguía adaptarse nunca a los tiempos actuales?

Se incorporó en la cama, tratando de quitarse aquellos miedos de encima y tomó el teléfono móvil de la mesita de noche. Hacía días que no sabía nada de Lorenzo. Quería explicarle los avances que había hecho en la investigación. Tecléo un mensaje a toda velocidad: «Buenos días, Lorenzo. Tengo nueva información. ¿Cuándo te va bien que nos veamos?». La respuesta no se hizo esperar. «Hola, Paola. Estoy de vacaciones, así que no estaré en la oficina. Puedes venir a mi casa. Conde de Aranda, 2. ¿A las 11? » Paola miró el reloj. Eran las nueve. «Allí estaré». Se dio una buena ducha y se arregló con calma, tratando de no hacer ruido para no despertar a Gonzalo. Sin embargo, cuando estaba eligiendo qué vestido ponerse de su armario, un susurro en su oído la sobresaltó.

–Buenos días, Paola –dijo Gonzalo a sus espaldas, rodeándola con suavidad por la cintura. La joven sintió que su corazón se aceleraba de nuevo. Él la besó en el cuello y la chica cerró los ojos, acariciando con suavidad su nuca.

–Tengo que irme... –murmuró.

–No te vayas –ronroneó él, sin dejar de abrazarla. Paola rió.

–Me harás llegar tarde –añadió, aunque en sus palabras no había ni pizca de reproche. Gonzalo la dejó ir, fingiendo cara de fastidio.

–¿Quieres desayunar algo antes? –preguntó él.

–Sí, comamos algo juntos.

Gonzalo preparó con habilidad un par de cafés y unas tostadas y Paola observó con admiración la velocidad con la que había aprendido a desenvolverse con los aparatos del siglo XXI. Casi se sintió estúpida por haber tenido miedo de cómo se adaptaría a aquella época.

–¿Adónde tienes que ir? –preguntó Gonzalo despreocupadamente, dándole un bocado a la tostada.

–Voy a ver a Lorenzo –explicó Paola–. Quiero contarle lo que hemos descubierto.

Gonzalo apretó los labios en una fina línea y se mordió la lengua. Se moría de ganas de preguntarle qué había entre ellos y por qué no podía acompañarla, pero no dijo nada. No quería agobiarla. Era consciente de que las cosas habían cambiado en esa época y no quería parecer un carcamal. Acabó asintiendo, pero bajó la mirada, incómodo. Paola puso una mano sobre la de él.

–Vendré a la hora de comer –le dijo. La mirada de Gonzalo se iluminó de nuevo y dejó a un lado sus inseguridades.

Paola admiró aquel edificio de la calle Conde de Aranda. Como todo lo que pertenecía a Lorenzo, rezumaba lujo y un cierto punto de oscuridad. Respiró hondo y llamó al timbre.

Cuando llegó al rellano del piso principal, observó con asombro aquellas cenefas que decoraban las paredes del edificio. La puerta se abrió y se encontró con los ojos oscuros de Lorenzo, que le parecieron algo más misteriosos incluso de lo que era habitual.

–Buenos días, Paola –dijo con voz grave. La joven se acercó hasta él y le dio un par de besos.

–Hacía días que no nos veíamos –comentó la chica.

–Sí, unos pocos –contestó, haciéndola pasar. Paola estudió maravillada los muebles de madera de roble que decoraban con solera toda la casa. Trató de evitar parecer demasiado abrumada por aquella muestra de ostentación–. En realidad, fui a verte hace un par de días –añadió el hipnotista.

–Sí, Gonzalo me lo dijo.

–No quiero parecer entrometido, pero ¿quién es ese hombre? –preguntó—. ¿Es tu pareja? –Paola lo miró sorprendida. No le parecía propio de él aquel tipo de preguntas. Solía ser discreto.

–Es un amigo –acabó diciendo en voz baja, no muy segura de cómo clasificar su relación con Gonzalo. Lorenzo asintió, pero saltaba a la vista que no lo había convencido.

–Vayamos al salón. –La guió por un pasillo que se le antojó eterno hasta un sofá que parecía una antigüedad del siglo pasado. Se sentaron—. ¿Quieres tomar algo?

–No, gracias. Acabo de desayunar. –Lorenzo asintió.

–¿Y bien? ¿Qué es lo que has descubierto?

–¿Recuerdas aquellas cartas de las que te hablé? Las que eran de Victoria.

–Sí, cómo iba a olvidarlo.

–Pues las estuve leyendo y hay varias cosas que me resultan sospechosas. No me parece normal que tan solo un mes antes de su muerte, Victoria no mencionara en ningún momento la supuesta pulmonía que sufría. Si realmente la arrastraba desde el invierno, debía de estar por aquel entonces ya muy enferma.

–¿Crees que su muerte fue por otra causa?

–Estoy convencida. Tengo dos hipótesis.

–Bien. ¿Cuál es la primera?

–Al parecer, Hernán la maltrataba. Quizá en un ataque de celos acabó con ella.

–Ese desgraciado... –masculló Lorenzo entre dientes. A Paola le sorprendió la rabia con la que soltó aquellas palabras.

–Pero hay otra posibilidad –añadió.

–¿Otra posibilidad?

–Victoria estaba embarazada.

–¿Qué? –Lorenzo pareció horrorizado por aquella noticia.

–Eso parece. En las cartas dice que no quería tener a ese niño. Quizá

intentara deshacerse de él y las cosas se torcieran.

–No creo que Victoria... –murmuró desorientado.

–No lo sé, pero hay algo que de algún modo siento en mi interior, Lorenzo. No puedo recordarlo, pero sé que Victoria no murió como dicen.

Lorenzo asintió y bajó la mirada, parecía incómodo con aquella conversación. Paola miró el reloj. Ya era casi la hora de comer. Se puso en pie, dispuesta a marcharse.

–Será mejor que vuelva a casa.

El hipnotista se levantó para guiarla hasta la puerta, pero Paola se detuvo de repente en medio del comedor. Sus ojos estaban clavados en una botella de vino que se encontraba en una de las estanterías. Se acercó hasta ella. Observó el dedo de polvo que acumulaba, como si se tratara de una reliquia. La acarició con cuidado y su dedo quedó marcado en la etiqueta. Arrugó las cejas, sin comprender. *Bodegas Saavedra. Cosecha Premium.* Releyó aquellas palabras una y otra vez, tratando de comprender qué hacía aquella botella allí. Se giró hacia Lorenzo, que se había quedado donde estaba.

–¿Qué significa esto? –preguntó, desconcertada.

–La compré en las bodegas –explicó, encogiéndose de hombros.

Paola asintió, sintiéndose estúpida. Claro. En una de sus visitas se habría hecho con un ejemplar. Sin embargo, cuando se preguntó en qué momento la habría comprado, no fue capaz de recordarlo.

Gonzalo miraba el paisaje urbano que se veía desde el pequeño balcón del piso de Paola, sentado en una bonita butaca de mimbre. Jugeteaba con aquella misteriosa carta, que bailaba impacientemente de una mano a la otra. *Para Gonzalo.* ¿Qué le habría querido decir Malena en aquella misiva? ¿Serían palabras de reproche? ¿Palabras de amor? No había logrado reunir el valor suficiente para abrirla todavía. Sin embargo, sentía que al no hacerlo le estaba fallando de nuevo a la que un día había sido su esposa. Después de todo aquel tiempo, su sonrisa le parecía un recuerdo lejano, y se sentía culpable por ello. Malena había sido la mujer de su vida. ¿En qué lugar dejaba aquello a Paola? No podía negar que aquella joven había llegado a su vida como un soplo de aire fresco. La intensidad de lo que sentía cuando estaba con ella era

innegable. Sin embargo, ¿sería capaz de dejar atrás el recuerdo de Malena? ¿Conseguiría deshacerse de la idea de que el amor duraba para siempre para intentarlo con una mujer a la que le sacaba más de un siglo de edad? Se pasó la mano por el pelo, inquieto. Entonces sus dedos se deslizaron por el sobre y quitaron el sello que lo había cerrado durante tantos años. Un ligero temblor se apoderó de sus manos mientras desplegaba la carta.

16 de diciembre de 1972

Querido Gonzalo,

Te he odiado. No sabes cuánto te he odiado. He vivido todos estos años sin entender qué nos pasó. Éramos felices, ¿no crees? Entonces, ¿por qué lo hiciste? ¿Por qué desapareciste de la noche a la mañana? ¿Por qué me abandonaste? Nunca lo entendí. Al principio pensé que quizá tenías problemas de dinero, alguna deuda que no pudiste pagar. Fantaseaba con la idea de que habías huido para protegerme. Sin embargo, con el paso de los años, dejé de tener la esperanza de que algún día volvieras a buscarme. No te mentaré. No te esperé. Estaba despechada. Herida. El hombre al que amaba y veneraba me había abandonado sin tan siquiera darme una explicación. Me casé pronto. Maximiliano siempre me trató bien y comprendió desde el primer día que jamás podría tener mi corazón. Un desalmado boticario me lo había robado años atrás y se había fugado con él. Tampoco te diré que me sentí miserable toda mi vida. Fui feliz a ratos. Mis hijas me ayudaron a olvidar el dolor por una pérdida que nunca pude llorar realmente.

A veces me sentía culpable por odiarte. ¿Y si algo malo te había sucedido? ¿Y si habías muerto en uno de aquellos peligrosos caminos que a veces recorrías para llevar medicinas a pueblos lejanos? Cuando esa sensación me consumía por dentro, acudía a la calle donde habías tenido tu farmacia. Ver aquella pared tapiada me recordaba que había sido una decisión premeditada, no habías sufrido ningún accidente fortuito. Habías tenido tiempo para cerrar tu tienda, para esconderla de tal modo que quizá algún día todo el mundo olvidara que habías existido. Pero yo nunca pude olvidarte, Gonzalo. Te odié tan intensamente como te amé. Y ahora, a las puertas de la muerte, de nuevo me encuentro pensando en ti. Nunca nadie volvió a oír de aquel

atractivo boticario. Hubo momentos en los que incluso llegué a pensar que te había soñado, que aquella vida a tu lado había sido una ilusión. Pero no. Sé que exististe y siento en mis entrañas que sigues vivo en algún lugar. Si hubieras muerto, lo sabría. Si algún día lees estas palabras, probablemente yo ya habré partido. Ya sabes lo que dicen, el odio es el sentimiento más parecido al amor. Y no quiero marcharme de este mundo odiándote, así que he decidido marcharme recordando mi amor por ti.

*Tuya siempre,
Malena*

Gonzalo notó el calor de las lágrimas recorriendo sus mejillas. Cerró los ojos, sintiendo que algo en su interior se rompía al leer aquellas palabras. Se aferró a la carta con fuerza, como si aquello, de algún modo, pudiera acercarlo a ella. Hubiera dado lo que fuera con tal de poder decirle a Malena que la había amado. Que no la había abandonado nunca. Que todo había sido fruto de una maldita maldición.

CAPÍTULO 36

25 de junio de 1918

Victoria pudo levantarse de la cama casi una semana después de despertar. Parecía un fantasma. El único color que había sobrevivido en su rostro era el de los cardenales. Sofía le había colocado compresas frías para bajar la inflamación en todos los puntos en los que Hernán le había golpeado, pero todavía se sentía hinchada y adolorida. Sin embargo, no eran los moratones lo que más le dolía. Era saber que había perdido a su hijo, a un ser indefenso al que ni siquiera ella había tenido tiempo de empezar a querer. Un hijo del que ya nadie sabría nunca nada. Ella, Sofía y sus padres se llevarían aquel secreto a la tumba. Nadie más debía saberlo. Su madre había estado a su lado todo el tiempo, susurrándole palabras de aliento para ayudarla a superar aquella tragedia. Sin embargo, aquella tarde, Inés había ido al pueblo a buscar provisiones que ayudaran a su hija a recuperarse pronto.

–¿Adónde va, señorita? –preguntó Sofía alarmada, ayudándola a incorporarse.

–Estoy harta de estar aquí encerrada –dijo con voz ronca, mientras se colocaba un vestido ancho con ciertas dificultades.

–Es demasiado pronto para que se ponga en pie –protestó la criada.

–Necesito que me de el aire –insistió.

–Por lo menos deje que la acompañe –musitó la joven.

–No. Quiero estar sola –contestó Victoria.

–Si su madre se entera de que...

–Mi madre no se enterará si tú no se lo dices –soltó, saliendo por la puerta.

Victoria quiso sonreír cuando vio que los pies de vid americanos estaban ya prácticamente instalados en toda la plantación, pero no pudo. Aquellas bodegas le habían costado su felicidad y la vida de su hijo. Si no hubiera sido por la plaga de filoxera, probablemente su vida hubiera sido muy distinta. Paseó entre los viñedos observando con melancolía el atardecer. Cerró los ojos y respiró el aroma a tierra. Se quedó quieta unos instantes, tratando de encontrarle un sentido a su desgraciada existencia. ¿Cambiaría algo en el

mundo si ella no despertaba al día siguiente?

–Victoria... –Un susurro casi imperceptible le hizo abrir los ojos. Se volvió hacia la voz y se encontró con Levi, parado en medio del pasillo que formaban las vides. La joven le dedicó una sonrisa triste. Él se acercó lentamente y la observó horrorizado. No dijo nada durante unos minutos. Tan solo alargó la mano hacia ella y acarició con cuidado su rostro magullado. Se agachó ligeramente y besó su cabello enredado, que caía desordenadamente sobre sus hombros–. ¿Qué te ha pasado, Victoria? –susurró, abrazándola con ternura. La joven rompió a llorar por todo lo que había perdido y se rindió en sus brazos, aferrándose a lo único hermoso que quedaba para ella en ese mundo. Él.

–Me caí –acabó diciendo. Levi se alejó y Victoria sintió que le dolía separarse de él.

–No te creo –repuso él, clavando sus intensos ojos oscuros en sus cardenales. Victoria bajó la mirada y se encogió de hombros, incapaz de confesarle la verdad. Le dolía demasiado admitir ante él que casarse con Hernán había sido el mayor error de su vida–. ¿Ha sido él? –preguntó de repente.

Victoria lo miró con pánico en los ojos. Levi se percató enseguida de que el miedo la había delatado. Apretó las mandíbulas y empezó a andar a pasos agigantados hacia la casa.

–Ese desgraciado... –gruñó, apretando los puños.

–¡Levi, no! –gritó Victoria a sus espaldas. Al ver que el hombre no se detenía en su carrera hacia la casa principal, la joven se apresuró como pudo y lo detuvo por el brazo. Levi la miró iracundo.

–¡Tiene que pagar por lo que te ha hecho! –dijo casi gritando.

–No, escúchame –suplicó Victoria, tomando su rostro entre las manos–. No lo hagas.

–¿Por qué defiendes a ese animal? –preguntó horrorizado.

–No lo defiendo, pero ¿qué crees que hará si le acusas de algo así? –Levi se mantuvo callado–. ¿Crees que lo admitirá? Lo único que hará será arruinarte la vida a ti también, Levi.

–Me da igual lo que me haga, Victoria. ¿Todavía no has entendido que tan solo hay una cosa que me importa en este mundo? –contestó, acariciando su mejilla.

–Entonces, hazlo por mí. No vayas. Si lo haces, la furia de Hernán recaerá sobre mí, por habértelo contado.

Levi miró al cielo exasperado.

–No puedo dejar que vuelvas con él, Victoria.

–Tan solo serán unos días más –contestó la joven en un susurro.

–¿Unos días más? –preguntó él, sin comprender.

Victoria miró hacia los lados y vio que todavía quedaban un par de trabajadores en los campos. Aunque estaban lejos, no quería arriesgarse a que nadie escuchara su plan. Agarró a Levi de la mano y lo llevó hacia el interior de las bodegas. Caminaron en silencio hasta la habitación que Levi se había preparado en la planta baja de las bodegas. Entraron y la chica cerró la puerta tras ella.

–¿Qué pasa? –preguntó él.

–Voy a marcharme.

–¿Cómo?

–No puedo soportarlo más, Levi. No es la primera vez que Hernán hace algo así...

–¿Qué? –espetó-. ¿Por qué no me lo has contado antes?

–¿Qué querías que te dijera, Levi? ¿Qué te había dejado para casarme con un hombre que no sabe amarse más que a sí mismo?

–Dios mío, Victoria –murmuró furioso-. Te habría ayudado.

–Me dolía demasiado reconocerlo. Lo siento tanto, Levi.

–Esto no es culpa tuya. ¿Me oyes? –dijo, acariciándole al pelo y obligándola a mirarle-. Aquí tan solo hay un culpable. Debes denunciarle.

–No serviría de nada. Tiene demasiados contactos.

–¡Pero no puedo quedarme de brazos cruzados! Si vuelve a tocarte... –murmuró con ojos amenazadores.

–No lo haré. Mi madre va a ayudarme a salir de aquí sin que Hernán lo sepa.

–¿Tu madre?

–Ella lo sabe todo.

Levi asintió.

–¿Y cómo vas a hacerlo?

–Mañana iré al pueblo con la excusa de ir a ver al médico. Mi madre me cubrirá las espaldas. Cuando llegue, me quedaré en casa de Rodrigo hasta que las cosas se calmen y dejen de buscarme.

–Está bien. Cuando te marches, espérame en casa del viejo sumiller. Vendré a por ti.

–¿Qué?

–Déjame marcharme contigo –le dijo. Victoria quiso interrumpirle, pero él la frenó poniendo un dedo sobre sus labios–. Recuerdo perfectamente lo que me dijiste. Sé que no sientes lo mismo que yo y no te pediré nada a cambio. Tan solo quiero asegurarme de que estás bien.

–Aquel día... –murmuró Victoria, bajando la mirada–. Te mentí.

–¿Qué? –preguntó atónito.

–Te quiero, Levi –confesó en un murmullo casi imperceptible.

Él se quedó parado frente a ella, observándola con una mezcla de sentimientos en el rostro.

–¿Por qué? ¿Por qué hiciste algo así? –preguntó finalmente. Las lágrimas empezaron a caer por el rostro de Victoria.

–Sabía que si te decía la verdad, jamás hubieras permitido aquella boda. – Levi se pasó la mano por la cara, nervioso.

–¿Por supuesto que no la hubiera permitido! –espetó ofendido.

–Lo siento –musitó.

Se quedaron en silencio unos instantes. Después, Levi la abrazó. Estuvieron así durante un buen rato, el uno en los brazos del otro. Cuando se separaron, Levi sostuvo su rostro entre las manos.

–Prométeme que esta vez estaremos juntos de verdad.

–Te lo prometo –dijo ella, acercándose hasta sus labios. Se besaron pausadamente, deseando que aquel instante se detuviera en el tiempo. Cuando se separaron, Victoria rompió una parte de la tela de su vestido.

–¿Qué haces? –preguntó Levi, desconcertado. Victoria tomó su mano y anudó el trozo de ropa en su muñeca.

–Quiero que cada vez que veas este trozo de tela, recuerdes que pronto estaremos juntos.

Levi la besó de nuevo, acariciando su cabello rebelde, que tanto le gustaba.

–¿Puedo quedarme esta noche aquí contigo? –preguntó Victoria cuando se separaron. Levi la miró sorprendido.

–Notarán tu ausencia en la casa –dijo él, dudoso.

–Sofía me cubrirá.

Levi acabó asintiendo. Cuando cayó la noche, se tumbaron en el pequeño jergón que el sumiller había instalado en aquella estancia. Era incluso más pequeño que los que habían tenido que compartir en las posadas de carretera, pero esta vez no les importó. Se abrazaron durante toda la noche. Levi acariciaba el cabello de Victoria mientras ella le contaba todo lo que había callado durante meses. Al final, la joven se quedó dormida sobre su pecho y, por primera vez desde aquella maldita boda, pudo dormir de verdad.

26 de junio de 1918

Al amanecer, Victoria salió de la habitación de Levi con algo de color en sus mejillas y un brillo en los ojos que había creído desaparecido para siempre. Él le daba la esperanza que necesitaba para seguir viviendo. Antes de marcharse, se volvió hacia el sumiller y le dio un fugaz beso en los labios.

–Nos vemos en el pueblo –le susurró al oído. Levi asintió y le dedicó una amplia sonrisa. Por fin podrían ser felices juntos.

La chica salió de las bodegas sigilosamente, sin dejar de mirar hacia la puerta de Levi, en la que el hombre seguía apoyado mientras la observaba alejarse. Si no hubieran estado tan enamorados, quizá se hubieran percatado de que no estaban solos.

CAPÍTULO 37

15 de agosto de 2018

Paola miró a Gonzalo por encima del bol de cereales. No la había vuelto a tocar desde la mañana que había ido a visitar a Lorenzo, hacía ya dos días. Era como si de repente hubiera olvidado la noche que habían pasado juntos. Había vuelto a dormir en el sofá y tenía la sensación de que la evitaba. De hecho, no recordaba que la hubiera vuelto a mirar desde entonces y se limitaba a decirle lo básico. Se aclaró la garganta, harta de aquella situación.

—¿Se puede saber qué te pasa, Gonzalo? —preguntó, apuntándole con la cuchara.

El farmacéutico levantó la vista de su plato y por fin puso sus ojos grises sobre los de ella. Gonzalo tragó saliva. Era absurdo negarlo o hacerse el sorprendido por aquella pregunta. Sabía perfectamente que era incapaz de ocultar su sentimiento de culpa. No podía hacerle aquello a Malena. No podía empezar algo con Paola después de haber leído aquella carta, después de haber visto el daño que le había hecho a su esposa. ¿Y si algo salía mal de nuevo? ¿Y si la maldición no había terminado y la historia acababa repitiéndose? No se permitiría el lujo de volver a herir así a nadie.

—Me marcho, Paola.

—¿Qué? —preguntó, frunciendo el ceño—. ¿Cómo que te marchas? ¿Adónde?

—No lo sé, pero no puedo quedarme aquí.

—No te entiendo. ¿Me he perdido algo? —quiso saber, irritada.

—No quiero hacerte daño —explicó.

—¿Por qué ibas a hacerlo?

—No sabemos nada sobre mi maldición —explicó—. No quiero arrastrarte conmigo. Ya hice infeliz a Malena.

—¡Eso fue hace cien años!

—¿Y si no ha terminado?

—Todo eso son excusas —espetó Paola—. Lo que pasa es que estás asustado.

—Tienes razón —confesó, desviando la mirada—. Tengo miedo de lo que

siento. Pensé que Malena era la única mujer en mi vida. Creí que jamás volvería a sentirme así y ahora... estoy confundido. Necesito tiempo y espacio. Si me quedo aquí no podré ver las cosas con perspectiva –explicó, evitando confesarle que si se quedaba una noche más con ella no podría contener lo que sentía por más tiempo. Se perdería en sus besos sin dudarlo, como había sucedido un par de noches atrás. Necesitaba pensar, tener la cabeza fría.

Paola se levantó de la mesa y dejó el desayuno a medio terminar. Lo miró dolida, con los ojos llorosos.

–Como quieras.

Gonzalo no tuvo tiempo de ir tras ella, la joven abandonó la casa dando un portazo. El farmacéutico se apartó nerviosamente el cabello de los ojos y resopló. No tenía ni la más remota idea de lo que iba a hacer a continuación. Se recostó hacia atrás en la silla y sacó su cartera. Rebuscó hasta encontrar un viejo billete. Miró aquellas mil pesetas. Supuso que venderlo sería un comienzo. Después, podría alquilar una habitación hasta que decidiera cómo iba a encauzar su vida y resolver su situación con Paola.

Paola llamó repetidamente al timbre de aquel señorial edificio de la calle Conde de Aranda. Finalmente, escuchó la voz ronca de Lorenzo en el interfono. Era temprano, probablemente lo habría pillado durmiendo.

–Hola, soy Paola –dijo con un hilo de voz. Escuchó el silencio al otro lado y volvió a hablar atropelladamente–. Quizá no es un buen momento, puedo volver más tarde.

–No. Sube.

La puerta se abrió y la joven suspiró, sintiéndose estúpida por haberse presentado así en su casa. Necesitaba hablar con alguien, pensar en otra cosa que no fuera Gonzalo. Sabía que Julia estaba de vacaciones en algún país exótico, así que no sabía a quién más acudir y Lorenzo le había parecido una buena alternativa. Quizá una regresión para descubrir más cosas sobre su vida pasada la ayudara a olvidar lo desdichada que se sentía en esta. Se había enamorado de un hombre que vivía anclado al pasado. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Gonzalo jamás olvidaría a Malena. Ella había sido el amor de su vida y para él Paola tan solo era una intromisión en la pureza de su

matrimonio, una pasión tardía que nunca estuvo en sus planes. Se repetía aquellas duras palabras una y otra vez, sin estar segura, en realidad, de que fueran ciertas. De hecho, Gonzalo no le había dejado claro lo que sentía por ella, y aquello no hacía otra cosa que sumirla en una incertidumbre todavía más profunda.

Cuando subió hasta el piso de Lorenzo, se lo encontró esperándola en la puerta con una simple camiseta de algodón de color gris y unos pantalones cortos. La sorprendió verlo así. Realmente lo había sacado de la cama.

–Lo siento por presentarme así. ¿Te he despertado? –preguntó con gesto lastimero.

–No importa –dijo él con los ojos más apagados de lo habitual. Tampoco parecía estar pasando por un buen momento. Sin embargo, Paola no le dio importancia. Probablemente era tan solo una sensación por verle recién levantado–. Adelante. Me estaba preparando un café, ¿quieres uno? –le ofreció. La joven asintió y lo siguió hasta la cocina–. ¿Qué ha pasado? –preguntó mirándola de nuevo. La joven tenía un aspecto lamentable. Su cabello estaba revuelto y llevaba puesto poco más que unos tejanos cortos y una vieja camiseta de un grupo de rock. Estaba claro que había salido de casa sin mirarse al espejo. Por no hablar de su rostro desencajado y sus ojos enrojecidos. Había estado llorando.

–Es Gonzalo –confesó.

–¿Tu... amigo? –preguntó, no muy seguro sobre el rumbo que tomaría aquella conversación. La chica asintió.

–Me temo que... –se lo repensó y guardó silencio. No sabía ni por donde empezar la historia. ¿Iba a confesarle que se había enamorado de un hombre cien años mayor que ella? ¿Qué estaba casado? ¿Qué era viudo? ¿Qué tenía una maldición? Verbalizar cualquiera de aquellas cosas le pareció demasiado, incluso para el hombre que aseguraba que ella era una mujer reencarnada–. No importa, tendrás tus propios problemas como para ir escuchando los de una paciente histérica que se presenta a las ocho de la mañana en tu casa –añadió con una risa nerviosa.

–No eres una paciente más, Paola. Puedes contar conmigo para lo que sea –le dijo, poniendo una mano sobre la de ella. La joven le dedicó una sonrisa que se asemejó a una mueca triste.

–¿Crees que podríamos hacer una regresión a mi vida pasada? Quizá así logre recordar el motivo de la muerte de Victoria.

–Para una sesión de hipnosis de ese tipo tienes que estar tranquila y relajada. No sé si te encuentras en el mejor de los estados para ello... – contestó, tendiéndole una taza de café. La joven dio un sorbo—. ¿Vas a contarme qué es lo que te ha hecho ese tal Gonzalo?

–En realidad, nada. Ese es el problema, que no sé lo que quiere.

–Quizá necesitas a un hombre que tenga las cosas más claras –dijo, clavando sus oscuros ojos en ella. Paola lo miró con el ceño fruncido, confusa. Lorenzo se acercó lentamente. La joven se quedó paralizada, perdida en aquella mirada, como si algún viejo hechizo estuviera surtiendo efecto en ella. Cuando quiso darse cuenta, los labios de Lorenzo estaban sobre los suyos. Eran cálidos. De repente, Paola sintió que flotaba y que su cuerpo ya no estaba en la cocina del hipnotista. Miró a su alrededor desconcertada y se percató de que se encontraba en una pequeña habitación en el interior de las bodegas de los Saavedra. ¿Estaba teniendo otra vez una de aquellas visiones? ¿Justo en aquel instante? Se dio cuenta de que frente a ella estaba el hombre al que tantas veces había visto en aquellos extraños sueños. Supuso que sería Levi, del que apenas conseguía recordar nada. Levantó la vista para ver su rostro. Como de costumbre, estaba borroso, como en una nebulosa. La joven tendió la mano hasta él y Levi se la tomó, llevándosela hasta su mejilla. Paola sintió la ligera barba de tres días bajo la yema de sus dedos como si fuera real.

–¿Puedes verme ahora? –susurró aquella voz ronca, que de pronto le resultó familiar.

La joven entornó los ojos y trató de focalizarse en su rostro. Sus rasgos empezaron a dibujarse lentamente. Primero sus labios carnosos, su nariz con un puente ligeramente prominente. Sus mandíbulas firmes. Y finalmente sus ojos. Aquellos ojos oscuros que reconoció al instante. Dio un paso atrás, asustada.

–¿Lorenzo? –susurró. El rostro del hombre que tenía ante ella era sin duda el del hipnotista. De repente, volvió a encontrarse en la cocina. Se apoyó en la encimera y miró a Lorenzo con ojos asustados—. ¿Qué significa esto? – balbuceó.

–¿Qué es lo que has visto? –preguntó él.

–A ti. ¿Eres... eres él?

Lorenzo la tomó de la mano con cuidado y asintió lentamente. Paola abrió la boca tratando de protestar, pero no logró que emanara ningún sonido de ella. ¿Lo había sabido todo el tiempo? ¿Lorenzo había sabido desde el principio quién era ella? ¿Por eso había mostrado tanto interés? ¿El hombre que tenía frente a ella era ni más ni menos que Levi, el gran amor de Victoria? ¿Cómo era posible?

–Cuando te vi entre el público de mi espectáculo, no podía creerlo – explicó Lorenzo–. Llevaba años buscando a Victoria, y entonces apareciste tú. El mismo pelo, la misma mirada. No tuve ninguna duda. Cuando te marchaste de la función tan precipitadamente, temí no volver a verte, pero por suerte nuestros caminos volvieron a cruzarse. Y he estado a tu lado todo este tiempo, con la esperanza de que me recordaras.

Paola tenía mil preguntas por hacerle, pero se sentía demasiado frustrada, demasiado extraña en su propia piel como para formularlas. No era capaz de articular palabra. Finalmente, se soltó bruscamente de la mano de Lorenzo y salió prácticamente corriendo de su casa. No miró atrás. No detuvo sus pasos hasta que se encontró en la soledad de su piso. Gonzalo se había marchado. Se dejó caer en la entrada y se encogió sobre sí misma, sin poder creer cómo su vida se podía haber torcido tanto en el transcurso de una sola mañana.

CAPÍTULO 38

26 de junio de 1918

Los escasos rayos de sol iluminaban el amanecer. Victoria ya estaba en los establos, cubierta por una fina capa que su madre había puesto cuidadosamente sobre ella para ocultarla de miradas indiscretas. Nadie debía reconocerla en el camino ni en el pueblo. Inés la miró con ojos esperanzados y la abrazó largamente.

–Cuídate mucho, Victoria –susurró, enterrando el rostro en el cabello rebelde de su hija. La joven la rodeó con los brazos e intentó aguantar las lágrimas. Apenas había tenido tiempo de echar un último vistazo a aquellas bodegas que se lo habían dado y arrebatado todo. Y ahora tenía que despedirse de su madre que, aunque se hubiera mostrado distante durante toda su vida, en un momento como aquel, había demostrado que realmente siempre había estado del lado de su hija, aguardando en silencio—. Lo siento, por todo. Espero que algún día puedas perdonarme –añadió Inés, pensando en todos sus errores. Victoria se separó de ella y la miró conmovida. Asintió y no dijo nada más.

Se subió sobre los lomos de Petra y miró a su madre una última vez con una sonrisa.

–Gracias, mamá.

Y galopó sin mirar atrás, dispuesta a comenzar un nuevo futuro junto a Levi, muy lejos de aquel lugar maldito.

Tardó media mañana en llegar al pueblo. Era domingo y, afortunadamente, a aquellas horas no se cruzó con nadie en el camino. La mayoría aún descansaba del trabajo de toda la semana bajo el cobijo de sus casas, ajenos a todo lo que estaba sucediendo.

Cuando llegó a la calle de Rodrigo, llamó a la puerta con sigilo. El viejo sumiller abrió inmediatamente, como si hubiera estado todo el tiempo esperando su llegada. Su mirada no parecía tan tranquila como de costumbre, estaba nervioso.

–Puede esconder a Petra en el patio trasero. Allí nadie la verá.

La joven asintió y accedió al pequeño espacio que le había indicado. Dejó

a su yegua junto al bebedero y suspiró aliviada. La primera parte de su plan había sido todo un éxito. Nadie la había visto escapar y Hernán jamás la encontraría allí.

Entró de nuevo en la casa y Rodrigo le tendió un café caliente.

–No tengo mucho que ofrecerle, pero aquí estará a salvo, señorita –le dijo, observando con preocupación su rostro magullado–. ¿Cómo está? –Victoria le dedicó una sonrisa.

–Ahora que estoy aquí, mucho mejor –contestó.

–En cuanto Inés me contó lo que había sucedido, enfurecí. Tomé mi vieja escopeta, dispuesto a cometer una locura, pero su madre me detuvo y me contó su plan. Desde luego, era mucho más meditado que mi idea de pegarle dos tiros a ese desgraciado –explicó.

–¿Ve a mi madre a menudo? –preguntó Victoria de repente. Aunque Inés le había contado que Rodrigo era su verdadero padre, una parte de ella había enterrado aquella noticia en una pequeña parte de su mente. Había tenido demasiadas cosas en la cabeza como para asumir una noticia como aquella. Sin embargo, ahora que veía al sumiller sabiendo la verdad, se preguntaba cómo no se había percatado antes. A parte de su común afición por la enología, saltaba a la vista que el enredado cabello de la joven tenía algún tipo de parentesco con el del sumiller. Aunque estaba ya completamente cubierto de canas, Victoria todavía podía recordar aquella cabellera densa y rebelde que había poblado la cabeza de Rodrigo en su juventud. También sus ojos castaños se parecían, aunque tenían ya algún rasgo de Inés.

–Hacía tiempo que no la veía –confesó, bajando la mirada–. Desde que me marché de las bodegas.

–¿Por qué nunca me dijo la verdad sobre nosotros, Rodrigo? –soltó. El viejo sumiller la miró sorprendido.

–¿Se lo ha contado la señora?

–Sí. –Rodrigo asintió y desvió la mirada, avergonzado.

–Siento no habérselo dicho antes, pero se lo prometí a su madre.

–Creo que a estas alturas es mejor que nos tuteemos, ¿no crees? –dijo Victoria. Rodrigo asintió, con la culpa todavía dibujada en su mirada.

–No sabes cuánto lo siento. Si se sabía la verdad, quién sabe lo que Julián hubiera sido capaz de hacer.

Victoria asintió.

–¿Mi pad... –se interrumpió–. Julián nunca sospechó?

–No. Y si lo hizo, nunca dijo nada.

–Supongo que tampoco le convenía que una noticia así se escampara y dañara su imagen –comentó Victoria, con desprecio. Ahora que sabía que ni siquiera la sangre le unía a él, dejó de sentirse mal por detestarle de aquella manera. Al fin y al cabo, si había algún culpable de todo lo que había sucedido a parte de sí misma y Hernán, ese era él.

–¿Quieres comer algo? Tendrás hambre después del viaje.

–Sí –contestó con una sonrisa. Ahora que veía la luz al final del túnel, sentía que había recobrado un poco el apetito.

Levi había pasado todo el día impaciente, tratando de concentrarse en su trabajo, pero tan solo podía pensar en reunirse con Victoria. Habían quedado en encontrarse en casa de Rodrigo al anochecer y había estado reprimiendo el deseo de subirse al caballo para correr hasta ella durante todo el tiempo. Quería estar con Victoria cuanto antes, pero debía ceñirse al plan si no querían que nadie sospechara.

Cuando vio que el sol empezaba a esconderse tras el horizonte y que los trabajadores se marchaban a sus respectivas casas, Levi se adentró en las bodegas hacia su habitación. Tomó una maleta de lo alto del armario y empezó a recoger sus cosas con sigilo. Aquello era todo lo que poseía, cuatro camisas, un par de pantalones y un amor inmenso por Victoria. Esperó que con aquello bastara para hacerla feliz, para vivir una vida plena junto a ella. Cerró la maleta con reverencia y se volvió, dispuesto a marcharse. Dio un respingo cuando se encontró de frente con Hernán.

–¿Vas a algún sitio?

Levi se quedó en silencio y desvió la vista hacia la mano derecha del hombre, en la que sostenía una pistola.

–Me marcho –dijo con voz ronca–. He encontrado trabajo en otras

bodegas.

Hernán soltó una carcajada que le heló la sangre.

–¿De verdad crees que voy a tragarme eso? –dijo, apuntándole con el arma. Levi dio instintivamente un paso atrás, pero no contestó—. Os vi el otro día. ¡Es mi esposa! –gruñó Hernán, apretando la pistola con tanta fuerza que sus nudillos perdieron el color.

–Me marchó –repitió Levi. Hernán era un maltratador, un ser despreciable, pero no era un asesino. No se atrevería a disparar, se dijo a sí mismo. Así que avanzó y pasó junto a él, dándole un golpe en el hombro. Levi cruzó el umbral de la puerta con una sonrisa triunfal en los labios. Sin embargo, su expresión se congeló en su rostro cuando sintió un dolor punzante en el pecho. Después, escuchó el sonido de tres tiros, como si no tuvieran nada que ver con la sangre que manchaba su camisa. Cayó de rodillas y tosió.

–Me temo que no podrás ir a ninguna parte.

Levi escuchó el eco de un cuarto tiro, pero ni siquiera sintió dolor esta vez. Las pocas fuerzas que le quedaban lo abandonaron y se dejó caer de bruces en el suelo. Sus ojos apenas lograron enfocar lo que había a su alrededor. Fijó la vista en su muñeca, en el trozo de tela del vestido de Victoria, manchado ahora de un color rojo oscuro. Recordó su promesa de estar juntos de nuevo y una lágrima recorrió su mejilla cuando cerró los ojos, sabiendo que ya nunca podría cumplirla.

Victoria daba vueltas impacientemente por el salón de casa de Rodrigo. Hacía un par de horas que había anochecido.

–Ya debería estar aquí –le dijo a Rodrigo, preocupada.

–Quizá se haya retrasado –repuso el viejo sumiller, intentando tranquilizarla.

–No, Levi no llegaría dos horas tarde a algo así –contestó con firmeza.

Rodrigo la miró con lástima.

–Victoria... –dijo, tomándola de las manos–, quizá no haya reunido el valor suficiente para venir. Fugarse contigo sería una mancha en su expediente, quizá nunca más volviera a encontrar trabajo –explicó, pensando en la

posibilidad de que aquel hombre no fuera tan valiente como todos creían.

–No, conozco a Levi –replicó–. Me lo prometió.

–Victoria. Si no aparece, tendrás que pensar en la posibilidad de marcharte tú sola.

–Eso nunca –contestó con cabezonería–. Tiene que haberle pasado algo –continuó, dirigiéndose al patio trasero de la casa.

–¿Adónde vas? –preguntó Rodrigo, mirándola preocupado.

–Voy a buscar a Petra. Tengo que volver, quizá esté en algún lugar del camino.

–No, es peligroso. Podrían verte.

–No me importa. Sin Levi, nada de esto tiene sentido.

Rodrigo negó con la cabeza, exasperado.

–Esto es un imprudencia –insistió, aunque la joven ya había subido a lomos de su yegua.

–Lo encontraré, volveré a las bodegas a por él si hace falta.

–¡No digas tonterías! –gruñó, esta vez enfadado–. No puedes volver ahí. Si Hernán se entera, quién sabe lo que te hará esta vez.

Victoria lo miró con una sonrisa triste.

–Gracias por todo, papá.

Espoleó a Petra y salieron de allí al galope, sin mirar atrás. Rodrigo observó a su hija conmovido por sus últimas palabras. Nadie le había llamado así antes. Sin embargo, era el horror la expresión que más reinaba en su rostro. Si Victoria volvía a aquella casa, jamás podría volver a escapar. Lo sabía en lo más hondo de su ser.

Los establos de las bodegas Saavedra estaban completamente a oscuras a aquellas horas de la noche. Tan solo el ruido de algunos insectos nocturnos disturbaban la paz de la noche. Victoria bajó de Petra intentando mantener la calma, pero la preocupación invadía su rostro irremediablemente. No había encontrado ni rastro de Levi en todo el camino y sus pasos la habían llevado

de vuelta a casa, a aquella cárcel que detestaba con toda su alma. ¿Y si era cierto lo que le había sugerido Rodrigo? ¿Y si Levi no se había atrevido a marcharse con ella? No. Algo tenía que haber sucedido, se repitió.

Cruzó el camino hasta la casa principal y se coló en su habitación, con la esperanza de que nadie hubiera notado su ausencia. Desde la paliza de Hernán, no había salido apenas de su estancia, por lo que no sería de extrañar que ni siquiera Sofía se hubiera percatado de su pequeña excursión. Se quitó la ropa manchada de polvo y se puso su camisón. Se tumbó en la cama y miró hacia el techo, sin saber qué hacer. Si corría hacia las bodegas en busca de Levi, quizá alguien la viera y descubriera todo el asunto. Si preguntaba por la casa, también levantaría sospechas. No tenía más remedio que esperar a que amaneciera para intentar descubrir por qué no se había presentado en el pueblo.

27 de junio de 1918

Victoria pasó la noche en un duermevela constante, ni despierta ni dormida. Aguardó en silencio en su habitación hasta el amanecer. Agradeció no tener que ver a Hernán. Su madre se había encargado de que, después del ataque en las cuadras, Victoria ocupara una habitación para ella sola donde recuperarse de sus heridas. Hernán no se quejó. La joven nunca supo si su marido se avergonzaba de sus actos o si no protestó solamente por no causar revuelo. La cuestión era que aquellas noches a solas le habían permitido recuperarse no solo de las heridas físicas, sino también alejarse un poco del miedo que aquel hombre le infundía. Solo por eso había sido capaz de intentar fugarse. Se preguntaba una y otra vez si había hecho bien en volver a la casa. Quizá Levi no quisiera huir con ella, quizá lo había pensado mejor. Sin embargo, se negaba a aceptarlo. Él jamás la dejaría sin un buen motivo.

Cuando el primer rayo de luz entró por su ventana, se levantó de la cama como una exhalación y se colocó el primer vestido que encontró en el armario, sin esperar a que Sofía acudiera a su cámara para vestirla. No tenía tiempo que perder.

Salió a los campos, que la recibieron con aquel olor a fresco que las plantas desprendían por las mañanas. Aceleró su paso hacia las bodegas, pero una voz la detuvo.

–Victoria, ¿qué haces aquí tan temprano? –Era su padre. La joven se volvió, tratando de ocultar lo inoportuno de aquel encuentro. De todas las personas con las que podía toparse, precisamente su padre estaba en la lista de los no deseados.

–Me apetecía dar un paseo –contestó, sin más. Julián entornó los ojos, estudiando con atención a su hija. No parecía confiar demasiado en su palabra.

–¿Por las bodegas? –preguntó en un tono de voz que le pareció peligroso.

–Sí. Quería hablar con Levi sobre el estado de la filoxera –contestó rápidamente. Sabía que aquel tema preocupaba al hombre al que había creído su padre hasta hacía unos días. Era la mejor excusa que se le había ocurrido,

sabiendo que Julián detestaba verla por los viñedos entre los trabajadores. El hombre resopló y negó con la cabeza, pero no protestó más. La miró fijamente unos instantes, de un modo que Victoria no supo interpretar demasiado bien.

–No vas a encontrarle aquí –dijo con desdén.

–¿Por qué no? ¿Ha salido? –preguntó, tratando de mantener un tono normal, disimulando el nudo que se acababa de formar en su garganta. Si Levi no estaba en los viñedos, significaba que probablemente había ido en su búsqueda hasta casa de Rodrigo. De ser así, ¿por qué no había llegado al pueblo? Aunque hubiera salido de los viñedos horas más tarde de lo acordado, se tendrían que haber cruzado en el camino, pero no había sido así. No había visto ni rastro de Levi. ¿Lo habrían asaltado en la carretera? Trató de calmar su corazón desbocado, esperando la respuesta de Julián.

–Se ha marchado. –Victoria arrugó el ceño, viendo cada vez más confirmadas sus sospechas.

–¿Así, sin más? –preguntó con la poca calma que le quedaba.

–Eso parece. Dice tener una oferta de trabajo mejor en otro sitio –dijo Julián, rascándose ligeramente el lóbulo de la oreja derecha. Victoria lo observó con detenimiento. Su padre era un hombre de negocios, capaz de engañar a cualquiera. Pero no a ella. Lo había visto en acción demasiadas veces y conocía sus puntos débiles. Sabía cada uno de sus tics cuando mentía, y llevarse la mano al oído era uno de ellos. Tomó aire, nerviosa, sin saber qué decir para sacarle más información.

–¿Y ha dejado la replantación de la filoxera a medias? –preguntó, con el único objetivo de hacerle hablar. Victoria sabía perfectamente que todas las plantas ya habían sido sustituidas y también sabía que su padre no solía preocuparse por estas menudeces. Por eso, lo más probable era que inventara alguna respuesta y acabara descubriendo del todo que estaba mintiendo.

–Me dijo que la semana que viene acabarán de replantar los viñedos, que los trabajadores saben lo que deben hacer.

Victoria abrió la boca para contestar, pero no fue capaz de hablar. Su padre estaba mintiendo descaradamente sobre la ausencia de Levi. ¿Por qué? ¿Qué era lo que le estaba ocultando? ¿Dónde estaba el hombre al que amaba? Finalmente, incapaz de seguir soportando la presencia de aquel farsante que la había decepcionado una vez más, Victoria acabó asintiendo y se marchó sin

decir nada, perdiéndose entre los viñedos. Trató de ocultar las lágrimas de preocupación que acudían a sus ojos. No comprendía qué podía haberle pasado a Levi. ¿Y si estaba herido en alguna parte? Quizá necesitara su ayuda y ella estaba allí, sin poder hacer nada por él.

Se le ocurrió que quizá encontrara alguna pista en su habitación, así que miró a ambos lados para asegurarse de que nadie la veía antes de entrar en las bodegas. Se escabulló por los pasillos discretamente hasta llegar a la estancia del sumiller. Se quedó paralizada en la puerta cuando vio que no quedaba nada de lo que había poblado aquella habitación tan solo un par de noches atrás. Ni sábanas, ni ropa, ni enseres personales. Tampoco localizó la maleta que Levi siempre tenía colocada sobre el austero armario. Parecía que realmente se había marchado, todo indicaba que Julián estaba en lo cierto. Sin embargo, se esforzó por recordar aquel pequeño tic que había delatado su mentira. Tenía que haber algo más. Se dejó caer sobre el jergón, abatida. Acarició el colchón, recordando la noche que había dormido allí junto a él, como si fuera un sueño. Fijó los ojos en el suelo, en una mirada vacía y desconsolada. Entonces lo vio. Un pequeño trozo de tela encallado bajo la puerta. Se levantó y corrió hasta allí. Lo sostuvo con manos temblorosas al reconocer el fragmento del vestido que había anudado en la muñeca de Levi tan solo un par de días atrás. Podría haberlo interpretado como una muestra de que la había abandonado, de que se lo había quitado y lo había tirado al suelo despreciándola justo antes de marcharse. Sin embargo, aquella mancha granate que lo cubría casi por completo era inconfundible. Sangre. Tragó saliva y en aquel momento supo que algo terrible había ocurrido en aquella habitación.

Salió de la estancia de Levi bastante tiempo después. Se había quedado inmóvil con la prenda entre los dedos, incapaz de reaccionar. Finalmente, se la guardó en un bolsillo y salió de aquel lugar, tambaleante y con los ojos vidriosos. Arrastró los pies por las bodegas, como un alma en pena. Se detuvo de repente, al escuchar voces en una de las pequeñas salas de almacenamiento. Se acercó sigilosamente. Quienquiera que estuviera allí, tenía algo que ocultar. Las luces estaban apagadas y hablaban en susurros, alumbrados tan solo por un par de viejas lámparas de aceite. Victoria se agazapó y se escondió detrás de una barrica. Agudizó la vista y logró reconocer el perfil de Hernán en la oscuridad. Sintió repulsión ante su imagen. No le había vuelto a ver desde aquel día en los establos. Había otro hombre frente a él, que agitaba las manos nerviosamente. Sin embargo, no pudo reconocer su rostro en la penumbra,

pues estaba algo más alejado.

–¿Estás seguro de esto? –preguntó una voz que le resultó familiar.

–Completamente, nadie sospechará –repuso Hernán.

–¿Dónde has dejado el cuerpo? –Un escalofrío recorrió la espalda de Victoria y reprimió las ganas de vomitar. De repente, sintió que el espacio en el que estaba escondida era demasiado pequeño y le costaba respirar. Sintió claustrofobia por primera vez en aquel momento y en aquel lugar. Si la descubrían, estaría a merced de Hernán. ¿De qué cuerpo estaban hablando? ¿Significaba aquello que había muerto alguien? Quizá estuvieran hablando de algún animal, se repitió, intentando calmarse. Sin embargo, en su fuero interno sabía que era algo peor, algo más perverso. Apretó los labios y se tapó la boca con las manos, tratando de ocultar el sonido de su propia respiración agitada.

–Lo he dejado a un lado de la carretera, tras unos árboles, junto a su maleta revuelta. Si alguien lo encuentra, pensarán que lo asaltaron unos maleantes en el camino y que, al oponer resistencia, acabaron con su vida.

Victoria se cubrió la boca con más fuerza y se tragó una exclamación de puro terror. No estaban hablando de ninguno de los animales de su granja, sino de una persona.

Le temblaban las piernas. Deseaba salir corriendo de allí, pero el cuerpo no le respondía. Estaba completamente paralizada por el pánico.

–Ese maldito sumiller –gruñó entonces el otro hombre–. No ha hecho más que traer problemas a esta casa. –Victoria tuvo que ahogar su llanto. ¿Estaban hablando de Levi? No supo si aquella avalancha de sentimientos vino provocada por saber que el cuerpo del que hablaban era el del hombre con el que había soñado compartir su vida o por el hecho de reconocer la voz de Julián en aquellas palabras. El que había creído su padre hasta hacía poco era el cómplice con el que estaba hablando Hernán en aquellas bodegas, escondidos como dos criminales. Como lo que eran. Pensó que se desmayaría por la impresión, cerró los ojos con fuerza mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas. No era posible. No podía ser cierto –. Tendrías que haberte controlado –le increpó Julián, subiendo un poco más el tono.

–¿Qué querías que hiciera? Lo encontré pasando la noche con Victoria. Era una cuestión de honor.

–Pero pegarle cuarto tiros... No estamos en el siglo XIX.

Victoria gimoteó, incapaz de controlar sus sentimientos. Si lo que acababa de escuchar era cierto, Levi no se había reunido con ella no por voluntad propia, sino porque Hernán se había cruzado en su camino y había acabado con su vida de la manera más cruel, para abandonarlo después en un camino de tierra. Hernán se volvió en su dirección al escuchar aquel sonido no aplacado a tiempo. Se acercó hasta la barrica tras la que estaba escondida y Victoria deseó morir en ese instante. Ya nada tenía sentido. Todo lo que había amado en aquel mundo ya no estaba. Ni el pequeño que nunca llegó a ver la luz del sol ni Levi, el hombre que le había enseñado el significado del amor. Hernán la agarró de un brazo y cuando la reconoció la miró entre sorprendido y aterrado.

–¿Qué haces aquí, querida? –dijo con una formalidad impropia del momento. Victoria se soltó de su repugnante zarpa y lo miró con un odio infinito.

–Arderás en los infiernos por esto, Hernán Montenegro –dijo, con la voz tomada por las lágrimas. Después, le dirigió una fugaz mirada de desprecio a Julián, al que ni siquiera le dedicó unas palabras.

Salió corriendo de las bodegas y se escondió en su habitación, con la certeza de que nunca más saldría de allí, pues la vida había terminado para ella en el momento en el que Levi había exhalado su último suspiro.

El sol del mediodía le quemaba la piel, pero era el escozor que sentía en el pecho lo que más le sorprendió cuando abrió los ojos. Levi se incorporó con dificultades y miró a su alrededor completamente desorientado. Tosió y miró hacia abajo, atónito ante aquel súbito dolor que le obligó a doblarse. Vio su pecho manchado de sangre y entonces recordó. Uno, dos, tres, cuatro tiros. Hernán había intentado acabar con él y, por un momento, había creído abandonar este mundo. Deslizó su mirada moribunda hasta su muñeca y descubrió con un lamento que había perdido el lazo que Victoria había anudado allí unos días atrás. Pensó en ella para ganar algo de fuerzas. Se sentó como pudo, apoyando la espalda en un tronco. Suspiró y tosió de nuevo. Se preguntó si sobreviviría. El dolor era casi insoportable y era consciente de la gravedad de sus heridas, pero también sabía que, si estaba vivo todavía, era

porque aquel desaprensivo no había logrado alcanzar ningún órgano vital. Miró hacia el suelo y también supo que había perdido mucha sangre. No tenía demasiado tiempo. Descubrió a sus pies una botella del vino de reserva que había creado junto a Victoria, que había salido rodando de su maleta revuelta. La agarró y la atrajo hacia él, como si aquello pudiera acercarlo a ella de algún modo. Buscó en el horizonte con la mirada y descubrió unos caballos bebiendo cerca de donde se encontraba. Los vio casi con un halo divino alrededor, como si alguien los hubiera enviado para él. Después vio que los animales no estaban solos, una pareja se encontraba cerca de ellos, a orillas de aquel pequeño lago. Suspiró aliviado al comprobar que se trataba de un hombre y una mujer que estaban dando rienda suelta a sus más bajas pasiones. En otras circunstancias hubiera sonreído ante aquella estampa, pero esta vez tan solo pensó en sobrevivir.

Se acercó sigilosamente a uno de los corceles y tiró de la rienda. El animal lo siguió sin protestar y sus dueños ni siquiera se percataron de su ausencia, enfrascados como estaban en otros menesteres.

Levi llevó el caballo al camino con ciertas dificultades, sosteniéndose en su lomo para ser capaz de andar y reunió sus últimas fuerzas para subir en la montura.

Se despertó al cabo de un par de horas. El caballo había empezado a caminar solo por el camino, acostumbrado como estaba a seguir en paso a línea recta. Levi entreabrió los ojos con dificultad y sintió la boca seca. Alargó la mano hasta el petate que estaba anudado en uno de los laterales de la silla y agradeció encontrar una cantimplora. Dio un sorbo y la guardó. Rebuscó en la mochila hasta encontrar una cuerda y, sabiendo que solo aquello podría lograr que se mantuviera en aquella posición, se la anudó a la cintura para atarse al caballo y no caer al suelo si volvía a desmayarse. Perdió la consciencia poco después. Se fue despertando intermitentemente, sin saber si habían transcurrido minutos o días. Tan solo las idas y venidas del sol en el horizonte y el paisaje cambiante a su alrededor parecían indicar que seguía avanzando en la dirección correcta. Sabía que tardaría días en lograrlo, pero su única oportunidad de sobrevivir era volver a su verdadero hogar. Allí cuidarían de él y Hernán no podría alcanzarle. Cuando sanaran sus heridas, volvería a las bodegas Saavedra a rescatar a Victoria de aquel terrible destino al que su familia y su posición social la habían condenado.

4 de julio de 1918

Victoria cabalgó por los caminos buscando el cuerpo de Levi durante casi una semana. Buscaba incansablemente durante las horas de luz y solo volvía a casa al anochecer para que sus huesos cansados pudieran reposar. Nadie le dijo nada. Ni su padre ni Hernán se atrevieron a contradecirla, supuso que temían que le contara la verdad a las autoridades. En el hipotético caso de que aquello sucediera, se encargarían de cambiar la versión oficial haciendo uso de sus influencias, pero aquello hubiera sido un buen dolor de cabeza y hubiera puesto la reputación de la familia en entredicho. Su madre, por su parte, nunca se atrevió a preguntarle sobre su regreso ni sobre su mirada taciturna. No le hizo falta. Enseguida ató cabos gracias a los comentarios que escuchaba de boca de la servidumbre: que aquel atractivo sumiller por el que su hija suspiraba había abandonado las bodegas sin previo aviso.

Por las noches, a pesar de que Victoria intentaba conciliar el sueño para poder continuar con su búsqueda, no lograba pegar ojo. La idea de Levi muerto en un arcén descomponiéndose al calor del sol y víctima de quien sabe qué carroñeros la perseguía cada vez que cerraba los ojos. No lloró hasta el sexto día, cuando por fin asumió que no lo encontraría nunca. No volvería a ver aquellos penetrantes ojos oscuros ni su sonrisa descarada. No volvería a escuchar su voz ronca susurrándole al oído. No quería admitir que se había ido para siempre, que la había dejado sola en aquel mundo. No quería admitir que aquel beso furtivo en las bodegas había sido el último. Lloró hasta que no le quedaron lágrimas. Sofía la miraba preocupada, pensando que se ahogaría en uno de aquellos llantos, pero nunca dijo nada. Tan solo la consoló con gestos amables y vasos de agua para que no se deshidratara. Se negaba a comer. Cuando la doncella empezaba a pensar que Victoria jamás saldría de aquel estado, la joven se quedó en silencio mirando al horizonte durante un día entero, sin hacer más que parpadear de vez en cuando. Aquello la asustó incluso más.

—¿Se encuentra bien, señorita? —preguntó al fin, armándose de valor. Victoria volvió la vista hacia ella y la miró sorprendida, como si no se hubiera

percatado de su presencia en todo aquel tiempo.

–Tráeme papel y pluma –dijo a modo de respuesta. Sofía no entendió qué tenía que ver una cosa con la otra, pero obedeció rápidamente. Y Victoria le escribió una carta a la única persona a la que podía confesarle cómo se sentía. Malena.

CAPÍTULO 39

15 de noviembre de 2018

La vuelta al trabajo la había ayudado a olvidar. Hacía tres meses que Gonzalo se había marchado, el mismo tiempo que hacía que no veía a Lorenzo. No había querido pensar demasiado en ninguno de los dos y había intentado enterrar los recuerdos de aquel extraño verano en un rincón de su mente. A veces, incluso pensaba que se había tratado de un sueño surrealista de los que despiertas preguntándote cómo la mente humana puede ser capaz de tal imaginación.

Sin embargo, Paola sabía que la realidad era algo distinta, más compleja y que, aunque por el momento estuviera intentando huir de ella, tarde o temprano tendría que afrontarla. Tendría que preguntarse qué sentía realmente por aquel farmacéutico que hacía que se le entrecortara la respiración cada vez que sus miradas se cruzaban, aquel hombre que se colaba en sus pensamientos en cuanto se descuidaba. Y tendría que descubrir qué quedaba del amor que Victoria había profesado por Levi en su vida anterior. ¿Era ese el motivo por el que se había sentido atraída de una manera casi hipnótica por Lorenzo? ¿Eran sus almas que se llamaban en silencio? Llegaría el momento en el que debería preguntarse a cuál de los dos amaba realmente, pero todavía no estaba preparada. Había tomado la determinación de centrarse en su nueva carrera como reportera y los resultados estaban siendo excelentes. A pesar de que Paola ya nunca vería de la misma forma a la mujer que la dirigía en silencio desde aquel despacho, sabía que contaba con su aprobación en gran parte de sus trabajos y se concentró en elaborar textos acordes con la línea editorial de la revista para no tener más encontronazos con ella. En ese aspecto, por lo menos, todo iba como la seda y Jorge, su antiguo jefe, se alegraba de ver de nuevo a aquella Paola resplandeciente y despreocupada de unos meses atrás. La joven nunca llegó a contarle la verdadera naturaleza de sus problemas, pero Jorge sabía muy bien que algo había sucedido en aquellos tórridos meses de verano.

Paola salió de la oficina y se abrochó el abrigo de entretiempo. Pronto tendría que cambiarlo por uno de invierno. Cuando levantó la vista de nuevo hacia la calle, se quedó paralizada al encontrarse con unos ojos grises que la observaban con atención desde el otro lado de la acera. Tardó en reconocerle. Llevaba unos tejanos y una chupa negra de cuero. Estaba apoyado sobre una

moto de color azul marino y sostenía un casco bajo el brazo. Paola trató de disimular su sorpresa. Gonzalo ya no parecía un hombre del pasado. Se acercó a él lentamente. Ni siquiera su peinado era el mismo. Llevaba el cabello mucho más corto y se reprendió a sí misma cuando se descubrió pensando que estaba todavía más guapo de lo que recordaba. Trató de acompasar los latidos de su corazón cuando él le dedicó una sonrisa. La joven se quedó frente a él, sin dejar de estudiarlo con los ojos entornados. Paola ocultó cualquier signo de alegría o nerviosismo y fingió una total y absoluta indiferencia. Al fin y al cabo, era él quien se había marchado corriendo cuando las cosas se habían puesto serias entre ellos.

–Hola, Paola. –La joven intentó que no se escuchara cómo tragaba saliva al escucharle pronunciar su nombre de aquella manera embriagadora.

–¿Qué haces aquí? –dijo con más dureza de la que pretendía. Los nervios la habían traicionado. Gonzalo esperó unos segundos antes de contestar, quizá analizando cuáles serían sus próximas palabras.

–Siento haberme marchado así –se disculpó. Paola lo miró con una mueca. ¿Había necesitado tres meses para darse cuenta de que sus modos no habían sido los correctos?

–Has tardado bastante en disculparte –espetó, incapaz de ocultar su molestia–, pero supongo que no estás aquí por eso –añadió.

–Quizá podamos hablar en un sitio más tranquilo –sugirió, viendo que numerosos transeúntes pasaban a su alrededor y que tenían que subir el tono para poder hablar.

–Vamos a una cafetería, si quieres –contestó escuetamente.

–Sería demasiado público. Podemos ir a mi casa –sugirió él. Paola arqueó las cejas ante aquella revelación. ¿Gonzalo tenía una casa propia? Supuso que era lo lógico, pero la sorprendió. Acabó asintiendo y Gonzalo se giró para buscar un casco bajo el asiento de la moto. Se lo tendió a Paola.

–¿Vamos a ir en moto? –preguntó, todavía sin salir del asombro. Parecía que aquellos tres meses habían sido intensos para Gonzalo. No solo había tenido tiempo de encontrar un hogar, sino de sacarse el carné de moto y comprarse una. ¿De dónde habría sacado el dinero?

–Sí.

Paola frunció los labios. Nunca le habían gustado aquellos aparatos que emitían un sonido endiablado al acelerar, pero no rechistó. Sentía demasiada curiosidad por ver el aspecto que tendría la casa de Gonzalo y, por qué no reconocerlo, por descubrir el motivo que le había llevado de nuevo hasta ella. Se subió tras él, pero no se atrevió a tocarle. El mero hecho de pensar en abrazar su espalda le hizo entrar calor, a pesar de estar en pleno mes de noviembre. Al ver que ella no reaccionaba, Gonzalo buscó sus brazos y la obligó a ponerlos alrededor de su cintura.

—Será mejor que te agarres. —Y arrancó. Paola sintió el viento en la cara y las puntas del pelo arremolinándose debajo del casco. La gabardina le pareció insuficiente y el aire frío empezó a colarse entre los botones. Sin embargo, la proximidad de Gonzalo la protegió ligeramente.

No tardaron demasiado en llegar a las afueras de la ciudad. Se trataba de un barrio nuevo. Paola observó con curiosidad los altos edificios, que parecían ser bastante lujosos. Y esta vez no pudo reprimir la pregunta.

—¿Cómo has podido pagar todo esto? —preguntó cuando bajaron de la moto.

—Tenías razón —respondió. Ella lo miró desconcertada—. Aquel billete de mil pesetas valía una pequeña fortuna. Y debo confesar que no era el único que tenía. Igualmente, busqué un trabajo como repartidor, para no dilapidar mis ahorros en un tiempo demasiado corto.

—Por eso necesitabas la moto...

—Reconozco que es una de las cosas que más me fascinan de este siglo —contestó sinceramente, mientras volvía a guardar el casco en el pequeño maletero—. En cuanto vi una por la calle, supe que quería conducirla. Da una sensación de libertad que no había sentido antes. Descubrí que podía trabajar con ella, así que no lo dudé. De todas formas, sé que es algo temporal. He empezado a estudiar. Otra vez —añadió con ironía. Paola no pudo evitar una sonrisa y entraron en el portal. Estar tan cerca de él en el ascensor hizo que vinieran a su mente imágenes de aquella noche que habían compartido el uno en los brazos del otro. Se ruborizó y trató de romper el silencio incómodo.

—¿Y qué estudias?

—Historia.

—También me hiciste caso en eso —comentó Paola, con cierto orgullo.

Bajaron del ascensor y se detuvieron frente a una puerta de madera reluciente, que parecía recién estrenada.

–Eres muy sabia para ser tan joven –replicó Gonzalo.

Paola soltó una carcajada de la que se arrepintió al momento. Estaba dolida con él, por haberse marchado tan súbitamente y por hacer que se sintiera como una adolescente a la que le revoloteaban las mariposas en el estómago. Cortó la risa de repente, molesta consigo misma por ser tan débil y Gonzalo la miró con gesto de culpa. Supo entenderla.

–No sabes cuánto lo siento –repitió.

–¿Entramos? –lo interrumpió, sin querer escuchar más excusas. Gonzalo abrió la puerta y Paola observó con atención un piso completamente nuevo. Se notaba que su inquilino llevaba allí poco tiempo. Estaba desangelado y no había más que los muebles imprescindibles, aunque todo estaba decorado con gusto. Le hizo un gesto para que se sentara en el sofá de color blanco que se encontraba a un lado del salón. Gonzalo se aposentó a su lado, aunque guardando las distancias.

–Necesitaba tiempo para encontrarme a mí mismo –confesó, clavando sus ojos en ella–. Nunca debí irme así. Estaba desorientado y no sabía lo que quería.

–No parecías nada desorientado aquella mañana –le recriminó, recordando cómo la había besado con ternura. La memoria le provocó una punzada en el corazón.

–Verás, hay algo que no te dije...

Paola no había querido escucharle, pero no pudo evitar querer saber más sobre su repentina huida.

–¿El qué?

–Cuando te marchaste a ver al hipnotista, leí la carta que me escribió Malena. Reconozco que sus palabras me perturbaron y me conmovieron a partes iguales. Supe en aquel momento que necesitaba espacio para tomar decisiones, para replantearme mis principios más profundos, mis creencias más arraigadas. Lamento que, de todas las personas del planeta, hayas tenido que ser tú la que pagara por ello.

–No hace falta que me des explicaciones –contestó ella, imaginando por dónde iría la conversación–. Sé que para ti solo existe ella y que yo... –se interrumpió, no quería sonar patética–. No importa –concluyó–. Supongo que no era esto lo que querías contarme.

–No –confirmó–. Hay algo más –dijo, acercándose a la mesilla que había frente al sofá. Tomó una cajita algo destartalada y Paola reconoció el estuche en el que les habían entregado las cartas.

–¿Es sobre Victoria?

–Me temo que sí.

–¿Las has leído?

–Por eso fui a buscarte.

Paola suspiró. Una parte de ella había creído que la esperaba para concluir la historia juntos, pero, al parecer, Gonzalo había estado demasiado impaciente por descubrir la relación que podía tener con su maldición.

–Siento no haberte esperado para leerlas –dijo, leyéndole el pensamiento, quizá al ver su cara de decepción.

–Deja ya de disculparte –replicó con una mueca. Le arrebató la carta de las manos y la leyó con avidez.

4 de julio de 1918

Querida Malena,

No he sabido realmente el significado de la palabra desesperanza hasta ahora. No sé ni siquiera cómo explicarte los últimos acontecimientos de mi vida. Hernán me agredió de nuevo, pero esta vez las consecuencias fueron fatales. Perdí al niño por su culpa y, aunque reconozco que nunca llegué a desear tenerlo, cuando me enteré de que ya no nacería, me invadió un terrible sentimiento de desasosiego. Mi madre reaccionó entonces y supo identificar la naturaleza de mis heridas. Por primera vez en mi vida, me tendió la mano y me ofreció su ayuda. Trazó un plan para que escapara de Hernán. Decidí huir con Levi escuchando sus consejos, pero él nunca acudió a mi encuentro. Durante un instante pensé que me había abandonado, aunque en el fondo sabía que no era así. Él jamás me hubiera dejado. Y ahora sé el

verdadero motivo de su ausencia. Hernán descubrió lo que había entre nosotros y, lejos de afrontar la situación, decidió terminar con ella de la manera más vil y salvaje que jamás pude imaginar, ni siquiera viniendo de un ser tan despreciable como él. Lo ha matado, Malena. A mi amor. A mi vida. Lo ha matado y lo ha tirado a un lado del camino como si se tratara de un animal que le había importunado. No puedo ir a las autoridades, sé que de nada serviría. No puedo enfrentarme a él, no tengo fuerzas. Una parte de mí implora venganza, pero sé que nada me lo va a devolver. Nada tiene sentido y me encuentro sumida en una profunda depresión. Sé que no debería pedirte esto, pero ya no me atrevo a salir del aislamiento de mi habitación. Todo me recuerda a él. El camino. El pueblo. El olor a tierra. El aire que respiro. Por ello preciso de tu ayuda, para que me hagas llegar algo que me ayude a olvidar, algo que me ayude a dormir por las noches, algo que haga que las pesadillas y el dolor cesen. Espero no ponerte en un aprieto pidiéndote medicamentos, pero eres la única que puede ayudarme. Tan solo quiero que mi mente descanse de tanto sufrimiento.

Siempre tuya,

Victoria

Paola se quedó en silencio unos minutos, tratando de recomponer los retazos de su memoria que cobraban sentido al leer aquella carta. Había tenido aquel sentimiento de pérdida desde que habían visitado las bodegas y ahora comprendía por qué. El marido de Victoria había matado a Levi, su gran amor. Algo se atascó en su garganta y fue incapaz de hablar. ¿Era así cómo había muerto Levi? ¿Lo recordaría Lorenzo? De repente, sintió que debía hablar de nuevo con él. Tenía demasiadas preguntas sin respuesta.

–Levi también se reencarnó –soltó sin ningún miramiento. Gonzalo la observó inmóvil desde el otro lado del sofá.

–¿Quieres decir como tú y Victoria? –preguntó cuándo logró asimilar aquel giro inesperado de los acontecimientos.

–Sí.

–¿Cómo lo has descubierto? –quiso saber, desconcertado. Paola pensó en aquel extraño beso con Lorenzo. ¿Cómo iba a confesarle la verdad? Lo miró

unos instantes y decidió darle de su propia medicina. Si él la había abandonado, no tenía por qué sentirse culpable. Al fin y al cabo, él tan solo parecía tener ojos para Malena.

–Estaba en casa de Lorenzo –dijo–. Y me besó. –Paola estudió el rostro de Gonzalo. Aunque disimuló cualquier gesto de disgusto, una sombra de celos sobrevoló por sus ojos grises–. Fue entonces cuando recordé su rostro y lo reconocí –continuó. Observó cómo el farmacéutico apretaba las mandíbulas antes de respirar. Finalmente, habló civilizadamente.

–¿Reconociste a Levi? –logró preguntar con la voz ligeramente más grave de lo habitual.

–Lorenzo es la reencarnación de Levi –le aclaró. Otro silencio. Paola trató de averiguar qué estaba pasando por su mente, pero no logró atisbar nada.

–¿Sientes por él lo mismo que sentía Victoria? –preguntó tan de repente que Paola agradeció estar sentada en el sofá.

–No lo sé –confesó sinceramente. Gonzalo se pasó la mano por el pelo, un gesto que Paola empezaba a conocer. Estaba nervioso.

–Quizá será mejor que hablemos de la carta –repuso Gonzalo, incapaz de seguir hablando de aquello. La imagen de Paola en brazos de aquel hipnotista le revolvía las tripas.

–Por supuesto –contestó ella, algo incómoda. No era capaz de mirarle a los ojos. Al principio se lo había soltado furiosa y envalentonada, pero ahora se arrepentía de habérselo contado solo para herirle. Se sintió despreciable e inmadura.

–Cuando leí la carta comprendí algunas cosas –explicó Gonzalo–. A principios de julio de 1918 empecé a notar que faltaban algunas cajas de tranquilizantes de la trastienda, pero no le di importancia. Ahora sé por las palabras de Victoria que, probablemente, fue Malena quien las cogió para enviárselas a su prima.

De repente, Paola sintió que todo a su alrededor se desdibujaba. Cerró los ojos, ligeramente mareada. Cuando los volvió a abrir, ya no estaba en el piso de Gonzalo. Giró la cabeza, desorientada y, al fin, reconoció la habitación de Victoria. Estaba teniendo otra de aquellas visiones de su vida pasada. Intentó incorporarse, pero se sentía inmóvil, como si sus piernas, sus brazos y su

mente no estuvieran conectados. Descubrió que estaba tumbada en la cama. Le extrañó comprobar que no llevaba un camisón, sino un bonito vestido de tafetán de color verde oliva. Cuando volteó la cabeza, descubrió que en su mano derecha sostenía un frasco de pastillas tranquilizantes vacío. Logró leer el nombre de la farmacia que las había distribuido. *Botica Ros*. Comprendió horrorizada que había ingerido el frasco entero. Por eso aquella sensación de adormecimiento, los párpados pesados y los pensamientos lentos. Cerró los ojos para sumirse en un sueño profundo.

—¡Paola! ¡Paola! —Escuchó la voz de Gonzalo llamarla en la lejanía. Cuando volvió en sí, se encontró al hombre prácticamente sobre ella, zarandeándola nerviosamente—. Dios mío, Paola. Qué susto me has dado —masculló, dejándole espacio para respirar.

La joven lo miró con los ojos velados, incapaz de reproducir lo que había sentido en sus propias carnes.

—Creo que se suicidó —susurró con un hilo de voz.

—¿Qué? —exclamó Gonzalo, atónito.

—Victoria, con las pastillas —aclaró—. He tenido una visión de mi vida anterior. —Gonzalo la siguió mirando confundido.

—¿Se suicidó con las pastillas que le envió Malena? —preguntó al fin, horrorizado.

—No estoy segura del todo. Estaba adormilada, pero tenía el frasco con los tranquilizantes de tu farmacia en las manos. El desenlace parecía fatal —Gonzalo tomó aire y frunció el ceño—. ¿En qué estás pensando?

—Si Malena supo el verdadero motivo de la muerte de su prima, nunca me lo dijo. De hecho, ni siquiera me habló de su muerte. Quizá no muriera como has visto...

—O quizá Malena quiso ocultártelo. Si Victoria realmente se suicidó con sus medicinas, debía de sentirse terriblemente culpable.

—Es posible. Fuera como fuere, esta es la primera conexión real que hemos encontrado entre Victoria y mi botica.

—¿Crees que lo que pasó tuvo algo que ver con tu maldición?

—No lo sé, pero no me parece una mera coincidencia.

Se quedaron mirando en silencio unos minutos que a Paola se le antojaron eternos. Le pareció ver algo similar al deseo en los ojos de Gonzalo y el farmacéutico se movió ligeramente hacia ella. La joven se levantó del sofá como un resorte y se aclaró la garganta.

–Gracias por avisarme del contenido de la carta. Será mejor que me vaya.

Gonzalo la guió de vuelta hasta la puerta. La miró de nuevo de aquella manera intensa cuando estaban en el umbral. Alargó la mano hasta la de la chica y la acarició.

–Paola... –murmuró, sin saber muy bien qué decir para retenerla a su lado. Había reflexionado mucho durante aquellos tres meses y había algo que no se había atrevido a confesarle: que la amaba, probablemente desde el mismo instante en el que había entrado en la botica unos meses atrás; que lo perdonara, por no haberse dado cuenta antes, por permitir que el recuerdo de Malena enturbiara los sentimientos que tenía hacia ella. Y que si la vida le había dado una segunda oportunidad, no pensaba desperdiciarla. Quería estar a su lado. Intentó transmitirle con la mirada lo que no era capaz de decirle con palabras. Sin embargo, chocó contra un muro. Paola lo miró distante y retiró la mano.

–Hasta pronto, Gonzalo.

Y cerró la puerta.

CAPÍTULO 40

16 de noviembre de 2018

Paola llamó al timbre del edificio número 2 de la calle Conde de Aranda con ciertas reticencias. Llevaba meses sin ver a Lorenzo y no estaba segura de lo que iba a sentir. Si él era Levi, el viejo amor de Victoria, ¿se suponía que debía amarle con la misma intensidad que ella? ¿Por qué sentía que, de algún modo, aquello no era como se suponía que tenía que ser? El portal se abrió sin que contestaran al telefonillo. Supuso que quizá la hubiera visto por el video portero. La puerta de su piso estaba entornada. Se quedó en el umbral, observando con una mezcla de disgusto y sorpresa el panorama que se abría ante sus ojos. La casa que había visitado apenas hacía tres meses había pasado del orden al caos más absoluto. Sobre la mesa del comedor había platos con restos de comida y botellas de alcohol vacías. Había papeles y ropa tirados por el suelo. Lorenzo estaba tumbado en el sofá, con un vaso de whisky en la mano. Paola retrocedió un paso hacia la puerta.

–Será mejor que vuelva en otro momento –susurró. Lorenzo clavó sus penetrantes ojos oscuros en ella y se levantó del sofá. Recorrió el espacio que los separaba con cierta parsimonia y no se detuvo hasta que se quedó a escasos centímetros de ella, observándola como si la viera por primera vez. Acarició su rostro con devoción. La joven contuvo la respiración. Una parte de ella se sentía atraída hacia él.

–No te vayas... –murmuró Lorenzo.

–No creo que estés en el mejor estado para hablar –dijo Paola, quitándole la copa de las manos–. ¿Qué te ha pasado?

–La culpa me atormenta –contestó misteriosamente.

–¿La culpa?

–No sabía que Victoria estaba embarazada. Si hubiera reaccionado antes, si la hubiera apartado del lado de aquel animal, el desenlace quizá hubiera sido distinto.

–No te martirices, Lorenzo –susurró, poniendo una mano en su brazo–. No fue culpa tuya.

El hombre la miró fijamente y recorrió la distancia que los separaba. La

besó apasionadamente. La joven se separó casi al instante.

–No, Lorenzo. Esto no puede repetirse.

–Victoria, por favor... –musitó. Paola lo miró horrorizada.

–Yo no soy ella –contestó.

–Por supuesto que lo eres.

–Quizá una parte de ella vive en mí, pero no soy la persona que crees conocer.

–He aguardado cien años para reunirme contigo. ¿De qué sirve tanto sufrimiento, tanta espera, si al final no estamos juntos? ¡Incluso lancé una maldición por ti!

–¿Una maldición? –repitió en un susurró.

Lorenzo deshizo sus propios pasos y volvió hasta el sofá. Se dejó caer y se llevó las manos a la cara.

–No estoy orgulloso de ello –susurró.

–¿De qué demonios estás hablando?

–¿Recuerdas que ninguno de los Saavedra sobrevivió más allá de 1920? –La joven asintió, sin comprender todavía el rumbo que estaba tomando aquella conversación–. Fui yo quien los maldije mediante una pitonisa.

–¿Qué? ¿Tu maldijiste a la familia? –preguntó horrorizada.

–Ellos te habían conducido a la muerte, te hicieron desdichada –contestó. Paola negó con la cabeza, incapaz de creer lo que escuchaban sus oídos.

–No, Lorenzo. Fue mi decisión. Siempre pude elegir y decidí casarme para hacerme cargo de la plaga de filoxera –explicó Paola, percatándose de que, por primera vez en su vida, hablaba en primera persona, como si fuera Victoria–. Mataste a mi madre –susurró espeluznada–. Ella solo quiso ayudarme.

–Tendría que haberlo hecho antes, la primera vez que Hernán te puso un dedo encima –contestó con determinación.

–¿A quién más culpaste de mi muerte, Lorenzo? –preguntó, angustiada por la respuesta que pudiera darle.

–A ese maldito farmacéutico que me encontré en tu casa.

Paola se cubrió la boca, horrorizada.

–¿Fuiste tú? –exclamó.

–Ya te he dicho que no me enorgullezco, pero se lo merecía.

–¡Le destrozaste la vida!

–¡Él me la destrozó a mí primero dándote aquel veneno que te arrancó de mi lado!

–Lo castigaste a cien años de soledad. Vio como todos envejecían y le olvidaban. Eso es más cruel que la muerte–. Lorenzo no respondió y Paola se quedó en silencio unos instantes, tratando de apaciguar su ira. Finalmente, logró hacer la pregunta que llevaba tanto tiempo intentando responder–: ¿En qué consistía exactamente su maldición?

–Viviría atrapado en su botica hasta que la reencarnación de Victoria cumpliera veinticinco años.

Paola dio un paso atrás, espantada. Ahora comprendía por qué el día de su cumpleaños Gonzalo había podido salir por fin de su farmacia.

–¿Cómo pudiste hacer algo así?

–¿Por qué te preocupa tanto lo que le pasara? ¿Acaso sientes algo por él?
–respondió atacando con más preguntas, acercándose de nuevo hasta ella. Paola no se amedrentó, sabía que era el alcohol el que estaba hablando, pero no iba a callarse.

–Quizá sí –soltó.

–¿Te espero cien años y tú te enamoras del hombre responsable de tu muerte?

–La muerte de Victoria te perturbó tanto que te convirtió en alguien distinto al Levi que ella amaba. Quizá no nos reencarnamos para estar juntos –dijo, mirándole decepcionada. Se marchó tal y como había venido, dejándole en un lamentable estado de embriaguez y desolación.

Gonzalo se encontraba en su piso, recostado en el sofá y observando la televisión, que le había fascinado desde el primer momento, casi tanto o más

que los famosos teléfonos móviles de los que tanto le había hablado Paola. Le parecía asombroso que los personajes que se movían allí adentro fueran reales y pudiera verlos a cualquier hora del día. Comía una bolsa de patatas fritas, otro elemento que había descubierto en esta era moderna y que le había encantado. El sonido del timbre lo distrajo. No esperaba visitas. Miró el viejo reloj de bolsillo que aún conservaba y descubrió que eran prácticamente las once de la noche. ¿Quién podía necesitarle? En aquellos tres meses no había tenido tiempo de hacer grandes amigos, tan solo un par de colegas en el trabajo con los que salía a tomar algo de vez en cuando. Sin embargo, tampoco creyó que fueran ellos, no recordaba haberles dado su dirección. Se levantó y se acercó a la puerta, dispuesto a resolver el misterio.

Cuando abrió se encontró con los ojos enrojecidos de Paola, que lo observaba desde el umbral con aspecto devastado.

–Paola, ¿qué te ha pasado? –preguntó alarmado. La joven se lanzó a sus brazos y Gonzalo la abrazó, todavía sin comprender la situación–. Ven, siéntate –le dijo, acompañándola hasta el sofá y dándole un vaso de agua, parecía realmente afectada.

–No sabía qué hacer. Llevo toda la tarde dándole vueltas...

–¿A qué te refieres? ¿Dándole vueltas a qué?

–Por fin he descubierto por qué quedaste atrapado en tu botica –reveló.

Gonzalo abrió los ojos de par en par. Aunque habían avanzado algo en su investigación el día anterior al descubrir una conexión entre su botica y la muerte de Victoria, ni en el mejor de sus sueños hubiera esperado descubrir la verdad tan pronto.

–Adelante –la animó, poniendo una mano sobre la de ella. Paola sintió su corazón acelerarse y, aunque su mente le decía que debía retirarla, la dejó. Su calidez la tranquilizaba.

–Fue Levi quien te maldijo.

–¿Cómo? ¿Por qué haría algo así? –cuestionó extrañado.

–Cuando descubrió que Victoria se había quitado la vida, enloqueció de dolor. Con la ayuda de una pitonisa, maldijo a la familia Saavedra.

–Por eso ninguno sobrevivió... –murmuró Gonzalo, empezando a

comprender—. ¿Pero qué tiene eso que ver conmigo?

—Levi se enteró de que el frasco de pastillas que Victoria había ingerido era de la botica Ros.

—No puede ser... —musitó, temiéndose lo peor.

—Te condenó a la soledad hasta que mi alma no volviera a reunirse con la suya —confesó.

Gonzalo bajó la mirada, incómodo, sin saber qué debía sentir.

—Malena me condenó sin quererlo... —reflexionó. Si no le hubiera enviado aquellas pastillas a su prima, habrían tenido una vida feliz juntos y hubiera envejecido a su lado.

—Yo también soy responsable —añadió Paola—. Bueno, Victoria. —El boticario se pasó la mano por la cara, aturdido—. Siento que hayas tenido que pagar una condena tan injusta —añadió, con la voz entrecortada.

—¿Te lo ha dicho él mismo? Levi o Lorenzo, quien sea...

—Sí. Me lo ha contado todo. —Gonzalo se puso en pie—. ¿Adónde vas?

—A decirle cuatro cosas —contestó con un brillo peligroso en sus ojos grises.

—No —le pidió Paola, deteniéndolo—. Por favor, Gonzalo.

—No tienes ni idea de lo que he sufrido, de lo dolorosos que han sido estos cien años —dijo, casi escupiendo las palabras—. No puedo quedarme de brazos cruzados y actuar como si nunca hubiera sucedido.

—Lo sé, no puedo siquiera imaginarlo, pero enfrentarte a él no arreglará nada —respondió Paola, mirándolo con ojos suplicantes.

—Lo sigues amando a pesar de todo, por eso le defiendes —dijo, negando con la cabeza.

—No, Gonzalo, eso no es así —repuso, agitada—. Lo que hizo es deplorable.

—Primero me arrebató a Malena encerrándome en aquella farmacia y ahora me roba mi última esperanza de ser feliz —continuó, mirándola dolido.

—Gonzalo... —susurró acercándose a él y poniendo una mano sobre su brazo.

–Necesito estar solo –dijo secamente. Paola sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y Gonzalo se giró para no verla llorar–. Márchate.

Escuchó el llanto ahogado de Paola tras él, pero no hizo nada. Se quedó inmóvil dándole la espalda. Cerró los ojos, soportando el dolor que acababa de alojarse de nuevo en su corazón y tan solo los abrió cuando escuchó la puerta cerrarse. Sabía que no podía luchar contra un amor centenario, contra un amor que había cruzado las fronteras de la vida y de la muerte. Era inútil albergar ninguna esperanza. Tendría que vivir con el recuerdo de Paola como la felicidad que un día casi logró alcanzar.

CAPÍTULO 41

30 de septiembre de 1918

Hernán Montenegro cabalgaba a lomos de su poderoso corcel negro por el camino principal que lo llevaría al pueblo. Tenía una visita importante y se había colocado sus mejores galas, a pesar del luto que se veía en la obligación de guardar por su difunta esposa. Más allá de la vestimenta, nada en él había cambiado. Seguía teniendo un porte arrogante y distinguido, que paseaba allá por donde iba. Sin embargo, su expresión se contrajo en una mueca de disgusto cuando se percató de que una figura lo esperaba en medio del camino. Probablemente un contrabandista o un bandido que intentaría robarle todo cuanto pudiera. Se llevó la mano al cuchillo que llevaba anudado a la cintura para sentirse más seguro, pero a medida que se acercó al individuo, el color de su rostro lo abandonó. Reconoció aquellos ojos oscuros que lo atravesaban desde el otro lado. No era posible. Estaba muerto. Estaba seguro de que había acabado con el sumiller. ¿Cómo podía Levi estar en medio de la carretera? ¿Se trataba de su fantasma, que había vuelto para atormentarlo? Tragó saliva y detuvo el caballo. Levi sacó un arma de fuego y lo apuntó al pecho.

–Baja del caballo. Despacio –le ordenó. Hernán pensó en pegarle dos tiros con la pistola que llevaba oculta en las botas, pero el sumiller ya lo tenía encañonado y un movimiento en falso podía costarle la vida, así que acabó obedeciendo.

–¿Qué quieres? ¿Dinero? –preguntó.

Levi escupió a sus pies.

–No quiero tu sucio dinero –espetó–. Vas a pagar por su muerte.

–¿De qué estás hablando?

–De Victoria. Está muerta por tu culpa.

Hernán sonrió con cinismo.

–Esa infeliz se suicidó. Yo no tuve nada que ver.

–Lo hizo porque creyó que me habías asesinado –gruñó, tomándolo del cuello de la camisa y estampándolo contra un árbol. Le golpeó con fuerza en el rostro, furioso–. ¡Tú la mataste!

–Si me sueltas ahora, olvidaré esto –espetó Hernán, limpiándose la sangre que brotaba de su nariz–. Entiendo el embrujo que provocaba esa arpía en los hombres. Yo mismo caí en sus redes.

Levi lo golpeó repetidamente, furioso. No usó el arma en ningún momento, lo golpeó una y otra vez con sus propias manos y, cuando Hernán se encontró tendido en el suelo, continuó abalanzándose sobre él, descargando toda su ira, toda su frustración, toda su venganza. Cuando quiso darse cuenta, Hernán estaba inconsciente, cubierto de sangre. Se apartó de él, con las manos temblando por culpa de la adrenalina. Se secó el sudor de la frente y levantó la pistola hasta el que había sido el marido del amor de su vida. Y apretó el gatillo. Cuatro veces. Se subió al caballo que había escondido tras unos árboles y galopó sin mirar atrás, dejando el cuerpo sin vida de Hernán Montenegro tirado en la cuneta.

6 de octubre de 1918

Levi desmontó del caballo con dolor en todas las articulaciones. Apenas se había detenido en todos aquellos días y no había respirado tranquilo hasta que no había cruzado la frontera francesa. Aunque no estaba seguro de que pudieran encontrar pruebas para acusarle del asesinato de Hernán Montenegro, prefería no arriesgarse. Nadie le buscaría allí. Observó las bodegas de Jean Lorraine desde la lejanía y sintió que le invadía un sentimiento de melancolía. Allí había amado a Victoria como ya nunca más podría hacerlo. Sabía que estaba condenado a vivir del recuerdo de aquel amor el resto de sus días. Y así fue. No tardó en volver a adaptarse al ritmo de trabajo de los viñedos franceses y su amigo Jean se convirtió en su gran y único apoyo en aquel mundo. Le dio cobijo, trabajo y se convirtió en su única familia cuando lo había perdido todo. Levi soñaba muchas veces con la muerte. Deseaba marcharse de aquel mundo cruel para reunirse con su querida Victoria. Nunca tuvo el valor que tuvo ella y no se atrevió a quitarse la vida, aunque se encontró en varias ocasiones jugueteando con alguna pistola entre sus dedos. También se planteó la opción del veneno, pero pensó en su amigo Jean, que tanto le había ayudado. Sabía que si lo hacía lo decepcionaría, así que aguardó pacientemente a que llegara su hora de manera natural. A pesar de que siempre se comportaba temerariamente con el objetivo de acortar su estancia en la Tierra, el destino fue caprichoso. Levi murió a la edad de noventa y un años, cuando su amigo Jean ya había partido una década atrás. A pesar de que la memoria de Levi había empezado a fallar desde hacía un tiempo, en sus últimos instantes no pudo hacer otra cosa que recordar el hermoso rostro de Victoria.

EPÍLOGO

22 de diciembre de 2018

Paola suspiró antes de llamar a la puerta. Había estado pensando mucho sobre aquella visita, casi desde el mismo momento en el que había salido corriendo de allí casi un mes atrás. Escuchó la voz de Lorenzo al otro lado del interfono.

—¿Paola? —preguntó extrañado. Casi había asumido que no volvería a verla. Le abrió y la joven se apresuró en subir hasta su piso.

Cuando entró respiró aliviada al comprobar que volvía a reinar el orden en aquella casa. Todo parecía volver a estar en su lugar. Lorenzo la recibió con una camisa blanca y unos tejanos. La chica arqueó las cejas, sorprendida. Se había acostumbrado a verle siempre vestido de negro.

—Te favorecen los colores claros —comentó, intentando ser cordial para que las aguas volvieran a su cauce. Lorenzo sonrió de un modo en el que nunca lo había hecho antes. Cálido y sin oscuridades.

—Supongo que ya era hora de que dejara el luto a un lado —contestó. Paola asintió, comprendiendo que se refería a la muerte de Victoria.

—Me alegra ver que estás mejor —añadió la joven, mirando a su alrededor.

—Siento que la última vez me vieras en unas condiciones tan lamentables. Me costó mucho asimilar la noticia del embarazo. Ella nunca me lo dijo.

—Supongo que no quiso preocuparte —respondió Paola. Lorenzo asintió y se adentraron en el salón, abandonando la entrada.

—En realidad, no fue tan solo eso lo que me llevó a aquel estado de desesperación —confesó el hipnotista—. Fue el hecho de descubrir que después de tanto tiempo esperándote, tú no parecías sentir lo mismo que yo —explicó con una sonrisa triste—. Me atormentaba la idea de que te hubieras enamorado del farmacéutico que le había proporcionado el veneno a Victoria, del mismo hombre al que Levi había maldecido ciego de ira.

—Lo lamento —contestó ella con una mueca—, lamento no poder cambiar lo que siento por Gonzalo.

—No me malinterpretes, no tienes por qué disculparte. Ahora comprendo

que los sentimientos no son algo que podamos controlar –concluyó con un suspiro–. ¿Quieres tomar algo? –preguntó poco después, tratando de recuperar la compostura. Aunque lo había aceptado, seguía siendo duro para él admitir que Paola nunca le correspondería como quería.

–No, gracias. Tan solo quería comprobar que estabas bien –contestó la chica–. Lo cierto es que no me gustó lo que nos dijimos la última vez que nos vimos.

–A mi tampoco, pero no te faltaba razón, Paola. Después de la muerte de Victoria me volví taciturno y oscuro. Pensaba tanto en ella que dejé de sentir empatía hacia los demás. Condené a gente injustamente y eso ya no podré deshacerlo. Por suerte, tus palabras me hicieron darme cuenta de algo.

–¿Qué palabras? –Paola había dicho muchas cosas aquel día.

–Que quizá no nos habíamos reencarnado para estar juntos. –La joven lo miró algo sorprendida–. He estado pensando mucho en ello –continuó–. Solo aquellos que dejan algo pendiente se reencarnan, y creo que entonces me hiciste ver el verdadero motivo de mi regreso a este mundo.

–¿Y cuál fue? –preguntó con curiosidad.

–Tenía que perdonar.

Paola lo miró emocionada y lo abrazó.

–Me alegro de que por fin te hayas librado del rencor –le susurró la chica.

Se separaron y la joven observó con curiosidad la botella de vino que había en aquel mueble del salón.

–Nunca compraste esa botella, ¿verdad? –preguntó.

–Me has pillado.

–¿De dónde la sacaste? Parece muy antigua.

–Lo es. Levi la enterró en 1918 en un bosque cerca de Francia.

–¿Y cómo la encontraste? –preguntó alucinada.

–No siempre supe que yo era él. Hace diez años empecé a soñar y ver imágenes que no correspondían a mi vida, igual que tú. Se me aparecía aquel bosque una y otra vez. Veía cómo enterraba una botella de vino que parecía el bien máspreciado del mundo para mí. En aquel momento no comprendía su

significado, pero me adentré en esos bosques con la esperanza de encontrarla. Y así fue. Entonces supe que no me estaba volviendo loco, que lo que veía era completamente real.

–Es asombroso...

–Fue en ese momento cuando empecé a interesarme por la hipnosis regresiva, con tal de poder explorar mi propia mente y mi vida anterior. Esta botella siempre ha significado mucho para mí. Por un lado, era una muestra real del amor entre Levi y Victoria, lo único que pudieron crear juntos. Y por otro, demostraba que la reencarnación era algo factible.

El reloj del salón marcó las diez de la noche. Paola se puso en pie.

–Se hace tarde, tengo que marcharme.

–¿Volveremos a vernos? –le preguntó Lorenzo.

–Estoy segura de que sí.

–Espero que esta vez no tengamos que esperar a otra vida.

Paola sonrió y lo abrazó de nuevo, sabiendo que siempre habría un rincón de su alma para aquel hombre, el rincón en el que Victoria Saavedra viviría eternamente.

25 de diciembre de 2018

Gonzalo caminaba por las calles nevadas de la ciudad. Veía a familias alegres celebrando la Navidad a través de los ventanales de las casas. En un día como aquel se sintió realmente solo. Más solo que cuando estaba atrapado en su botica. Sintió un tormento terrible al pensar en Paola celebrándolo con Lorenzo. Sus pasos lo llevaron hasta casa del hipnotista. Hacía tiempo que había buscado dónde vivía, pero nunca se había atrevido a ir hasta allí. Sin embargo, aquella noche blanca estaba desesperado. No podía soportar estar lejos de Paola. Todas sus desgracias eran culpa de aquel hombre, que lo había hecho profundamente infeliz a lo largo de su extensa existencia. Por lo menos tenía que hablar con él, para que hiciera las cosas como era debido.

Cuando llamó a la portería, casi pudo escuchar la duda de Lorenzo al otro lado, pero finalmente le abrió. Subió hasta su piso y se sintió cohibido al comprobar que estaba irrumpiendo en una fiesta. Los invitados apenas repararon en él y entró en la casa con pasos lentos.

–Gonzalo –dijo Lorenzo, reconociéndolo a pesar de su aspecto cambiado. El farmacéutico no iba arreglado como los demás comensales, que lucían trajes de alta costura, pero Lorenzo tuvo que reconocer que aquel estilo desenfadado de tejero y chaqueta de cuero le favorecía.

–Tenemos que hablar –soltó Gonzalo sin más dilación. El hipnotista asintió con elegancia y lo guió con el brazo hacia una estancia apartada de las miradas curiosas.

–Adelante.

–He tardado meses en venir, porque no sabía si podría contenerme –dijo Gonzalo, mirando fijamente al hipnotista. Durante mucho tiempo había jugueteado con la idea de darle un buen puñetazo, pero la descartó. Ni era civilizado ni solucionaría nada.

–Lo entiendo –repuso Lorenzo. Aquella respuesta lo desarmó, pero no estaba dispuesto a irse sin expresar lo que había venido a decir.

–Has arruinado mi vida dos veces –apuntó con voz firme–. Tan solo quiero que esta vez valga la pena –añadió–. Hazla feliz.

–¿De qué demonios estás hablando?

–De Paola, ¿de quién sino?

Lorenzo soltó una carcajada.

–¿Te parece gracioso? –preguntó Gonzalo, dando un paso amenazador hacia él. Lorenzo levantó las manos en símbolo de rendición.

–Me gustaría poder complacerte, pero resulta que Paola nunca quiso estar conmigo –confesó. El boticario arrugó el entrecejo, confuso.

–No lo entiendo. Es la reencarnación de Victoria y tú eres él. Pensé que habríais iniciado una nueva vida juntos –susurró, sintiéndose estúpido. Al menos, ese era el motivo por el que se había alejado de ella, para no entrometerse en su nueva relación. ¿Qué sentido tenía entonces haberse marchado?

–No –confirmó Lorenzo de nuevo–. Ella no siente lo mismo que Victoria. Quizá deberías preguntárselo tú mismo –añadió, dejando su orgullo a un lado.

–¿Dónde está ahora?

–No lo sé. La invité, pero no quiso venir. Supongo que estará en su casa.

Gonzalo no dijo nada más, ni se despidió de él. Salió corriendo hacia el piso de Paola.

Paola llevaba un pijama grueso de franela. Aquellas navidades hacía frío. Se encontraba en su sofá, encogida con una manta por encima, viendo uno de aquellos detestables programas navideños que se empeñaban en emitir cada año por la televisión. Se había negado a acudir a ninguna fiesta. Se sentía demasiado desanimada como para celebrar nada. Cada vez que pasaba por delante de una farmacia se acordaba de Gonzalo. Tampoco podía evitar recordar sus ojos grises cuando veía un cielo oscuro. Tampoco podía ver películas románticas sin que sus besos dulces se colaran en sus pensamientos. En ocasiones se encontraba suspirando sin razón en medio de la cocina, en la calle, en la oficina. Había pensado en visitarle en más de un millón de ocasiones, pero nunca se atrevió. “Márchate”, le había dicho. Eso era lo que

él quería. No deseaba verla más y debía respetarle, por muy difícil que le resultara admitirlo.

El sonido del timbre de abajo le resultó extraño aquella noche. Resopló y abrió sin preguntar. Probablemente serían sus padres con algún postre, que habían insistido hasta la saciedad en pasar la velada en familia. Cuando llamaron a la puerta de su piso, abrió sin pensar. Se le cortó la respiración cuando se encontró de frente con Gonzalo, observándola desde el umbral. Algunos copos de nieve estaban todavía enredados en su cabello castaño. Paola recordó entonces el lamentable aspecto que debía tener, con un pijama viejo y un moño mal hecho.

—No... no te esperaba —acabó diciendo con un hilo de voz, apartándose para dejarle entrar. Gonzalo cerró la puerta tras él y tomó aire.

—Siento presentarme sin avisar —dijo cortésmente.

—¿Ha pasado algo? —preguntó, preocupada.

—He ido a ver a Lorenzo —confesó.

—¿Qué? —exclamó—. No habrás hecho ninguna locura...

—No. Hemos hablado como adultos civilizados —contestó. Se quedaron de pie el uno frente al otro, sin saber qué decir, comiéndose con la mirada—. Me ha dicho que no estáis juntos.

—Nunca lo estuvimos —repuso ella, molesta.

—Pensé que vosotros... —dejó la frase inacabada, como si no fuera capaz de decirlo—. No quería entrometerme en una historia así. Al fin y al cabo, eres Victoria y...

—No, Gonzalo. Soy Paola. Y me siento distinta a ella —contestó con seguridad, dando un paso hacia él. Gonzalo se quedó inmóvil y pudo oler el perfume fresco que desprendía la chica. Cerró los ojos, intentando memorizarlo.

—Creí que os reencarnasteis para estar juntos... —murmuró, desconcertado mientras ella seguía acercándose a él lentamente, hasta que sus rostros se encontraron a escasos centímetros de distancia.

—Te equivocas otra vez, boticario —susurró levantando la mirada hasta encontrarse con el color gris de sus ojos. Sus labios se quedaron a un suspiro.

Gonzalo no aguantó más aquel juego y la besó. Entrelazó los dedos en el cabello rebelde de Paola y la abrazó con fuerza. Aquella vez no dudó. La desvistió con urgencia, mientras ella arrancaba besos apasionados de sus labios. Acabaron desnudos en medio del salón, ignorando por completo los copos de nieve que se acumulaban en las puertas de las casas, los villancicos, los turrónes, los regalos. Aquella noche tan solo existieron ellos y su amor.

El amanecer los sorprendió todavía enredados en un abrazo en el sofá del salón. Paola recostó la cabeza sobre el pecho de Gonzalo y sonrió. Por fin sentía que se encontraba en el lugar en el que debía estar.

–¿Crees que esto es seguro? –preguntó de repente Gonzalo, quebrantando el silencio que tan solo habían roto con besos y suspiros.

–¿A qué te refieres? –Paola levantó ligeramente el rostro hacia él.

–A mi maldición. ¿Crees que ha terminado?

–Sí –contestó–. Ya pagaste un precio demasiado alto. Levi me aseguró que cuando cumplí veinticinco años en esta nueva vida, quedaste libre para siempre.

Paola sintió el suspiro de alivio en el pecho relajado de Gonzalo.

–Todavía hay algo que no logro comprender –dijo el boticario–. ¿Si realmente no os reencarnasteis para estar juntos, por qué volviste a este mundo?

–Me ha costado mucho descubrir lo que tenía pendiente –susurró Paola. Todavía tenía el rubor de la pasión en sus mejillas. Gonzalo clavó sus ojos grises en los suyos y le apartó un cabello del rostro, besándola en la frente.

–¿Y qué era?

–Encontrarte a ti.

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría agradecer el apoyo incondicional de mis familiares y amigos, por ser mis primeros lectores y darme siempre sus opiniones sinceras, que me han hecho mejorar en este largo camino de aprendizaje e ilusión que deseo que no termine nunca. Espero que todos vosotros sigáis iluminándome con vuestras inestimables ideas y consejos.

A mi marido, por estar siempre ahí, preguntándome *¿Cómo va tu blog?* o *¿Has escrito algo hoy?*, siendo como una vocecilla de mi consciencia que me ayuda a ser constante y no rendirme nunca; por aconsejarme en mis próximos pasos; por aguantar mis desvelos e interminables indecisiones; por escucharme atentamente cuando le hablo sobre la historia de una nueva novela, aunque el pobre no sepa ni de qué le estoy hablando porque ni siquiera ha podido leerla todavía.

Me gustaría también dedicarle unas palabras a Romantic Ediciones, por brindarme la oportunidad de ver un sueño cumplido y poder publicar esta novela bajo su sello editorial.

Table of Contents

[El secreto del boticario](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)